

MARTÍN CAPARRÓS

Los Living



Lectulandia

Nito nace en Buenos Aires el día en que muere Juan Domingo Perón, julio del 74. Su infancia es una infancia como tantas, retorcida, inclemente, hecha de amores posibles e imposibles, aprendizajes y terrores, contra el fondo de la turbulenta historia argentina. Sus primeros años quedan marcados, además, por la muerte confusa de los suyos: su padre, su abuelo. Y Nito se siente cada vez más fascinado por ese tránsito, más acosado por las dudas: ¿cuál es nuestra relación con los muertos? ¿Se puede mantener el contacto con ellos? ¿Siguen entre nosotros? Años después, cuando se encuentre con el Pastor y se vuelva su arma más afilada, el invento de los living le permitirá aventurar una respuesta —provisoria, frágil— a esas preguntas sin respuesta posible.

Con *Los Living*, el gran escritor argentino Martín Caparrós se adentra en nuestra relación con la muerte, con los muertos y su desaparición de nuestras vidas. *Los Living* es una historia que va de la farsa a la tragedia —y viceversa— sin perder nunca la mirada afilada, la emoción, la prosa sorprendente. Una novela osada, deslumbrante, llena de humor y de tristezas, que nos propone una ácida visión del mundo contemporáneo, de sus dobleces y desconciertos, de sus silencios fundamentales.

Lectulandia

Martín Caparrós

Los Living

ePub r1.0

dacordase 31.10.13

Martín Caparrós, 2011

Foto de portada: Martín Caparrós

Editor digital: dacordase

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Margarita,
de todos modos*

Lo atormentaba sobre todo que ellos no quisieran reconocer lo que todos sabían, lo que él mismo sabía, sino que prefiriesen mentirle sobre su situación, y hacerlo cómplice de esa mentira.

La muerte de Iván Illich
LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI

[ML1]

Nito dice, entonces:

—¿En serio?

En lugar de decir, como querría:

—¿Pero cómo carajo te creés que vamos a hacer para convencer a todos esos muertos?

Porque, pese a todo, sabe que muchas veces las cosas que querría decir no son del todo razonables. Sabe, en este caso, sin ir más lejos, que si le dijera convencer a todos esos muertos, Carpanta lo llamaría delirante, infradotado o quizá rastacuero porque los muertos —él lo sabe, cualquiera lo sabe— son los sujetos más increíblemente testarudos; que nadie es más difícil de convencer que un muerto.

I. EL ORIGEN

1

Cuando nací llovía, y a nadie le importó. Aquel día, en verdad, a nadie le importaba nada, o eso decían: era un día en que convenía mostrar a quien quisiera verlo que a uno no le importaba nada más que la gran muerte del año, de la década, del siglo: esa mañana, mientras yo nacía, se murió Juan Perón, y todos querían mostrar a quién sabe quién que nada más podía importarles. Hay días en que los habitantes de un país se refocilan en su pena porque su pena los une, los amucha, los agolpa, les da la sensación de que, por un momento, pueden dejar de lado rencores y rencillas y reconocerse en un sentimiento compartido que los hace sentir un poco menos solos —y bastante más probos. Así que los habitantes aprovechan cada oportunidad —que no son tantas, la tragedia tiene que estar a la altura y, por definición, una gran tragedia es algo que sucede cada tanto— y sufren todos juntos. Aunque, en general, sus razones varían. Cuando yo nací y murió Perón, muchos sufrieron porque lo idolatraban y lo necesitaban —o, por lo menos, estaban convencidos de que lo necesitaban. Algunos, porque tenían bruto miedo de lo que pudiera pasar en el país —de lo que pudiera pasarles a ellos— sin él. La mayoría, porque estaba tan acostumbrada a ver el país con él que el esfuerzo de pensarlo sin él les resultaba cruel, innecesario: en general, a la mayoría, cualquier esfuerzo de pensar le parece una ferocidad. Y otros muchos porque lo odiaban tanto que si hacían el esfuerzo de apenarse levemente por su muerte se sentían más buenos que Lassie.

En todo caso era un día extraordinario: uno de esos momentos tan escasos en que todos los habitantes de un lugar —salvo nosotros, los nacientes, y algún otro réprobo — piensan en lo mismo. ¿No es bella la idea de un país entero pensando en lo mismo? ¿No es una de las mayores cimas que nuestra civilización puede alcanzar? ¿No es exaltante y triste y exaltante al mismo tiempo haber sido parte y no haber sido parte de semejante fenómeno, quiero decir: haber sido uno de los muy raros que estaban en el agua y no fueron tsunamis? ¿No sería, para alguien que creyera en tales cosas, algo así como una marca del destino?

Ese día, esa unanimidad, fueron, en todo caso, uno de esos efectos espléndidos

que sólo ciertas muertes logran: no se me ocurre ninguna otra circunstancia —salvo, quizá, la ruina, que a un país como el mío le sucede cada diez o doce años y a tantos otros nunca, o algún partido de fútbol— en que los nacionales se sienten tan comunes. No se crean que me estoy quejando, que sangro por la herida: ni se me ocurriría imaginar que un nacimiento pudiera tener efectos parecidos. Además, una muerte pública es algo que le sucede al que se muere, una persona que hizo algo con su vida —uno que, por decirlo de un modo antipático, no la despilfarró—; un nacimiento público, en cambio, no le sucede a la persona que nace sino a sus padres cuando son lo suficientemente conocidos como para producir ese efecto y, probablemente, también, el de joder para siempre la vida del pobrecito apenas nato. No era mi caso pero, aun así, la muerte de Juan Perón me llenó de un odio perfectamente comprensible; como verán, haber nacido en ese día lluvioso tuvo muchas consecuencias en mi vida.

Mamá, parca, distante, suele decirme que me quejo de gusto: que aunque ese día no hubiera muerto Juan Perón mi nacimiento tampoco le habría importado a nadie salvo a las ocho o diez personas que se sintieron inmediata, personalmente implicadas en el hecho. Nos quieren convencer de que formamos parte de grandes conjuntos —una comunidad, una ciudad, un gremio, un país, la humanidad— y después resulta que cuando uno hace algo tan decisivo como nacer le importa a siete u ocho. Entre ellos cuento, por supuesto, a mi abuela Juana y a mi abuelo Bernardo, a mi abuela Estercita, a mis dos tíos maternos, a mi tía paterna —que no tenían siquiera la opción de preguntarse si el asunto les importaba o no— y al mejor amigo de mi padre, Celestino —al que nunca nadie llamó Celestino sino, siempre, Bobby. Ellos fueron los que se acercaron ese mediodía al sanatorio del Sindicato de Chapistas, Pintores de Vehículos y Afines para certificar que la familia Remondo se había acrecentado con un miembro nuevo. Mamá no me dice —pero estoy seguro de que piensa— que en realidad la muerte de Perón tuvo un efecto benéfico: que sólo vinieron ese día los estrictamente indispensables, los realmente interesados; que sirvió, también ahí, para separar a los buenos de los malos. Mamá se ha pasado la vida —lo que ha pasado de su vida— haciendo esfuerzos ímprobos por separar a los buenos de los malos: hay pocas cosas que tranquilicen tanto a los espíritus simples pero inquietos. Aquel día, en cualquier caso, sólo vinieron los que no podían no venir. El resto, los que podrían haberse acercado por alguna forma módica del interés o el compromiso, consiguieron la mejor excusa del mundo para faltar a una cita en la que no los esperaban: no, ustedes saben, con todo esto del General —durante décadas, todos en mi país sabían exactamente qué decían cuando decían «el General»; poco después la idea de general en el poder se difundió tanto que acabó con la elegante simpleza del concepto—, cruzar la ciudad era imposible. Yo no había cumplido un día y ya mi vida estaba atravesada por imposibles —o, peor, por imposibles falsos. Pero, inversamente, esa

dificultad llamada imposibilidad sirvió para realzar la presencia de Ceferino Bobby:

—Qué tipo pierna, Bobby.

Le susurró a mamá mi padre cuando el susodicho se retiró de nuestro lado so pretexto de una urgencia urinaria, mientras yo, excrecencia reciente, dormitaba contra el cuerpo que tan poco antes me había contenido. Yo no entendía —faltaba tanto para que entendiera— qué estaba haciendo de este lado de su piel y su grasa; por suerte tampoco me lo preguntaba.

—Sí, mirá que venirse a gamba desde Lanús Este.

Porque Bobby sí que se había quedado en Lanús Este; no como mi padre, pobre alma del señor, víctima de ambiciones que nunca fueron suyas.

2

Mi padre era un hombre decente. O, por lo menos, eso que llamaríamos un hombre decente: alguien que, en las pequeñas circunstancias de la vida, prefiere no complicarse con las molestias de la indecencia. Uno que, por ejemplo, si al salir de la panadería descubre que se lleva, además de las facturas, pebetes y miñones, cuarto kilo de cuernitos sin pagar, vuelve al local, compone una sonrisa tímida, turbada — que le sale perfecta— e intenta un chiste malo para decirle a la dueña que ha vuelto porque es un hombre decente:

—¡Vengo a denunciar un robo!

Le dirá, por ejemplo, y que él es el delincuente que acaba de llevarse el cuarto de cuernitos sin previo abono de su precio estipulado. O sea: mi padre era un hombre cómodo, que nunca quiso tomarse el trabajo de ver qué había un poco más allá de la decencia, de la conveniencia, de los buenos modales y las reglas morales. La decencia, en general, es cuestión de falta de imaginación o de pereza, y mi padre tenía, por lo que sé, bastante de las dos. Aunque, por supuesto, no sé qué habría pasado si alguna vez la tentación de la indecencia lo hubiera asaltado en serio, armada de una buena recompensa. Es fácil ser decente cuando te cuesta cuarto de cuernitos; de allí en más se hace más y más difícil, hasta que llega al punto en que cada cual encuentra su temperatura de fundido. Si no hay metal que resista el calor pertinente, ¿por qué habría hombres o mujeres? Es —si existen tales cosas— una de esas verdades innegables; sabiéndolo, ¿no es preferible ahorrarse el fuego de decenas, cientos de grados celsius, y fundirse sin tanto despilfarro?

Quizá mi padre no tuvo la ocasión o la astucia suficientes. Seguimos suponiendo, en todo caso, que era un hombre decente: un argumento más para desmentir todas esas paparruchadas que lanzan los periodistas y otros farsantes paracientíficos sobre

los genes y su influencia hereditaria. A menos que sea todo mentira, y que mi padre —decir mi padre es uno de los homenajes más extremos que una persona puede hacer a su cultura: el reconocimiento de que vive con una serie de presupuestos que no tienen que ver con su experiencia sino con la aceptación de lo que los demás dicen sobre él y sobre el mundo— no fuera mi padre o que mi familia —no me extrañaría — se haya confabulado durante todos estos años para inyectarme una imagen perfectamente falsa de ese hombre. Les habría resultado fácil, porque yo no llegué a conocerlo.

O sí lo conocí, pero muy poco, y en circunstancias que no permitirían afirmar si era o no un hombre decente. Mi padre, Oscar Remondo, hijo de Orestes y Estercita Guarini, había nacido en Lanús Este en junio de 1940, mientras los alemanes, completamente ajenos a ese hecho para mí tan crucial, apagaban sus tanques en París. Compartir nuestros natalicios con eventos significativos nos dio un rasgo común, pero supongo que si nuestras vidas hubieran seguido su curso natural y alguna vez se hubiese desencadenado la competencia habitual entre un hijo y su padre, él podría haber argumentado que la ocupación de Francia por los nazis fue un hecho sin duda más señero que la muerte de un general latinoamericano; yo podría haberle contestado que mi hecho fue más decisivo en la medida en que sus nazis no duraron en París ni cinco años y mi general, en cambio, se dice, sigue muerto. Pero esas discusiones, por desgracia, nunca se produjeron. Lo cierto es que, para la fecha lluviosa de mi aparición, mi padre Oscar ya había cumplido treinta y cuatro, una edad pasablemente avanzada para que un hombre de su época se decidiera a prolongarse con un hijo.

Se supone que, durante mucho tiempo, mi padre no había sentido ese llamado. O quizá sí, pero su sentido del deber le había dictado que, para responderlo, primero debía llenar una serie de casilleros que sus convicciones le hacían considerar ineludibles. Cuando terminó su servicio militar —en el sur del país, en una guarnición nevada que solía recordar, con un placer extraño, como su experiencia más terrible—, mi padre tuvo que decidir qué haría con su vida. Algo le había sucedido en esos días de nieve: una tarde —llamarlo tarde es un abuso; en términos de reloj era la tarde, pero ya hacía un rato largo que toda luz había desaparecido de la escena—, mi padre estaba haciendo su guardia en uno de los puestos avanzados. Era una especie de cobertizo muy precario —como si fuera un nido dado vuelta, incapaz de retener pichones— hecho de ramas entrelazadas y cubiertas de nieve, el suelo de tierra congelada, un agujero en el frente para que el soldado de turno oteara el horizonte tan vacío con la esperanza de que siguiera así. Mi padre dormitaba, en ese estado de duermevela casi atento que resultaba la principal enseñanza del ejército a sus jóvenes miembros —un modo de estar en el mundo sin estar en el mundo, una lección de ambigüedad acomodada—, cuando vio aparecer, en el extremo izquierdo

de su campo visual, un par de sombras. Las sombras se desplazaban lentas; mi padre enfocó —cerró los ojos, sacudió la cabeza, volvió a abrirlos— y vio que eran dos figuras más o menos humanas, dos cuerpos cubiertos con mantas o algo así que caminaban con dificultad, hundiéndose en la nieve. Nadie tenía por qué pasar por el lugar: estaban lejos del pueblo más cercano, no había reservas mapuches en las inmediaciones, los enemigos de la patria estaban a cientos de kilómetros y ni siquiera sabían que lo eran. Mi padre los volvió a mirar; sabía que tenía que darles la voz de alto y la dio, aunque quizá no haya gritado demasiado. Las sombras siguieron caminando; mi padre volvió a darles el alto, ahora con más fuerza; las sombras no se detuvieron. Mi padre pensó por un momento en la posibilidad de que fueran solamente eso, sombras sordas, y prefirió desecharla, pero no lo consiguió del todo. Volvió a gritar; pensó que el grito le había salido destemplado, como si fuera él —no ellos— el objeto de sus amenazas. Estaba seguro de que lo habían oído: las sombras estaban a menos de treinta metros y deberían, incluso, poder verlo. Se alegró de no estar fumando, escupió en el suelo congelado, empuñó su máuser, lo amartilló, pensó qué le tocaba hacer ahora. Pensó que las sombras debían ser inofensivas —dos mujeres perdidas en medio de la noche, dos soldados borrachos volviendo de un permiso o escapada—, y después pensó que su trabajo no era pensar sino actuar, seguir órdenes y que, tras tres intimaciones desoídas, era el momento de tirar. Amartilló el máuser, se dio cuenta de que ya estaba amartillado, pensó que si tiraba y eran enemigos podían contestarle el fuego en superioridad y destruirlo, y que si no eran enemigos y tiraba podía matar a un inocente. Las dos sombras seguían caminando, ya cerca del margen derecho de su imagen, cerrada por las ramas; mi padre se puso el máuser en la cara, cerró un ojo, apuntó, y siguió a las sombras mientras se alejaban. Cuando las vio perderse entre otras sombras se dio cuenta de que había cometido un error que muy difícilmente olvidaría.

Mi abuelo Orestes, su padre, un inmigrante gallego obrero de curtiembre que creía en las virtudes del trabajo duro y, más aún, en las del tinto mendocino, lo había obligado a fuerza de cinturón y hebilla a estudiar en una escuela técnica; mi padre la había completado y la Argentina de 1960 no era un lugar donde un operario bien formado tuviera dificultades para encontrar empleo. Por eso su elección fue sorprendente. Mi padre decía que había preferido la chapa y pintura —aunque su habilidad con el mazo y el soplete le había valido ofertas para trabajar como medio oficial en un astillero, tornero en una fábrica de motos e, incluso, para entrar en la Escuela Normal de Bellas Artes Aplicadas porque la chapa y pintura era una cruzada contra los fariseos, los hipócritas de toda laya y condición. La gente —bah, la gente, solía decir, es un decir: los garcas esos que usan coche— dice que anda en auto porque es más cómodo para ir a tal o a cual, porque no tienen tiempo que perder porque trabajan mucho, porque tienen que llevar mucha mercadería, por pavadas;

nadie te dice la verdad: nadie te dice que va en coche porque quiere que lo miren, que los demás digan ah ése anda en coche, se ve que le va bien en la vida. El coche es una joya disfrazada de herramienta. Pero si no fuera una joya, nadie le haría chapa y pintura; ¿a quién le importa que un martillo tenga el mango manchado? ¿Quién se calienta si se le corta el cable del taladro y tiene que alargarlo con uno de otro color? Mientras martille, decía, mientras taladre, a nadie le importa; al coche, si fuera una herramienta, nadie le arreglaría los bolos, la pintura. Pero vienen, en cuanto tienen una arruguita que ni se ve aparecen, Oscar, este arreglo cuánto me va a costar, para cuándo me lo va a poder tener: vienen y tienen que hocicar, acá nadie se puede hacer el tonto, acá son lo que son, nada de mentiras, acá tienen que desnudarse y apechugar con lo que son. Acá vienen, se humillan, te tienen que decir afuera miento pero con vos no puedo. Por eso a mí me gusta hacer chapa y pintura, decía —y que por eso la había elegido—: yo soy como esa boca de piedra, decía, que decía mi abuelo que había en Roma, en una iglesia, que los giles tenían que ir y meter la mano adentro y decir alguna cosa y si era mentira los mordía. Yo soy la Bocca, decía: hago chapa y pintura.

Mi padre tenía reglas: muchas reglas. Amaba a su país por encima de todo porque, decía, su país le había dado todo: que sus mayores habían llegado acá con una mano atrás y otra adelante, de Orense y de Raggio Calabria y nunca les había faltado la comida en la mesa, un par de zapatos y un cobijo, así que estaba preparado para devolverle a la patria lo que la patria le pidiera —decía, pero no está claro que alguna vez le haya pedido. Mi padre creía que sí le iba a pedir porque al país, decía, lo estaban arruinando los garcas que andaban en coche, los que iban una y otra vez, a la menor manchita, al taller de chapa y pintura. Decía que le daba vergüenza con su viejo, que había llegado a la Argentina para trabajar y darles un futuro a sus hijos y había trabajado como un perro y les había dado uno, pero que ahora los hijos de esos tipos que llegaron solamente pensaban en pasarla bien. Todo el tiempo en la joda: que si los pibes que andan por ahí en los bailes, que si las chicas que no respetan reglas, que si estos muchachos estudiantes que se la pasan hablando de política y de revolución para no tener que ir a trabajar, decía mi padre y que lo único que nos iba a salvar era el trabajo duro. A veces, dice Bobby, hablaba tanto de eso que uno se podía preguntar si lo creía.

Mi padre detestaba el peronismo porque con los peronistas, decía, cualquiera se creía un obrero. En los buenos tiempos —no hay concepto más móvil, más opinable que los buenos tiempos— para ser obrero había que aprender, romperse el lomo, aguantar muchas cosas, y en cambio después con los peronistas cualquier morocho santiagueño se venía a la capital porque un primo le conseguía un puesto de maestranza en una fábrica y a los dos meses se creía que era obrero. Cuando alguno de los muchachos le contestaba que él qué sabía, que él no había vivido en tiempos de

Perón, mi padre lo miraba con lástima y le decía que, primero, sí había vivido, hasta los quince años; que, segundo, los tiempos de Perón por desgracia seguían y, tercero, que eso se lo había dicho su viejo y que si su viejo lo decía él lo creía. Pero mi padre no se metía en política, decía, ni quería tener nada que ver con eso: la política es para los que no saben hacer nada bueno, decía —y yo, mucho después, recordaría tantas veces esa frase. Mi padre, antes de casarse, sólo cogió con putas: primero, no hay que manchar a una mujer decente, decía, y, segundo, con las indecentes siempre hay confusiones. Mi padre era muy ordenado: le gustaba dar sus razones en orden y discutir las, después, si era necesario, en ese orden: por eso, dicen, se hacía difícil discutir con él. Así que era mejor pagar y que la cosa no se complicara, decía, y, además, esas mujeres eran trabajadoras, chicas serias, casi como obreras. Durante años, cada primer y tercer sábado del mes, después del cierre del taller, mi padre se daba un buen baño, se ponía una camisa blanca limpia, su saco marrón, una corbata, y se iba al piringundín de doña Mencha. Llegaba temprano, no bailaba, elegía entre dos o tres chicas —siempre las mismas dos o tres, no tenía el menor interés por lo desconocido— y se aliviaba en escasa media hora. Después se vestía, se peinaba con gomina —cincuenta centavos de recargo—, pagaba su cuenta y se iba al café de la estación a tomar un vermú y jugar al billar con los muchachos —que hablaban horas y horas de mujeres. Mi padre jugaba muy bien y hablaba poco. Pero tenía tantas reglas que a veces pienso que fue una suerte que me salvara de él.

Mi padre había empezado su carrera de chapista en un taller del centro de Lanús, propiedad del señor Wolf Hörmann. El señor Wolf, un alemán reconcentrado y duro, con un castellano dudoso y un pasado más dudoso todavía, le enseñaba a regañadientes lo menos que podía pero, aun así, el talento de mi padre para el soplete lo hizo aprender su oficio bien y rápido. A sus veintiocho años se ocupaba de todos los trabajos y empezó a pensar en que debía independizarse. Pero también pensaba en que debía casarse y formar una familia; la superposición de ambos deberes lo abrumaba y creía que no podría completar ninguno. Estuvo tentado de olvidarlos: su vida le parecía satisfactoria e imaginó que podía mantenerla así por muchos años. Supongo que, de no haber tenido tanto sentido del deber, eso habría hecho —y yo no habría existido. Yo soy —todos somos— un defecto ajeno.

Yo, por supuesto, tampoco habría existido —las posibilidades de la inexistencia son casi infinitas— si él no se hubiera cruzado con mamá. Cruzado es, como todos, un término abusivo: en realidad mi padre vio pasar a mamá durante varios años, cada mediodía, cuando volvía del colegio secundario —donde las monjas del Perpetuo Socorro trataban de convertirla en una señorita conveniente y, con tropiezos menores, lo estaban consiguiendo. Mi padre vio —sin ninguna conciencia al principio, después con interés creciente— cómo mamá se iba convirtiendo, sin el menor aporte de las monjas, en un ser que podría ser, entre tantas otras cosas, mamá. En 1968, a sus

dieciocho años, a punto de terminar el bachillerato comercial, mamá —las fotos la delatan— no era alta pero sí bien rellena o, dicho de otro modo: tenía una gran distribución de grasas corporales. En las comidas, en los jabones, en los motores, en los cuerpos, todo depende de las grasas. Las grasas son, en nuestros días, injustamente condenadas: no es el peor pero tampoco el más inocente de los errores de nuestra cultura. Me gustaría que cualquiera de los que se pasan la vida despotricando contra las grasas —doctores, dietólogas, señoras copetudas— nos explicaran cómo sería el mundo sin ellas; no podrían, por supuesto, y ése sí es uno de los peores errores de nuestra cultura: despotricar contra muchas cosas que no está dispuesta a eliminar, sin las cuales no podría subsistir.

En cualquier caso mamá, con sus grasas puntuales, era lo que en el barrio suelen llamar, con perdón, un bombón asesino. La expresión es precisa: la idea de una comida que te mata, de tu propia gula amenazándote, del peligro que acecha en cualquier goce. Mamá tenía el pelo negro, los ojos negros grandes almendrados, una boca jugosa, y su nariz ganchuda, que podría haber arruinado el panorama, le daba —decía ella, y quizá lo creyera— un toque distintivo. En ese año de 1968, mientras la Argentina se preparaba para ocupar por fin su lugar de privilegio en el concierto mundial de las naciones, mi padre esperaba cada día los pasos de esa sombra que —entre las 12 y 20 y las 12 y 25— lo humillaba mostrándole que no sabía ni podía. No sé si habrá reflexionado sobre su incapacidad: no me lo puedo imaginar en esos trances —como, por otro lado, en casi ningún otro. En eso estaba cuando se aplastó el dedo.

En su oficio los accidentes no eran raros, pero ese golpe lo agarró pensando en otra cosa: por mirarla, por seguir con los ojos el vaivén de esas nalgas, el martillazo le cayó brutal sobre el pulgar izquierdo y soltó, pese a sus reglas, tremebunda puteada. Mamá no pudo menos que escucharla; se paró, miró —¿por primera vez, como siempre sostuvo? ¿fue realmente capaz de pasar delante del taller durante años sin reparar en la presencia de mi padre?— al proletario que se agarraba la mano herida con la otra y trataba de borrar con un gesto sus palabras que todavía flotaban en el aire. Mamá soltó una carcajada.

Después diría que sí que se sintió muy halagada: que un hombre grande se sacrificara así por ella la había transportado. La idea de sacrificio yacía, agazapada, en sus genes cristianos, en sus aprendizajes, en sus dudas. Nunca se preguntó, en cambio, qué habría sido de su vida si ese fulano no se hubiera martillado el dedo: mamá no se pregunta ese tipo de cosas —o, por lo menos, no me dice que se las pregunta— pero yo sí; el accidente, estoy convencido, es la fuerza central que gobierna las vidas, o sea: el desgobierno más extremo. Ya verán, a medida que avance mi relato, que mi teoría se sostiene. También es probable que le gustara —¿la intrigara? ¿la incomodara?— ese tipo grandote, un poco tosco, de mameluco sucio y

ojos verdes chiquitos que, hasta ese día, nunca había notado. Ese día, en cualquier caso, mamá —esa nena de colegio de monjas que convinimos, ahora, por razones perfectamente extemporáneas, en llamar mamá— se acercó, le agarró la mano tosca y engrasada, vio el reventón manando sangre oscura y, en lugar de asustarse, gritar, salir corriendo, desmayarse, sacó de su carterita su pañuelo y trató de restañar la herida. Eran tiempos en que una chica educada no salía de su casa sin su pañuelo blanco bien doblado.

—No se preocupe, señorita.

—No, si no me preocupo.

—No, ya la vi, se reía.

Mamá se ofendió ante la injusticia del comentario, recuperó su pañuelo y se fue caminando con tormenta de nalgas. En los días sucesivos, cuando se acercaba a la vereda del taller, se alisaba la camisa del uniforme y se arreglaba el pelo —pero mi padre nunca volvió a mirarla. Mamá no estaba acostumbrada a que no la miraran; pensó que ese tipo era un idiota —y acertó, supongo, pero no pudo seguir la lógica de su razonamiento y, al cabo de una semana, se paró, le habló, le dijo que se llamaba Beatriz, que él cómo se llamaba.

Ese sábado, cuando se encontraron en el baile del club Carlos Pelegrini —adonde mamá había mentido que iría con un grupo de amigas—, la sorprendió —¿la desilusionó?— verlo llegar con su saco marrón y su peinado a la gomina: si por lo menos se hubiera puesto mocasines. Mi padre parecía antiguo, fuera de lugar y, más que nada, mersa —o, por decirlo con un anacronismo revelador de mucho, grasa. En esos días aparecían los primeros pelos largos, las primeras minifaldas, los primeros bluyines, y mi padre los condenaba por igual con su argumento decisivo: si eso estuviera bien ya lo habrían hecho nuestros padres. A veces, todavía, le envidio ese refugio: la facilidad de creer que todo lo nuevo debe ser condenado —o, por lo menos, es superfluo.

Mamá no sabía que esa tarde mi padre había pasado —antes de hora— por el salón de doña Mencha para evitar cualquier tentación, cualquier tropiezo. Estaba nervioso: en la puerta del club le dijo que él no solía salir con chicas, que si estaba ahí con ella era porque le parecía una mujer seria, y le preguntó qué opinaba de las relaciones prematrimoniales. Mamá se asustó, sopesó la posibilidad de indignarse, imaginó que si lo hacía el hombre la tomaría por una nena boba, pensó que se estaría tirando un lance y le dijo que ni sabía qué era eso —aunque lo sabía bien: una de sus compañeras acababa de ser expulsada de la escuela por un motivo misterioso que todas conocían.

—No entiendo de qué me quiere hablar.

Mamá no sabía si mantener el usted, pero mi padre no la había tuteado y ella, por supuesto, no iba a ser la primera.

—Disculpemé, señorita, no quise molestarla.

Mi padre volvió a mirarla y pensó que quizás esta chica Beatriz fuera la indicada: era su modo de no pensar en ese par de tetas. En la pista, dos docenas de jóvenes bailaban canciones del Club del Clan con movimientos ampulosos, levemente robóticos: tú tienes / una carita deliciosa / y tienes / una figura celestial. El Club del Clan, en esos días, ya era música vieja. Mi padre desdeñaba a los bailarines porque perdían el tiempo con estupideces y cuando le decían que el baile era infalible para levantar mujeres decía que nunca le interesaría una mujer que pudiera levantarse en un baile. ¿Ni para llevártela a la cama? ¿A mi cama? ¿A la casa de mi vieja? A donde sea, al mueble. Tené cuidado con lo que estás diciendo. Lo que no le decían, porque a sus amigos no se les ocurría la pregunta, era qué quería decir con eso de perder el tiempo o, dicho de otro modo, cómo sería no perderlo. Mi padre consiguió que los ubicaran en una mesa trasera, invitó a mamá a una granadina y le dio charla. Ninguno de los dos recuerda de qué hablaron: mamá, después, solía devanarse la cabeza tratando de recuperar esos temas improbables; sólo sabe que mi padre le decía señorita y ella no sabía si decirle señor —le parecía ridículo. Mi padre, por supuesto, no trató de tocarla. Sólo cuando había pasado una hora sin que ella le pidiera que la sacara a bailar, él le dijo que, si no le molestaba, quería conocer a sus padres. Mi padre nunca supo que mamá no quería bailar porque esos gritos del Club del Clan — que, para él, eran una concesión a su juventud y a la modernidad— le parecían una auténtica mersada. Mi padre, en realidad, quizás habría empezado por no entender la palabra mersada; mamá, que la había aprendido poco antes, estaba embarcada en una campaña epistemológica y veía el mundo a través de su duda: se preguntaba, en cada caso, si a esta canción, frase, ropa, familia, fantasía se le podía o no aplicar el vocablo terrible. Pero esa noche la conducta de mi padre —que podríamos llamar seria, recta, pelotuda— la impresionó tanto que decidió olvidar que él era como un viejo mersa de otra época y empezó a pensar que su afición —la suya, la afición de mamá— a ciertas cosas como el baile, las revistas de figurines, las emociones fuertes que no había conocido, eran vicios que debía corregir. Lo cual le duró, como veremos, un tiempo limitado.

Mamá pensó que ojalá no tuviera ese bigote. Mi padre pensó que ojalá no se hubiera puesto ese perfume. Mi padre tenía ese bigote, mamá solía ponerse ese perfume, y mi padre cerró los ojos, pensó en las dos sombras que había dejado pasar entre la nieve —que fuera entre la nieve, por supuesto, le daba al episodio un tinte de aventura exótica, de cosa que le había pasado a otro, que la hacía más atractiva y más incomprensible— y le posó un brazo en el hombro mientras seguían caminando — una calle del centro de Lanús, una de la mañana, noche caliente de verano— y trató de atraerle la cara hacia su cara. Mamá lo miró con los ojos muy abiertos y no pudo soportar los de él cerrados; se soltó del abrazo, carraspeó, le dijo tranquilo, Oscar,

tranquilo, recién nos conocemos. Era la tercera vez que se veían: mi padre pensó que había hecho bien en dejar pasar aquellas sombras y que por qué carajo había creído que podía dominar el curso de las cosas —aunque probablemente no se haya dicho «el curso de las cosas». Esa noche mi padre la acompañó hasta la puerta de su casa sin hablar y se durmió pensando que lo había arruinado para siempre. Mamá, muchos años después, seguía preguntándose por qué lo fue a buscar al taller, el miércoles siguiente, y le propuso que la invitara al cine.

Los detalles serían largos pero por suerte no le importan a nadie. Nada de todo esto, en realidad, tiene por qué importarle a nadie: es el destino de los romances suburbanos, de los nacimientos lluviosos, de las muertes peronistas y de todo el resto. Somos afortunados: nada le importa a nadie, y eso nos permite tantas cosas. Yo, sin ir más lejos, me he armado una vida sobre esta premisa —y no me va tan mal. Pero evitemos precipitaciones; lo decisivo, entonces, fue que su futuro suegro, mi abuelo Bernardo, le hizo la guerra a mi padre durante varios meses —él y su mujer, mi abuela Juana, aunque jamás sabrían llamarlo mersa porque también lo eran, lo consideraban muy por debajo de sus expectativas para su hija— y sólo condescendió a aceptarlo porque la nena le tenía los huevos llenos, pero con la condición de que mi padre le aceptara a su vez un préstamo para instalar su propio negocio: don Bernardo, ferretero próspero, vocal titular de la Comisión de Fomento, no permitiría que su hija menor, la niña de sus ojos, se casara con el empleado de un taller mecánico. Mi padre le dijo que no, rotundo que no; mi abuelo le dijo que entonces no, que menos todavía. Fue el gran momento de mi padre: cuando dejó de lado sus convicciones por amor. Mamá, supongo, lo quiso por eso. O vaya a saber por qué. Quizás alguna vez entienda cómo pueden juntarse dos personas tan distintas. Aunque las reverberaciones de esta frase no me convencen: ¿significa que creo que deberían juntarse los iguales? Considerando que la base de la relación entre hombres y mujeres es la diferencia, ¿no sería lógico que esa relación persistiera en su esencia y que más se juntaran, entonces, los que más difieren? La unión de lo que solemos llamar dos almas semejantes, un hombre y una mujer que parecen hechos el uno para el otro, ¿no sería entonces un escape de esa diferencia, un modo de atenuar lo básico de la relación heterosexual, de no ir hasta el fondo del asunto, una mera solución de compromiso, homosexualidad apenas disfrazada? La preocupación es general y amplia y tiene, en realidad, que ver con otros momentos de mi vida; las razones por las cuales mamá y mi padre se pasaron unos años juntos —años que, de un modo raro, culminarían aquel día en que Perón murió para que otros nacieran y empezarían, ese día, a correr hacia su fin tan evitable— ya no me conciernen.

Mi padre renunció a varias de sus reglas menores por la regla mayor —debía casarse— y esa nerviosidad que lo envolvía cuando se encontraba —en el club, en la plaza, en la sala de lo de mis abuelos— con mamá. Mamá, a su vez, supongo, lo

quiso más por eso, aunque alguna vez, pasado el tiempo, sospechó que todo fue un engaño: que él la buscó porque imaginó que podía sacarle algún beneficio a su familia y que su negativa inicial a aceptar la ayuda de su suegro fue su aporte a la hipocresía familiar: a la grasa que aceita el mecanismo de todas las familias. De hecho, se decía, la aceptó: si sus principios eran tan firmes como decía no la habría aceptado al final a menos que pensara aceptarla desde el principio. A mamá las palabras nunca la trataron con cariño; cuando una significa más de una cosa —tal como les sucede a casi todas—, ella la usa de manera indistinta o, mejor: sospecha que de algún modo esas diferencias entre los distintos sentidos de lo mismo no pueden existir, no son más que una trampa para mersas.

En todo caso, su idea de que mi padre habría armado una comedia para acceder al módico dinero de mi abuelo —que mamá nunca pudo sostener con datos— habla más de ella que de él, y no era justa: para empezar, no se ajusta a la verdad porque él no la buscó, aunque ella más tarde prefirió, por razones obvias, recordar que sí; para seguir, mi padre no hubiera hecho algo así porque le habría resultado agotador: los vericuetos del engaño precisan ejecutores muy inteligentes o, al menos, supremamente laboriosos; y, para terminar, no tengo ganas de creerlo. Mamá lo dijo pero ahora debe saber que no era justo, aunque seguro que lleva muchos años sin pensar en eso.

Mamá y mi padre se casaron al cabo de quince meses mal contados: era, en esos días de vulvas evasivas y culposas, un lapso sospechosamente breve. ¿Por qué se casarían? ¿Qué pudo llevar a una chica de veinte años, linda, bien rellena, de familia que en el barrio se consideraba prominente, a atarse dizque para siempre con un señor de casi treinta, empleado de un taller de chapa, sin fortuna ni gracias peculiares ni bíceps de leñador californiano? El amor es cualquier cosa menos ciego —ni suele ser, al menos al principio, nada tonto. ¿Qué vio mamá en ese señor que pasaría por su vida como un pájaro —en verdad: como un pájaro muerto pasa por la ventana alta en su caída? ¿Por qué aceptó deshacerse de su juventud su soltería su libertad para entregárselas a un hombre tan escaso que no pareció tener, siquiera, brazos para agarrarlas y empuñarlas? Hay, como siempre, varias líneas posibles: la más obvia, dirían los muchachos, busca en las virtudes ocultas del señor razones para lo inexplicable. Contra ese argumento menor diré que esas razones, si las hubiera habido, habrían estado también, para mamá, perfectamente ocultas. Mamá fue a la iglesia de blanco y, a lo largo de toda su vida —y todavía—, no se ha cansado de subrayar que la acompañaron en su blancura del altar la verdad y el derecho. Lo cual nos deja con la otra línea posible: que la meta del casamiento no fuera el casamiento sino el fin de su vida de soltera. El postulado parece sinuoso, y sin embargo: es sorprendente ver en qué importante proporción las personas no hacen las cosas para hacer esas cosas sino por acabar con las que estaban haciendo hasta ese punto. Mamá,

supongo, estaba harta de ser una nena —la menor de cuatro hermanos—, de ser controlada por sus padres, de ser la portadora de la esperanza familiar: al casarse les diría soy yo, soy otra, soy grande, no soy una de ustedes, no vivo más acá y además, jódanse, no voy a ser más que esto, la mujer de un mecánico. Les diría: no soy la que quisieron. Les diría: ni siquiera quiero ser mejor. Sospecho que ésa fue la causa; si lo fue yo sería, entonces, un hijo de la libertad o, mejor dicho: de esa libertad pava que se confunde con la fuga.

3

Mamá se tomó sus obligaciones domésticas a pecho. Mis padres —si es que podemos llamar mis padres a quienes todavía no me habían concebido, definiéndolos por una condición que entonces no existía— se habían mudado a Barracas, en la capital, donde mi padre había encontrado un viejo galpón en que instalar su taller independiente, con un departamentito de dos cuartos minúsculos, living, baño y cocina en la planta alta. Barracas, en esos años, todavía era un barrio de clase media baja, mezcla de viviendas populares con talleres y fábricas, con teléfonos públicos y bares almacén y sillas en la calle que se inundaba cada vez que llovía fuerte, cuyos vecinos se conocían y conservaban cierto orgullo barrial: no había casa sin perro. En Barracas vivían obreros calificados, artesanos, empleados, pequeños comerciantes: personas con alguna aspiración, gente de orden y progreso que hacía todo lo posible por diferenciarse de los vecinos marginales y vocingleros de la Boca. En Barracas se mezclaban los olores: el viento los traía del Riachuelo y eran pútridos, o de las fábricas de galletitas y eran dulces, o de la fraccionadora de yerba y eran acres, o de los asaditos de las casas y eran patria. Barracas, entonces, se creía, como todos los barrios porteños de entonces, el más porteño de todos los barrios. Barracas, por supuesto, era barato y era mersa.

Mi padre, al principio, se sentía muy solo —en su hogar nuevo, su nuevo barrio, su taller. Al instalarlo le había propuesto a Ceferino —Bobby, su compañero de diez años de trabajo— que se fuera con él como su socio; Bobby le dijo que prefería la seguridad y la tranquilidad de un empleo a los azares de la empresa independiente — y no le dijo que no tenía ganas de seguir a su compañero de trabajo sólo porque su compañero se había conseguido una hija de papá. No era necesario: la seguridad y la tranquilidad de un empleo era, me dicen, una frase que un operario de esos tiempos podía pronunciar sin despertar sospechas o brutales carcajadas. De vez en cuando, sin embargo, mi padre y Bobby se encontraban en un bar de la estación Constitución y se tomaban unos vinos. Una de esas veces Bobby le dijo a mi padre que se iba a casar.

¿Me lo decís en serio? Claro, Oscar, yo no soy de joder con esas cosas. No, hermano, no te cases. Bobby lo miró, tomó un trago de carlón con hielo, miró el banderín de Banfield colgando de la caja, el muchacho con birrete y su trapo rejilla.

—¿Y vos me decís eso?

Mi padre se calló, miró a una rubia un poco gorda que pasaba. A mi padre, a veces, las ideas no le llegaban enseguida.

—Sí, yo te lo digo.

—Ya sé que me lo decís pero no entiendo. ¿Vos, que te casaste hace tan poco? ¿Tan mal te va con la pendeja?

Mi padre pensó en decirle que no dijera la pendeja pero supuso —con razón— que entonces no habría forma de evitar la pelea y realmente quería explicarle algo a su amigo. Bobby tenía las cejas muy espesas pero era capaz de entender cualquier cosa si se la presentaban con cuidado.

—Lo que pasa, hermano, es que el matrimonio no es para cualquiera.

—Yo no soy cualquiera.

—Sí, vos sos cualquiera.

—Yo no soy cualquiera.

—Claro que sos cualquiera.

—Oscar, tené cuidado.

—Hermano, claro que sos cualquiera. Yo soy cualquiera. Todos somos cualquiera.

Bobby terminó el vaso de carlón tratando de no mirarlo. Mi padre oyó algo duro en su silencio —y no oyó, en cambio, los gritos de los vendedores de estación, tanto más elocuentes, más variados. Decidió hacer un último esfuerzo:

—Para mí vos sos como un hermano, Bobby; para el resto del mundo los dos somos cualquiera.

—¿Qué quiere decir somos cualquiera?

—Yo qué sé, ser cualquiera. Que da lo mismo yo que vos que ese pibe que nos sirve el vino.

—¿Que da lo mismo? ¿A quién le da lo mismo?

—A cualquiera, Bobby, no me entendés. Para el mundo todo el mundo es cualquiera.

La discusión se terminó, sin grandes avances, sin haber vuelto a la cuestión del matrimonio, diez minutos más tarde. Mi padre y Bobby se pasaron varios meses sin verse; mi padre lo extrañaba, pero tampoco sabía cómo hacer para buscarlo sin decirle nada inconveniente, algo poco viril, una mariconada.

A mamá, por alguna razón, el destierro le hizo menos mella: en sus primeros tiempos de casada, además de los dos viajes semanales a la casa paterna y la nostalgia de un teléfono para charlar con sus amigas y sus dudas —menores todavía— sobre su decisión tan decisiva, ocupaba horas y horas en las tareas domésticas. Esos deberes

que se tomaba tan a pecho incluían, por supuesto, preparar la comida, limpiar la casa, lavar y planchar ropa —todas cosas que, hasta ese momento, nunca le habían tocado. Entre tanta novedad, mamá topó con una de la que no esperaba mucho: sus deberes de esposa.

Mis padres —antes, sólo antes— se sorprendieron al descubrir que la pasaban muy bien en la cama: que era el lugar donde más y mejor se divertían. La televisión tenía cuatro canales blanco y negro, la plata no alcanzaba para ir a comer la fugazza con queso de Bancharo más de una vez a la semana, y las charlas entre ellos nunca encontraban tema. Pero la cama conyugal era un espacio que los reconciliaba: yo fui, a la larga, tras mucho birimboche, un producto de ese tedio mersa. Mi padre —cuya experiencia tenía un sesgo muy claro— trataba a su señora con cierto desdén aprendido en el salón de doña Mencha; a mamá le gustaba ese trato: la hacía sentirse más grande, más mujer y menos señorita de colegio. O, por lo menos, lo que ella había aprendido a imaginar como mujer: un ente en una posición expresamente secundaria que encontraba más y más recursos para mejorar su condición, una mente astuta manejando su carne —entregando, retaceando, sacrificando, imponiendo su carne bien rellena— para obtener determinados beneficios. Los beneficios, es cierto, no terminaban de estar claros, pero el juego le resultaba tan agradable que habría estado dispuesta —si alguien le hubiera planteado la opción, si se hubiera atrevido a planteársela ella misma— a jugarlo aun sin esa excusa: puras maniobras para obtener un poder puro, no para usar sino para tener.

La situación, sin embargo, tenía —como todas— flancos débiles. Hubo momentos en que mi padre pensó que su mujer era una puta porque hacía cosas de puta —lo que él llamó, en principio, cosas de puta—, como agarrarle la pija entre sus dos manos entrelazadas y apretarla con un movimiento lento, suave, acompasado hasta que él le pedía por favor que lo dejara porque le daba miedo acabar en su mano como un chico, o decirle al oído, en voz muy baja y aniñada, que le gustaba que se la metiera muy adentro porque era tan grandota, y alguna vez hasta le lamió el glande con la puntita de la lengua, como si quisiera meterle la puntita en el agujero de su pija y mostrarle que ella también podía entrarle en el cuerpo. Hasta que, en un raptó de lucidez, con el soplete en la mano apuntado al guardabarros de un torino 380, recordó que nunca había conocido a una puta que hiciera cosas como ésas: que las putas eran mucho más secas. Las putas siempre lo habían tratado con su manida habilidad profesional; su mujer, con entusiasmo de aficionada, y eso al mismo tiempo le encantaba y abría una brecha en sus certezas: si algo creía mi padre sin ninguna duda es que el mundo pertenece —se entrega, sería la frase más precisa— a los que se preparan profesionalmente para hacer bien, idóneamente, lo que casi todos hacen mal. Que una aficionada fuera mejor en su actividad que profesionales experimentadas y curtidas suponía una contradicción que le pesaba. Si mi padre no

hubiera tenido convicciones tan sólidas —si no hubiera sido tan incapaz de pensar más que lo que ya pensaba—, quizás habría dado el paso siguiente en sus cavilaciones y se habría preguntado si mamá no habría aprendido sus habilidades sorprendentes con otro u otros hombres. Pero mi padre estaba demasiado convencido de la existencia de un cierto orden como para imaginar siquiera —por lo menos al principio, en esos primeros meses de casado, de felicidad tan imprevista— tal posibilidad.

Al principio mis padres se cuidaban de no ser mis padres. Mi padre, harto de los forros de doña Mencha —que identificaba con esa situación de intercambio mediado por el dinero y por el caucho, esa posición donde todo tenía un límite explícito, y que, quizás, incluso, le recordaban más de lo prudente a una gordita que algunas noches le sonreía en exceso—, decidió usar la técnica del coitus interruptus, y esa incompletud repetida, sistemática, fue uno de los elementos más excitantes de sus primeros tiempos —o, debería decir, de sus primeros polvos. Coger no era dejarse ir hacia la plenitud del chorro: era avanzar hacia esa plenitud con perfecta conciencia para, llegado el momento, retacearla y mostrarle a su mujer y carne que nunca, ni por un momento, él dejaba de controlar lo que pasaba. Los dos tardarían en entender que esas supuestas exhibiciones de poder de un hombre que era un hombre y era el hombre de la casa frente a su mujer que era una nena eran, en realidad, muestras de su debilidad extrema. Tardaron: mamá, que al principio disfrutaba de la malicia de esa situación siempre incompleta —de la excitación de pensar que siempre quedaba algo más allá, que todavía no habían llegado hasta el final, que eso no era, ni de lejos, todo—, empezó a desesperar y reclamarle; mi padre, que había jurado no volver a forrarse, le contestó que si quería su leche tendría que hacerse cargo de las consecuencias. Mamá, que no pensaba las cosas en términos de consecuencias —que era, de tan chica y tan nena malcriada, incapaz de pensar en consecuencias—, le dijo que por supuesto, que qué se había creído. Así, por ese desafío menor, por ese intento de mi padre de mantener el poder del que da y el que quita, empezaron a pensar en mí —o, más precisamente, a construirme. Yo fui, diríamos, un producto de esa lucha de clases.

Pero ya sabemos, tras tantas fantasías y falacias, que la lucha de clases no produce resultados inmediatos. Se necesitan años, esfuerzos, convulsiones, idas y vueltas y más vueltas: hay quien dice que la violencia es la partera de la historia; otro, que esas revoluciones no engendran hijos sino viudas preñadas que tardan quién sabe cuánto en dar a luz; otro más, que los retoños de esa lucha no son sino ilusión y marchas militares. Mi concepción fue una batalla que duró una eternidad —o algo que se le pareció bastante: no hay nada más relativo que ese falso absoluto que llaman, a falta de mejor nombre, eternidad.

O sea que al principio yo no era ni siquiera una intención, un albur, una idea boba, sino la posible remota emanación de una disputa de poder entre mamá y mi padre. Él fue, debo reconocer, quien me pensó primero: cuando le dijo a mamá que se atuviera a las consecuencias de su capricho, imaginó un tercero chiquitito. Que fue creciendo: de ser una amenaza vaga de mi padre pasé, poco a poco, a la categoría de proyecto.

—¿Y cómo sería, Osqui, si tenemos un hijo?

—No sé, cómo va a ser. Un hijo, como son los hijos.

—Ay, mi amor, lo que te digo es si te parece que saldría como yo, digamos.

—Si nos nace teñido...

—Sos malo, Osqui.

Decía mamá y se lanzaba a la retahíla de reproches noveleros —por qué me tratás así, te aprovechás de mí, yo te di todo y no lo merecés, un día vas a ver, vos no me querés como yo te quiero— que, según costumbre, conducía al entrevero de jadeos. Con el abandono del interruptus, los coitos de mis padres se habían transformado en una carrera con obstáculos: si primero fueron un paseo que, por definición, no debía llevar a ningún lado, ahora eran un avance empeñoso hacia una meta clara: las emisiones de él, los arañazos de ella. Curiosamente, mamá y mi padre supusieron que eso les daba más placer todavía: que esa colaboración para obtener un fin común era algo más serio, más íntimo que ese jugueteo sin sentido que habían practicado hasta entonces, y se sentían más reales, más poderosos, más intensos. Lo suponían de verdad y, siendo el placer un equívoco común y repetido, gozaban como locos.

Quizás alguno de ustedes se pregunte por qué me demoro en el sexo de mis padres, y se confunda imaginando que definiendo alguna de esas ideas que pretenden que los individuos se definen por su vida sexual. Nada me resulta más ajeno pero creo —sin llegar al extremo de aquel muchacho que, peleado con su padre y alejado, le mandó por correo un sobre con unas gotas de su semen junto a una nota que decía que ya estaban a mano— que ese revuelto de sus jugos es lo más importante que hicieron por mí, lo que me importa de ellos.

Porque, mal que me pese, yo soy eso: ese dedo en el culo, la cachetada consiguiente, el dedo más profundo, la cachetada con más saña, el mordisco fingido en una oreja y su respuesta sin fingir, las tetas apretadas las nalgas exprimidas las bolas relamidas secas, las noches de hoy me duele mi amor, las noches de por qué tardaste tanto, los golpes de riñón, los golpes de cadera, mamá diciéndole no soporto tu olor del aguarrás, mi padre refregándose en la ducha, su pija pelándose en el hoyo, los gritos, la mano que los tapa, los susurros, la piel paspada, gotas. Yo soy todo eso pero soy más que eso: soy cada paja de mi padre, los sábados en el salón de doña Mencha, cada suspiro de mamá con la telenovela de la tarde y su mano entre las piernas sorprendida por un olor picante, sus primeros encuentros, sus recuerdos

distintos de esos momentos juntos, sus sorpresas, su ansiedad por verse o por no verse, cada paso que los llevó a sus coitos, sus ilusiones imposibles. Yo soy eso y soy, también, el que les arruinó todo eso cuando me volví la razón de que lo hicieran. Fue cuando mamá entendió que mi padre empezaba a impacientarse por mi ausencia y entendió, poco después, que los días en que sus polvos eran puros encuentros amorosos —o, al menos, digamos, ávidos de sí mismos habían quedado atrás, quién sabe si para siempre. Porque yo, al principio, lógicamente, me negaba a nacer: tenía mis razones.

[ML2]

Entonces dice:

–Podría ser.

En lugar de decir, como querría:

–Es un delirio, y ya es hora de que me vaya a mi casa.

Nito dice que podría ser pero que, sin embargo, ya es hora de que se vaya a su casa.

—¿A qué casa?

Le contesta Carpanta: ¿vos te creés que todavía tenés adónde irte? Y se da cuenta de que tiene que dorarle la píldora o, por lo menos, empezar a explicarse:

–Esta noche, cuando te vi, cuando te oí, fue una revelación. No he tenido muchas, no te creas, así como me ves. Esta noche fue una.

Le dice, y que lleva años —y que cuando dice años son muchos años— haciendo esa pregunta, y que por fin encontró a alguien que tiene —o que dio— una respuesta. Entonces Nito no tiene más remedio que preguntarle qué pregunta.

–La pregunta del siglo.

Dice Carpanta y termina de peinar con la media gillette dos rayas gordas como gatas peludas. Después le ofrece la bic azul sin bic adentro; Nito se suena fuerte la nariz —ha visto que Carpanta lo hacía— antes de proceder. Después repite la pregunta: qué pregunta.

–La pregunta del siglo. En un siglo que superó todos los límites, la pregunta es: si no tuviera ningún límite, ¿qué haría?

Carpanta abunda: que los límites pueden ser morales, legales, físicos, que estamos llenos de límites que nos ponemos para justificar que no se nos ocurre nada interesante. Que los límites no sirven para limitar las conductas sino para liberarnos de la carga de elegir, la angustia de elegir, el desconsuelo de aceptar que no vamos más lejos por idiotas. Y que esta noche, en el teatro de Morón, en las palabras de Nito, en las miradas de su público, encontró una respuesta, y que ahora lo que precisa es un embalsamador, alguien que sepa convertir los muertos en remedos de vivos.

—¿Un embalsamador?

Le pregunta Nito, preguntándose cómo irse de ese living fulgurante.

–Sí, uno que los deje como falsos vivos, como vivos de cuento, preciosos, rozagantes. Uno que sepa hacerlos hablar en jeringozo.

Dice Carpanta, y suelta una carcajada larga, ruidosa, egoísta —la carcajada de quien se ríe con la convicción de que su risa no le debe nada a nadie— y farfulla que no puede ser, que se imagina a esos cadáveres metiéndoles cantidad de pes a las palabras, escupiendo baba con cada pe del jeringozo: baba muerta verde con globitos, dice y se ríe más, se golpea los muslos con las manos, repite jeringozo, intenta: bapabapa mupuepertapa copon glopobipitopos.

II. LA CONCEPCIÓN

1

Mamá y mi padre ya llevaban dos años de casados y la alegre indolencia se agotaba. Tardé mucho en entender que las personas aprovechan el momento en que se atraen para construir alianzas que durarán —esperan— cuando ya no se atraigan: que un romance es una inversión a largo plazo que espera beneficios que cualquiera de los enamorados consideraría, en el momento de invertir, intolerables. Yo tardé en entenderlo —como tantas otras cosas— porque no tuve una de esas educaciones semiautomáticas en las que esos valores se transmiten imperceptiblemente; mamá y mi padre, se conoce, sí tuvieron. Pero, aun así —aun sabiendo que su padre Orestes y su madre Estercita lo habían formado para no hacerse demasiadas preguntas—, me pregunto sobre todo qué querría mi padre entonces. ¿Qué esperaba de la vida ese desconocido tan adulto, casado con una mujer que había dejado de interesarle por sí misma para convertirse en la futura madre de su hijo, prosperando medianamente con el taller donde ejercía su oficio sin más perspectivas que seguir ejerciéndolo durante los veinte o treinta años que siguiera sano, tan extraño que ni siquiera escuchaba los partidos en la radio los domingos? Yo sé lo que decía que quería —como puedo, ahora, a veces, saber lo que digo que quiero—, pero sabemos que nadie espera lo que dice. Uno se fija metas —convencionales, presentables— porque puede exhibirlas y sabe que si las consigue no le van a cambiar nada importante: que llegar a esas metas no será un desafío. Pero uno tiene otras, aterradoras, sibilinas, que ignoraba tener hasta que falla —definitivamente falla, sin remisión posible falla— en el intento de alcanzarlas.

Yo querría, entonces, sobre todo, saber qué quería mi padre de la vida. Vivía en un país donde las personas esperaban cosas de la vida: donde la frase «qué esperarás de la vida» no sonaba a una burla, donde la vida seguía siendo un proveedor fiable. En la Argentina de 1970 había —¿demasiada?— gente que pensaba en el futuro: estaban, por un lado, los que mantenían esa vieja confianza en el futuro que había constituido lo más granado del país, los que pensaban que el trabajo, el esfuerzo sostenido, el ahorro, el módico progreso personal los llevaría a darles a sus hijos las herramientas

para superarlos: m'hijo el doctor seguía siendo el destino criollo por antonomasia. Pero estaban, también, por otro, los que imaginaban que el futuro argentino dependía de que abandonara toda semejanza con ese pasado argentino, que repudiara ese ideal de triunfo individual, y se habían lanzado a una pelea sin cuartel para lograrlo. Mi padre, supongo, pertenecía más bien al primer grupo, pero no es fácil pertenecer en tiempos tan convulsos. Que lo eran: ya se había agotado la primera gran ola de las novedades, los Beatles se habían separado, el flower power era un recuerdo para pósters, la revolución sexual no horrorizaba a las comadres, los jóvenes guevaristas se preparaban para rehacer el mundo y mamá le dijo un día que iba a buscar trabajo. Mi padre la miró, tragó su milanesa con un sorbo de vino, se limpió la boca con la servilleta de cuadritos y le dijo que no era necesario. ¿Necesario para qué? Para mantenernos, ¿para qué va a ser? Pero no es por eso que quiero trabajar. ¿Ah, no? ¿Y para qué, si se puede saber? Mamá no sabía con qué palabras decirle que era para no quedarse las mañanas y las tardes esperándome y esperando al mismo tiempo que un chapista módicamente maloliente llegara a preguntarle si estaba lista la comida, a aburrirse con sus relatos sobre los problemas conyugales de la tía Graciela, a sonreírle, si acaso, con esa mirada que quería decir hoy nos toca pichona. Como no sabía —como nunca supo decir esas cosas—, se quedaba callada y lo detestaba por un rato, hasta que se decía —todavía se decía— que él tenía razón, que cómo se le podían ocurrir semejantes tonterías.

Mi padre, entonces, aprovechaba para no contestarle. Mi padre era inflexible: si las cosas no hubieran sido como fueron, me habría hecho la vida imposible. Ya así me la hizo un poco; de hecho, cuando me pregunto qué pensaba me pregunto cuál sería su punto flaco. Yo crecí preguntándome cuál sería su punto flaco; pobre, mi padre: creo que le vino bien morir tan pendejo. Habría tenido una vida difícil, me parece. Pero, en esos días, su dificultad mayor consistía en vivir esos tiempos en que su esposa, por ejemplo, le decía que quería buscar trabajo. Eran tiempos convulsos, muy distintos de aquellos para los que había sido educado. Casi todos lo son, para casi todos: por definición, nos educamos en un momento de la cultura y vivimos en otro, veinte, cincuenta años más tarde, pero hay tiempos en que las diferencias se hacen más flagrantes. En aquéllos, en los que el cambio era más bien la amenaza constante de que todo cambiaría muy pronto, mamá y mi padre se refugiaron en la idea de esperarme. Así que tuve que transformarme, mucho antes de nacer, en una causa. Yo no era y ya era lo más importante que les pasaba a mis padres en sus vidas: lo que tan dolorosamente les faltaba. Yo fui, antes que nada, el desespero de la ausencia.

Mamá se había convencido de que no se quedaba embarazada porque su marido disfrutaba demasiado de esos polvos. Ah, sí, ¿y vos no disfrutás? Yo sí, pero eso no es lo que importa; si queremos tener un hijo tenemos que hacerlo de otra forma,

insistió mamá diez y cien veces y terminó por convencerlo; para marcar el cambio, cubrió el espejo de la cómoda y colgó una cruz con su Jesús doliente a la cabeza de la cama: ahora no estamos haciendo nada malo, nada que el Señor no pueda ver. ¿Y antes sí? Oscar, no tentés al demonio. Pichona, somos marido y mujer, contestaba mi padre. Mi padre no estaba seguro —no de que fueran marido y mujer, de lo cual tenía suficientes datos, confirmaciones, testimonios, sino de que no estuvieran haciendo nada malo.

—¿Sabés qué, pichona? Tenés razón. Nadie consigue nada gratis; si queremos lo que queremos, tenemos que dar algo.

Así que empezaron a controlar sus movimientos en la cama, a vigilar todo desborde: sus polvos se limitaron a la búsqueda y cualquier atisbo de placer inconducente fue desterrado por contraproducente. Yo fui, al fin y al cabo, el resultado de ese sacrificio. O por lo menos eso creyeron, así me concibieron. Quizá fuera un eco de esa frase que mamá había escuchado tantas veces, aquello de «sin pecado concebido»: siempre me sorprendió lo que podía hacer mamá con ciertas frases. Probablemente no fuera consciente o voluntario: entre todos los errores que mamá cometió conmigo, dudo que se contara el de imaginarme como un nuevo salvador del mundo. Aunque nunca se sabe: ¿qué es, para una madre, su hijo —su primer hijo, sobre todo— sino un salvador omnipotente que viene a rescatarla de su vibrante tontería? Y yo, para colmo, tardaría un tiempo en decepcionarla por completo: el tiempo necesario.

—¿Estás fértil, pichona?

Para mi padre, «pichona» era el apelativo más cariñoso; a mamá nunca le dio por pensar, por ejemplo, que una pichona es un ave que no vuela, que todavía no ha puesto huevos, que no sabría cómo ponerlos.

—¿Cómo querés que sepa, Oscar?

—¿No miraste el calendario?

—No, perdoname. Me olvidé.

Mamá se olvidaba —de algún modo, con ese olvido recordaba los tiempos supuestamente felices en que su relación no estaba regida por las fechas— y mi padre, en lugar de reconocer el gesto amoroso —desencantada, nostálgicamente amoroso— de su esposa, lo tomaba como una muestra más de su desidia. Yo, mientras tanto —era a mí, en realidad, a quien olvidaba—, no tenía forma de protestar o de impedirlo.

Desesperaban. Imaginaban que el sacrificio no alcanzaba, que no eran capaces de tener un hijo, que la culpa es mía —y lo decían—, que la culpa es tuya —e intentaban callarlo—, que la culpa no es de nadie pero no estamos hechos el uno para el otro, o sea: que no sabemos hacer un hijo juntos. Hasta una noche —que quizá fue otra— en la que todo eso que no tuvo, durante años, ningún fin aparente, terminó por

concretarse en mí; todo eso era el camino que esas dos personas, mamá y mi padre, tuvieron que seguir para que una noche de tantas uno de los ochenta millones de espermatozoides que, ya a esa altura, mi padre eyectaba con plena conciencia de su deber de ciudadano, se chocara con un óvulo absorto, distraído de su función y cometido, tan ingenuo de su meta como cualquier otro cacho de carne o sangre, que, de pronto, en el choque, se transformó en el portador de una misión: yo. Aunque, insisto, yo no soy sólo ese óvulo chocado, el espermatozoide fundido en tamaña colisión; yo soy también todos los otros, los errores, las noches sin final: yo soy todos los que no fui. Porque, si no, debería aceptar que el grado de azar que yo —que cualquiera de nosotros— represento es excesivo, despiadado: ¿cómo creer que soy radicalmente distinto de lo que podría haber sido si ese esperma hubiera chocado con el óvulo de al lado o, peor, si el choque hubiera sucedido unos días antes, dos semanas después? Yo no soy ese azar porque soy tanto más que eso; yo soy también todos los espermatozoides que mi padre fue abandonando en una hoja de papel rasposo, en el agua dudosa de un trafal, entre dientes o dedos, en el agujero opuesto para mezclarse con la mierda de mamá; soy esos óvulos que se malograron sin siquiera saber que perdían su única chance, esos que se volvieron pestilentes en la toallita higiénica, esos que avergonzaron a mamá manchándole el vestido. Yo soy todo eso —lo fui desde siempre— pero todavía estaba en ese momento extraño en que tenía que buscarme la vida, y podía no encontrarla.

Mamá creyó que estaba embarazada cuando todavía no estaba embarazada. Esa tarde hacía frío, garúa, algo de viento, y mamá se puso un pañuelo de estampado búlgaro en el pelo que se había lavado esa mañana y fue a la panadería sabiendo que no necesitaba ir a la panadería. Pero llegó, saludó a la panadera cuarentona, pidió tres facturas, vio cómo la mujer le daba unas medialunas medio viejas y no le dijo nada. La panadera le preguntó si estaba bien; ya la conocía, sabía que mamá solía ser quisquillosa y la sorprendió que le aceptara esas medialunas de rebajas. Mamá le dijo que sí, que estaba espléndida, y le preguntó cómo estaba ella; la panadera le dijo que más o menos porque se había enterado de que una cliente habitual estaba muy enferma. ¿Muy enferma? Sí, algo, un cáncer, se nos muere. ¿Y quién es la cliente? No, no creo que usted la conozca. No sé, digamé. Bueno, yo tampoco sé el nombre; sé que es una cliente. Mamá pensó que la panadera le mentía —para joderla o por envidia—; después, por un momento, pensó que la cliente era ella y tuvo un golpe de terror, se puso pálida. La panadera le preguntó qué le pasaba; nada, me acordé de una cosa que me había olvidado. Ah, bueno, le sonrió la panadera, hasta mañana. Cuando salió, mamá se sorprendió de los brillos que veía en los colores grises —lluvia, paredes sucias, asfalto con barrito— y del placer que le daban las bocinas de los autos y decidió que era feliz porque estaba embarazada. Después, cuando estuvo —y descubrió que en ese momento todavía no estaba— tuvo una crisis: si no podía creer

en sus percepciones de sí misma, ¿en qué creía?

Yo no quiero creer que me hayan gestado en un polvo magnífico —si mis padres alguna vez supieron, más allá de su mitología, cómo hacerlos. Sería odioso imaginar que, para ellos, lo bueno de mi concepción no haya sido yo sino ellos mismos, sus cuerpos retorcidos: que, en el momento decisivo de mi vida, me ignoraran. A mí me gusta imaginar que el polvo que me hizo fue puro tedio, dedicación, trabajo productivo, pero mamá siempre dijo lo contrario: que, después de tanto elaborarme, terminé naciendo de chiripa, en un encuentro donde yo no existía. Mamá, de hecho, tiene dos hipótesis —la duda más perfecta— sobre mi concepción: no sabe si fue la noche del martes 11 o la tarde del domingo 23 de septiembre de 1973. Lo del martes 11 fue un patinazo suave: mi padre subió, como todos los días, del taller a las ocho de la noche, mamá le sirvió el pastel de carne y la compota de manzana, tinto, soda; durante la cena mi padre le contó que ya había terminado el rambler ese que lo tenía aburrido y que Beto le había vuelto a pedir que le aumentara el sueldo; mamá le dijo que la había llamado su amiga Silvia para decirle que había una vacante en la peluquería de la Bichi, mi padre le dijo que si se creía que se iba a ir todos los días hasta Banfield estaba colifata, mamá que sí, que sería mucho lío y más si pronto se iba a quedar embarazada; mi padre le sonrió y le dijo claro, pronto, y prendió la tele y se pasó un buen rato orientando la antena: vieron Rolando Rivas Taxista entrecortado por el noticiero que hablaba de una revolución en Chile —confusa, no se sabía casi nada— y a las 11.40 se fueron a la cama. Ya estaban acostados cuando mamá recordó que era su día más fértil y, tratando de mantener la calma, agarró la pija de mi padre, la acarició dos minutos para endurecerla, se montó sobre él, se la introdujo y empezó un movimiento sin alardes. Mi padre la miró con un ataque de cariño: estaba impresionado por la velocidad con que mamá había aprendido ciertas cosas y conseguía controlar determinadas situaciones, y ni siquiera se le había ocurrido todavía temerla por eso; mamá amagó decirle que era su día fértil y él asintió con la cabeza para decirle que sí, que ya sabía; mamá siguió hamacándose con su mejor sentido del deber.

Pero algo se le descontroló: mi padre empezó a toquetearla y a moverse muy fuerte, mamá sintió su pija demasiado profunda y se encontró con una sensación que le pareció —al mismo tiempo— excesiva, peligrosa, inadecuada, incontenible. Mamá trató de recordar la tabla del siete, la más difícil de todas, la que siempre le había traído problemas en la escuela, pero no funcionó. Después de sentir que mi padre había cumplido con su parte, mamá se siguió moviendo un poco más, hasta que tuvo un orgasmo sordo, mitigado, y se asustó: Oscar, qué te agarró. ¿Por qué, pichona?, alcanzó a contestarle mi padre, como si no le hablara a él, justo antes de dormirse. Mamá, en cambio, tardó horas: supuso que en un momento de descuido habían despilfarrado tantos meses de cautela y construcción, y que era cierto que no sabían

hacerme. Quedó desconsolada.

Durante varios días, mamá y mi padre no se hablaron. El domingo 23 fueron a votar —a Lanús, donde todavía tenían sus domicilios cívicos, y aprovecharon para almorzar en lo de mis abuelos. Me cuesta mucho imaginarme a mi padre, un hombre tan exclusivamente mío, tan incontaminado por esas escenas fofas de familia, en la mesa de mis abuelos masticando ravioles y discutiendo lo que todas las familias argentinas discutían ese almuerzo: la vuelta al gobierno de Juan Domingo Perón, diecinueve años después, cuando ya lo habían dado por muerto tantas veces. Con el budín de pan —con el enésimo vaso de moscato—, la discusión se volvió extrema: mi padre no soportaba a ese viejo hijo de puta —así lo llamaba, sin defecto, cada vez que tenía que referirlo: «ese viejo hijo de puta»— y no podía entender cómo los argentinos estaban tan dispuestos a tropezar otra vez con esa misma piedra: de nuevo esto va a ser el cotorro de los aprovechados, una manga de vivos que se van a quedar con todo, cualquiera va a hacer cualquier cosa, los trabajadores en serio otra vez al carajo, decía mi padre y mi abuelo, preocupado —quién sabe si por la situación del país o por el giro que estaba tomando la reunión de familia— le contestaba que no, Oscar, tranquilo, este país está tan desquiciado que nos va a venir bien un hombre fuerte, mano dura, el general siempre fue el más macho, ya va a ver cómo viene y pone orden. Y mi padre, que no quería contestarle con la dureza que quería pero no sabía cómo contenerse, trató sin éxito de ser amable cuando le dijo que ya iba a ver don Bernardo adónde le iban a meter la mano dura y mi abuela que se llevaba una mano a la boca como quien se horroriza y mamá que los miraba divertidos y su hermano mayor —después mi tío Gustavo— que amagaba pararse porque quién es este pelotudo para putearlo al viejo y no se sabía si quería decir su padre biológico o ese gran padre putativo, el otro viejo, el gran Viejo de los argentinos y mi abuela tranquilo Gustavo no la embarulles más, ya está, ya se nos pasa. Y se pasó, en efecto: al fin y al cabo, dijo mi padre, no nos vamos a pelear por estas cosas, y el calor de la estufa pedía siesta y mis abuelos se fueron a su pieza, mi tío Gustavo a votar con su mujer mi tía Silvia y mi padre, un poco brusco, algo más que achispado, se llevó a mamá a la piecita que había sido suya —y que sus padres le guardaban intacta— con dos muñecas rubias que cerraban los ojos encima de la cama, el cubrecama rosado con rositas rococó, un póster de Sergio Denis en la puerta del placard y un aire de olvido y falsedad, como si nunca nadie hubiera podido vivir realmente en ese cuarto conservado como santuario de un dios inverosímil: vamos, pichona, acostémonos un rato, le dijo, los ojos en las muñecas recostadas, pero nunca llegaron. Mi padre la tiró encima de la cama entre las dos muñecas, le bajó la bombacha sin sacarle la pollera ni las medias y se la cogió desde atrás como en los viejos tiempos. Mamá tuvo que taparse la boca con la mano para no gritar como un chanco y despertar a su familia y, en ese gesto, el placer extraordinario que había despuntado cuando pensó que por

fin su hombre se la estaba empomando en la cama donde había sido más virgen y más pura —destruyendo cualquier asomo de ingenuidad que pudiera quedarle en algún lugar del mundo, volviéndola mujer sin vuelta atrás—, desapareció de golpe y sólo le quedó el peso de un señor fornido que babeaba corcoveando sobre ella, torpe y penoso sobre ella, necesitado sobre ella —y ahí, seguramente, en medio de ese polvo, empezó a desear que se muriera.

Quizá mamá tenía razón cuando pensaba que el precio de mi nacimiento sería un extremo abandono del placer; en todo caso, a mí me gusta suponer que me hicieron esa tarde, en el lugar donde mi padre era más extranjero, en un raptó de mal humor y confusión y silencio de manos en la boca, en un acto que, en general, no tuvo nada que ver con ellos ni conmigo: fue la revancha de mi padre contra un mundo que le imponía a ese viejo choto una vez más y fue, sobre todo, su forma de decir que toda esa familia sería, decente, tan política, le chupaba un huevo. Pero hay algo que tardé mucho en saber: aquella tarde, en la casa de Lanús, mamá, pese a su odio —quizá precisamente por su odio—, tuvo la sensación de que algo extraordinario había pasado y, ya casi en el final, se revolvió para meterle a su marido tres dedos en el culo: pensó que yo podía estar empezando y que, en tal caso, él también debía participar y ser, de alguna forma, penetrado. Mi padre pegó un grito, mi abuela tocó la puerta y preguntó qué les pasaba.

—Nada, mamá, Oscar tuvo una pesadilla. Una pesadilla tuvo Oscar.

Perón ganó, sabemos, aquellas elecciones, y supuso que iba a llevar los destinos de la patria a alguna parte; pocos días más tarde, mamá se cansó de esperar la sangre que esperaba no derramar y se fue a hacer el test de la rana. Esa tarde cocinó un pollo al horno y recibió a mi padre con unos escaarpines —porque una propaganda de la televisión ponía en escena ese modo ligeramente autista, profundamente preverbal de desvelar un embarazo. Mi padre la miró con desconfianza, empezó a formar la frase pichona estás segú hasta que su mirada —la de ella, la de mamá empezando a ser mamá— le hizo saber que lo suyo, de ahí en más, sería el silencio. De algún modo impensado lo aceptó, la abrazó, le revolvió los pelos con spray, soltó una carcajada. Mamá y mi padre no supieron qué más hacer con la noticia: se miraban como quien quiere ver algo distinto, se abrazaban sin atrapar la diferencia, se felicitaban porque por fin habían conseguido lo que llevaban buscando tanto tiempo —y trataron de no pensar que no hay nada más decepcionante que el momento en que se llega a la meta tan ansiada. Nuestra primera reunión de familia se terminó temprano.

Creo que nunca —por más cosas que haga, por más porfiado que lo intente— volveré a tener en ninguna parte una presencia más fuerte que la que impuse en esos nueve meses en que nadie me vio, que me pasé encerrado en sangre y agua. Después, cuando fui un cuerpo notorio, móvil, cada vez más autónomo, mi presencia fue inmensa para mamá, grande para mi padre; pero en esos doscientos setenta días de travesía del desierto más repleto yo era, para ellos, todo lo posible: un varón y mujer que sería su salvación o su caída, la mujer y varón que realizaría sus miedos o ilusiones, ese bebé molesto que les rompe su vida —que evidentemente no soportan, y por eso lo tienen—, la nena encantadora que los cautiva y babosea, el chico que se recibe con un diez en la escuela y la que insulta a las maestras por cualquier tontería y el que juega al fútbol como nadie y el que tiene ganas de hacerse maricón sin atreverse y la que alegra tardes tristes con su piano y el que roba monedas de los vultos y el que estudia medicina para salvar al mundo y la que estudia medicina para hacerse rica y la que estudia medicina para encontrar marido y la que no podían imaginar, sobre todo: ese eso que no sabían imaginar y los llenaba, al mismo tiempo, de horror y de esperanza. Yo, mientras tanto, sin sospechar nada, me dediqué a la tarea más delicada que tuve en mi vida: ir haciéndome con el mayor cuidado, desviviéndome por evitar los millones de errores. Yo tenía cuatro semanas, cuatro milímetros, una membrana en vez de boca, un tubo por todo corazón, branquias y no pulmones, una cola de rata, formita de gusano que empezaba a curvarse y nada de lo que haría en el resto de mi vida sería tan decisivo; nada podría tener consecuencias tan indelebles como no desarrollar —digamos— bien un brazo, deformar por descuido una aorta mitral, calcular mal el largo del intestino grueso, desatender la formación de un tímpano. Por suerte, en ese ambiente la concentración se hace perfecta y absoluta, y nada te sustrae de la tarea: quién sabe sea por eso que te encierran. Al principio, la única distracción de mis sentidos consistió en percibir el agua circundante o, mejor dicho, ir separándome de ella, hacerme otro: notar cómo entre esa agua y mi cuerpo en progreso se instalaban separaciones nuevas, tejidos para aislarme y contenerme, la piel que poco a poco se conforma.

Mamá, mientras tanto, trataba de adaptarse a su nueva situación: había dejado de ser acción —búsqueda denodada, necesidad de otros, frenesí—, y pasó a ser espera y suficiencia. No sabía —no había imaginado— qué poco hace una madre una vez dado el primer paso: se sienta, reposa, se asusta, imagina, se queja, reclama, llora, come, engorda. Mientras tanto, todo lo que ella creía que iba a tener que hacer sucede solo: nada que requiera su voluntad, un proceso complicadísimo que avanza sin que ella pueda manejarlo. Y mi padre, que no lo entendía, se indignaba ante su propia prescindencia. Así que decidió, para sentirse parte del asunto, imponer muchas pautas de conducta. La mayoría de ellas eran habituales, nada que el tiempo o el lugar

modificara: en general, las mujeres preñadas hacen menos, trabajan menos, cogen menos, salen poco: cuando una mujer está preparándose para traer un hijo al mundo lo primero que hace es retirarse de ese mundo, como si precisara perspectiva. Pero, en particular, la situación de las calles de Buenos Aires durante ese verano del 74 —el asalto a un cuartel, asesinatos varios, inundaciones, confusión creciente, marchas, choques, el calor extremo— le daba a mi padre las mejores excusas para imponer a mamá una prisión rigurosa.

—Pichona, no es momento para andar por la calle.

—¿Por qué, Osqui? ¿Qué te da miedo?

Mi padre se indignaba, le decía —no le gritaba, el embarazo había bajado mucho el volumen de sus intercambios que no era que nada le diera miedo, que no fuera tontita, que no era que él tuviera miedo —no es que yo tenga miedo, tontita, cómo voy a tener miedo, es el país que está hecho un kilombo— y que el país estaba hecho un kilombo y el mundo estaba hecho un kilombo y que no era el momento. Entonces mamá, con lógica sensata, fruncía el ceño que mantenía todavía sin la menor arruga y le decía que si le parecía que todo estaba tan mal, quizá no fuera el momento de traer un hijo al mundo.

—¿No nos habremos equivocado, mi amor, con lo que hacemos?

Entonces mi padre la miraba en silencio, como quien no quiere decir lo que no quiere, y al rato le hablaba de otra cosa. A la cuarta vez le dijo que para ellos era el buen momento, y que al carajo el mundo. Mamá no se convenció. A la séptima vez le dijo que no se confundiera, que quizás esos kilombos trajeran algo bueno. ¿Algo bueno? ¿Vos no serás uno de éstos? Yo soy tu marido: si vos no sabés quién soy entonces nadie sabe, le dijo mi padre, y se volvió al silencio —y mamá no supo entender si la frase debía tranquilizarla o alterarla, si su ignorancia probaba que mi padre no era o que lo era sin que nadie supiese, ni siquiera ella, y no quiso preguntarse qué «era» porque no tenía ninguna confianza en la respuesta. A la decimoctava vez, mi padre la miró más fijo que de costumbre y le dijo, muy lento, que no quería hablar de eso nunca más; no sé si me entendiste: nunca más. Y, por última vez, consiguió hacer su voluntad: no hablaron nunca más de eso. Así que, llegado el tercer mes, cuando el calor de diciembre apretaba y yo ya tenía ocho centímetros —casi todo cabeza, brazos, dedos, cuello, una carita, corazón, pulmones, intestinos, los ojos bien cerrados para aprovechar mis nuevos párpados, la piel muy transparente e incluso unas bolas que me colgaban entre las piernas flexionadas—, mamá se resignó a su encierro, matizado por las visitas de mi abuela, alguna vuelta vespertina a la manzana y, los domingos, un paseo largo por el parque Lezama — donde mi padre practicaba sus ideas esquivando los grupos de militantes que pululaban en el pasto, los discursos improvisados y flamígeros, banderas, los gritos de los bandos. Mamá, en sus días de encierro interminable, se convenció más y más

de que estaba cometiendo un error, o varios: mi padre, sin duda, era el mayor, pero el que menos consecuencias podría, finalmente, depararle. Yo, en cambio, me convertí en un error dudoso, opinable pero lleno de efectos; en esas tardes, mientras sorbía sus tecitos de boldo con cuatro o cinco azúcares, mamá se fue persuadiendo de que se preparaba para parir un monstruo.

Hacía tiempo que no volvía a esa panadería: le había tomado idea. Pero esa tarde era abril y llovía y la panza le pesaba como si ella misma hubiera estado adentro, y decidió no caminar ni dos pasos de más: fue a esa panadería. Pidió seis miñoncitos — no, no me dé más que se me quedan sin comer, tirados— y, justo antes de pagar, le preguntó a la panadera si sabía algo del cáncer. ¿De qué? No, disculpe, quise decir de esa clienta que le dijo que tenía un cáncer. ¿Cuál clienta? Esa que usted me dijo, ¿no se acuerda? No, no me acuerdo. La panadera la miró de acusadora a desconfiada: a los ojos primero, después a la panza, otra vez a los ojos: usted no debería pensar en esas cosas. Mamá pensó que era la panadera la que pensaba en esas cosas, después pensó que no sabía qué serían esas cosas, al final se le ocurrió que un cáncer es como un hijo, un bicho raro que te crece en el cuerpo, y se espantó y trató de decirse que la diferencia es que el hijo se va y vos seguís viviendo. La panadera le dio el vuelto cuando trataba de despejar la resonancia de la frase: ¿y vos seguís viviendo?

Todo estaba en el libro: alguien —su cuñada mayor, probablemente, mi tía Silvia — le había prestado un libro de puericultura que empezaba con el inventario de todas las maneras en que un bebé podía pifiarla. Primero mamá no lo leyó, y pensó sola que le iba a salir mongui: tras el susto inicial, se imaginaba una vida de dedicación a la causa de su hijo incapaz de valerse por sí mismo, una vida de devoción materna insoportable inigualable, reconocida por todos los demás como el supremo sacrificio, y hubo un momento —yo, para entonces, ya tenía veinticinco centímetros y mi par veintitrés en todo su esplendor y era capaz, entre otras cosas, de saltar en su panza, rasguñarla con uñas, cagarla con meconio e, incluso, ya, pensar alguna cosa— en que descubrió que lo deseaba: que me deseaba mongui. Se asustó —se sintió, con razón, la peor de las basuras— y ahí fue cuando recurrió al tesoro del libro. Entonces buscó deformaciones espantosas, tremebundos castigos que no pudieran esconder ningún placer —o, por lo menos, ninguno que supiera imaginar por el momento—, y el libro le ofreció bandadas: yo sería una nena con testículos y barba, un cuerpito sin el menor color, albino como un susto, un enano que guardaría la proporción fetal con su cabeza del tamaño del resto de su cuerpo, una reunión de huesos tan maleables que me convertirían en un chicle masticado ya sin gusto, un monstruo casi mitológico con un solo ojo en el medio de la cara, atento, vigilante, incapaz de cerrarlo, una nena con la laringe tan mal hecha que sólo podría emitir el maullido de un gato mal comido, un progeriano que envejecería a velocidades endiabladas y sería un viejito moribundo

cuando ella cumpliera treinta y cinco, un bebé con síndrome de marioneta feliz que nunca pararía de reírse, que se seguiría riendo ante su tumba.

Mamá pasó semanas espantosas, interesantísimas, imaginándome destinos energúmenos. Mi padre, por su lado, simulaba ignorarlo —pero se le notaba que notaba el peligro. Un día mi padre pensó algo. Era una noche como muchas, lluviosa, aburrida —y ni siquiera martes. Empezaba el mes de mayo, Perón había echado a sus jóvenes amigos de la plaza de ídem, yo era una bestia de cuarenta centímetros y dos kilos retorcida por la falta de espacio, harta de un encierro que no tenía cómo apreciar, y el parto estaba previsto para el 15 de julio. Mi padre, aquella noche, volvió del taller un poco más temprano, abrazó a mamá, le tocó la panza —me tocó a mí en su panza, a ella acrecentada, deformada por mi amenaza dentro de su panza— y le dijo que se apurara, que a veces le parecía que no podía esperarme tanto. Mamá lo miró extrañada, le preguntó por qué. ¿Por qué, qué? Por qué te parece que no podés esperar a tu hijo tanto tiempo. ¿Por qué me lo preguntás? Porque vos acabas de decirme que no podés esperar a mi hijo, digo a tu hijo, tanto tiempo. Yo nunca dije eso, Beatriz, nunca.

Mi padre quería que se apurara; mamá no podía decirle que prefería que ese momento llegara lo más tarde posible, para diferir la confirmación de sus terrores. Que seguía variando según los azares de la lectura de su libro. Hasta que descubrió el que mejor le sentaba: yo sufriría —ya estaba sufriendo, en realidad, sólo que clandestino, vergonzante, escondido en su cuerpo— de sirenomelia, una rarísima condición por la cual mis dos piernas estaban pegadas como la cola de una sirenita. Ese retoño tan errado era perfecto para ponerla en su lugar: le mostraría que su intento de escaparse de su casa y convertirse en una mujer de verdad había fallado, que seguía siendo una nena sólo capaz de cuentos infantiles. Mamá se pasó horas y horas imaginando formas de criarme sirenita; dibujó modelos de ropas para disimular mi falsa cola, pidió un presupuesto para agrandar la bañadera —sin pensar que las piernas pegadas no me convertirían automáticamente en un monstruito anfibio—, buscó desesperada un nombre que conviniera a tal engendro. De hecho, semanas después, cuando vio que mi cabeza ensangrentada aparecía entre sus piernas, cerró los ojos para vivir todavía unos segundos sin la confirmación de su fracaso.

Cuando nací llovía, y a mí me importaba menos todavía. No tenía por qué importarme: yo estaba casi desbordado por el trabajo de cambiar de mundo. Pero, además, no era una de esas lluvias torrenciales, imponentes, que ahogan en su

tumulto todo el resto; era una garúa pertinaz, una insistencia innecesaria. Mi padre esperaba el resultado en la sala de al lado, lamentando no ser fumador para completar correctamente el cuadro; mamá seguía con los ojos cerrados, disfrutando de sus últimos momentos de felicidad antes del desastre; el partero me sostenía de los tobillos cabeza abajo y me miraba.

—No se mueve.

El partero esperó, me agitó un poco, de pronto tuvo miedo. Una enfermera bien morocha le dijo que por qué no me palmeaba y él la miró extrañado: usted nunca trabajó conmigo, ¿no? No, doctor, soy nueva acá.

—Yo no les pego. No creo que la mejor forma de recibir a estos pequeños en su nuevo mundo sea la violencia, sabe.

—Le entiendo, doctor. Pero éste sigue quieto.

El partero se llamaba David Gruben y tenía treinta y tantos, el pelo largo enmarañado, pulserita de cuero en la muñeca izquierda, metamorfosis muy recientes. Durante toda su carrera había sido un estudiante modelo, absolutamente concentrado en sus materias, el orgullo de su padre médico —y había abrazado la especialidad de su casa, anestesiología. Hasta que, a sus treinta, una novia fugaz —una médica pecosa pelirroja que se fue a trabajar en la selva peruana— lo convenció de que se hiciera ginecólogo: en un mundo en plena evolución no podía seguir dedicándose a impedir que las personas sintieran lo que les pasaba; lo mejor que podía hacer era lo inverso: ayudar a que más y más gente se sumara a este mundo que avanzaba sin cesar hacia un futuro venturoso. La oposición era confusa, pero Gruben se había convencido: tomó cursos de ginecología, se conchabó en un par de hospitales del gran Buenos Aires y, por mera necesidad económica, en cuatro o cinco sanatorios sindicales. Gruben era un tipo serio, consecuente, y adoptó un modelo de parto basado en la no violencia de inspiración gandhiana: el bebé debía empezar su vida externa sin ninguna agresión, naturalmente, en los tiempos y modos que pudiera.

—¿Qué hacemos, doctor? No pasa nada.

Mi padre lo había conocido esa misma mañana, cuando llegó con mamá, bajo la lluvia, al sanatorio sindical, y no le gustó: el pelo revoltijo, los jeans, las zapatillas. Pero la empleada de administración le dijo que era el mejor. ¿Será el mejor o es que ahora cualquier tipo con un peinado raro les calienta la cabeza, señorita? Señor, usted qué se ha creído. Mi padre se calló, y ella le dijo que su mujer iría a un cuarto con otros tres pacientes; mi padre no le dijo nada, mamá estaba concentrada en sus dolores y en su terror por la inminencia de la sirenita. Hasta que, un rato más tarde, llegaron sus padres mis abuelos y le preguntaron a mi padre cómo podía ser que Beatriz —que seguía en su trabajo de parto estuviera en un cuarto tan común. Mi padre le dijo a mi abuelo Bernardo que así eran los cuartos, mi abuelo que seguro que había mejores, mi padre que ése era el que les correspondía, mi abuelo que fuera a

ver con quién había que hablar, a quién había que darle cien o doscientos pesos ley.

–Yo no hago esas cosas, don Bernardo.

–Vos por mi hija hacés lo que sea.

–Lo que sea no, yo no quiero que su hija se avergüence de mí.

–Ah, porque vos te creés que no se avergüenza.

Cuando mi padre volvió de arreglar la mudanza —trescientos pesos, tres minutos de charla entrecortada— a una habitación doble, mi abuelo le contó con fruición de detalles las razones de la vergüenza de mamá, su hija: que con él no se podía ir a ningún lado porque enseguida se notaba, que esas uñas siempre sucias de pintura, que no tenía conversación para satisfacer a una señora, que no ganaba suficiente, que era un bruto, que todo lo que todos sabíamos pero ella había tardado tanto en enterarse, nenita caprichosa malcriada. Mi padre lo escuchaba simulando que casi no escuchaba, y nunca se atrevió a preguntarle a mamá si lo que había dicho don Bernardo era verdad —porque siempre creyó que podía serlo. Yo, a todo esto, seguía inmóvil: mudo, muerto, inmóvil. Estaba alelado por ese mundo raro: un mundo tan vacío, donde de pronto no había nada alrededor de mí, el aire leve en vez de agua pesada. Yo estaba en ningún lado, en el vacío: mudo, inmóvil. Mamá gritaba, la enfermera gritaba. El doctor Gruben me miraba, esperaba; de pronto tuvo miedo.

–Doctor, hay que hacer algo.

No era la primera vez, por supuesto, pero ésta el doctor Gruben perdió los estribos, principios y libretos —yo ya era bueno en conseguir tal resultado— y me pegó tremendo palmetazo en mi mínima nalga. Obediente, humillado, solté el grito. Mamá gritó, la enfermera gritó, el doctor Gruben se quedó callado, mirándome, pensándose. Después, muchos años después, mamá me contó que ése fue su momento decisivo: que entonces creyó reconocer la justeza de esa frase que dice que la violencia es la partera, que se hizo paramédico de los montoneros y que más tarde, secuestrado por los paramilitares, fue uno de sus colaboradores más dilectos, que ayudó a torturar a cientos de personas, que se dio a la bebida y que ahora, con un nombre alemán, vive en la costa de Colombia cuidando chicos leprosos para pagar sus culpas. Yo no lo creí: nadie termina en un leprosario de la costa colombiana a menos que lo haya deseado desde siempre o, dicho de otro modo: nadie termina por azar en ese sitio. Hay lugares donde se puede terminar por decisión o por azar, hay otros donde sólo por azar, otros donde sólo decidiendo: yo sé de eso, y el leprosario colombiano no tiene azar posible. Pero la historia de Gruben es una historia de mamá, o sea: grandes proporciones de mentira sobre una base indefinible de verdad —historias que no se pueden desechar sin saber que se ha tirado al bebé con el agua del baño—, y durante muchos años sentí la responsabilidad de ese trayecto desdichado: si yo hubiera sido más rápido, si hubiera sabido simular que estaba vivo cuando ya estaba casi vivo, nada de eso habría sucedido. O quizá sí, pero de otra manera. Y,

dado que la manera en que sucedió fue tan horrible, es difícil pensar que otras pudiesen ser peores. Yo hago esas cosas: yo siempre he hecho cosas como éstas.

4

He hablado mucho, es cierto, quién sabe demasiado, sobre los nueve meses de mi nacimiento. No es casual: el nacimiento es lo más importante que hace un hombre —su único momento único, completamente irrepetible—, y sin embargo no lo hace. O, por lo menos, acordamos considerar que no lo hace: que quien nace es, como el creyente para san Ignacio, un cadáver que se deja conducir por los que saben, sin poner nada de su parte. Acaso la idea venga de antiguos animismos: antes de nacer estamos muertos —e interrumpimos esa muerte con la vida para volver después—; por eso se describe el nacimiento como la puesta en movimiento de un cuerpo sin moción propia, un cuerpo muerto. Son tonterías, por supuesto, pero basadas en cierta realidad —que la ciencia, si sirviera para algo, debería modificar: si la biología no fuera tan inane buscaría, antes que nada, formas de darnos más participación en nuestro nacimiento, herramientas para registrar, primero, y eventualmente conducir ese momento, hacernos cargo.

Pero esto fue hace años y llovía y yo, por fin, había nacido: ya era un cuerpo autónomo. Y pataleaba, lloriqueaba, ensayaba movimientos indignos que mamá festejaba como tremendos logros. Yo, por suerte, no sabía verla todavía. Sería terrible haber podido verla.

Es curioso que cualquier animal se reproduzca. Digo: es un error, una confusión, un desperdicio curioso que cualquier animal —ese hombre, camaleón, perro, cucaracha, mujer, mujer muy fea, hombre tontuelo, conejo de la india, japonés— se reproduzca. Ahora, cuando recuerdo mi principio, lo pienso todo el tiempo. Voy por la calle y veo cuánta gente que el mundo no necesita para nada paseando niños que el mundo tampoco va a necesitar, cuya ausencia sólo molestaría a ellos mismos —si pudieran notarla— y a un puñado de innecesarios semejantes. Si la lucha por la supervivencia no fuera tan relajada, si la selección natural fuese un poco más estricta, tantos de ellos serían los últimos especímenes y el mundo se ahorraría el trabajo de soportar y sostener y alimentar y oxigenar y al fin pudrir durante siglos esos cuerpos. El problema de esa idea es que supone cierto determinismo indefendible: que las capacidades del producto de dos animales equis y zeta son directamente proporcionales a las capacidades de equis y de zeta, y eso muchas veces no se verifica, porque la suma de dos elementos dispares tiene grandes posibilidades de

crear un tercer elemento muy diverso de sus dos precedentes: con eso zafan. Ahí se esconde —junto a la terrible falta de autocrítica— la gran justificación de la continuidad de las especies: dale, vamos, probemos, total quién sabe lo que puede pasar si nos mezclamos —y el mundo se sigue llenando de más y más inútiles.

Pero no me quejo —no debería quejarme: si la cosa no fuera tan fácil, supongo, es posible que mamá y mi padre no me hubiesen producido, y habría sido un error. Si la selección fuera más rigurosa quizá yo no sería; no quería decirlo antes de haber nacido, por si acaso, pero mamá era, para empezar, bastante idiota. O, por lo menos, perfectamente prescindible: una persona dispuesta a ver pasar la vida por delante un día y otro día y otro día, sin más variables que ciertas mejoras materiales, cierto entretenimiento menor, algún regocijo prefijado, unos pocos sobresaltos y tristezas; una persona a quien nunca se le había ocurrido más objeto en la vida que crecer y multiplicarse a la manera dominante, consiguiendo un macho ligeramente inferior que la preñara y sostuviera; un eslabón para la continuidad de una especie que debería justificarse de otro modo. Y mi padre, creo, no era mucho mejor —aunque nunca voy a poder estar seguro.

Cuando nací llovía, pero no debo tomarlo como un signo. Entre los infinitos errores que cometemos, aun antes de nacer, los hombres, uno de los más vulgares consiste en creer que ciertos fenómenos ajenos deberían influir en nuestras vidas: que algo tan general, tan vago, tan olvidable como una lluvia en pleno invierno puede tener algo que ver con algo tan general, tan vago, tan olvidable como los caminos que puede tomar la vida de alguien. Aunque el error de esta frase está claro: cuando nací, yo no era algo tan general, vago y olvidable. Cuando nací yo era tantas cosas. Era el primogénito, era el que iba a cambiarle la vida a mamá y a mi padre, era el argentino más joven más nuevito, era pura potencia acumulada. Desde ese mismo momento empecé a perder algunas de mis cualidades, y no siempre las que el lector podría imaginar. Porque de eso se trata todo esto: de estar lleno de potencia e ir perdiendo.

Yo empezaba a perder —chorros de posibilidades se me caían cada segundo, ya no sería un pigmeo acromegálico, ya no sería una nena, ya no su sirenita, ya no un pianista manilargo— y eran las tres o cuatro de la tarde: mamá estaba feliz, y le importaba menos que a nadie que Perón se hubiera muerto. Se había pasado tanto tiempo esperando ese momento que ya desesperaba: verme ahí, apretarme pegado a sus tetas, limpiarme la babita, mirarme arrobada le parecía la culminación de algo que no necesitaba ningún otro episodio para ser perfecto. No sabía, entonces, que cuando uno cree que ha llegado es que sólo está en el punto de partida. Yo, mientras tanto, trataba de acostumbrarme a su lado de afuera —y a todo lo que ahora, inesperadamente, la rodeaba.

La habitación del sanatorio del Sindicato de Chapistas estaba pintada de un verde agua amarillado y no tenía más decoraciones que una foto de Perón sobre fondo de

bandera patria, un crucifijo con Jesús agonizando y la cara de la enfermera con el dedo cruzándole los labios: silencio, por favor. En la cama de al lado un señor mayor estaba a punto de morir. La dirección del Sindicato de Chapistas suponía que su sanatorio era, entre otras cosas, una oportunidad para ofrecer a sus afiliados ciertas lecciones morales, y no quería desaprovecharla. Por eso ponía a las parturientas con enfermos graves, como un modo de mostrarles a ellas y a sus familiares que la vida y la muerte son un accidente en las manos de dios, que todos vamos y venimos, que no somos nada, y sobre todo que, aun en nuestros mejores momentos, debemos tener presentes a los compañeros en problemas: la solidaridad bien entendida. Así que ahora, mientras mamá me apretaba contra su grasa pectoral —y constataba con alivio vergonzante que mis dos piernas eran enclenques pero separadas—, las hijas del chapista agonizante trataban de callarse y esconder su desazón o su impaciencia para no perturbar nuestro momento inaugural. Entonces, con una sonrisa perfectamente pelotuda, apareció mi padre.

Las dos hijas tenían más de cuarenta años y se trataban fuertemente como hermanas: como dos personas que comparten una condición indisoluble —la más indisoluble de las condiciones— pero no mucho más que eso, y que parecen asombrarse todo el tiempo de la fuerza de esa condición que comparten, tan escasa: que son un testimonio testarudo de la potencia de algo que no parece destinado a ser potente, como quien dice un pato de juguete que, pese a su apariencia intrascendente, provocara cataratas de llanto en las personas que lo miran. Una de las hermanas era baja y robusta, las piernas varicosas macetonas, el pelo corto sin teñir; la otra era baja y un poco más flaca, el pelo más cuidado recogido en moño negro, pantalones ceñidos; la macetona llevaba anillo de casada. Las dos hermanas llevaban cuatro días esperando que su padre se muriera —les habían dicho que no había esperanzas, que era sólo una cuestión de tiempo; una de ellas, de hecho la más flaca, no podía dejar de oír el eco de esa frase en su cabeza; una cuestión de tiempo—, y ya no sabían cómo esperar. Al principio, por supuesto, lo habían esperado preparadas para el dolor y la desdicha, recordando historias de la infancia, llorando a cada rato; al cabo de dos días, la más gorda le había dicho a la otra que eso podía seguir así durante días y días y que ella no podía, que tenía una familia que atender, que lo sentía pero que podía pasarse como mucho dos días más. La hermana la miró con miedo a ser su hermana —con miedo a suponer que lo que su hermana le estaba diciendo venía del mismo lugar que venía ella y que, por lo tanto, de últimas, ella podría haberlo dicho— y le dijo que cómo decía eso. Su hermana le dijo que se lo preguntaba porque ella no tenía una familia que atender, que le daba lo mismo. Su hermana no le contestó y no quiso pensar —pensó, aunque trató de no pensar— que su hermana le estaba dando al padre un ultimátum: que lo estaba apurando. En los dos últimos días —y, por lo tanto, en las horas transcurridas desde nuestra llegada, primero la de mamá y mi padre, al fin la

mía— las dos hermanas casi no se hablaron.

Dos días después, justo antes de dejar la habitación, mientras el chapista moribundo seguía moribundo, el fotógrafo del sanatorio nos sacó la única foto en que mi padre y yo salimos juntos. Él tenía una camisa blanca arremangada no muy limpia, el pelo peinado para atrás con restos de gomina, el bigote negro recortado, los ojos oscuros achinados por el flash, y me sostenía alejado de su cuerpo, como si no supiera de dónde había salido, si contagiaba algo, si manchaba, si estaba derritiéndome. Yo era un capullo de lana blancuzca con la cara como un repollo en mitad de la cocción, y no miraba a cámara. La foto, ahora, se ha grisado y es, queda dicho, única. No eran épocas, aún, de tantas fotos. Entonces las personas no se desesperaban por fijar todo en imágenes; confiaban, esperaban, creían todavía que podían acordarse de las cosas —y era una suerte, porque las memorias son tan falibles, tan maleables.

[ML3]

—Vos no me vas a entender. Digo: ahora no me vas a entender. Me vas a ir entendiendo de a poco pero no importa, no te preocupes; todavía no necesito que me entiendas. Digamos que, para empezar, yo vuelvo al arte.

Dice Carpanta y se queda callado, piensa en algo que debe ser el arte. Nito no le pregunta cómo se hace para volver al arte o para ir o para irse porque tiene miedo de decir, una vez más, estupideces, pero enseguida piensa que debería habérselo preguntado porque Carpanta lo interrumpe —interrumpe su silencio a punto de romper— para decir qué boludez decir que vuelve al arte:

—¿Cómo voy a decir vuelvo al arte? Como si uno pudiera irse del arte, como si del arte uno pudiera ir y volver, como si todo esto que hacemos no fuera también arte.

Dice, y la frase, se ve, lo satisface mucho: se queda unos segundos suspendido, oyéndole los ecos en el aire y después grita Titina trae un par de whiskies. Como si todo en la vida no fueran tropezones del arte, dice. Vos también querés otro, Nito, ¿no? Nito no dice nada porque empieza a entender que Carpanta no necesita que le contesten para darse por muy bien contestado: que es de ese tipo de personas, piensa, y se preocupa.

—Tropezones del arte, patinazos, trastabilleos, zancadillas del arte...

Titina aparece con dos vasos de cristal bajos pesados con whisky con bastante hielo. Titina llega desde ninguna parte; estuvo ahí —en el fondo de ese living tan moderno, ventanales a la luz de la ciudad, mucho espacio vacío y, en el medio, tres sillones blancos y una mesa de vidrio— todo el tiempo, pero sabe cómo disipar su presencia y producirla sólo cuando Carpanta la requiere: Titina es una prestidigitadora de sí misma.

—¿Es Glenmorangie?

—Jefe, me extraña.

Nito la mira y trata de entender qué le había visto, cómo pudo pasarse tanto tiempo esperándola, inventándola. Por momentos le parece que lo entiende —y puede desecharlo. Lo difícil son los momentos en que no consigue descubrirlo, manotea, pedalea en el aire, necesita —y piensa que sólo lo entendería si se tirara encima de ella o, por lo menos, la agarrara de la cintura y la arrastrara hasta una

de las piezas. O del pelo, incluso.

—¿Sabés en qué me hace pensar todo esto?

Dice Carpanta que, por supuesto, odiaría que Nito contestara. La televisión repite una y otra vez un clip de Charly García, viejo, mucho grano, bajo de volumen: si luchaste por un mundo mejor. Titina se vuelve a la galera.

—No, no en la CruceFixión. No, yo hice otras cosas además de eso. Estaba pensando en una tarde en Barcelona, hace como veinte años. Sería mediados de los setentas, fines, no me acuerdo.

La historia no es del todo clara —Nito, en todo caso, no la entiende bien. Carpanta dice que fue una de las épocas más turbias de su vida y da muchas vueltas; después se enfoca en que tenía que vivir de vender mariposas de tul en la calle —que se vendían muy bien, dice, no vayas a creer, eran mercadería muy noble pero por más noble que fuera, dice, qué se puede esperar de alguien que vende mariposas de tul de tres colores— y que, poco a poco, progresó. En realidad, dice, no fue que progresó porque progresar da la idea de un avance lento, persistente, el avance de esos pequeñoburgueses que le compraban mariposas de tul de tres colores, sino que un día decidió cambiar de conducta —dice: cambiar de conducta, como quien cambia de camisa o de país—; que la conducta habitual de los vendedores de mariposas en la calle era levantar dos o tres mil pesetas cada tarde y reventárselas a la noche en una buena cena —en lo que entendíamos por una buena cena, dice, una tortilla de patatas y quién sabe un trozo de pescado: una cena caliente— y en un par de cervezas, una piedra de hash, una cama para pasar la noche.

—Yo me di cuenta de que así lo único que hacía era mantener una vida siempre igual, que la aventura es siempre igual, pura repetición y me dio miedo. Me cagué de miedo.

Dice Carpanta y que el miedo es la razón por la que todos hacemos casi todo, que el miedo está terriblemente subvalorado, depreciado —por miedo, dice que por miedo—, que si no existiera el miedo la vida sería un aburrimiento y una felicidad —que son casi lo mismo, dice, y mira a Nito como esperando que diga algo o que haga como que está pensando decir algo—, y que de pronto le dio miedo pensar que se estaba preparando para pasar años y años siempre igual, mariposas de tules tres colores, y pensó —además, dice, pensé— que ahí había un negocio. La historia se hace larga, intrincada: las vueltas que tuvo que dar para enterarse del origen de las mariposas que un mayorista valenciano les vendía a todos los vendedores —mayormente argentinos— de la calle, que el valenciano era un tipo taimado que no quería socios ni soltaba prenda ni se tragaba una amenaza, que los valencianos son una mezcla rara de varias cosas que intenta precisar, que convenció a una amiga muy bonita y frígida de que le abriera las piernas, dice, y lo sonsacara en esas circunstancias, dice, pero algo en esa parte de su historia hace pensar que es falsa:

Nito piensa que esa parte es falsa y, de pronto, le da miedo —ahora, un poco tarde, le da miedo— que se le note. Pero Carpanta no nota nada, sigue hablando, se ha olvidado del whisky y de la coca:

—En unos meses ya estábamos fabricando mariposas. Yo y una amiga, una catalana hippie vieja gorda con lascivia en la cara, en los ojos chispas de lascivia y el cuerpo de un cargador de bolsas, una mujer fantástica, que yo la había llamado porque a mí se me ocurren las cosas pero no tengo la paciencia para hacerlas. Ya te lo dije: el arte es no tener paciencia. Conseguimos el material, el mismo tul, colores parecidos, los alambritos para armarlas, todo. Armamos la mercadería, nos quedó joya y la podíamos vender a la mitad: nos íbamos a quedar con el mercado. Estábamos del frasco, decíamos mercado, decíamos mercadería, hicimos planes. Cuando salimos a venderlas, la moda de las mariposas ya se había pasado.

Carpanta dice que un artista tendría que haber pensado en el carácter efímero de esas pelotudeces y que ahora todo parece una tontería pero que entonces fue un golpe extraordinario: uno de esos que te pueden dejar tirado para siempre, dice, hay golpes en la vida tan fuertes yo no sé, dice, con un tono raro, y que una tarde, cuando ya era evidente que iban a ser los felices perpetuos propietarios de cien mil mariposas, Alicia le dijo que bajaran —dice que dijo que bajaran, Nito se queda pensando por qué dice que bajaran, dónde estaban para decir bajaran— al bar de la esquina, lo sentó en una mesa en la vereda y le dijo que se había enterado de cómo conseguir un muerto. ¿Un muerto? Sí, Pitu, un muerto, el Moncho me consigue un muerto del hospital donde trabaja y lo usamos como exhibidor. Lo ponemos sentado en una silla en el medio de las Ramblas, lleno de mariposas, todo clavado con las mariposas. ¿Te imaginas la pasta que podríamos sacar? ¿La cantidad de mariposas de tul de tres colores que podríamos vender si las pinchamos en el pecho de un muerto? ¿El mosqueo que podríamos montar con eso? ¿Te lo imaginas, Pitu?

Carpanta, dice, le dijo que no tenía los papeles en regla y que además estaba loca. Tres años después, dice, se enteró de que Alicia se vistió de torero —con ese cuerpo, Nito, de torero—, se subió a un Fiat 600 y entró de contramano en la autopista del Mediterráneo.

—Me dijeron que duró cuatro minutos. Los diarios decían menos de un minuto, pero uno que la conocía me dijo que fueron cuatro por lo menos, que los diarios mentían para desalentar a los imitadores. Salió en todos los diarios, en la tele.

Pero eso no es lo que importa, dice; lo que importa es la idea de esa tarde. El arte es robar con precisión, dice —o, mejor dicho, dice: descubrir qué recordar y qué olvidarse.

III. LA EDUCACIÓN

1

Mamá vivía con el temor de no saber cómo seguía la historia. O debería decir terror: mamá vivía con el terror de no saber cómo seguía la historia. O, quizás, en la duda: mamá vivía entre el temor y el terror de no saber cómo seguía la historia — pero entonces debería suponer que hay algo entre el temor y el terror, que entre los dos se extiende un territorio transitable. Quizás: un territorio donde el viandante puede cruzarse con una cucaracha y pensar que debe evitar todo contacto porque la cucaracha es pasible de transmitirle impurezas e infecciones que podrían provocarle malestar y donde, un poco más allá, si sigue caminando, si ha seguido pensando en la amenaza de la cucaracha, el mismo viandante puede topar con una y lanzarse a grititos y aspavientos y manos cruzadas ante su genitalia en un gesto que, aunque sea producido por un hombre, cualquier espectador definiría —sus prejuicios— como perdidamente femenino. Mamá vivía en ese territorio, en la zozobra de ese territorio: cada día se despertaba con el temor de no saber cómo seguía la historia y, a medida que el día progresaba, se deslizaba hacia el terror de no saber.

Lo primero que la preocupaba era la posibilidad de tener algo que hacer: que, por alguna razón que nunca conseguía precisar —porque era inverosímil, porque no sucedía—, no pudiera, unos minutos antes de las cuatro de la tarde, prepararse el mate dulce con vainillas, sentarse ante la mesa del living-comedor, prender la tele, orientar la antena, sintonizarla en Canal 9 y disponerse a ver *El Amor Parco*, su telenovela indispensable. Después, en ese momento en que todo parecía encaminado, la asaltaba el terror de un imprevisto: que justo entonces sonara el timbre y alguien viniera a decirle algo espantoso, que Beto llegara inexplicablemente temprano del trabajo, que se cortara la luz y la tele muriera, que un meteoro brutal interfiriera la señal y la perdiese, que yo chillara de un dolor de muelas o de panza. Hasta que oía la canción de Sergio Denis que le servía de inicio —«... tanto hambre mal saciado, / tanto día sin semana, / tanta Eva sin manzana, / y aun así, desde el pasado / la esperanza de un mañana / en los labios de Mariana...»— y veía aparecer en la pantalla la cara de Mariana Uribe Vélez y soltaba un suspiro: hoy sí sabría cómo

seguía la historia.

Que solía ser sinuosa —y, con sus vueltas y revueltas, alimentaba los temores y terrores de mamá. Hoy, por ejemplo, Mariana se enteraba de que Joaquín, su novio, estaba pensando en dejar la facultad porque había sabido que ella, Mariana, era la misteriosa fuente de esos sobres con dinero que recibía cada fin de mes y que le permitían continuar sus estudios de derecho. Joaquín —sabía mamá— no había intentado averiguarlo; de hecho, se había pasado varios meses evitando hacerse la pregunta, aceptando su suerte con la sumisión esperanzada de quien sabe que no debe tentar a los demonios, pero Luz Karina, la rubia Luz Karina, su pretendiente rica y despiadada, se lo había contado a Pedro Diego, su primo —el primo de Joaquín loco perdido por Luz Karina—, que no había tenido mejor idea —por celos, por despecho— que contárselo a Joaquín y dejarlo sumido en la peor de las indecisiones y, por el momento, negándose a encontrarse con Mariana por no saber qué hacer con una noticia que ponía, sin duda, su masculinidad en entredicho —aunque, al mismo tiempo, subrayaba la generosidad de su amada, en un gesto que la hacía más atractiva todavía pero, también, inaceptable: Joaquín era un hombre y no podía aceptar la humillación de ese dinero femenino. Mariana, desesperada por la noticia, se debatía en una encrucijada. Entonces mamá suspiraba de nuevo e imaginaba la catástrofe: qué habría pasado si ella, imposibilitada por alguna de las improbables razones anteriores —u otras que no conseguía siquiera imaginar— de ver ese episodio, no hubiese llegado a enterarse del descubrimiento de Joaquín y entonces, al día siguiente, cuando lo viera, un suponer, buscando trabajo en una fábrica de rulemanes o, peor aún, de cojinetes, no hubiera entendido por qué un joven con futuro tan brillante lo echaría todo así por la borda. Y, en el colmo del vértigo, listaba las razones idiotas que habría imaginado: que Joaquín descubría de pronto que el derecho no hace la felicidad o, más bien, que los abogados son muy desdichados en amores y decidía renunciar a su carrera para salvaguardar su romance con Mariana, o que su anciana tía, la única sobreviviente de su familia, la mujer que lo crió y cuidó cuando chiquito, debía ser internada en un geriátrico y él por lo tanto necesitaba salir a ganar plata como fuera, o que descubría que en esa fábrica de rulemanes o, peor aún, de cojinetes trabajaba Juan Víctor, el hermano perdido de Mariana, el único capaz de relacionarla con su familia aristocrática que la entregó en adopción a la humilde costurera que ella llama mamá, o incluso que, más prosaicamente, casi para decepcionarla, había entendido que el futuro de la economía regional estaba en la fabricación de repuestos para coches y quería formarse, empezando desde lo más abajo, para convertirse alguna vez en un magnate rulemanero o incluso cojinetero y darle a su querida Mariana, de una vez por todas, la vida que ella siempre mereció. Todos errores, todas paparruchadas, desviaciones imperdonables que podrían haberle sucedido —sabía mamá, que no se engañaba, que no se hacía ilusiones en cuanto a

sus capacidades— con sólo tener que ver el episodio de mañana sin haber visto el de hoy: sin saber cómo la historia había seguido.

Mamá no había inventado nada. Fuera de los estafadores más astutos, nadie sabe cómo sigue una historia; sus temores, convengamos, eran perfectamente razonables. El problema fue cuando empezaron a volverse retroactivos. Quien teme no llegar a conocer el desarrollo de una historia sólo desconfía de las circunstancias: teme que algún hecho exterior lo aparte del camino de ese conocimiento. En cambio, quien empieza a creer que olvidará lo ya aprendido está descreyendo de sus propias capacidades, poniendo en duda su idea de sí mismo para caer en otra, resignada, humillante: que uno es uno que no sabe si recordará lo que quería. La memoria es una incertidumbre permanente —y nada es más fácil que olvidar lo que queríamos recordar, y viceversa—, pero en general nos las arreglamos para olvidar también que queríamos recordar tal o cual cosa, y quedamos en paz. En la telenovela no había lugar para esos engaños: la urgencia de la memoria aparecía todo el tiempo, ineludible, perentoria, en cada línea de diálogo que remitía a otras líneas, a acciones anteriores, a la complejidad del mundo. Mamá, que durante años no había tenido ningún problema para seguir esas tramas argumentales al dedillo —y que seguía sin tenerlo—, empezó a creer que no podría. Al principio no tenía ninguna razón para creerlo y creía como se cree, porque sí; a medida que lo temía más y más, su propia nerviosidad le hizo olvidarse de cosas importantes —y su miedo se justificaba y le traía más nervios, más miedo, más olvidos. Ahora, muchos años después, sé que se pasó unos días a ciegas, tanteando en la oscuridad del Amor Parco como el conejo que ha caído en el pozo del que no saldrá vivo. Pero, igual que el conejo, mamá no lo sabía: inconsciente, ignorante de la muerte civil en la que se iba deslizando, creyó que podía encontrar una salida. Fue entonces cuando decidió que había llegado la hora de que su hijo, yo, empezara a servirle para algo.

Yo llegaba de la escuela poco antes de la una, hacía como que me lavaba, comía con mamá y me dormía la siesta. O, por lo menos, me acostaba la siesta: recuerdo cada tarde como un largo sostenido tormento que sólo se aliviaba cuando había almorzado huevos fritos, que siempre fueron —siguen siendo— mi narcótico infalible. Todo empezaba con el ruido: me alcanzaba con oír el ruido de la clara crepitando en el aceite bien caliente, convirtiendo su gelatina en filigrana crocantita, para empezar a sentir la excitación y la somnolencia que anticipaban esos sueños de aventuras increíbles: fugas, persecuciones, batallas donde yo siempre perdía pero, por razones misteriosas, festejaba el triunfo. Los huevos me dieron, en esos días, mis mejores tardes; he probado, desde entonces, tantas drogas: ninguna me ofreció momentos semejantes.

Sin los huevos —dos o tres días por semana ella se resistía a freírmelos—, mis

siestas eran largas batallas entre mamá y el tedio o, mejor dicho: la amenaza del tedio y la amenaza de mamá. Cuando el tedio triunfaba me metía debajo de la cama y leía revistas, manuales, diarios, libros para pintar, lo que encontrara; cuando mamá triunfaba —casi siempre— me pasaba esa hora y media interminable haciéndome el dormido aunque, en realidad, peleaba como gato panza arriba contra las imágenes horribles —un coche dado vuelta cuyo techo patinaba por el asfalto echando chispas en la noche, un cuchillo que avanzaba hacia mí por el aire desde atrás, la señorita Alicia diciéndome que tenía que volver a cursar tercer grado por lo menos otras cinco veces— que me asaltaban con los ojos cerrados. Es el tema de la causa y el efecto: cuando tenía miedo, yo, como cualquier chico, cerraba los ojos —lo cual demuestra que los chicos tienen, aproximadamente, la inteligencia de un avestruz mediocre—; entonces, en algún momento, cerrar los ojos empezó a traerme miedo. A nadie se le ocurre que puede comer porque tiene hambre o tener hambre porque come, pero esas veces en que la causa y el efecto se intercambian lo que resulta es pavoroso. En todo caso, yo cerraba los ojos —y ése es el mayor privilegio de los chicos: creer, todavía, que cerrar los ojos va a apartar la amenaza— y sufría los desastres de la siesta, hasta que mamá aceptó su condición de conejo condenado y me sentó en nuestro único sillón, beige de dos cuerpos, a su lado, frente al televisor, con una mandarina. Y trató de disfrazar de decisión magnánima lo que no era más que su necesidad; era uno de sus trucos favoritos, que siempre le funcionaba bien con Beto:

—Mirá, Nito, ya sos grande. En lugar de dormir podés mirar la novela conmigo. Lo único que te pido es que estés muy atento y que me ayudes. Si yo me olvido de algo, vos tenés que acordarte.

Cada frase es una desdicha que recién empieza. Supongo que mamá no quiso introducir ese matiz condicional, pero yo me pasé varios días —mis primeros días con El Amor Parco— en la zozobra de preguntarme de qué podría olvidarse: si me olvido de algo, me había dicho, yo tenía que acordarme, y entonces mi primera obligación era descubrir de qué se iba a olvidar mamá —y después, si podía, recordarlo.

No sé cómo fue que entendí que no era eso lo que había querido decir: quizá fue nada más que me olvidé, y pude concentrarme en la novela. Mamá estaba encantada: desde que me tenía sentado a su lado como memoria viva alimentada a mandarinas había vuelto a recordar cada momento, cada detalle mínimo, y sus ideas sobre pedagogía no le alcanzaban para pensar que tenía que simular ciertos olvidos —que demostrarían lo útil de mi aporte—, así que empezaron a pasar semanas y semanas sin que mi trabajo —que yo cumplía con un esfuerzo sobrehumano, recordando cada situación, cada mueca, cada línea de diálogo con esa intensidad que sólo un chico puede— sirviera aparentemente para nada. Por alguna razón, esa inutilidad aparente no me desanimó. Yo seguía mirando El Amor con la sed de un perro lanudo: lengua

afuera. Mamá, creo, creyó que me había dejado envolver por la trama; a mí me importaba un velín si Joaquín o Pedro Diego, Luz Karina o Mariana —que, para mi gusto, se enredaban en peleas sólo por el placer de demostrarse cuánto se importaban — ganaban o perdían, pero era, quizá por esa misma indiferencia, el mejor observador posible. Yo supe ver El Amor Parco como nadie.

Mamá se alisaba el batón acolchado amarillo patito para cubrirse los muslos blancuzcos con los bordes negros de las medias casi negras y yo me sorprendía: estábamos los dos solos, ella y yo, mirando la novela, o sea que nadie podía verle las piernas, los muslos, los bordes negros de las medias casi negras, y no entendía para qué se las tapaba. Nuestro televisor estaba en una repisa baja contra la pared del living-comedor, delante de nuestro sillón beige de dos cuerpos. Nuestro sillón era más bien bajo, con bordes rectos por modernos, y tenía sus almohadones forrados con una tela beige que hacía que todo el sillón resultara un sillón beige. Delante del sillón estaba la mesita baja donde mamá ponía su mate, su pava, su azucarera, su plato de vainillas y mi mandarina. En el sillón, mamá se sentaba con las dos piernas flexionadas y recogidas debajo de sus nalgas, un poco hacia un costado; ésa era la torsión que su bata amarilla aprovechaba para abrirse. Mamá no andaba todo el día con la bata: a la mañana se vestía para salir a hacer las compras; a la tarde, cuando iba a llegar Beto, se vestía de nuevo —e incluso, algunas veces, se pintaba. Mamá estaba gordita: su relleno se le estaba desbordando y la bata amarilla no sabía contenerlo. Quizá por eso mamá se la cerraba todo el tiempo, como quien pelea contra el destino haciéndose el boludo: no quería ver cómo su carne se escapaba. Pero yo no entendía: no sólo no entendía —todavía no entendía— que hacerse el boludo es la única forma de pelear contra el destino, si alguien resulta tan boludo como para, primero, creer que hay un destino y, segundo, ya creído, ofrecerle pelea; sobre todo no entendía que mamá se cerrara la bata. Era mamá, mi mamá —donde la palabra mi estaba tan clara que ni siquiera precisaba decirla—, que todo lo hacía por mí, para mí, así que si se cerraba la bata yo creía que la cerraba por mí y me daba una vergüenza espantosa y trataba de no mirar sus bordes negros y sus muslos y los miraba mucho más, de reajo, con los ojos cerrados, como si ella con cada movimiento me dijera no deberías mirarlos o sea: los mirás, vas a mirarlos, miralos, no deberías mirarlos. Como si en cada movimiento me alejara más y me dijera vos ahora sos uno que me mira las piernas, como todos, sos un fulano como todos: yo cerraba los ojos, intentaba mostrarle que estaba equivocada, me aterraba que creyera esas cosas, me emocionaba que se las creyera; deseaba, incluso, a veces, que me obligara otra vez a la siesta para poder pensar tranquilo, solo, sin límites, en esos bordes negros.

Por suerte estaba la telenovela: yo aprendí casi todo de esa telenovela. Aprendí, para empezar, lo que es tener responsabilidades en la vida: ningún deber para la

escuela, ningún poema a la bandera que hubiera tenido que memorizar para este lunes, ninguna visita a la abuela en la clínica podía compararse con la labor de recordar todo lo que pasaba en El Amor por si mamá me lo pedía. Y aprendí que la memoria era importante —muy importante: que si no hubiera sido porque mamá creía que yo era capaz de recordar los episodios seguiría encerrado en los desastres de la siesta— y que yo tenía de eso mucho más de lo que habría creído: que me acordaba de demasiadas cosas. También aprendí que las personas trabajan para algo —para comprarse cosas, para pagar el alquiler, para salvar a su abuelita enferma, para hablar por teléfono sin que los oigan sus esposas— y que, en general, siempre hacen las cosas para poder hacer otras; aunque también aprendí que hay ciertas cosas que hacen sólo para hacer otra muy especial: ir a contarla. Aprendí que los hombres quieren que las mujeres les den cosas que ellas quieren darles sin que parezca que se las quieren dar: que los hombres quieren que las mujeres les mientan un poco, así pueden creer que ellos les mienten: fue una lección que me sirvió muchísimo. Después aprendí que en las casas de las novelas había mujeres que hacían lo que mamá hacía en casa, que se llamaban mucamas o muchachas, según, y que esas mucamas o muchachas o sirvientas incluso eran unas novias que los hombres buscaban mucho y pensaba que debía ser porque eran las que controlaban, en esas casas de la tele, toda la comida. Y que tener responsabilidades, a veces, me ponía nervioso y que, si me ponía muy nervioso, me agarraba sueño, y que podía entender las mismas cosas que mamá o, de vez en cuando, algunas que ella no entendía y me tenía que preguntar: qué dijo ese Agustín, nene; nada, mamá, que Joaquín lo llamó pero que parecía que le hablaba de un teléfono público. Ah, con razón, decía mamá y yo aprendí que con razón era algo importante —aunque, en sus palabras, perfectamente vago: que cualquier cosa podía ser con razón si sabía convencerla. Aprendí que los adultos miran mucho el reloj pero nunca la tele: en la novela nunca vi a nadie que mirara la tele y eso me preocupó. También aprendí que las mujeres son débiles aunque parezcan fuertes o quizás al contrario; en todo caso, Mariana, Luz Karina, Paola y Nuria me enseñaron que si una mujer era lo que parecía entonces no era una mujer, aunque lo pareciera. Y como sabía que esas mujeres que no eran mujeres tampoco eran hombres, aprendí que muchas veces hay cosas que no son lo que son pero tampoco consiguen ser otra; en realidad, tardé muchos años en terminar de entender esa lección —que influyó, creo, en mi vida más que ninguna—, pero fue entonces cuando empecé a aprenderla. Y aprendí que mamá, que siempre había simulado que le gustaba que yo la abrazara y la besara, me había estado mintiendo: que si yo la abrazaba y la besaba en medio de una escena fuerte de la telenovela me decía basta Nito pará, no me molestes —como si esos cariños tan deseados se le hubieran vuelto una molestia o, dicho de un modo en que no quería decirlo todavía, como si no me quisiera todo el tiempo.

Fue duro, pero yo aprendí casi todo de esa telenovela. Aunque, por supuesto,

también iba a la escuela. En la escuela descubrí que tenía fines, un propósito: que debía estudiar ciertas cosas, cumplir con otras, ser como querían; fue, si mi recuerdo no me engaña —es idiota decir si mi recuerdo no me engaña—, la primera decepción horrible de mi vida.

2

Jessica se acercó, nos sonrió, nos dijo que tenía un alfajor de chocolate, que si queríamos que nos convidara de su alfajor de chocolate. Jessica caminaba con los pies abiertos, las plantas bien plantadas, para que todos supiéramos que iba a ser bailarina. A veces incluso se agarraba las manos justo por encima de la concha —chiquita todavía, sin pelos todavía, de algún modo inútil todavía— como si quisiera hacer un techo para su pubis por si se babeaba, y ni aun así nos dábamos cuenta: éramos demasiado hombres y demasiado brutos y supongo que nunca habíamos visto una bailarina ni en dibujo.

—¿Y de qué querés que sea, tu alfajor? ¿De salamín?

Jessica me miró como si cada vez se extrañara de nuevo. Yo sabía que no tenía razón —que no sólo había alfajores de chocolate, que había alfajores de dulce de leche con esa capa blanca polvorienta, que había alfajores de maizena, que había incluso alfajores de una fruta—, pero Jessica seguramente no sabía. De eso se trataba: de ver si otra vez la hacía creerse que era una boluda sin razones, por pura prepotencia —y que Ramiro y Ricki se rieran cuando ella fuera con los ojos llorosos a decirle a Samanta y a Vidal que Nito era un tarado, que qué se había creído, que nunca más iba a volver a hablarme o, por lo menos, ni loca me iba a convidar un alfajor. Yo tenía casi ocho años, estaba en tercer grado, entendía el Amor Parco y no quería que ninguna mujer me convidara nada.

En la escuela descubrí que era un niño. Hasta entonces yo había sido un chico, un nene, el amorcito de mamá, pendejo meterete, mocosito impertinente, cosita linda, un crío malcriado, Nito. Pero nunca se me había ocurrido que fuera un niño, y la señorita Alicia nos explicó que eso era lo que éramos. Los niños, nos explicaba la señorita Alicia, maestra de tercer grado B de la escuela estatal de educación primaria José Máximo Balbastro de la calle Isabel la Católica, corazón de Barracas, éramos seres llenos de características. Éramos, para empezar, muy inocentes, bondadosos, puros de corazón: blancas palomitas con el pecho hinchado de amor por sus padres y maestros, a quienes seguíamos con confianza y respeto. También éramos obedientes —aunque a veces un poco revoltosos, pero siempre dentro de la obediencia que correspondía a

esa confianza, ese respeto—, ávidos de aprender, aplicados a las tareas escolares, apegados a sus hermanos y parientes, cariñosos con las mascotas y los otros niños, llenos de fantasías como por ejemplo ser princesas o piratas o astronautas o Manuel Belgrano, locos por las golosinas pero moderados, humildes, bienhabladros, honestos, ahorrativos, defensores de la patria y admiradores de sus gloriosos próceres, argentinos cabales.

Para mí, ser un niño fue un golpe tremendo: como si me hubieran expulsado de pronto de un paraíso donde nunca había estado. Yo como niño era un fracaso estrepitoso, la antítesis de todo lo que tenía que ser, una desgracia, una vergüenza. Yo no era inocente ni obediente ni aplicado ni me interesaban las estúpidas tareas escolares —que terminaba en tres minutos aburridos— ni las golosinas ni los hámsters, no quería —todavía no quería— ser pirata ni princesa, no tenía un hermano para encariñar, puteaba, me hacía el vivo, me gastaba cada moneda que agarraba y, si me guardan el secreto, San Martín me parecía mucho menos heroico que Diego Armando Maradona o, incluso, el presidente, un general que aparecía mucho en la tele y que se llamaba el general Videla hasta que empezaron a decirle Viola. Y, sobre todo, sabía que no era bondadoso. Yo les tiraba zancadillas a mis compañeros, pedradas a los perros, no dejaba que las chicas se copiaran de mí, le robaba caramelos mediahora a la viejita del kiosco; supongo que cualquier chico hace esas cosas porque si no no sería un chico, pero la diferencia estaba en que yo las hacía porque me gustaba mucho hacerlas. Unos años después, en una tarde decisiva, Beto me lo dijo. Yo nunca lo había visto en ese estado: Beto bufaba ganas de matarme porque había descubierto que los doscientos pesos que le faltaban estaban en el cajón de mi mesa de luz —porque, para empezar, los había buscado en el cajón de mi mesa de luz—, pero en lugar de matarme se encerró conmigo en la cocina. Yo ya tenía once o doce, hablamos: Beto, simulando la gravedad de un padre falso, vino a decirme, en síntesis, que ser bondadoso no era hacer cosas buenas en la vida, lo que llaman el bien, porque nadie lo hace —y que no iba a ser él quien me vendiera otro paquete—, sino hacer la porquería porque no hay más remedio, sin disfrutarla especialmente. Que él creía que yo me la gozaba, que era un peligro, que tratara de ser bueno y sufrirla, que ésa era la bondad a la que podíamos aspirar nosotros las personas, me dijo, y que la próxima vez que le robara plata me iba a partir la cara sin disfrutarlo ni un poquito. Pero ésa fue una lección que recibí mucho después; por el momento tenía que ser un niño, no lo era, y parecía —a mí me parecía— que la señorita Alicia disfrutaba de revolver la herida: cada vez que hablaba de lo maravillosos que eran los niños me miraba, me sonreía, se hacía la compasiva para burlarse de mi desgracia sostenida.

La señorita Alicia era muy baja: yo pensaba que debía saber mucho de niños —yo eso la hacía más cruel o, por lo menos, de una crueldad legitimada— porque nos miraba de más cerca y además veía el mundo desde el mismo lugar. La señorita

Alicia, después supe, me admiraba mucho: admiraba mi ortografía con tan pocos errores —resultado, supongo, de las lecturas de las siestas falsas—, admiraba la facilidad con que resolvía las cuentas idiotas que nos daba, admiraba los comentarios que hacía en los raros momentos en que sí la escuchaba, admiraba el tesón con que repetía los dibujos que nunca me salían; por eso me llenaba de felicitados y excelentes; por eso, supongo ahora, me miraba tan intensa cuando hablaba de niños. Pero yo no sabía, y no lo soportaba.

Mamá sí sabía y sí se preocupaba. Decía que la inquietaba el trato que me daba la señorita Alicia, que me favorecía demasiado, que me malcriaba, pero yo entendí que, en realidad, estaba celosa. No eran celos por lo que yo hiciera o dejara de hacer: yo no le daba motivo para eso. Pero había descubierto que otras personas podían quererme como ella, más que ella o, por lo menos, muy distinto, en un amor que ella no podía recubrir. Sus sueños de un niño mongui o enano o sirenita, que sólo ella querría —en su justo valor—, se le habían desvanecido aquel día de lluvia, en cuanto abrí los ojos, pero nuestras vidas en los seis años que pasaron hasta que entré a la escuela no la pusieron en el brete de compartir con otros nuestro amor. De pronto sí, y se aturulló. Yo, después —poco después—, le demostré con creces que no tenía por qué preocuparse; espero que se diera cuenta.

Quizá no duró tanto. De hecho hubo un momento en que empezó, así que no fue tanto. Pero era cierto que la escena llevaba días repitiéndose cada mañana en el segundo recreo, el de los cuernitos y el mate cocido, y empezaba siempre igual: primero llegaban Hernández, Furchi, Galvanese, Fernández, Susskin, y mandaban los gritos:

—¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre! ¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre!

A veces, cuando estaban festivos o no hacía mucho calor, se daban las manos y giraban en una ronda a mi alrededor, como nenas cantando; otras veces solamente se paraban al lado y gritaban y se ponían las manos a cada lado de sus cabezas, como quien se agarra un cráneo enorme. Pero esa parte duraba un momento; enseguida el resto de los niños —casi todos los niños, mis compañeros, terminados su mate cocido y sus cuernitos— se acercaba y coreaba:

—¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre! ¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre!

Yo no sabía para dónde mirar —y me decía que lo peor era eso, no saber para dónde mirar. A mí no me importaba —podía decirme que no me importaba— que todos esos idiotas me gritaran, pero no sabía para dónde mirar. Si miraba para arriba, como quien busca en otro mundo, alguno se me acercaba y me tocaba unas cosquillas, o alguno me decía qué querés, bolín, que baje dios a conseguirte otro

papá. Si miraba para abajo me tiraban pelotas de papel o algún cuernito en la cabeza o, a veces, un coscorrón al pasar en la nuca, porque no los podía ver venir. Si los miraba a la cara me daban ganas de matarlos y sabía que no iba a poder y me hacían muecas como que sabían que quería y no podía. Así que me decía que lo peor era eso, no saber para dónde mirar, pero sabía que no era cierto: lo peor era no entender por qué se la habían agarrado así conmigo, si yo nunca había atacado a nadie, si yo me quedaba tranquilo, hacía mis deberes y solamente la señorita Alicia sabía que era un fracaso como niño. Y lo peor era ver cómo hasta las nenas —Jessica, Vidal, Pérez Dubinsky— me gritaban igual y se reían:

—¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre!

Otra mentira; lo peor, en realidad, era ver que Ramiro y Ricki también me gritaban; qué querés, Nito, no podemos quedar como boludos: si todos te gritan, nosotros también tenemos que gritarte. Sí, claro, los entiendo, les decía yo, y a ellos dos sí que me daban ganas de matarlos pero no hacía nada porque los entendía. Pensaba que con un padre en casa, que debía gritarles y ordenarles todo el tiempo, era normal que hicieran esas cosas.

3

Al principio, en el aula, el tiempo no pasaba nunca. En el aula había un reloj y yo pensaba que si no lo miraba todo iba a estar bien, pero no estaba. Después, vencido, lo miraba y era más temprano —o casi más temprano. Yo no me resignaba: me pasaba un rato pensando en comer huevos, en mirar la novela, en lo que había dicho Luz Karina el día anterior cuando se encontró con Juan Víctor —no me confundas, tú, Juan Víctor, yo no soy como ellas, y yo no podía terminar de saber quiénes eran ellas—, en el partido de fútbol del sábado y que otra vez me iban a poner de arquero, en la bata amarilla acolchada y medias casi negras, en el pelo con spray nido de hornero de la señorita Alicia y entonces lo miraba y no había pasado nada, ni un minuto. Hasta que descubrí que lo que tenía que hacer no era pensar sino mirar. En el aula pasaban al mismo tiempo tantas cosas: Ricki se metía el dedo en la nariz —hasta el fondo de la nariz, salía con moco—, la señorita Alicia se retocaba el nido, Pérez Dubinsky le decía un secreto a Samanta, Hernández no entendía el dictado, Fernández pensaba en algo que podía ser la moneda que le faltaba para el colectivo o el partido de Boca o casi nada, Jessica trataba de mirarme y yo no la miraba, Galvanese movía los labios como si cantara una de los Twist o cabezón sin padre, Ramiro se rascaba el culo y miraba a los costados porque se daba cuenta, Furchi fruncía el ceño para ver si entendía porque era uno de esos que se creen que si

fruncen el ceño el cerebro se les aguza por fruncido, y tanto tanto más. El tiempo pasaba más rápido pero me desesperaba; creo que fue entonces cuando entendí que el mundo era un lugar tan lleno que nunca iba a poder estar tranquilo.

Yo no era cabezón. ¿Qué quiere decir que una persona o un niño es cabezón? ¿Que sus amigos no lo quieren? ¿Que dicen que son sus amigos pero en verdad no son? ¿Que lo quieren pero en algún momento de su vida no lo quisieron y le pegaron que era cabezón? ¿Cómo decir que alguien es cabezón? ¿Cómo saber cuánta cabeza es cabezón? Es fácil decir que alguien es cabezón: alcanza con mirarle más fijo la cabeza, prestarle decidida atención a la cabeza y siempre va a parecer que tiene demasiada, igual que cualquier otra cosa; yo podía mirar fijo el agujerito de la media corrida de la señorita Alicia y pensar que la señorita Alicia era más pobre que Mariana, por ejemplo, o concentrarme en el borde negro de las medias de mamá y pensar que el mundo era puro borde negro; ellos lo mismo. Yo tardé en entenderlo: primero creía que me decían cabezón porque tenía muchas cosas adentro de la cabeza —como decía mi abuela Juana siempre: es que Nito tiene tanta cosa en la cabeza, un chico tan inteligente—; después supe que no hablaban de eso. Quizá lo que ya entonces se veía no era que mi cabeza fuera grande, sino que mi cuerpo era un poco más chico.

Yo no era cabezón pero sí había descubierto que no tenía un padre. Y, para colmo, se lo había dicho a Ramiro y a Ricki: los dos únicos que podían saber que yo no tenía padre eran Ramiro y Ricki y la señorita Alicia, pero nadie podría pensar que la que lo dijo fuera la señorita Alicia —o sí, después pude pensarlo, pero decidí que no había sido. Después, mucho después, supe que las personas —incluidos los niños— siempre cuentan lo que no deberían contar, que no hay nadie que consiga no contar lo que no debería contar, y que lo único que cambia son las razones; que cuentan las cosas por muchas razones, pero la principal siempre es la misma: demostrar que son mejores que los otros. Lo curioso es que las demás personas —que han sido, en tantos momentos, sujetos que contaron lo que no deberían contar siguen contando cosas a otras personas como si creyeran que esas personas no lo van a contar; y lo más curioso es que esas personas —que han hecho la cagada tantas veces— sigan creyendo que contar lo que no deberían les sirve para demostrar a un par de interlocutores medianamente desinteresados que son mejores porque saben algo que los otros no saben ni, mayoría de los casos, les importa. Pero yo entonces no sabía, y me preguntaba por qué Ramiro y Ricki, que parecían mis amigos, les habían contado lo de mi padre a todos esos que ahora parecían mis enemigos. A mí no me importaba tanto —a mí nada me importaba tanto; no me importaba que ellos se lo hubieran contado a los demás, y al principio tampoco me importaba no tener un padre—, pero cuando estaba en medio de esa ronda y me cantaban y se reían de mí todo de pronto se ponía muy importante. Cuando estaba en medio de esa ronda, lo peor no era que

me cantaran y gritaran y burlaran hasta las nenas de la escuela, Ramiro, Ricki, todos; lo peor fue descubrir que hay cosas que uno no quiere que sean importantes pero son y uno —yo, lo terrible era yo— no puede hacerles nada.

Supongamos que yo no tendría que dar explicaciones por el hecho de que nunca me haya gustado mucho jugar al fútbol; de que, siendo algo así como un niño argentino, el fútbol nunca haya estado entre mis pasiones y desvelos. Quizá tuviera que ver con que jugaba mal, o viceversa; ahora, recién ahora, pienso que si hubiera jugado un poco más al fútbol mi vida niña habría sido más fácil —mucho más fácil. Y, tal vez, mi vida actual también.

O quizá lo peor era aquello de no tener un padre. Nunca me lo había parecido — hasta entonces no me lo había parecido—, pero cómo saberlo. Yo había tardado bastante en darme cuenta de que algo estaba mal. O sea: mi padre dejó de estar cuando era muy chiquito —cuando yo, por lo menos, era muy chiquito— y no tuve forma de que me pareciera raro, hasta que, cuando empecé a ir a la escuela y a hablar con otros chicos, todos tenían mamá y papá y yo en cambio tenía mamá y Beto. Todos los chicos de la escuela usaban su papá: mi papá me va a regalar una caja de lápices importados de afuera; devolveme la goma porque si no le voy a decir a mi papá; y a mí qué me importa; cuando le diga a mi papá ya vas a ver cómo te importa. Era un argumento contundente y, tras recibirlo un par de veces, traté de utilizarlo: si no me das la figurita de Brindisi le voy a decir a Beto; a quién; a Beto; y ése quién es; cómo que quién es, es Beto; ayayay, mirá cómo tiemblo. Era visible que el argumento, así, no funcionaba; que le faltaba su razón más convincente. Entonces pensé que tenía que preguntarle a mamá pero tardé días, semanas; tenía miedo, supongo, de preguntarle algo que no supiera contestarme.

—Mamá, ¿por qué todos los chicos tienen mamá y papá y yo en cambio tengo mamá y Beto?

—La vida no es igual para todos, y los papás tampoco. Hay chicos que tienen y chicos que no tienen, como hay chicos rubios y chicos morochos. Pero vos tenés todo lo que cualquier chico necesita, hijito.

Dijo mamá e hizo un amago de abrazarme, pero no me abrazó.

—Pero los otros chicos tienen un papá y yo no.

—Vos sí, Nito, claro que sí. Lo que pasa es que ahora no está más con nosotros.

Me dijo mamá y se volvió a la cocina a sacar otra tanda de milanesas de la sartén grande. Yo la seguí pero no me atreví a decirle más; se notaba que mamá no quería seguir hablando del asunto. Tardé bastante en atreverme: ¿y dónde está?

—¿Dónde está qué?

Mamá, por una vez, no se había hecho la desentendida: yo le había hablado como si siguiéramos en medio de una conversación que, en realidad, se había interrumpido

una semana antes. Íbamos por la vereda de Isabel la Católica, camino de la escuela, mañana de invierno apenas aclarando, un frío de perros. Mamá se sopló las manos con humito: ¿qué te olvidaste, Nito? Yo no supe decirle que no me había olvidado nada o que sí, que tenía razón: que me había olvidado de mi padre y que era una basura, que cómo podía existir un niño que se olvidara de su padre pero que ahora quería saber dónde se había metido.

—Nada, nada, mamá.

Tres días después salí muy limpio de la bañadera —mamá me quería sobre todo en el momento en que salía muy limpio de la bañadera— y le pregunté dónde estaba mi padre. Contado así, parece que durante esos días yo hubiera pensado sólo en la pregunta, en su respuesta, en mi padre perdido. Nada más lejos de la realidad; cualquier cosa contada está más lejos de la realidad. Beto estaba sentado en el living mirando las noticias —algo sobre la muerte de un papa, por ejemplo, que en esos días se morían casi siempre— y mamá me dijo que ya me había dicho que no estaba con nosotros:

—Te dije que no está más con nosotros.

—¿Y dónde está?

Mamá se quedó pensando —o por lo menos callada, quién sabe si pensando—, yo me puse de perfil para que viera mis orejas limpias. No, en un lugar que no se puede ir. ¿Está solo? Sí, está con otros, pero yo diría que está solo. ¿Con otros o solo? Solo, pobre, muy solo. ¿Y por qué no lo podemos ir a acompañar? Nito, ahí adonde está no podemos ir. ¿Por qué, ma? Beto gritó si la comida estaba lista. Se gritaban para hacer como si el departamentito de encima del taller fuera un poco más grande; mamá le dijo que todavía faltaba un poco, Beto le dijo que ya eran las ocho y media, mamá que si estaba apurado se fuera a comer a la Emiliana, que qué se había creído. Beto se calló. Yo me quedé pensando si la Emiliana sería un lugar donde la gente está muy sola sin que nadie la pueda acompañar, y pensé en preguntarle a mamá cuando se pasara el mal humor. Después pensé que mi padre estaba en la Emiliana o en cualquiera de esos lugares donde las personas están solas y que seguro que quería saber por qué yo no iba a verlo, a acompañarlo, y después traté de imaginarme cómo sería estar con él y no conseguí nada, ni una imagen, nada. A la mañana siguiente, cuando caminábamos a la escuela, le pregunté a mamá por qué no me acordaba nada de mi padre.

—¿Y por qué te ibas a acordar, Nito? Vos eras muy chiquito cuando se fue.

—¿Se fue porque yo era muy chiquito?

Mamá se rió, pero con una risa que ya entonces no me gustó nada, rara, bruta: no, Nito, cómo se te ocurre. Yo no le dije que se me ocurría porque era lo único que podía hacer, ocurrir, porque ella no me había dicho nada y mi padre menos: porque a mí nadie me había dicho nada, le dije, pero no lloré porque ya era un chico grande.

En la escuela, entre otras cosas, descubrí que tenía un nombre hecho de tres nombres. Hasta entonces, siempre había sido Nito: una exclamación breve y cortante, el ní acentuado del principio que hacía todo el gasto y después terminaba en un to casi mudo porque en algo tenía que terminar —y nunca nadie me había llamado de otro modo. Pero las maestras no nos llamaban por sobrenombres u otras casualidades: éramos, en principio, nuestros apellidos —Remondo, traigamé su cuaderno— y, de vez en cuando, en ocasiones muy formales, nuestros nombres completos —Juan Domingo Remondo, tiene un excelente. Yo primero estaba sorprendido: no entendía bien qué hacían todas esas palabras en mi cuerpo, dónde estaban, dónde habían estado. De a poco me fui acostumbrando —sin placer, sin alegría, como quien constata que sus ojos nunca serán azules—; mucho tiempo después, en una charla rara, Bobby me contó que mi padre me había puesto Juan Domingo como un chiste torcido, su forma de celebrar que aquel día la Argentina se había «librado del tirano»: como quien dice ahora Juan Domingo es otro, dijo Bobby, y no entendí si lo decía él ahora o entonces mi padre. Pero que, para extremar lo complicado —para justificarse —, dijo, me dijo Bobby, que no me lo ponía por Perón sino por Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, los dos pilares de la república. Aquella vez —yo debía tener doce, trece años—, me sorprendió tanto que mi padre jugara esos jueguitos: no coincidían con el hombre que me habían contado —tan poco—, por el que yo había evitado preguntar. Creo que mi nombre —la nueva historia de mi nombre— me trajo preguntas sobre él que nunca me había hecho y que, durante años, seguí esquivando con cuidado.

No era el recreo largo —el del mate cocido— y la señorita Alicia conversaba con la señorita Inés; yo me acerqué a escucharlas. La señorita Alicia le decía que iba a pedir plata prestada porque tenía un problema; la señorita Inés que tuviera cuidado a quién se la pedía; no, no te preocupes; y cuál es el problema; nada, necesito mandar algo a mi hermano; ¿a tu hermano?; sí, mi hermano que vive afuera; uy, cierto, ese hermano, dijo la señorita Inés y se puso a mirar para otro lado. A mí no me importaba lo que estaban diciendo sino sus delantales: el delantal de la señorita Inés estaba casi transparente, con unos pelitos de gastado en los puños, y pensé que si su mamá la dejaba ir a la escuela así no debía ser una mamá como se debe; entonces me vieron, y la señorita Alicia me llamó: Remondo, vení para acá. Yo me acerqué, con el miedo de que se hubieran dado cuenta, y la señorita me acarició la cabeza y me dijo que era un buen chico, que si seguía aprendiendo así me iba a ir bien en la vida —dijo: bien en la vida— y que cuando tenía alumnos como yo —dijo, ya mirando más bien a la señorita Inés— le daba gusto ser maestra. Y, me dijo, viendo que yo debía estar haciendo un gesto extraño, si a veces los otros chicos te improporan —dijo te improporan— y se insolentan con vos es porque saben que sos inteligente.

Inteligente, dijo, y yo me preocupé pero no quise preguntarle qué me estaba diciendo: me dio miedo. Yo no sabía qué decirle, hasta que me di cuenta de que no esperaba que le dijera nada: que los grandes, cuando te hablan, no suelen esperar que les contestes.

Quizá por eso tardé años en sacar la conclusión correcta de las palabras de la señorita: que la única actitud inteligente sería disimular mi inteligencia. Años: para entenderlo, tuve que entender primero qué era ser inteligente y, después, aprender que los verdaderos inteligentes son los que disimulan. Los que parecen inteligentes son los tontos pretenciosos que tratan de mostrar lo que no tienen.

4

Gracias a dios mamá estaba vestida: yo había temblado toda la tarde temiendo que se dejara su bata amarilla —pero no me animaba a decírselo. Ramiro, Ricki y Pérez Dubinsky —que ese día pasó a llamarse Micaela— llegaron a las cinco con sus carpetas de dibujo: teníamos que pintar un animal y yo les había propuesto mi canario. Ellos aceptaron: Ramiro y Ricki, supongo, para hacerse perdonar sus traiciones recientes; Micaela porque habría seguido a Ricki a cualquier parte. Mamá los recibió con su mejor sonrisa, Ramiro le miró las tetas —yo vi que le miró las tetas, me sorprendió más que enojarme—, y los cuatro nos sentamos a la mesa del living-comedor, la única mesa. Mamá nos sirvió nesquik con vainillas, se sentó con nosotros, les preguntó los nombres. Los tres se los dijeron, se quedaron callados; mamá trató de preguntarles otras cosas; ellos le contestaban corto y ella terminó por levantarse. Por suerte el olor del nesquik tapaba un poco el olor a grasa que subía del taller, el olor de mi casa. Entonces yo traje de la cocina la jaula de mi canario —que, en realidad, era de Beto—, la puse al lado del televisor, sacamos nuestras carpetas de dibujo: che, esta mesa es un poco chiquita, dijo Ramiro. Yo no le dije nada; después nos acomodamos, dibujamos. Ramiro era gordito, la cara redonda, el flequillo prolijo, pero tenía algo en la boca —escasa, labios finos, apretados— que esa noche le hizo decir a mamá que de grande ese chico podría ser verdugo. Yo entonces le pregunté qué quería decir con eso y ella me miró con una sonrisa triste y me dijo nada querido, que si podés hacete amigo.

Mamá se metió en su cuarto: no podía mirar la televisión, que estaba ahí en el living, y se ponía nerviosa. Micaela miró el cuadro que teníamos en la pared de detrás de la tele —un paisaje con montañas sin nieve con una chica joven que llevaba algo como un canasto en la cabeza— y yo pensé que quizá le gustaba: quién sabe, quizá le guste el cuadro, pensé, o quizá lo mira porque le parece asqueroso. Yo nunca había

mirado bien el cuadro y no sabía lo que me parecía. Micaela era rubia ojos claros; Ricki me había dicho que porque era judía —y yo no quise preguntarle qué era eso: no podía andar preguntándole cosas todo el tiempo. Por eso no te gusta, le dije aquella vez, y él me dijo que sí, que era por eso. Yo dibujaba mal y estaba preocupado: quería que termináramos rápido, antes de las ocho, cuando llegaba Beto. A las siete y media les pregunté si no se les estaba haciendo tarde; me dijeron que no. Cuando Ricki me pidió para ir al baño lo llevé. El baño estaba al fondo, entre las dos habitaciones, y Ricki me preguntó si mi casa se acababa ahí. Sí, acá se acaba. Ah, dijo Ricki, y no dijo más nada. Yo sabía lo que estaba pensando, por eso tampoco dije nada.

Ricki, además, tenía teléfono. Nosotros lo habíamos pedido, mamá siempre decía que nosotros no era que no tuviéramos teléfono sino que lo habíamos pedido y no nos lo ponían: si mi marido estuviera acá ya lo habría conseguido, le dijo una noche a Beto, en medio de la cena, y Beto se levantó, tiró la servilleta al suelo, se encerró en su cuarto. Beto solía hacer esas cosas y yo, entonces, trataba de entenderlas. Mamá nunca decía por ahí que no teníamos teléfono. La recuerdo un día en la panadería — media docena de medialunas de manteca, cuatro churros rellenos, seis miñoncitos, dos pebetes— quejándose en voz alta de que nos habíamos quedado sin tono por la lluvia.

Beto no me trataba mal pero era raro. Para empezar, era el único que nunca me llamaba Nito; me llamaba Juan o Juan Domingo, y se reía. Beto casi siempre se reía, con una risa un poco fuerte, como si la forzara, como si no quisiera reírse sino que le escucharan la alegría. Beto tenía un olor decidido —un olor que todavía recuerdo, que se me pega cada vez que paso delante de un taller mecánico— donde mezclaba aceites, pintura, chivo de hombre, desodorante tipo muy masculino, ajo pasado. Beto hablaba a los gritos, se rascaba las bolas cada vez que podía, andaba en motoneta; era tan mersa que, por un tiempo, hizo que mamá dejara de preguntarse qué era mersa.

Beto era raro. Yo entonces no pensaba que él era raro sino que los hombres eran raros, porque Beto era el único hombre que veía todos los días, y ni siquiera me detenía en la palabra raro: después supe que hay pocas palabras más canallas. Raro: la forma hipócrita de decir —o no decir— que algo te parece inconveniente, desviado. Pero Beto era raro. Yo entonces no sabía que había trabajado en el taller de mi padre durante dos años —los dos primeros de mi vida— y que cuando él no estuvo no sólo se quedó con su taller sino también, enseguida, con su esposa. Y que por eso mucha gente no le hablaba: porque pensaban que era raro lo que había pasado, que quién sabe mamá y Beto ya andaban rosqueando antes de que mi padre no estuviera, que quién sabe hicieron algo para que no estuviera, cosas raras. Mamá debía quererlo mucho —o sea todo el tiempo—: cuando les dijo a mis abuelos y mis tíos que iba a

vivir con él, que cuando pasara el tiempo se iba a casar con él, todos ellos se pelearon con ella y dejaron de hablarle. Las familias se especializan en dejar de hablarse o de verse: como si siempre quisieran confirmar que pueden deshacerse, aunque en el fondo saben que no pueden —que lo más que pueden es hacer como si sí pudieran, por vicio, sin ninguna esperanza. Pero no eran sólo los demás; yo también —me contó mucho después mamá— lloraba las primeras veces, cuando lo veía, aunque no creo que fuera porque sospechaba; yo entonces todavía era tan chico que no sabía sospechar nada. A mamá toda esa oposición no le importó, o quizá sí: quién sabe se quedó con él justamente por eso, porque así terminaba de convertirse en lo que ella quería. O dejaba de ser lo que no quería: yo no creo que mamá supiera qué quería, pero tenía muy claro —les pasa a tantos— lo que no.

En todo caso Beto era raro y tenía el pelo negro puro rulo, al principio largo, después más controlado, y cuando estaba en casa andaba en pantalones cortos y alguna camiseta o musculosa, pero cuando yo ya tenía ocho y quise ponerme como él mamá se enojó y me dijo que no me volviera a vestir así, que no era para mí, que era muy mersa. Beto no la escuchó; Beto, en general, no escuchaba cuando mamá y yo hablábamos y conmigo, en esos años, tampoco hablaba demasiado. Nunca supe si fue mamá la que nos mantenía alejados, o que él no tenía ganas de esforzarse con un chico que de todas formas nunca sería suyo. Yo hacía lo posible, que no debía ser tanto. Unos meses me hice hinchita de Independiente para complacerlo, pero supongo que él no notaba mis esfuerzos: creo que en ese tiempo todavía pensaba que yo lo odiaba porque sí, porque tenía que odiarlo; las personas casi siempre hacen lo que creen que deben, lo que tienen a mano, y, entonces, creen que los demás hacen lo mismo —y actúan en consecuencia. Por eso —aprendí mucho después—, la vida es un continuo cruce de malentendidos que son, en realidad, la única forma en que nos entendemos.

Si me lo hubieran preguntado, si yo hubiera podido decidirlo, por supuesto habría querido que Beto fuese mi padre, por más raro que fuera, para tener uno. Pero no era y yo ya había entendido que la función padre no podía improvisarse o reformarse: que solamente podía ocuparla una persona. Era una tontería, una injusticia: por culpa de esa rigidez, yo tenía uno que sí era pero no estaba, y uno que sí estaba pero no era. Fue, creo, cuando empecé a entender que el mundo estaba equivocado, confundido: que despilfarraba.

Beto no miraba los partidos por televisión —prefería escucharlos por la radio— y le gustaba mucho el blues —esa música que ponía a menudo en el tocadiscos que teníamos en el living, que mamá hacía como que le gustaba porque le parecía que era una música que estaba bien, americana, medio desconocida. Eso era lo que sí hacíamos juntos: Beto ponía un disco de Jimi Hendrix o de Eric Clapton con Cream o de Manal y me lo hacía escuchar y me contaba quién era cada uno, y me decía que así

no iba a ser tan bruto para la música como mi mamá, que parece que tuviera un pingüino en cada oreja, me decía, y se reía bajito: Beto creía, como suelen creer los padres falsos, que la mejor manera de congraciarse con los hijos de sus esposos o esposas es armar una alianza contra ellos. Pero Beto a mamá la quería, aunque creía que tenía que disimular: a las mujeres les gustan los tipos que las rigorean, me dijo una vez, muchos años más tarde, cuando ya era evidente para todos menos él que mamá detestaba ese modo.

Mamá me agarraba la mano porque Joaquín por fin estaba a punto de besar a Luz Karina y ella sabía que si lo hacía nunca más volvería a Mariana y se casaría con Luz Karina y tendría una vida de placeres —porque, en verdad, hay que decirlo, Luz Karina era una bomba rubia tetona millonaria— pero alguna vez se arrepentiría murmuró mamá: este muchacho se va a arrepentir de lo que quiere hacer y me apretó la mano y yo sabía que lo que le dolía era saber que si ese beso llegaba a prosperar El Amor Parco se acababa, la historia se acababa, sus conocimientos trabajosamente acumulados se iban a la basura y él la quiso besar, ella sacó la cara, mamá puteó, y yo recuerdo haber pensado por primera vez —haber pensado por primera vez— mamá no entiende nada.

Así que Beto hablaba mucho con ella pero siempre como si no quisiera, como si le hiciera el favor de hablar con ella, y a veces se encerraban en la pieza de ellos — que estaba separada de la mía por un tabique bien finito— y empezaban a morderse y empujarse: yo creía que se mordían y empujaban, yo creía que mamá se defendía porque Beto trataba de ocupar el lugar de mi padre y ella no lo dejaba. Pero el día que le pregunté por qué se peleaba tanto con Beto mamá me miró con cara de sorpresa y estuvo a punto —se le notó que estaba a punto— de decirme vos cómo sabés pero en cambio se vio que no quería pelearme en ese tema y me dijo que ellos no se peleaban y yo le dije que sí, que se mordían, que cuando se encerraban en su pieza se empujaban y mordían y gritaban y mamá tuvo un momento como una sombra que le pasaba por la cara pero enseguida se rió —no como Beto, se rió de verdad, mamá se reía poco y, en general, se tapaba la cara— y me dijo que no, que yo no entendía porque era chiquito, que lo que hacían eran esos juegos que hacen las personas que se quieren. ¿Como lo que hacen para tener los hijos? Sí, más o menos, vos cómo sabés. Yo sé, le dije, pero no le dije que sabía porque Ricki me había contado, en un recreo de la escuela, un chiste y yo no lo entendí y entonces él me preguntó si no estaba avivado. No sé, sí, debo estar, qué es estar avivado. Ves que no estás. Sí estoy. No estás, boludo, yo después te explico. Y entonces Ricki se había pasado tres días haciéndose rogar y diciéndome que todavía no podía, que le parecía que yo no estaba preparado y yo esperando una revelación que ni siquiera imaginaba, cuyo contenido no podía suponer pero sí que sería algo —no sé por qué estaba tan convencido— que

me cambiaría la vida para siempre, el principio de una vida nueva, hasta que al cuarto día, cuando salimos de la escuela, le dijo a Ramiro que se iba a la casa de su tía y se fue solo pero a mí me había dicho que nos encontraríamos a la vuelta y cuando nos encontramos fuimos hasta la plaza, nos sentamos en un banco y me contó cómo se hacen los hijos: es una boludez, el padre mete su pija en la conchita de la madre y le pone un líquido que después se transforma en el hijo.

—Boludo, como los animales.

—¿Cómo los qué?

Como los animales: yo me había preparado para una revelación increíble y Ricki me contaba esa pavada: que los hombres hacen lo mismo que los animales. Yo debería haber aprendido esa lección —que uno se pasa la vida esperando revelaciones que, una vez reveladas, no revelan absolutamente nada— pero no la aprendí: sigo creyendo que alguna vez, quizá. Como los animales, Ricki, todo igual: copulan. Yo miraba con fruición el programa de Disney de los martes a las siete de la tarde, donde dos por tres aparecían animales cuando hacían sus hijos; un elefante que pegaba un salto bruto y subía las patas de adelante en las ancas de un elefante que era una elefanta, un león que se lo hacía a una leona. El programa se había transformado en mi programa favorito —no en uno de mis favoritos, en mi programa favorito— y más lo veía más me gustaba y me ponía frenético mirando a los caballos, las hienas, los canguros, las zarigüeyas copulando. Yo prestaba mucha atención a los movimientos y quería aprender cómo se hacía; veía las terribles porongas de los machos pero no conseguía ver dónde las ponían: las hembras eran pura ausencia o censura o vaya a saber qué. Pero la televisión no me alcanzaba: quería verlo en vivo y en directo, y en casa no teníamos ni un mono ni un perro ni un gato, ningún animal salvo el canario amarillo verdoso: me pasé horas estudiando el canario, buscándole la pija entre las plumas; primero lo miraba pero no paraba de moverse; entonces lo saqué de su jaula, lo agarré fuerte con la mano derecha y lo revolví pluma por pluma con la izquierda, y nada. Casi se me escapa, me asusté, tuve que devolverlo a la jaula sin haber completado la inspección: sin encontrar ni rastros de su pija canaria. Como los animales, Ricki: entonces somos lo mismo que los animales. No, boludo, parece igual pero es distinto. Qué va a ser distinto; vos te creíste que me podías decir cualquier pavada. Y vos cómo sabés, Nito, por qué sabés de eso. Yo sé, mamá, pero eso que ustedes hacen no es; yo vi muchos animales teniendo hijos y no hacen así. Nito, me dijo mamá, y se seguía riendo, pero ahora parecía preocupada: ¿dónde viste eso de los animales? Yo me di cuenta y no le dije nada. Mamá esperó, me preguntó de nuevo, entendió mi silencio, me dijo que los animales no son lo mismo que las personas. ¿Ah, no? ¿Y cómo tienen hijos las personas? Las personas, para empezar, no tienen hijos. No hacen esas cosas para tener hijos, hijo, sino porque se quieren; después, a veces, tienen hijos. Yo la miré muy raro y no le quise preguntar todo lo

que pensaba: a mí me daba mucho miedo que mamá no supiera contestarme, darme cuenta de que no sabía. Pocas cosas, entonces, me daban más miedo.

Mamá —yo no sabía, entonces no sabía casi nada— había cambiado mucho: ya no quería ser una mujer objeto. En la cama con Beto no era ni de lejos la que había sido con mi padre: había leído revistas, escuchado mujeres en la peluquería, charlado con amigas; vivía, pese a todo, en su tiempo —como vivimos todos en nuestro tiempo, casi sin darnos cuenta, siendo de nuestro tiempo cuando creemos no ser nada— y había decidido ser, más que una mujer, una persona activa. Entonces solía tomar la iniciativa, decidía cuándo quería o no quería, cómo, hasta qué punto. Y Beto la dejaba, menos por convicción que por desidia: si eso es lo que quiere. A veces basta con que alguien quiera algo para que otros, que no saben qué quieren, se plieguen con alivio. Yo, unos años después, lo sabría mejor que nadie.

Pero entonces yo no le creía. Yo sabía que cuando se empujaban y mordían y apretujaban hacían chicos, y no entendía por qué no los traían a casa. Me pasaba las horas pensando en esos chicos: los veía en un lugar que no terminaba de reconocer, docenas de nenes de uno, dos, tres años, un batallón de hermanitos un poco sucios, mocosos, malolientes, peleándose entre ellos, mal comidos, dejados de la mano de dios y de mamá, y me apenaba por su suerte pero más me alegraba por la mía; sabía —confusamente yo sabía que su destino triste debía apenarme más pero no lo lograba; en cambio me felicitaba de no ser uno de ellos y pensaba —sin mucha precisión pensaba— que yo debía tener algo especial: que si no me habían mandado a mí también al depósito de hermanitos perdidos algo debía tener. Un día imaginé que no, que mamá me habría mandado de todos modos y que había sido mi padre quien, a diferencia de Beto, se lo había impedido; esa tarde me sentí tan lleno de amor y gratitud por ese ausente. Fue un golpe, una llamarada, un calor completamente nuevo: ese señor, mi padre, me había salvado del depósito mocosos de hermanitos y yo le debía todo y no tenía cómo pagárselo. No hay nada mejor para el amor que no poder —que saber que uno no podrá— pagar sus cuentas: esa culpa es el mejor combustible que se le pueda echar, nafta en el fuego. Pero se me pasó: después pensé que si había sido así, que si sólo estaba allí por fuerza de mi padre, yo no tenía ningún mérito en el asunto y traté de olvidar esa hipótesis, que no me convenía: fue —sabría mucho después— mi primera intuición de que el amor es demasiado caro en autoestima.

[ML4]

–No entiendo para qué me cuenta todo esto.

–Te dije que no ibas a entender. Por ahora no importa.

Dice, y suena el teléfono. Carpanta lo mira como si no supiera para qué se usa y sigue peinando gatas peludas gordas, saludables. Titina atiende: sí, hablás con lo de Pérez. No, pero a esta hora. Sí, ya sé que sos un amigo de la casa, pero a esta hora. Sí, ya sé. Sí, claro que lo sé. Bueno, ok, dame un rato y te llevo.

–Ni loco, Titi, vos te quedás acá.

–Es Laborde, necesita veinte.

–Que espere hasta mañana. Acá estamos haciendo algo mucho más importante que drogar pelotudos.

–Ya le dije, jefe.

–Llamalo y decile que con todo gusto lo vas a ver mañana.

–Pero no tengo su teléfono.

–Entonces no lo llames.

Carpanta se zampa una gata y le alcanza la bic a Nito, que la agarra y la mira. En una de las paredes hay un cuadro enorme: una tela erizada de salpicones negros y rojos. Nito también la mira, Carpanta nota que la mira:

–Pollock, el gran Pollock. Pollock fue el último artista clásico: alguien que concentra la energía de lo real en una tela, en una obra. Yo vendría a ser un artista contemporáneo: alguien que, con su obra, desparrama una energía en lo real.

—¿Y ese cuadro es de él?

–Es de él, sí, pero lo pinté yo. No es difícil hacer un Pollock; lo imposible es ser Pollock. Tardamos tanto en darnos cuenta de que el mérito de un artista no estaba en el arte que hacía sino en ser él.

Dice Carpanta y mira la escupidera que tiene al pie de su sillón, carraspea.

–Cuando pinté ese Pollock me di cuenta de que había perdido el tren: ya no podía ser uno de esos que se mueren lo suficientemente pronto como para ser alguien que podría haber sido tantas cosas. Uno nunca está a la altura de lo que podría haber sido; yo sabía que a partir de ese momento empezaba a decepcionar al espectador inexistente, que ya había empezado a ser menos que lo que habría podido.

Por momentos Carpanta habla grandilocuente, para una posteridad que no lo escucha. Ahora, en silencio, confecciona su esputo como un orfebre manco: va extrayéndolo primero de la gola, amasándolo entre lengua y paladar, mejorando la esfera con una presión más fuerte de la lengua, testeándolo contra el trasero de los dientes, retrayendo los dientes para ponerlo en la antesala, entre los labios, en la parte de adentro de los labios, antes de producir alguno de los movimientos de expulsión: la retirada violenta de la lengua hacia atrás que se acompaña con una emisión súbita de aire para producir la expulsión violenta y dirigida; la inclinación de la cabeza de forma que los labios, apuntados hacia abajo, se abran para dejar caer, sin ninguna violencia, el pollo en vertical perfecta; la torsión de la boca hacia un costado para que, con movimientos muy semejantes a los de la expulsión violenta, el esputo salga hacia la izquierda o la derecha.

–Cuando alguien tiene la historia que yo tengo, tiene que hacer algo grande alguna vez. Yo no puedo seguir acumulando avivaditas. Yo ya tuve mi cuota de avivaditas: inventé un estilo, salí en las revistas, puse la disco más caliente, vivo como un duque, a veces hasta cojo. Ahora tengo que hacer algo grande, algo que valga la pena recordar. ¿Sabés cómo se sabe si alguien hizo algo que vale la pena recordar? Porque lo recuerdan los que nunca van a tener ni idea de quién es el tipo que lo hizo.

Se calla, se restriega los ojos, mira al piso, el esputo, sigue en un susurro:

–Hasta esta noche, nunca pensé que yo podría ser uno de esos. Pero entonces te escuché en el escenario, vi cómo te escuchaban.

IV. LA GUERRA

1

Beto era raro pero aquel año, cuando cumplí ocho, me empezó a tratar distinto: como si entonces sí quisiera ser mi amigo. Después pensé que quizá fuera de esas personas —esos hombres— que no saben qué hacer con los chicos muy chicos; también pensé que fue porque se convenció de que mamá le iba a seguir negando el hijo. Mamá, en eso, fue tajante: yo los oí discutir más de una vez, siempre lo mismo: no podemos tener hijos porque no estamos casados, le decía ella, y él que se casaran y ella que ni loca se iba a casar con él. Pero por qué, Betty, si vivimos juntos, estamos bien, todo está bien, por qué. Porque no tengo ganas. Mamá creía que su derecho de mujer consistía sobre todo en poder decir, de ciertas cosas, que tenía o que no tenía ganas —entendidas como el supremo capricho, la gran prerrogativa femenina, que debía, de vez en cuando, ejercer, so pena de volverse un mueble o aquella cosa, una mucama. Mamá, es cierto, no lo hacía muy a menudo: atesoraba su posibilidad de no tener ganas —su femineidad— con cierta sensatez, como quien sabe que no puede despilfarrar lo poco que tiene —y eso la hacía regodearse más todavía en esas veces en que sí decía no, no tengo ganas. Betty, cómo que no tenés ganas. Sí, che, no tengo ganas y no se hable más, decía mamá. Porque no se animaba a decirle que él, Beto, no estaba a su altura, que él, Beto, no era un padre para un hijo suyo, que él, Beto, era algo transitorio y que ella lo que quería era terminar de criarme y tener una vida. Mamá tenía treinta años y suponía que iba a empezar a ser distinta. Mamá, en verdad, se pasó la vida pensando que en algún momento iba a empezar a ser distinta, que iba a tener un trabajo y ponerse un traje sastre y adelgazar esos kilitos y ganar plata y mandar empleados: que iba a ser lo que tenía que ser, una mujer moderna, independiente, respetada —y que solamente iba a hacer las cosas que le dieran la gana.

Caminábamos por la calle Defensa y Beto me llevaba de la mano. A mí me molestaba —me daba vergüenza— que Beto me llevara de la mano porque ya era un chico grande pero cuando traté de soltarme me dijo que lo agarrara, que tuviera

cuidado, que no me fuera a perder con tanta gente. Había, es cierto, ríos de personas, y casi todos gritaban Argentina.

Yo nunca había visto tantas personas juntas. Pero tampoco había estado nunca antes en una guerra, y ahora estaba en una. Beto iba excitado; ya desde el día anterior estaba como loco. El día anterior había empezado muy normal; desde entonces, siempre sospeché de los días que empiezan muy normales —aunque eso me haga sospechar de casi todos. Pero ese día aprendí que las cosas que importan no se anuncian, y que la zozobra —para quien le hace caso— es permanente: eso fue, supongo, lo peor de esa guerra; ahora, cada vez que aparece algo importante inesperado pienso en esa guerra. Esa mañana estábamos en clase haciendo cuentas cuando entró la señorita Julia y dijo algo en el oído de la señorita Alicia.

—Alumnos, de pie.

Dijo la señorita Alicia y, cuando todos nos paramos, nos dijo que cantáramos el himno. Yo canté fuerte, porque ya me sabía toda la letra y sabía, también, que había varios que no la sabían; primero pensé en no cantar, para que se les notara, pero me dije que era el himno y que uno no hace esas cosas con el himno. El himno es nuestro canto más sagrado, nos había dicho la señorita Inés en primer grado, y yo le había preguntado a mamá esa noche qué quería decir sagrado; no sé, como si fuera santo, que hay que tratarlo con cuidado, me dijo mamá y yo no entendí bien pero se me quedó grabado: me gustó que hubiera una canción tan importante. Así que cantamos el himno, yo gritaba, la señorita Alicia me miraba aprobando —creo que aprobando, con ella nunca se sabía— y, cuando terminamos, nos dijo alumnos ha empezado la guerra.

—Esa guerra que esperamos tanto tiempo ya empezó. Viva la patria, alumnos.

—Viva la patria, señorita.

Contestamos varios a los gritos y la señorita dijo que ésa era la respuesta de unos niños argentinos y que las tropas de la patria —dijo las tropas de la patria— habían desembarcado en las islas Malvinas y se calló como para esperar nuestra reacción, pero nosotros no hicimos nada salvo Hernández que le preguntó señorita qué son las Malvinas y, por un momento, pareció como si la señorita Alicia estuviera por llorar.

—Hernández, qué triste que un niño argentino tenga que hacer esa pregunta.

Hernández miró a su alrededor —nos miró a todos los demás— y no vio caras de tristeza sino más bien de joda; la señorita Alicia preguntó si alguien podía contestar la pregunta de Hernández y yo dije que sí, que las Malvinas son unas islas que están en el mar, esas que salen en la parte de abajo de los mapas, dije.

—Muy bien, Remondo. Así son los niños argentinos.

Dijo la señorita y yo no entendí así cómo pero me pareció mejor no preguntarle. Ella, de todos modos, siguió hablando y dijo que las Malvinas eran, en efecto —ella dijo en efecto— unas islas que se llamaban, dijo, las hermanitas irredentas, que los

piratas ingleses —dijo piratas, eso que los niños querían ser— nos habían robado muchos años atrás y que ahora nuestros soldados estaban recuperando para nuestra patria. De pronto todo era nuestro, de los niños argentinos, de todos los argentinos, de la patria: nuestro.

—Pero no se crean que esto va a ser fácil, niños. Esto es una guerra y todos vamos a tener que poner el hombro.

Ricki me preguntó bajito poner el hombro dónde y yo le dije que se callara la boca; me gustaba que Ricki hiciera chistes conmigo pero el momento no parecía para chistes: estábamos en guerra. Yo había visto guerras en la tele y en mi libro de lectura, unas guerras de soldados con cascos y jeeps y bombas que volaban, otras guerras que no se entendían muy bien con patilludos a caballo, pero nunca pensé que yo iba a estar en una guerra, y menos así, en la escuela, cantando y gritando y escuchando a la señorita Alicia. Se veía que había guerras y guerras y que ésta era de las fáciles. O por lo menos el primer día había sido más fácil; ahora, ya el segundo, Beto me llevaba de la mano por la calle Defensa, y yo caminaba con vergüenza y pensaba que esto sí se parecía un poco más a una guerra de veras.

—No cabe duda, / no cabe duda, / la reina de Inglaterra / es la reina más boluda.

Gritaban ocho o diez muchachos con camisetas argentinas, de la selección argentina. Yo le pregunté a Beto quién era la reina de la terra y Beto me dijo que más fuerte, que no me había oído:

—¡La reina de la terra, Beto!

—Shhhh, nene, no grites así, te van a oír.

Yo no entendí, porque pensé que lo que quería era oírme o, mejor dicho: entendí que en la guerra las cosas son muy distintas de como son todos los días. Beto se agachó un poco y me dijo que la reina de Inglaterra era la reina de Inglaterra, la jefa de nuestros enemigos y que por eso los pibes la puteaban. Yo le pregunté por qué era tan boluda y Beto me dijo que no preguntara boludeces —y me lo dijo en serio. Yo conocía a Beto: sabía que a veces hablaba en serio y, esas veces, no esperaba que nadie le contestara nada; para él hablar en serio era hablar solo. Íbamos por la calle, no por la vereda, y algunos coches pasaban muy despacio tocando la bocina. Caminábamos rápido porque todos caminaban rápido: se notaba que en una guerra había que ir a la misma velocidad que los demás —y a mucha.

—Beto, en las guerras la gente camina como loca, ¿no?

Le pregunté, y Beto me miró como si le hubieran dado ganas de pegarme. Yo entendí que en las guerras la gente no habla tanto: más bien camina y grita, así que me puse a gritar con los demás que no cabía ninguna duda.

Justo adelante caminaba una pareja, la edad de mamá y Beto, con bluyines. Él tenía el pelo un poco largo; ella cortito; los dos eran bastante altos. Él le decía que quién hubiera dicho que al final iban a terminar saliendo a la calle por estos milicos

hijos de puta y ella le dijo que hablara más bajito, que los podían escuchar y él que qué importaba y quién lo hubiera dicho. Cualquiera lo hubiera dicho, Tommy, le dijo ella, si en este país la gente compra cualquier pescado. No digas eso que no es momento para pelearnos entre nosotros, le dijo Tommy, ni se te ocurra decir eso. Ella le dijo que ella decía lo que se le cantaba el orto y él le dijo y qué orto y se rió, y ella también se rió, y yo pensé que algunos disfrutaban mucho de las guerras.

Todos mirábamos hacia un lugar donde no había nada que mirar. Éramos miles, millones amontonados en la plaza, mirando el frente rosado de la casa rosada —que era, me había explicado Beto, la casa del presidente de la patria— y yo le pregunté a Beto qué estábamos haciendo ahí sin hacer nada. Cómo sin hacer nada; estamos esperando. Yo no había entendido, todavía, que esperar era una de las actividades que más tiempo ocuparían en mi vida, una actividad compleja hecha de paciencia o falta de paciencia, resignación a cierto orden desordenado de las cosas, frustración constante porque lo que tendría que llegar no llega todavía interrumpido con picos de frustración extrema —por qué carajo estoy acá esperando qué se habrán creído que soy yo para hacerme esperar como un idiota—, ilusión alborozada por lo que pueda pasar cuando se acabe —entonces ella ni siquiera me va a decir hola qué tal sino que directamente me va a abrazar y besar apasionadamente con ese olor a jazmines que solía tener—, temor horrible por lo que pueda pasar cuando se acabe —pero en cuanto le vea la cara me voy a dar cuenta del resultado del análisis, porque no puede ser que el tipo tenga la misma cara si te va a decir que está todo bien, que te podés ir a tu casa y tomarte unos vinos o que te tienen que internar para partirte el corazón en dos—, y, para unos pocos, sólo para los verdaderos artistas de la espera, desazón por lo que pueda pasar cuando se acabe porque nada les da más placer y tranquilidad que el momento, limpio, repleto de sí mismo, en que están esperando. Esperando qué, qué estamos esperando; que hable el general, dijo Beto, que salga al balcón, que hable. Yo le pregunté si iba a hablar de la guerra. Y claro, de qué querés que hable.

—¿Y nos va a decir que ya ganamos?

—Capaz, ni idea.

—¿Cómo ni idea?

Había masas: grandes, chicos, mujeres esperando. De a ratos la guerra era un embole. En la guerra había señores con carritos que vendían cocacolas, cubanitos, gorros y otras cosas que se necesitaban. Había muchos policías, también, pero el resto de las personas los saludaban con sonrisas, no como solía ser, que los veían y apartaban la mirada. Había señores y señoras con carteles que decían viva la patria, muerte a los ingleses, muerte a los piratas, las malvinas son argentinas, y todos saludaban como si se conocieran o, mejor, como si fueran amigos que llevaban semanas sin verse; había un señor disfrazado de pirata —con un sombrero negro de ala ancha, un parche en el ojo y un gancho en la mano y cuando pasaba todos lo

silbaban y le gritaban puteadas y él sonreía satisfecho porque estaba haciendo algo bueno, ayudando en esto de la guerra. Un grupito de chicos y chicas tenía una bandera azul y roja y trataba de prenderle fuego. Beto me dijo que mirara, que era una bandera inglesa y que por eso estaban por quemarla. El que la sostenía era un flaquito pecoso, pelo colorado, y la que trataba de prenderle fuego era muy parecida: una especie de hermana, linda pero bastante inútil para el fuego. Al final, después de varios intentos, pudieron encenderla; el flaquito la levantó prendida, trozos con fuego se salían, volaban, y la gente alrededor primero aplaudió y después gritó Argentina Argentina, y mientras gritaban de pronto gritaron mucho más porque una voz, por los altoparlantes, había dicho argentinos y argentinas. Yo no lo veía: todos gritaban más, agitaban lo que podían, saltaban, levantaban los brazos. Yo también estaba feliz, como todos, pero me pasaba algo más: ese señor que hablaba me daba mucha envidia. Yo pensé que alguna vez quería hablar y que muchos saltaran, que yo quería ser uno que hace saltar a las personas. La voz oscura seguía gritando:

—... que el mundo sepa que un pueblo con voluntad decidida como el pueblo argentino: si quieren venir que vengan, les presentamos batalla...

Gritó, y yo ya entonces entendí que presentarles batalla era algo que nos gustaba especialmente: todos festejaban, tiraban cosas para arriba, la gozaban; ojalá yo también pudiera presentarla. Beto me levantó y me sentó sobre sus hombros: miré personas que saltaban, personas que gritaban, personas que revoleaban banderas argentinas; estaban todos tan felices que me atacó una idea: pensé que mi padre, en ese lugar donde estaba, también debía estar feliz, ahora mismo, por la misma causa —y que por primera vez hacíamos algo juntos. Entonces terminé de entender que la guerra era lo mejor que nos podía haber pasado.

Mamá nos recibió con cara de enojo —era la primera persona que veía con cara de enojo en todo el día— y le dijo a Beto que cómo se le había ocurrido llevarme a ese lugar tan peligroso. Beto la miró, sacudió la cabeza, me miró, dijo mujeres; mamá nos trajo café con leche con vainillas y medialunas de confitería. Beto dijo que si esto seguía así la próxima vez iba a comprar una gruesa de banderas inglesas para venderlas en la calle; mamá le dijo con su mejor tono de asco si no le daba vergüenza pensar en la plata cuando nuestros soldados —dijo nuestros soldados— peleaban en la guerra. Beto le dijo que al contrario, que no era por la plata, que ella siempre pensaba lo peor de él porque era un bruto que hacía chapa y pintura pero que él ya le iba a mostrar que podía hacer algo bueno y al mismo tiempo ganar una parva de billetes y yo le pregunté si no podíamos vender unas banderas que se quemaran más fácil: digo, por ejemplo, las untamos con alguna cosa que se queme y las vendemos como banderas para el fuego, dije, y Beto me miró como si hubiera dicho algo espantoso. Después habló despacio, marcando cada sílaba:

—Qué idea increíble. No se le ocurrió a nadie, a nadie, y se le viene a ocurrir al

pendejo este. Juan, vos sos un genio.

Yo no sabía cómo era ser un genio, pero me pareció que era algo bueno, algo que hasta podía servir para la guerra.

Vidal vivía en una de esas casas viejas de Barracas, con galería y un patio al costado, cantidad de geranios y malvones; aquella tarde de sábado casi todos los chicos y chicas del grado festejábamos su cumpleaños en el patio. Vidal tenía una pollera escocesa, camisa blanca y pelo suelto, sin las trenzas; tenía, sobre todo, unos zapatos rojos con taquitos, como de señorita, y caminaba diferente, sacando culo —o lo que fuera que tuviese en el lugar donde algún día tendría el culo. Los grandes estaban adelante, comiendo, conversando; nosotros jugábamos a la mancha, al poliladron, hasta que Vidal gritó chicos, paren, chicos, ahora tenemos que jugar a la guerra.

—¿Cómo a la guerra?

—Sí, a la guerra, ingleses contra argentinos.

El problema fue que nadie quería ser los ingleses. Ramiro dijo que las nenas tenían que ser inglesas, y Micaela le dijo que se fuera a cagar. Yo pensé en salir a defenderlo pero no vi la forma: las nenas se reían, se veía que no iban a aceptar —aunque era lógico que los ingleses fueran ellas, porque en la guerra los argentinos eran todos hombres.

—Ta bien, Ricki y yo somos los ingleses.

Ricki me miró sorprendido, alarmado. Yo traté de decirle no te preocupes con los ojos —pero no supe cómo. Le dije que se acercara y le expliqué en voz baja: vamos a sacrificarnos por la patria. ¿A sacrificué? A sacrificarnos, boludo, por la patria argentina: nos defendemos un poco, peleamos, tiramos unos tiros, matamos dos o tres argentinos pero después dejamos que nos ganen, Ricki, nos morimos. Ricki me miró, se sonrió: ¿y cómo nos morimos? No sé, nos cagan a tiros y bombazos y nosotros nos retorremos y gritamos y caemos y al final nos morimos y entonces los argentinos ganan. Ricki me guiñó un ojo: creo que fue la primera vez que parecía orgulloso de ser amigo mío.

Yo, a esa altura, ya era bueno muriéndome. Había visto a uno muriéndose en la tele, y fue un descubrimiento. Fue en una película de cowboys: a Beto le gustaban las películas de cowboys y esa tarde —sábado a la tarde, lluvia afuera— me dejó mirar una con él. Era en blanco y negro, señores con sombreros; uno era bueno, entendí, y el otro malo, y el malo provocó tanto al bueno que tuvo que pelearlo. Se enfrentaron en la calle del pueblo, con revólveres; sonaron tiros, y el malo fue cayendo. La caída era lenta, amenaza de una espiral que no se concretaba, un cuerpo que giraba sobre sí mismo para tratar de escaparse de lo que ya le había sucedido. No podía: el cuerpo se derrumbaba en el polvo de la calle a mediodía. Entonces la imagen se le acercaba, lo

mostraba boqueando, equivocándose: trataba de llevarse aire a la boca como si lo que fallara fuera el aire y no su boca. Ése se está muriendo, dijo Beto, y yo pensé que lo que llamaba morir era ese error: no saber dónde estaba el problema. Después no pensé más; el malo abría y cerraba los ojos muy rápido, como quien intenta mover algo todavía y al fin decía unas palabras que nadie entendía y, con una convulsión y una tos apagada, se moría, es decir: estiraba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos. Ya está, dijo Beto, a otra cosa mariposa.

Ya estaría para él; yo me quedé encantado con esos espirales de morir, y empecé a practicarlos. Caía frente al espejo de mamá, cuando no me veía; no me salía muy bien hasta que descubrí que la única forma de mejorar la actuación era dejar de mirarme de reojo: que no podía ser actor y espectador al mismo tiempo. La primera vez que la hice frente a mi abuela Juana fue un éxito completo: mi abuela estuvo a punto de morir del susto.

Era sólo el principio. Después, con el tiempo, estudié, aprendí, y fui capaz de morirme de dos docenas de maneras diferentes. Sabía morirme como una heroína romántica tuberculosa, la cabeza echada atrás y la palma de la mano sobre la frente, los labios entreabiertos; sabía morirme como el guerrero japonés que ha perdido la honra y dice palabras graves a los suyos antes de hundirse el sable en el estómago; sabía como el amante que acaba de darle a su amante el veneno final y la mira desvanecerse antes de tomar el suyo de un frasquito de cristal porque su amor estaba condenado y le da, con sus últimas fuerzas, un beso en los labios ya fríos que, en su caso, era un beso en el aire; sabía como el abuelo que se va rodeado de los suyos, su mano en las manos de su hija mayor, sereno, los ojos ya cerrados, las mejillas chupadas, respirando con ruido; como el sargento Cabral que se arroja para interponerse entre el sable español y el joven San Martín y abre los brazos y no grita antes de decir, en un susurro, muero contento hemos batido al enemigo; como el reo en la silla eléctrica, las manos aferradas al brazo de la silla, las piernas sacudidas, la cabeza de un lado para otro y una baba espumajosa entre los labios; como el peatón que cruza la calle para el lado equivocado y apenas alcanza a darse cuenta de que ese coche está por despacharlo; la mujer que se desangra en el parto, acostada, las piernas muy abiertas, la cara en un grito y la pregunta de si su hijo vivirá; un rey de Francia o Inglaterra que antes de depositar la cabeza altiva sobre el tajo se seca el sudor de la frente con un pañuelito que debería ser de encaje y saluda con gesto grave a la multitud que lo insulta y abuchea; el delincuente que tres policías arrinconan en una calle oscura cuando trataba de escaparse y les pide piedad sabiendo que no va a encontrarla y se protege la cara con los brazos, arrodillado, por instinto; sabía morirme incluso como Cristo, los brazos en cruz, los pies cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y un grito desgarrado padre padre por qué me abandonaste —aunque esta última, la de Cristo, me traía recuerdos confusos pero horribles,

recuerdos que no eran recuerdos propiamente dichos sino la sospecha de que esas palabras podrían haber sido mías aunque nunca se me habrían ocurrido. Pero todo eso lo aprendí mucho después, y sería falso decir que entonces ya sabía: uno tiende — todos tendemos— a acumular recuerdos falsos. Esa tarde, en la casa de Lucita Vidal, sólo sabía morirme como en una de cowboys, pero igual fue un éxito.

Unos días después le pregunté a mamá cómo era ser un genio. Esa noche de abril fue importante en mi vida. No hacía frío, yo estaba cansado y no podía dormirme. La guerra me tenía preocupado. Desde el día de la plaza no había avanzado mucho: en la televisión daban noticias que no terminaba de entender —pero hablaban cada vez más de muertes— y en nuestras vidas se había desinflado. Beto no salió a vender banderas —y menos para el fuego— porque, dijo, no había habido otra reunión como aquella; en la escuela cantábamos el himno y la marcha de las Malvinas, que estaban tras su manto de neblina, pero no mucho más; yo empecé a temer que si no hacíamos más cosas podíamos perder. Y no me podía dormir; yo sabía que a mamá no le gustaba pero igual la llamé, esa noche, de un grito. Vino, enfurruñada: Nito, cuántas veces te dije. Ya sé, ma, pero no me podía dormir. Yo a veces le decía ma, para mostrarle que ya estaba más grande; mamá se sentó en el borde de mi cama, me acarició el pelo, me preguntó qué me pasaba, le pregunté qué era un genio. ¿Por eso no te podías dormir? Sí, mamá, pensaba en eso.

—Boludeces de Beto.

—¿Yo soy una boludez de Beto?

—No, nene, cómo se te ocurre; lo que te quiero decir es que...

Mamá muy a menudo tenía que decirme lo que quiero decirte es. Ella creía que era culpa mía, que yo no la entendía; yo ahora sé que no era así, aunque no creo que en esa época ella ya hubiera empezado con lo suyo.

—... decirte eso es una boludez de Beto.

—¿Decirme genio?

Sí, dijo mamá, que cómo se le ocurre, que ya ni se acordaba por qué me lo había dicho y yo le dije que por lo de las banderas para quemar en plazas y ella se rió. Yo apoyé la mano en su muslo y ella me la sacó; cuando estaba Beto me dejaba tocarla, pero cuando estábamos solos no.

—¿Me vas a decir qué es un genio?

Mamá me dijo que no sabía cómo decirme, que era alguien a quien se le ocurrían cosas muy raras, uno que inventaba cosas que nadie había inventado, uno muy muy inteligente, pero que no sabía cómo decirme. A mí ya me habían dicho inteligente: me lo había dicho la señorita Alicia y mis abuelos y alguien más que no conseguía recordar, pero yo no había entendido, así que aproveché y le pregunté qué era. Yo odiaba cuando me decían que era inteligente: por las caras que ponían se veía que eso me hacía raro, molesto. Yo no era inteligente ni cabezón ni niño; yo era un argentino

y estábamos en guerra, aunque parecía que todos se estaban olvidando.

–Inteligente, nene, alguien que tiene inteligencia.

—¿Inteligencia?

–Alguien que entiende lo que le dicen, no sé cómo decirte.

No le entendí, así que entendí que yo tenía razón: que no era inteligente. Esa noche dormí como un bendito.

Me encantó que se frotaran las patitas. Los bichos tenían patitas peludas, gordas, poderosas, y llamarlas patitas era una agachada del locutor. Los bichos tenían doce ojos cada uno, ocho patas alrededor del cuerpo hecho de pelos de colores y cuernos como lunas y, junto a la cabeza, esas dos patas que frotaban uno con otro para tener sus crías. Los bichos eran amables, delicados: se miraban con su parva de ojos, se quedaban los dos parados tranquilos en su rama y se hacían juegos con sus patas —uno levantaba las dos y tocaba las de la otra desde arriba, la otra cruzaba las suyas para agarrar una del macho, los dos las movían tan rápido y elegante que hacían un ruido de tren llegando a la estación hasta que pasaba algo o se cansaban o quizá se quedaban embarazados: el locutor no lo explicaba. A mí me gustó mucho más que lo que hacían los elefantes, las zarigüeyas, mamá y Beto. Me imaginaba con Jessi tocándonos los brazos, vos para acá yo para allá, frotando, refregando, espadeándonos de amor, y me quedaba mirando la lámpara del techo hasta que me dolían los ojos y no veía más nada.

2

Yo me aburría y la guerra se había vuelto vaga. O, mejor: la guerra se había vuelto vaga y yo me aburría. Después de esos primeros días en que todos peleábamos, cantábamos el himno como desahogados, hablábamos de la patria y de nosotros y de nuestros soldados de la patria, la televisión se había puesto cada vez más escueta y los locutores más serios y no había reuniones ni marchas ni nada. Sólo mucho después entendería que las guerras son del mismo material que los regalos, los amores y, en general, casi todo en la vida del argentino y la argentina: algo que el primer día te parece estupendo fuente de inagotable gozo, el tercero una cumbre, el séptimo más o menos bien, el undécimo la intriga de por qué era que te gustaba tanto y a partir del vigesimotercero te resulta perfectamente abominable. Pero entonces, cuando le dije a Ricki que no entendía qué estaba pasando con la guerra, me dijo que me dejara de joder y que lo que tenía que pasar era que Mica nos invitara a su casa que tenía un televisor en color y esos rastis increíbles; yo le dije que no fuera boludo,

que la guerra era mucho mejor que cualquier juego y que lo único insoportable era ser tan chicos todavía y si él creía que la guerra podía durar hasta que fuéramos grandes y pudiéramos ir. Yo a esa altura ya me había dado cuenta de que lo bueno de la guerra no estaba en la ciudad; empezaba a sospechar que lo bueno, en general, es lo que no está cerca, pero no quería terminar de convencerme. Y otra vez le estaba preguntando cosas, y él sabía.

—No, qué boludez. Las guerras nunca duran tanto tiempo. ¿Vos qué te creés, que la guerra va a ser como la escuela, que no se acaba nunca?

Me dijo, con esa cara de superioridad que le salía tan fácil porque tenía unas pecas. Era un recreo tranquilo, ni siquiera el del mate cocido, y no los vi hasta que empezaron a gritarme:

—¡Cabezón sin padre / ni perro que le ladre! ¡Cabezón sin padre...!

No sé por qué fue esa mañana; ya me habían gritado tantas veces que podría haberlo dejado pasar, como las otras, escupir en el suelo, putear, irme refunfuñando —y esa vez Ricki y Ramiro ni siquiera gritaban con ellos. Pero se ve que algo pasaba, la guerra, el mal humor, y me le tiré encima a Sanesteban. Esas cosas también son como la guerra: llegan sin avisar. Fue una buena pelea; Sanesteban me llevaba media cabeza pero yo debía tener más rabia, más desesperación, y le pegué dos o tres serias. Hasta que llegó la señorita Alicia, corriendo, agitada, nos separó, nos gritó basta niños, basta. Yo traté de apartarla, creo que la sacudí un poco, me parece que no llegué a pegarle.

Sanesteban sangraba por la nariz y se lo llevaron a curarlo. La señorita Alicia estaba roja y me dijo que me iba a llevar a la dirección para que me aplicaran la sanción apropiada —dijo la sanción apropiada— a mi insolencia y que los niños no hacen esas cosas y menos en momentos como éstos; yo le pregunté si ellos no eran niños y ella no entendió quiénes eran ellos: ¿ellos quiénes?, me dijo, y yo no le dije ellos los que me gritan, los que me maltratan, ellos, ellos, porque me dio miedo o no sabía cómo decírselo o quién sabe: de pronto tuve la sensación de que no valía la pena decirle nada, de que cualquier cosa que le dijera le iba a resbalar, que lo único que quería era joderme. Creo que fue en ese momento cuando empecé a pensar en la venganza.

Porque yo estaba grande, me preguntaba cosas.

Cómo siente un perro la lluvia, por ejemplo: cuando un perro nota —de alguna forma nota— que lo que siempre es seco ya no es seco, que el aire es un espacio tan mojado como el agua que toma, que su propio cuerpo —sus pelos de su cuerpo— están mojados y le pesan e incluso le dan frío y todo le produce una incomodidad extraordinaria que es más incómoda porque no sabe qué es lo que le pasa, no sabe que eso que le pasa es un asunto pasajero, no sabe que en algún momento —no muy lejos— se va a secar y volver a su condición normal de seco, no sabe todo eso que

hace que una persona —yo, cualquiera— pueda poner el fenómeno lluvia en su justo lugar. En cambio para un perro, cada vez, lo que le pasa es definitivo. Y que, al mismo tiempo, definitivo no significa nada para un perro.

O cómo pasa el tiempo de las plantas, o cómo es la desesperación de un pajarito, o cómo es la mirada de los ciegos, y tantas otras cosas que había días en que no podía pensar, aturullado por el ruido.

Un lugar como la escuela necesitaba sus secretos: mucho después sabría que ninguna institución puede vivir sin la dosis suficiente de secretos, que los secretos son la sangre o savia o nafta que mantiene vivas y funcionando a las instituciones —y que hay muchas instituciones muy loables, muy oportunas, muy destinadas a los mayores logros, que desaparecieron sólo porque no contaban con su dosis. O incluso porque, aun teniendo algunos, no dieron con los secretos apropiados. Porque el secreto del secreto no está sólo en la cantidad; todo depende mucho, también, de que sean del estilo adecuado. Para empezar, tienen que ser secretos para instituciones, que son muy diferentes de los secretos de personas. Pero aun así no son lo mismo, está claro, esos secretos encerrados a cal y canto en la cabeza del líder de una institución —sólo pude empezar porque engañé a mi madre y conseguí que me diera ese dinero que guardaba para vivir cuando se jubilara, vamos a seguir adelante mientras el intendente no se dé cuenta de que no nos va a sacar ningún rédito político, tenemos plata para seis meses más y después a ver cómo zafamos— que esos que sólo saben los de afuera y no el interesado —están tan agrandados que se creen que no nos acordamos de cuando eran una panadería ranfañosa, en cuanto acá se instale una clínica como la gente con médicos en serio y más limpieza nunca más nos vamos a ir a atender con esos ignorantes, menos mal que mamá no sabe que papá la engaña con la mosquita muerta de su secretaria porque si se llega a enterar se pega un tiro—, que esos que comparten todos o casi todos los integrantes de la institución y que les sirven como vínculo —el jefe se cree tan astuto y no sabe que lo soportamos porque si tuviéramos que elegir otro nos mataríamos entre nosotros, si los bancos se enteraran de que el año pasado estuvimos a punto de cerrar tratarían de ejecutar todos los créditos y ahí sí que nos hundimos bien hundidos— por ejemplo.

En la escuela, el hermano de la señorita Alicia era un secreto a voces —uno de esos que todos compartían. El hermano, decían, se llamaba Arturo, pero nadie sabía si todavía se llamaba Arturo o de alguna otra manera o de ninguna. Los secretos a voces, por supuesto, están plagados de malentendidos: como se basan en lo que no se dice —porque todos suponen que saben lo que hay para saber y por eso imaginan que poseen un secreto compartido—, cada uno de sus portadores descubriría, si rompiera las reglas básicas y comparase su versión con las demás, que cada cual rebosa de detalles diferentes. El hermano, sabían todos, no vivía afuera como la señorita Alicia pretendía, feliz depositario de una beca de una universidad italiana que se había

convertido, con el tiempo y la demostración de sus capacidades, en un puesto de trabajo en esa misma casa, sino que había huido con lo puesto unos cinco años antes por razones que, ellas sí, variaban según cada versión: la señora directora decía que era un delincuente terrorista que había eludido el castigo que le correspondía — aunque nunca se explayaba sobre cuál era ese castigo—, la señorita Inés, que decía que lo había conocido, negaba que fuera ningún delincuente —con esos ojos verdes pero aun así reconocía que debían haberlo implicado injustamente en algo turbio, los señores Álvarez y Pinola, maestros de los dos sextos grados, a veces, en voz realmente baja, decían que era un patriota y que por eso, como tantos patriotas argentinos, había tenido que dejar su patria, y hasta estaba la versión de la secretaria que decía que en realidad se había escapado con un señor boloñés de mucha plata; hubo incluso una suplente —la señorita Szprejer— que llegó a preguntar a varias de sus compañeras eventuales si estaban seguras de que el hermano estaba realmente vivo, realmente en Italia, o no sería uno de esos desaparecidos. Lo cierto es que, aun en la disparidad, todos se preguntaban por qué la señorita Alicia disimulaba la verdad sobre el paradero y las condiciones de su hermano —y eso hacía que algunos la conmisieran, otros desconfiasen, alguien la despreciase, un par afirmara en petit comité que nunca se le podía creer nada. La señorita Alicia lo sabía; por más que le daba vueltas al asunto —y aun sabiendo el perjuicio que sin duda le causaba— no se le ocurría ninguna otra manera de encararlo.

Beto le gritaba que era una puta. Mamá lloraba y le decía que no fuera injusto, que ella no había hecho nada. Beto le seguía gritando que era una puta y que cómo le podía hacer eso a él; mamá que nunca, que él lo sabía, que nada, que él era un enfermo. Yo llevaba muchos días esperando estar enfermo; cuando me enfermaba no tenía que ir a la escuela y mamá me cuidaba, me compraba un libro o por lo menos una revista, me dejaba ver la tele un rato más y después cuando volvía mis compañeros me trataban bien por un día o dos: la enfermedad, en esos tiempos, era una meta difícil de alcanzar. Beto le volvió a gritar que era una puta reventada, mamá le dijo algo que no pude entender, lleno de hipos. Yo me metí debajo de la cama porque me daba miedo pero también quería escuchar todo lo que decían porque me daba miedo, y no sabía si quedarme ahí abajo o ir a pegarme a la puerta de mi cuarto. Me quedé, lo escuchaba de a trozos, me preguntaba qué sería esa cosa terrible que había hecho o no había hecho mamá; lo primero que pensé fue algo de la guerra, que mamá no hubiera hecho lo que tenía que hacer para que ganáramos la guerra, pero no conseguí imaginar qué podría ser eso, y lo dejé. Después pensé que mamá no había preparado la comida que a Beto le gustaba, o que se había gastado plata que no teníamos en algo que Beto no quería, o que se había olvidado de su cumpleaños salvo que no había sido su cumpleaños o que otra vez le había lavado mal los pantalones o que no le había querido dar un beso: ella a veces no le quería dar un beso, pero lo que

me confundía era que él dijera puta tantas veces. Yo trataba de pensar qué hacen las putas y no tenía ni idea y pensé que quizá le preguntaba a Ricki pero no, y ellos mientras no paraban de gritar los mismos gritos. Yo me preguntaba si no se cansarían de repetir lo mismo. Hasta que al final escuché a mamá con una voz demasiado tranquila que le decía que si así no le gustaba que se fuera, y después un silencio insoportable. Era mejor cuando gritaban.

No soy inteligente. Tardé —siempre he tardado tanto— en entender lo que ahora sé: cuando la gente grita es que todo es posible todavía.

3

—¿Mamá, me ayudás a aprender este poema?

—Sí, esperá que saco del horno.

—Ma, ¿te puedo hacer una pregunta?

Mamá me dijo que sí claro y le pregunté quiénes eran las putas. Mamá me miró fijo:

—¿No tenías un poema?

Era lo que quería, así que empecé a recitarlo, leyéndolo de mi cuaderno. Mamá no era difícil de llevar en la dirección apropiada:

—Las guerras son como manchas

en la piel de las naciones.

Sus heridas son tan anchas

que no tienen curaciones;

se infestan y se agusanan,

les pudren el organesmo...

Mamá me cortó en seco. Parecía confundida, como si no supiera qué quería decir —y, a diferencia de tantas personas que simulan confusión para sacar ventajas, cuando mamá parecía confundida solía estar confundida—: primero me preguntó si había dicho organesmo y le dije que sí, que así estaba escrito, era organesmo. Después me preguntó de dónde había sacado esa porquería, dijo: esa porquería. Entonces yo puse mi mejor cara de ángel y le dije: me lo dio la señorita Alicia.

—¡La señorita Alicia!

Gritó, y yo supe que mi plan estaba funcionando. Me había pasado varios días buscando un plan porque sabía que debía tener un plan: tantas veces había oído en la telenovela que para cualquier cosa que uno quisiera hacer necesitaba un plan. El problema era que no sabía qué era un plan, y estuve a punto de abandonar. Hasta que

pensé que todo el problema era que yo era un chico, pero ser un chico no significa no hacer las cosas; significa, pensé —o, mejor dicho, recordé que había dicho la señorita Alicia—, que uno tiene que aprender a hacer las cosas, así que estuve tentado de preguntarle a mamá —y a Beto e, incluso, una vez pensé en preguntarle a Ricki— qué era un plan, hasta que una escena del Amor Parco terminó de aclarármelo:

—A mí me parece, Pedro Diego, que no tienes un plan.

—Sí, claro que tengo un plan, Luz Karina. Y vas a ver cómo funciona.

—No, Pedro Diego, tú no tienes un plan. Tú te crees que tienes un plan, pero para tenerlo hay que ser una persona inteligente.

—¿Qué me quieres decir, Luz Karina?

El tipo era un idiota: incluso yo entendía que le estaba diciendo que no era inteligente y que sin inteligencia no había plan. Me había pasado años oyendo esa tontería de que yo era inteligente —ay, qué chico tan inteligente— sin saber qué quería decir, para qué me servía, hasta que de pronto todo se aclaró: como era inteligente podía hacer un plan. Fue la primera vez, que yo recuerde, que sentí ese placer estrepitoso, calladamente estrepitoso, de ver cómo cada ficha cae en su lugar y, de pronto, el caos se resuelve en orden y el sentido refulge, reina, sopla.

—Ella va a hacer lo que ella quiera, ¿o tú qué te creías?

—Ella va a hacer lo que yo quiera que haga, Luz Karina, ya lo vas a ver. Y entonces vas a llorar con lágrimas de piedra.

Yo traté de no imaginar los cascotitos rodando por la cara pálida de Luz Karina —pensaba en su dolor y me daba escalofríos: mucho tiempo después imaginé que el amor era algo como eso— pero entendí —porque era inteligente, porque ahora sabía que era inteligente— que un plan consiste en hacer que otros hagan lo que uno decidió que iban a hacer. No es fácil: en general, los otros hacen cosas muy distintas de las que uno querría que hicieran; se podría decir incluso, entendí mucho después, que en eso consiste la vida: en ver cómo los demás hacen cosas tan distintas de las que uno querría. Por eso es importante un plan: un mecanismo para que la vida no se te escape de las manos.

Pero una cosa era entender qué era un plan y otra muy distinta tener uno. Me pasé varios días más perdido, desesperanzado, hasta que pensé en la rubia Luz Karina y se me ocurrió que si ella quisiera vengarse de alguien no le pegaría ni la insultaría ni nada: inventaría una historia. Entonces pensé que yo no podía hacer lo mismo que Luz Karina porque Luz Karina era la mala de la telenovela y me quedé pensando qué quería decir que no podía: que no debía o que no era capaz. Sí, podía, era capaz, y me acordé de esa poesía porque hablaba de la guerra —y en esos días era difícil pensar en otra cosa. La poesía era más larga y nos la habían dado, en la plaza de Mayo, dos chicas jóvenes que nos hablaron muy bajito y dijeron algo de una guerra injusta porque todas las guerras son injustas; Beto dijo éstas son unas traidoras de mierda

habría que matarlas a todas, zurditas, se les nota, y yo me quedé con el papel porque me dio curiosidad; cuando se me ocurrió que quería vengarme de la señorita Alicia pensé que quizás ahí podía encontrar algo, lo encontré, lo copié en el cuaderno. Mi plan era increíble: ya iba a ver la señorita si yo era un niño o qué.

La señorita Alicia no siempre había querido ser maestra. Había hecho, claro, la escuela normal, como tantas señoritas, pero cuando tenía casi veinte años, a mediados de los años sesentas, creyó que era pianista. El primer escollo fue que en su pueblo natal, Trenque Lauquen, no había conservatorio y las clases de la señora Altschul, la profesora de piano, se le agotaron pronto: la señorita Alicia casi veinteañera no tardó en darse cuenta de que la alemana —sobre cuya historia turbia el pueblo murmuraba mucho— se repetía, trataba de disimular que no tenía más nada que enseñarle. Entonces entendió que tendría que irse a la capital y trabajó dos años en una mercería frente a la plaza del pueblo para juntar la plata. Su plan era sencillo: con ese capital podía pagarse un año de pensión y, según había averiguado, clases en un conservatorio municipal de Monserrat; pasado ese lapso se quedaría sin nada pero, para entonces, ya alguno de los profesores la habría descubierto y la ayudaría a conseguir la beca para continuar sus estudios —¿en el Conservatorio Nacional? ¿en el Collegium Musicum? ¿en Milán? ¿en París?— y sería el inicio de una carrera que, incluso si no era brillante —aunque la señorita se decía que por qué no iba a serlo—, la llevaría a cumplir su vocación y vivir a sus anchas.

El plan, al principio, funcionó: la señorita trabajó sus dos años, emigró, consiguió una pensión cerca del conservatorio y, gracias a un amigo de un pariente, la vacante. La señorita se quedaba cada día entre ocho y diez horas en el conservatorio: no tenía piano y su única forma de practicar era quedarse. No era especialmente mala, pero su profesor empezó a tomarle odio: la tenía todo el tiempo entre las patas, la oía corregirse una y otra vez en la sala de estudio, poner en evidencia bruta la cantidad de fealdad que insume la belleza. La señorita no lo notaba o creía que no lo notaba; algo debió notar, sin darse cuenta, porque cada noche, cuando volvía a su pensión, la ración de papas o fideos o arroz que se zampaba se hacía más y más grande. La señorita engordó brutalmente —lo cual hizo que su profesor, un señor Gandolini que se preciaba de apreciar la belleza como un verdadero connoisseur, despreciara a esa chica de pueblo que se estaba volviendo cada vez más horrible. A fin de año el señor Gandolini tuvo una charla de hombre a hombre —le dijo, sin ninguna delicadeza, de hombre a hombre— con la señorita Alicia para informarle que sus esperanzas de pianista eran por lo menos infundadas. La señorita estaba demasiado shockeada para preguntarle por qué decía por lo menos, y fue una suerte —pequeña, dentro de la desgracia. Sin dinero, sin ninguna intención de volver derrotada a Trenque Lauquen, la señorita consiguió una suplencia en una escuela de Villa Real. Cuando la inspectora revisó su currículum le ofreció unas horas como maestra de música; la

señorita Alicia rechazó la oferta y no le dijo —pero pensó muy claramente—: si la música no me quiere, yo no voy a andarle mendigando. Su vida se estabilizó —por decirlo de algún modo— alrededor de la docencia. Al cabo de unos años —diez, doce, cuando la dejó un novio bancario que nunca llegó a ofrecerle matrimonio—, decidió adelgazar y adelgazó, pero eso no la hizo más bonita. En esos días, ya más cerca de los cuarenta que de los treinta, se le seguía notando, en las pieles colgantes de la cara, el esfuerzo que había hecho para conseguirlo y, en los ojos, la tristeza de no haber obtenido los resultados que esperaba.

Mamá, por supuesto, me creyó. No tenía por qué no creerme y, además, las mamás les creen a sus hijos. Hay mamás que creen a sus hijos para creerse a sí mismas —porque no creerles significaría aceptar que fueron incapaces de enseñarles a decir la verdad, y eso cuestionaría su propia capacidad para decirla o, al menos, para enseñar eso o cualquier otra cosa—; hay mamás que creen a sus hijos por comodidad —porque no creerles implicaría un esfuerzo tremendo para tratar de separar cada vez la verdad de la mentira y una espiral de desconfianza que terminaría por pudrir su relación con sus hijos y entonces la mamá, prudentemente, decide que es mejor creerle cualquier cosa, hasta la más inverosímil—; hay mamás que creen a sus hijos por orgullo —porque no aceptan que uno de su sangre sea un mentiroso redomado— o por desprecio —porque no imaginan que ese huevoncito culicagado lloriqueador empedernido pueda ser de pronto alguien con la inventiva necesaria para decir mentiras— o por idiocia —porque nunca fueron capaces de distinguir mentiras y verdades— o por escepticismo —porque han decidido que la verdad y la mentira se parecen demasiado y, por lo tanto, no tiene sentido tratar de diferenciarlas en general y, menos aún, cuando las dice su hijo— o por otras razones: por lo que sea, las mamás les creen a sus hijos casi siempre.

Así que mamá vino conmigo a la escuela al día siguiente y pidió hablar con la señora directora. Yo no estaba y nunca supe exactamente, pero parece que le dijo que cómo podía ser que la maestra de su hijo le diera a aprender una poesía así, contra la guerra, cuando la Patria estaba en Guerra, y la señora Macchi mandó llamar a la señorita Alicia y le dijo que cómo podía ser. Entonces la señorita le dijo que ella no nos había dado nada y mamá le dijo que sí, que yo lo tenía anotado en mi cuaderno, que ella seguro lo había dado porque yo lo tenía anotado en mi cuaderno —que quién me lo iba a dar, que ella era la responsable de lo que había en mi cuaderno, que qué vergüenza cuando se supiera— y la señorita, parece, negaba cada vez más asustada, la directora Macchi resoplaba y al final la miró con tristeza —eso dijo mamá: con terrible tristeza:

–Alicia, nunca pensé que nos pudieras hacer esto.

La señorita nueva llegó el lunes siguiente. Era más vieja y más alta que la señorita Alicia, malhumorada, el pelo mal teñido, pero no nos decía niños ni hablaba de los

niños y a mí nunca tuvo que hacerme ni el menor reproche. Uno de esos días nos dijeron que la guerra se había terminado: no fue un día especial, nadie cantó, nadie dijo alumnos argentinos, la señorita nueva dijo algo de que no había sido una victoria sino alguna otra cosa. Yo no entendí pero me pareció que mejor no preguntaba: cada vez que alguien hablaba del general que nos habló en la plaza decía que era un idiota y un borracho —y algunos, incluso, un asesino—, así que a mí me daba vergüenza haber sido su fan y trataba de no decir más nada; al final, la guerra desapareció tan de pronto como había aparecido. Ricki decía que la señorita Alicia estaba enferma y que iba a volver pronto; yo le dije que creía que no, que capaz que se había ido a vivir a otro lugar, quién sabe con su hermano, capaz el mismo donde está mi padre, dije, y Ricki me miró con su desprecio de pecoso. Ramiro dijo que de todas formas la señorita Alicia era una puta, y yo estuve a punto de preguntarle qué quería decir con eso pero no, tampoco: había aprendido a cuidarme, a hacer menos preguntas. Uno de los aprendizajes más complicados y más útiles del niño argentino es éste: aprender a tragarse sus preguntas. Además había ganado mi primera batalla, y lo único que me daba pena era que no se lo podía contar a nadie. Eso solía decirle Luz Karina a Luisa Juana: ya tú sabes que por la boca muere el pez, pequeña, calla.

[ML5]

—Te dije: lo primero es que me vuelva el arte. Pero para eso vamos a necesitar un cuerpo, antes que nada.

—¿Un cuerpo?

—Un cuerpo, sí, un muerto. ¿O vos decís necesito un cuerpo porque no tenés que ponerte para salir a la calle? Un muerto vamos a necesitar, ése es el problema.

Nito demora el momento de contestar que no es problema —porque no sabe en qué se está metiendo, por qué se está metiendo: una pendiente hacia ninguna parte. Duda, piensa en callarse, pero el orgullo lo puede: le sorprende que un tipo como Carpanta crea que es difícil hacerse con un muerto. Lo sorprende, en realidad, que un tipo como él pueda enseñarle algo a Carpanta. Y piensa que va a tener que pensar si ese Carpanta es o no es lo que parece.

—Un muerto no es ningún problema. La morgue está llena de cuerpos que no reclama nadie.

Dice, casi altivo: la morgue está llena de cuerpos. Carpanta se calla, mira a Nito, pone cara de gritarle a Titina que le traiga algo pero se calla de nuevo, lo vuelve a mirar: ¿estás seguro? En la televisión Charly García no puede parar y se repite: de chiquito fui aviador, pero ahora.

—Sí señor, estoy seguro. Usted no sabe la producción de muertos que hay en esta ciudad. Acá casi todo el mundo se muere al pedo un día sí, otro también: esto arde de muertos inútiles. Acá uno abre cualquier armario, levanta cualquier sábana y se encuentra con un muerto inútil, si lo sabré yo. Pero lo más fácil es agarrar a los que juntan en la morgue; se pueden conseguir, yo tengo amigos.

Dice, y le cuenta que el pastor Trafálgar se ocupaba del tema: cuerpos que nadie quiere, cuerpos que terminan muertos en un hospital de La Matanza o Mataderos o Villa Insuperable y nadie los reclama, y que una de las misiones de su iglesia era hacerse cargo de esos cuerpos: que, en realidad, al principio debió ser un problema, pero que ahora era una fuente de ingresos importante.

—¿Los hace guita el muy hijo de puta?

—No, les busca su destino. Él dice que les busca su destino: los coloca para prácticas de medicina, o de pronto para fabricar algún producto o, incluso, capaz, quién sabe para qué. Yo nunca quise saber todo. Lo peor que se puede hacer con el

Pastor es saber todo.

—Con cualquiera, Nito, con cualquiera. Así que los hace guita el muy hijo de puta.

—No señor, les busca su destino. Por eso le digo que yo lo puedo llamar, le encargo dos o tres o uno o los que quiera. No sé si tienen delivery, cómo es esa parte del asunto.

—¿Y la parte de pagarle?

—Nada, barato, a mí me va a hacer precio.

—Yo pensaba que el Pastor no te quería ni hablar.

Dice Carpanta, y le sonrío raro.

—No, por qué, para nada; nos llevamos muy bien.

—Mejor lo llamo yo, pichón. Va a ser más fácil. Lo único que me preocupa es que me pregunte para qué los quiero.

—¿El Pastor?

Le dice Nito, y los dos sueltan la misma carcajada: Nito siente —no sabe por qué siente— el placer de reírse de lo mismo que Carpanta. Titina, desde el fondo, acompaña sin ganas; Nito hace lo posible por no verla; Carpanta sigue peinando gatas.

—Si da para conseguir un par de cuerpos podemos empezar. Vamos a hacer historia.

V. LA INICIACIÓN

1

Yo ya había vivido ese momento: no podía dejar de pensar que ya había vivido ese momento. Estaba seguro de que ya había vivido ese momento pero unos días antes un profesor en el colegio nos había hablado de esa sensación que llamó *déjà vu*, que consistía en que uno cree que ya ha vivido lo que está viviendo aunque no es cierto: me dio terror pensar —por primera vez, pensar— que no sabía si lo que percibía era la realidad o una invención de mi cabeza. Con el tiempo, esa duda se me volvería familiar; aquella vez, la primera, estaba convencido de que ya había vivido ese momento y era agotador: miraba cada detalle para tratar de llenar ese agujero en mi memoria y no podía ni podía, apenas, ver lo que veía. Quizás era esa gente conversando en susurros y estallando de vez en cuando en una carcajada, o las paredes blancas con las flores, o los hombres de traje parados envarados en las cuatro esquinas de la sala; quizás era mamá, una sombra en la cara de mamá; quizás era algo más oscuro. En cualquier caso sólo veía, todo el tiempo, lo que me faltaba. Pero miraba y miraba y lo más raro era mi abuelo.

Mi abuelo Bernardo estaba blanco, inmóvil, maquillado, hundido en sedas nacaradas y alrededor lloraban las personas. Todas esas personas que eran mis parientes, las personas más cercanas a mí, ahora lloraban: mi abuela lloraba sin parar, mis tíos lloraban, mamá lloraba y se sonaba la nariz con un pañuelo. Yo hacía fuerza para llorar pero no me salía; yo detestaba tanto llanto, pensaba en qué estarían haciendo mis amigos, pensaba en qué dirían, buscaba formas de que no se me notara y miraba a mi abuelo y por suerte ya tenía quince años y tener quince años significaba empezar a pensar en dejar atrás esa primera pertenencia obligatoria, la familia, y buscarme la propia. El problema era que mi abuelo Bernardo estaba blanco, maquillado, muerto, y mamá mi abuela mis tíos tías —y una cantidad de desconocidos parecidos— lloraban y yo, mientras trataba de llorar y no lloraba, hacía terrible fuerza para acordarme de ese otro lugar o situación tan igual donde había estado. Todavía me faltaban años para saber que la memoria es un truco que te permite pensar que todo lo que sucede ya sucedió alguna vez y que, por eso, no hay

que tenerle tanto miedo: que ya, alguna vez, sobrevivimos a eso mismo. No lo sabía; creía que sí había algo y lo buscaba.

Lo que no me extrañaba era que mi abuelo Bernardo estuviera tan muerto: unos meses antes, en su casa, en Lanús, sin querer, había entrado en el baño donde se duchaba. A mi abuelo se le cayó el jabón, soltó un grito sin fuerza, se tapó el vientre con las manos como si tuviera algo que ocultarme, pudor de mí, vergüenza de mí — vergüenza del mundo. Yo traté de no mirarlo pero lo vi: la piel le colgaba, los huesos empujaban, manchas lo oscurecían, no había un centímetro de su cuerpo que no estuviera listo para colapsar. Mientras salía del baño, sin saber qué decirle, pensé que una persona tarda tantos años en morir, pensé que morir de verdad debía ser un trabajo agotador.

Antes de morir, mi abuelo Bernardo había intentado reconciliarse con mamá, su hija. Antes de morir es una frase errónea: puede, por supuesto, abarcar todos los años de una vida, y en su caso abarcó por lo menos tres y medio: mi abuelo Bernardo fue diagnosticado de una enfermedad imbatible y una muerte inmediata en la prosperidad del plan Austral, pero no consiguió morir sin sufrir la decadencia del final de la década. En esos días el país empezaba su caída terminal: ya sin militares, sin obreros, sin apetencias, sin razones, iba hundiéndose en una mediocridad que siempre debió haber sido suya, que había esquivado con cierta convicción durante décadas y que, entonces, le costó algún esfuerzo conquistar del todo. Cuando empezó a agonizar, mi abuelo Bernardo seguía siendo el dueño de la ferretería principal de Lanús Este y de siete propiedades en el barrio; si hubiera muerto como le dijeron los médicos habría sido precisamente eso para siempre. Pero la medicina, una vez más, se equivocó, y mi abuelo se murió casi fundido, con la ferretería hipotecada y tres de las propiedades ya vendidas: se murió siendo otro o, quizá —piedad de los derrumbes—, deseando que la muerte se apurara a detener su cuesta abajo. No creo que me lo haya preguntado entonces, pero sé que en algún momento sí, después: ¿qué habría preferido —él, mi abuelo, si hubiera podido preferir—: vivir tres años menos y morir creyendo que era el mismo o sobrevivir esos tres años al precio de ser testigo de su transformación? ¿Qué quieren, habitualmente, las personas de la muerte? ¿Les importa cómo llegan a la muerte o sólo les importa —y desconsuela y aterra estar llegando? ¿Con qué excusas se entregan? Son preguntas que, por suerte, no vienen con respuesta incorporada; cada vez que, después, a lo largo de estos años, me encontré con alguna me dio un ligero espanto. Por eso, supongo, al fin dejé atrás las preguntas y me dediqué a ofrecer respuestas.

Reconciliarse con mamá también era —como casi todas— una frase errónea, y yo tenía quince años y me estaba especializando en notar cada vez más y mejor lo erróneo que era todo. El abuelo y mamá nunca se habían peleado del todo —y por lo tanto no podían reconciliarse—, pero los dos sabían que se resentían y reprochaban

muchas cosas: que se habían fallado mutuamente. Mamá sabía que le había fallado al casarse primero con mi padre y, después, peor, al juntarse con Beto; mi abuelo sabía que le había fallado pero no terminaba de decidir dónde o cómo: si al haberla criado de forma tal que esas cosas pudieran suceder o al no haber usado los poderes que creía tener para impedirlos o, quizás, al haber dejado que su enojo le impidiera ayudarla y, tal vez, sacarla de su empecinamiento o, por lo menos, permitirle una vida más fácil. Yo empezaba a entender que los hijos les fallan a los padres de formas más directas, más precisas; los padres a los hijos, de infinitas. Supongo que fue la cercanía de la muerte la que asustó a mi abuelo —o, digamos, piadosos, la que le permitió entender que, para fallarle, una persona sólo precisa esperar algo de otra— y, entonces, decidió recuperar algo de lo irrecuperable regalándole a mamá, su hija, el departamento del parque Rivadavia.

Mamá lo aceptó contenta y preocupada: en nuestra situación, ese departamento era un avance impresionante, que la llenaba de gratitud hacia alguien —su padre, mi abuelo— que se moría demasiado rápido para poder pagarle. Dispuesta a aminorar su deuda, mamá intentó, antes de la mudanza, deshacerse de Beto; fueron días violentos. Mamá ya no quería ser otra: le alcanzaba con volverse una versión ligeramente mejorada de sí misma. Pero, aun en esos bosquejos resignados, Beto era la piedra que le cerraba los caminos. Estuvo a punto; Beto, como último recurso, le ofreció un cambio decisivo: dejaría el taller, abandonaría la chapa y la pintura y buscaría un trabajo más limpio, una actividad que no le llenara de grasa las manos y —eran palabras de mamá— el espíritu: mamá, en sus momentos más exaltados, siempre decía espíritu. Cuando nos mudamos a Caballito —yo había cumplido catorce, mamá treinta y seis, Beto vaya a saber— nos convertimos en una familia sin aceite de máquina. Mi abuelo se murió poco después, tarde, en pleno otoño, una noche en que la tele mostraba unos saqueos.

O sea que esto era la muerte: tres docenas de señoras y señores murmurando alrededor de un cacho de carne maquillada que antes fue mi abuelo. Esto era eso de lo que tanto hablan, eso que yo simulaba tan solvente.

—Si yo hubiera sabido...

Decía mi abuela, una y otra vez, si yo hubiera sabido. Se secaba los ojos más bien secos con un pañuelo amarilleado por la lavandina, miraba al infinito más cercano, suspiraba, y repetía su frase:

—Si yo hubiera sabido...

Mi tío Gustavo le agarraba la mano pero no le preguntaba qué; mi abuela repetía. En todas esas horas nadie había querido preguntarle: les daría pudor, hartazgo, miedo —o quizá no se les ocurría o ya sabían. Yo era un chico tonto; me acerqué y le pasé un brazo por los hombros: todavía me sorprendía cada vez que era más grande que

algún grande. Mi abuela se apretó contra mí: tenía el cuerpo flaquito, quebradizo. Le pregunté qué abuela.

—¿Qué, abuela?

—¿Qué qué, Nito?

—Qué hubieras sabido...

No sé, me dijo, si hubiera sabido que era así. ¿Así cómo? Así, que todo era así. Hicimos todo lo que había que hacer, hijito, los hijos, la familia, todo lo que correspondía. Si yo hubiera sabido.

Yo tampoco sabía, le hice la pregunta:

—¿Qué, si hubieras sabido qué habrías hecho?

—No sé, hijito, algo. Algo distinto.

—¿Algo como qué?

—Qué sé yo. Igual ahora qué importa. Pero si yo hubiera sabido...

Mi tío Gustavo tenía cuarenta años, una esposa panzona, dos hijas chiquitas, la sonrisa tembleque, su carrera y su cara de abogado comercial. Mi tío Gustavo siempre fue el que le llenaba la cabeza a mi abuelo con las historias de mamá: yo la quiero mucho a Betty por eso te lo digo, necesita que la pongan en vereda es por su bien. Mi tío Gustavo era un boludo extraordinario y le había ido muy bien en la vida. Era el mayor; llevaba una especie de moño negro en la manga izquierda de su saco azul —y una corbata negra pero desanudada, para que se le viera la fatiga— y se quedaba todo el tiempo cerca de mi abuelo maquillado, como si tuviera miedo de que alguien lo robara. Yo pensaba en el robo: tres mujeres mal teñidas pintarrajeadas medio viejas, bluyines y blusitas ajustando rollos, los culos chatos anchos, tacos altos pisando sobre huevos, que entran con un revólver —una— y sartenes —las otras— y dicen a coro como si lo hubieran ensayado este hombre es mío —mío, dicen las tres, mío como si fueran una— y lo cargan en andas gritando hasta la puerta, donde lo revolean en el aire pero mi abuelo no se cae ni flota ni ninguna otra cosa. Mi tío Gustavo por supuesto no las vio. Mi tío se tapaba cada tanto los ojos con la mano derecha, se apretaba los ojos y se quedaba unos segundos, un minuto así; pensaría escenas con su padre mi abuelo —primera vez que lo levó a la cancha de Lanús, regalo del reloj, abrazo de graduación, aquella charla de hombre a hombre antes del matrimonio— y entonces lloraba; en cuanto creía que se estaba enfriando demasiado se llevaba los dedos a los ojos —pensaba escenas turbias— y lloraba. Después miraba a sus dos hermanas y a su hermano con ligero reproche. Sus hermanos trataban de no hablarle.

Aquel invierno era difícil. Los saqueos se habían hecho más leves pero seguían en el aire: humo de las ciudades. Los grandes sólo hablaban de dos cosas: que íbamos a ganar el Mundial de Italia y que el país se iba a la mierda. Yo ya estaba acostumbrado

a que el país se fuera a la mierda: las primeras veces que lo había escuchado — cuando tenía siete u ocho años— me había dado mucha curiosidad. Yo creía que irse a la mierda no era del todo bueno, pero los grandes —y algunos chicos que los imitaban, Julio, por ejemplo, en el colegio— lo decían con una ligereza —un punto de excitación— que me enredaba; en esos días no me atrevía a preguntarle a mamá qué quería decir irse a la mierda para que no me mandara a la cama sin postre —una acción que sí conocía bien— pero me imaginaba todo —la vereda de casa, mi escuela, mi aula en la escuela, mi cuaderno, la permanente llena de rulos de la profesora de dibujo, el colectivo, el taller de Beto, la casa de los abuelos, todas las calles desde mi casa hasta la casa de los abuelos e incluso, un día de horror, mi propia cama— lleno de mierda, rebosando de mierda, rebozado con mierda, y me parecía tan tremendo que no entendía cómo esa gente que lo decía lo decía con semejante levedad; llegué a pensar, incluso, viendo la fruición, el entusiasmo con que lo repetían, que les gustaba la posibilidad y me pregunté si no habría algo en la mierda que yo no había entendido. Estuve a punto de experimentarlo: era fácil sacar un poco de mi mierda del inodoro y tocarla, amasarla, probarla; no lo hice porque tuve miedo de que mamá se diera cuenta —de que la mierda me marcara de un modo que no podría disimular, que me ensuciara más allá de cualquier limpieza— y se enojara mucho. Así que abandoné mi exploración; más tarde, cuando ya supe qué quería decir irse a la mierda —una expresión que habla más de hundirse que de ir a ningún lado —, mi proyecto me dio mucha vergüenza y traté de olvidarlo. En esos días, tratar de olvidar lo que había hecho hasta entonces —por pudor, por vergüenza— era una de mis ocupaciones habituales: crecer, pensé, era eso. Mientras tanto el país, decían los mayores, se iba a la mierda: los precios subían todos los días, los saqueos no paraban, los políticos no tenían ni idea.

A mi tía Nelly no parecía importarles mucho la muerte de su padre; mi tío Ricardo, en cambio, se movía como si disimulara algo, entre la culpa y la alegría. Mi tía Nelly y mi tío Ricardo hablaban entre ellos, como siempre, y él le arreglaba el peinado o el vestido negro; ella le decía pará Ricardo no es momento. Eran mellizos: mi tío parecía una tía y viceversa. Mi tía Nelly sí se había casado pero no tenía hijos propios y estaba a punto de adoptar —ya llevaba unos años a punto de adoptar—; era empleada en una cooperativa de vivienda en Témperey y su marido era el subgerente de la cooperativa. Mi tía Nelly era siniestra y simpática; siempre con ese aire de te voy a decir algo que no le podés decir a nadie y solía hablar de lo malo que era el gobierno actual y lo pésimo que podía ser el próximo pero no vamos a perder las esperanzas; últimamente trataba de decírmelo a mí, porque pensaba que tenía que formarme: ya tenés quince años. Vos no podés ser uno de esos pendejos pelotudos, me decía: vos sos un pibe inteligente, tenés que hacerte cargo. Yo no pensaba hacerme cargo de nada pero me gustaba mi tía Nelly —aunque no solía verla—

porque nunca decía Betty o tu mamá o tu madre, siempre la tilinga de Betty; cada vez que me veía me miraba como si los dos supiéramos algo raro, me guiñaba un ojo y me decía y, cómo anda la tilinga de Betty y se reía. Pero se reía sin alegría, para que yo supiera que el mundo le parecía algo risible; su mellizo, en cambio, mi tío Ricardo —a quien nunca nadie llamó Ricki— se reía para hacer adeptos; para mostrarte que vivir era una fiesta aunque no siempre lo fuera para él. Mi tío Ricardo enseñaba economía en un colegio, hablaba suave pero no amanerado —sólo más tarde, pasados los cincuenta, nos presentó a un pibe que dijo que era el novio— y estaba convencido de que cualquiera que no gozara de la vida —incluido él— era un idiota que no se merecía respeto ni cariño. Mi tío Ricardo era un fundamentalista intransigente del deleite, la ternura, el buen trato; su vida era un infierno.

Mamá a veces decía mi vida es un infierno. Si yo la oía —yo creía que siempre la oía; ahora me doy cuenta de que sólo debo haberla oído una fracción muy pequeña de esas veces—, le preguntaba que por qué un infierno y ella no me contestaba: no te preocupes, nene, tonterías, y trataba de irse o, si no podía, me hablaba de otra cosa. La otra frase que le oía a menudo era qué va a ser de este chico; en esos días mamá se preguntaba mucho qué va a ser de este chico —y este chico, por supuesto, era yo. Yo escuchaba, al principio, la frase como un eslogan pobre, una propaganda de su propio sufrimiento que seguramente no iba a vender nada, una continuación de su vida como infierno; si su vida era un infierno qué va a ser de este chico, tonterías. Pero si su vida como infierno me sonaba inverosímil y no me concernía, hubo un momento en que su pregunta consiguió interesarme: ¿qué va a ser de este chico? ¿Por qué, de pronto, se ponía a buscarme futuros, a preocuparse por mi futuro que nunca le había preocupado? ¿Sabía algo que yo no sabía, algo que yo debía saber, algo que presentara mi destino como una fuente de preocupación? Con la edad y los gallos y los granos, por suerte, había dejado atrás mis primeras paranoias y todavía no había terminado de reemplazarlas por las siguientes, pero mamá insistía tanto que no pude ignorarla, y al fin le pregunté lo que me preguntaba. No, nene —ella insistía en llamarme nene o, más bien, había empezado a llamarme nene cuando me salieron los primeros pelos en las piernas y sus alrededores—, no hay nada que no te haya contado, no, no es eso. Lo que sí que estoy un poco preocupada —y por eso mi vida es un infierno, me dijo, o hizo como que me decía— porque, por lo que veo, vos podrías ser dos o tres cosas y ninguna me tranquiliza mucho.

—¿Cómo que yo podría ser dos o tres cosas?

Yo ya era por lo menos una cosa —yo, yo ya creía que era yo— y esa súbita disminución de mí a algo que no es sino que podría ser me confundió, me ofendió bastante. Yo en esos días me ofendía con facilidad. Después, tiempo después, pensaría que lo que decía mamá tenía sentido; era el momento en que estaba dejando de ser un chico, o sea; la potencia absoluta, ese gordito sonriente lloroso cachetón que

tenía miles de vidas posibles por delante y que se iba reduciendo poco a poco —o, mejor dicho, mucho a mucho— había días en que la potencia del gordito cachetón perdía por ejemplo todas sus opciones para ser maestro de italiano, profesor de literatura italiana, traductor de italiano, representante en Buenos Aires de una empresa de chacinados italianos, corresponsal en Milán de una revista de modas o de autos o de máquinas de burótica o de deportes invernales o de fútbol o corresponsal de todo eso en Roma o estudioso de la filosofía de Giambattista Vico o miembro de la 'Ndrangheta, por ejemplo, sólo porque no elegía las clases de italiano del colegio, y otros días en que la potencia cachetona perdía todas sus opciones que impliquen el conocimiento del logaritmo de pi y sus derivados, otros en que perdía todas las que supusieran jugar bien al tenis, otros en que perdía las de tocar el arpa, el violín, el timbal, el ukelele, otros en que perdía las de pescar con mosca, otros en que perdía las de morir antes de los catorce, otros en que las de ir a la cárcel por estafar a su abuelo porque no tenía más abuelo, otros en que las de ser bombero y astronauta, otros en que las de casarse con un hombre, cualquier hombre, lo cual en poco rato la despojaba de varios miles de millones de opciones, y así de seguido; la potencia perdía tantas partes cada día, a cada rato, que era milagro si el shock anafiláctico continuo y sostenido no la destruía del todo, por completo, y quedaba algo de ella todavía para uso del cachetón sonriente; para permitir que ese gordito petisón se transformase en una persona —unívoca o binaria o ternaria, limitada— pero persona al fin, algo de todo eso que podría haber sido. Crecer —pensé cuando, por suerte, podía creer que ya había crecido— es un despojo intolerable; un camino que se estrecha y se estrecha hasta que al fin uno no pasa, se atora, queda ahí. Supongo que a eso se refería, sin referirlo claro, mamá cuando me decía que yo podía ser dos o tres cosas y estoy seguro de que esperaba que le preguntara cuáles eran. A mí me daba un poco de curiosidad, pero ni loco le iba a dar el gusto. No ése, por lo menos.

Tardé años en entender que estaba justo en esa edad en la que todos tienen miedo por uno; esa edad en que creen que te pueden pasar cosas horribles todo el tiempo. Tardé años; cuando, ya más grande, tuve miedo por alguien y entendí por qué es tan fácil suponer que ser adolescente es caminar por el filo del abismo, descalzo por el filo del abismo, borrachín por el filo.

Y ahora mi abuelo Bernardo estaba blanco, inmóvil, maquilado, acostado en sedas nacaradas: muerto. Traté de no pensar pero pensé en esas cosas que ya no existían: ideas de mi abuelo, palabras de mi abuelo, las caminatas por Banfield de mi abuelo, recuerdos de mi abuelo. Pensé —por primera vez, pensé— que cada muerte despoja al mundo de una buena cantidad de cosas perfectamente innecesarias: recuerdos de mi abuelo, por ejemplo. Mi abuelo solía decir que lo que siempre habría querido recordar fue ese momento en que bajó del barco. Mi abuelo imaginaba que se

le había perdido algo muy importante: un chico de seis años, que ni siquiera sabía que existían las ciudades, embarcado con su madre y dos hermanos en la cubierta más baja de un vapor maloliente para cruzar un mar que nunca se acababa, llega por fin al punto del destino —así le decían, decía él: el punto del destino— y desembarca para encontrarse de pronto con el lugar más grande que jamás verá, donde millones hablan en un idioma incomprensible, donde no hay montes ni árboles ni cabras ni su nonna ni amigos ni nadie conocido salvo su madre y dos hermanos porque ni siquiera su padre —ese señor que los espera al fin de la planchada, lo agarra en brazos y le dice en su idioma que es su padre— era más que un desconocido que lo pinchaba con su barba. Mi abuelo se enternecía pensando en ese chico: grasiadió que era tan chico, decía, forzando un acento calabrés que no tenía, porque si me llega a tocar ahora me muero del julepe.

Mi abuelo no se salvó del julepe —ni de recordar para siempre esa palabra: julepe, qué julepe, julepeado. Su padre, el grandote de la barba pinchuda, se llevó a su familia recuperada al conventillo de Constitución donde vivía; en la pieza había dos camas —una para los padres, una más chica para los tres hermanos—, un gato negro, un armario de una sola puerta sin espejo, una mesa renga con tres bancos de asiento de paja, un baúl baqueteado y la palangana de metal para lavarse y, sobre todo, atajar las goteras. Cada noche los gritos del conventillo eran distintos: la pelea de un matrimonio de gallegos, los reclamos del administrador a un inquilino en deuda, el enfrentamiento entre dos vecinas por una toalla desaparecida, el estallido de celos de un polaco, las milongas desafinadas en el patio, tarantelas. De día las cosas eran diferentes —porque de día las cosas siempre son diferentes, siempre amenazan diferente—: menos gritos, las mujeres lavaban, algún hombre bebía, los chicos jugaban y corrían. Mi abuelo trataba de jugar con ellos pero los chicos se pasaban las horas corriendo detrás de una pelota, pateándola, pateándose, y mi abuelo no sabía cómo hacerlo. Mi abuelo se quería volver a su casa —ese infierno claramente no lo era— y lloraba y le pedía a su madre; no entendía por qué ella no quería, no entendía para qué se habían ido, no entendía. Hasta que mi abuelo se hizo amigo de un chico. Mucho tiempo después, mi abuelo seguía tratando de entender cómo se entendían; el chico hablaba tan poco castellano como él pero eso, en esos días, no pareció ser un obstáculo. El chico era el hijo menor del polaco celoso; se llamaba Maurits o algo por el estilo, tenía dos o tres años más, era rápido, flaquito, pura fibra. Maurits tenía el pelo rubio parado cepillo; mi abuelo, moreno, oscuro, tan mediterráneo, le envidiaba entre otras cosas ese pelo brillante —y en eso se basaba, también, su amistad: en que Maurits sabía que mi abuelo lo envidiaba, y le gustaba.

Mi abuelo y Maurits sellaron su amistad robando una gallina. Mi abuelo sabía que en una casa de la vuelta, a veces, las gallinas salían a la vereda; más de una vez había pasado por delante y las había mirado con deseo. Una mañana, incluso, se acercó en

puntas de pie y consiguió agarrar a la más lenta que, cautiva, se agitó y cacareó hasta que tuvo que soltarla —y escaparse aterrado y mearse sin poder contenerlo. De algún modo mi abuelo le contó a su amigo su aventura; Maurits le dijo —¿le dijo?— que la próxima vez lo iba a acompañar, que ya vería. Cuando fueron, el polaquito fue tajante: agarró una gallina, bataraza, petisa, por la cabeza y la revoleó en el aire. Se oyó un crac, volaron unas plumas, la gallina se quedó muy quieta. Mi abuelo tuvo que simular que el gesto le parecía lo más normal del mundo —pero nunca, hasta entonces, había visto una muerte.

Maurits se la dio, sonriente, triunfador, gran guerrero del barrio, y mi abuelo tuvo que agarrarla como si se hubiera pasado la vida acunando cadáveres de aves; no podía dejar que el polaquito se diera cuenta de su susto y su asco. La llevaron de vuelta al conventillo; Maurits convenció a mi abuelo de que, de puro generoso, prefería que su familia se quedara con la presa; se la entregaron, sonrientes, satisfechos, a la madre de mi abuelo que, antes que nada, buscó el cinturón de su marido y lo cagó a lonjazos; Maurits, en un rincón del patio, se reía. Después mi bisabuela la peló, le quemó las plumitas, la metió en la olla y la sirvió esa noche a la familia, hervida, grasa, con zanahoria, papa y nabo. Mi bisabuelo no preguntó de dónde había salido.

Mi abuelo no iba —todavía— a la escuela, y se pasaba muchas horas con su amigo, que tampoco iba. De una forma secreta se entendían; el problema era que el polaquito, simpático, donoso, solía contarle chistes —que mi abuelo nunca descifraba. Se reía para no decepcionarlo y, sobre todo, para no mostrarle que no le entendía nada. Así fue como mi abuelo empezó a entender el castellano: simulando que ya lo entendía —lo cual, diría después, le enseñó cosas que le sirvieron en la vida. Pero lo decisivo fue aquella vez, cuando entendió su primer chiste y se rió de verdad, tan feliz, aliviado. Mi abuelo recordaba que había sido una tarde de verano, ya casi anocheciendo, en la vereda del conventillo, mientras miraban la agitación del barrio —los hombres que llegaban sudados del trabajo, las chicas caminando para que las miraran, los chicos grandes fumando en la vereda—, pero no conseguía recordar cuál era el chiste. Quería, lo buscaba. Algunas veces, me contó, quizás ocho o nueve veces a lo largo de su vida, había estado a punto de recordarlo pero cada vez, todas las veces, el muy turro se le había escapado. Algunas veces llegó a pensar que recordarlo era la condición para saber quién era, pero también le daba miedo —que llamaba julepe. Si se acordaba, decía, quién sabe lo que le pasaría, y entonces trataba de pensar en el momento en que bajó del barco —una idea, una imagen, las primeras palabras— pero tampoco se acordaba. Aunque algunas veces —me había dicho— hizo como que se acordaba. O quizá no lo había simulado; nunca nadie, me dijo, puede estar seguro si se acuerda.

Mi abuelo estaba muerto: había llegado al colmo de la diferencia. Mi abuelo muerto se me había vuelto perfectamente ajeno, porque la muerte es siempre ajena. La muerte, para ser, es siempre ajena. La muerte propia es esa cosa que no existe, una suposición, una equivocación incorregible; nunca más, decidí, iba a morir como Cristo o el sargento Cabral o el samurái avergonzado. Mamá tomaba té con leche en un rincón y le pregunté cómo se había muerto el abuelo. Bien, se murió bien, me dijo, voz muy baja, y se quedó callada, como si ya me hubiera dicho todo. No me había dicho nada o, si acaso: tonterías. ¿Qué quiere decir se murió bien? Nada, bien, le dio un infarto y se murió, durmiendo. ¿Eso es bien? Eso es bastante bien, dicen, sí, bien, dentro de lo que cabe.

—¿Quién dice?

—¿Cómo que quién dice?

Sí, que quién dice, quién puede decir morir así está bien, morir así está mal; de esas cosas nadie sabe nada, ¿no? No sé si nadie sabe nada, dijo mamá, que guardaba esas confesiones de ignorancia como un último recurso para eludir problemas; llevaba la charla a un punto muerto que le impedía seguir por esa vía, la podaba —te obligaba a retomarla en un punto anterior: así que se murió bien. Bien, sí, bien. ¿Estás segura? Sí, claro que estoy segura. ¿Cómo sabés seguro? Porque nos dijo el doctor. ¿Y el doctor cómo puede estar seguro? Porque sabe, porque eso es lo que hacen los doctores. ¿El doctor puede estar seguro de que no lo mataron? ¿Cómo lo van a haber matado, nene, cómo se te ocurre? Se me ocurre, ma, vos sabés que a mí las cosas se me ocurren.

Era cierto, a mí se me ocurrían muchas cosas; demasiadas cosas. Yo era petiso pero inteligente y a los inteligentes se nos ocurren cosas; es la desgracia de los inteligentes —y a cambio tenemos privilegios. En la escuela, en la cama, en el baño, en todas partes se me ocurrían cosas, y había momentos en que se hacía insoportable. Todo tipo de cosas: se me ocurría que si le contaba a Camila que se había muerto mi abuelo seguramente me iba a decir que nos fuéramos a la plaza y nos sentáramos para tratar de consolarme y sentirse levemente heroína, que si era cierto como dijo el noticiero que estaban por abrir una mina de oro en San Juan valía la pena vender las cadenas de oro y comprar cosas de plata porque el precio del oro iba a bajar cuando empezaran a explotarla, que los curas de mi colegio decían que a los pajeros se les llenan de pelos las palmas de las manos pero yo nunca había visto a nadie con las palmas peludas o sea que la paja no existía y, en tal caso, podía ser como dios que está en todas partes y en ninguna, que cómo saber si de verdad mi abuelo se había muerto bien; si no lo habían asesinado u otra cosa. Y me preguntaba si alguno de mis

tíos sabía algo de la muerte. Por ahí mamá tenía razón: no se sabe si nadie sabe nada porque nada es mucho, demasiado, y se puede saber de otras maneras; quizás uno podía saber algo si había visto morir a alguien alguna vez, si había creído que se moría alguna vez, si había matado a alguien. Pensé que la forma más fácil y segura de saber era matar a alguien, y miré a mis tíos; creemos que las personas que mataron a alguien son muy raras, que tienen un cartel luminoso en la cara como de veneno para ratas o piratas, dos tibias y una calavera, peligroso veneno, porque en verdad no sabemos cómo son. Si supiéramos cómo son, los asesinos no tendrían interés, ninguna gracia, no habría tantas historias; lo bueno de los asesinos es que nadie sabe cómo son —y la idea se aplica a casi todo. Todos hablan todo el tiempo de los asesinos; los asesinos están en todas partes. Las películas están llenas de asesinos, los libros están llenos de asesinos, los diarios, la televisión están llenos de asesinos; los asesinos son un rubro decisivo. Casi todos los héroes —San Martín, Superman, los soldados de las Malvinas, Martín Fierro, James Bond, Cleopatra, Susvín, el Che Guevara— asesinaron; sin asesinos hablaríamos mucho menos, habría menos historias, mucho más aburrimiento y menos negocios y menos de casi todo, y sin embargo seguimos sin saber reconocer a un asesino. Es, por decirlo de algún modo, una injusticia. Para empezar, pensé, un asesino es alguien que sabe más que los demás porque matar a alguien debe ser una experiencia, pensé, una experiencia, y no se me ocurrió el adjetivo correspondiente, y pensé necesaria. Era la época en que empezaba a enredarme así con las palabras, y todavía me gustaba. Pero de pronto la palabra necesaria me resultó un estruendo: ¿qué quiere decir que haya algo necesario? Necesario es la idea más presuntuosa; no hay nada más presuntuoso que pensar que algo es necesario. Ni siquiera reconocer a un asesino es necesario —aunque sería muy útil si uno por ejemplo estuviera en una esquina y tuviera que doblar hacia un lado u otro y de un lado estuviera un honesto inofensivo ciudadano y del otro un asesino, entonces sería muy útil reconocerlo pero no necesario, o necesario para algo tan pequeño como seguir la vida del que elige, poca cosa, pensé, para el mundo, y volví a pensar si alguno de mis tíos podía haber matado. Mi tía Nelly seguramente no, porque tenía tantas certezas y convicciones que si fuera una asesina trataría de explicarnos que no hay nada mejor en el mundo y la meterían presa; mi tío Ricardo sería extraño pero bastante menos, porque también fue gay durante muchos años sin que nadie supiera. Mi tío Gustavo parecía más probable porque uno suele pensar que esos tipos así, abogados comerciales, ejemplares de barba candado, podrían matar a alguien sin problemas pero quizá no él, quizá encargando, y eso ya no sería una experiencia suya sino algo que pagó, como quien dice sé de milanesas porque pidió una en una fonda que podría, incluso, ser napolitana. La más probable, pensé, sería mamá, porque mamá no tendría la imaginación suficiente para no hacerlo —para privarse de hacerlo: para no asesinar

hay que tener una imaginación galopante, más galopante incluso que la mía, que te haga suponer la cantidad de cosas horribles que te pueden pasar por asesino—, pero en tal caso no me serviría porque no habría forma de que me lo dijera y menos de preguntarle otra vez si era posible que a mi abuelo lo hayan asesinado porque acababa de preguntárselo y ella no supo contestarme. O sea que no tenía manera de saber cómo se había muerto, de verdad, mi abuelo —y tampoco era que me importara, la verdad.

Me quedé pensando en ese término medio: que para ser un asesino había que tener la imaginación suficiente para serlo y hacerlo, pero no la necesaria para pensar qué te podía pasar por eso. Y que para tener justamente esa cantidad de imaginación había que tener mucha suerte o mucha mala suerte y que yo, si alguna vez quería ser asesino, iba a tener problemas.

Las personas, sobre todo, se aburrían: sabían que debían mantener la compostura —una forma de sugerir la posibilidad de la tristeza— y que debían pensar sobre todo en la ausencia del que empezaba a estar ausente pero no sabían qué decir y se aburrían y comentaban que Alfonsín no tiene huevos, que cómo nos engañó a todos, que no es capaz de mantener el orden y los argentinos necesitamos orden, libertad pero no libertinaje y que ahora van a venir los peronistas que serán unos turros pero del orden sí que saben: que saben cómo poner orden.

—¿Vos miraste la tele últimamente?

—Claro que la miré.

—¿Y no viste cómo estamos?

—Sí, claro que vi. Esto es un gran kilombo.

Y yo me preguntaba —entonces, todavía, me preguntaba— qué quieren decir las personas cuando piden que les pongan orden. Entonces los cuatro hombres de las esquinas se acercaron a mi abuelo inmóvil maquillado y empezaron a toquetear sus sedas, su cajón de madera reluciente, sus tornillos. Mamá estaba del otro lado de mi abuelo inmóvil, sola, como perdida. Beto no estaba: mamá le había pedido que no fuera, ya sabés que mis hermanos preferirían no verte, no quiero problemas en un día como hoy. Beto le había dicho que bueno, que no se preocupara, y se había ido pegando un portazo. Mamá miraba a mi abuelo inmóvil y quizá pensaba en Beto. Mi abuela se acercó, miraba, no lloraba. Yo pensé que mi abuela no sabía ni quería saber pero que se había dado cuenta de lo que todos pensaban en silencio: que lo único importante que le quedaba por hacer era morirse. Que desde ahora hasta morirse sería, con suerte, una molestia leve; que si no se volvía loca o inválida o mormosa sus hijos tratarían de que siguiera en su casa, se turnarían para ver cómo estaba, la visitarían cada tanto y la invitarían a las fiestas familiares pero que todo sería como un deslizamiento, una cuesta tranquila hacia una tarde como ésta; ese día volvería a

ser el centro de atención por unas horas. Y entonces, resentida como era, se preguntaba si su cajón sería como éste, de madera reluciente con herrajes bronceados, o más modesto porque nadie querría gastarse la plata en enterrarla o si sus hijos le comprarían uno con herrajes más nobles —de verdadero bronce, no de lata bronceada— porque total ya no tendrían que ocuparse más de ella y entonces sí le podrían dar esa última alegría —pensaba: la última alegría— y que quizá lo hicieran porque para ellos sería como un festejo, pensó, y que si seguía pensando en esa dirección iba a terminar loca, más loca —a veces conseguía dejar de pensar algo con ese argumento; otras no y entonces pensaba que quizá de verdad estaba loca—, y se preguntaba si a su velorio también vendría la tía Mabelita, la hermana menor del abuelo que nunca la había soportado pero quizá viniera por las conveniencias, y si iba a haber tantas flores como esta noche o si alguien se acordaría y le traería sus favoritas calas y si realmente habría alguien tan triste como ella estaba triste porque el hijo de puta de su marido otra vez la había cagado muriéndose antes, privándola de la satisfacción de morir sabiendo que alguien iba a notar su ausencia en una casa que ahora estaría vacía, despojada y tantas otras cosas porque, como toda su vida, no podía dejar de compararse con el muerto —para seguir diciéndose que ella era mejor pero no tuvo suerte, que él no la merecía pero los hombres son así, que por qué había desperdiciado su vida con ese cacho de carne que ya ni siquiera se movía: cacho de carne muerta. Se le notaba en la cara —y la forma en que retorcía el pañuelito de encaje y lavandina entre las manos— que sí sabía que lo único importante que le quedaba por hacer era morir, pensé, y después pensé que era lo mismo que le venía pasando hacía cuarenta años aunque recién ahora iba a entenderlo. Y entenderlo —yo, entenderlo y pensarlo me hizo sentirme extraño, diferente; todos estos idiotas no querían darse cuenta pero yo me daba. Todos esos idiotas querían recibirse de avestruces pero yo no quería. Todos esos idiotas se engañaban y yo no me engañaba. Yo últimamente ya no me engañaba, y todos esos idiotas eran débiles tristes cobardes en sus cuevas pero yo no era, y mi abuelo seguía blanco maquillado inmóvil, llorando y conversando los demás, mamá sentada junto al muerto, cuando vi a Ricki —la cara granujienta de Ricki, los pelos ahora largos de Ricki— asomado en la puerta.

Después sabría que la abuela se lo encontró muerto a la mañana cuando se despertó y lo sacudió como todas las mañanas y él en lugar de decirle dejame Juana basta no le dijo nada; que por primera vez no se quejó y entonces ella el susto, el odio —otra vez me dejaste sin respuesta— y la culpa terrible: él ahí muerto, como dormido, con la mano extendida para agarrar una pastilla, si no me hubiera tomado mi copita de anís, si no hubiera seguido durmiendo mientras le pasaba lo que le pasó, si me hubiera despertado cuando quiso agarrar la pastilla y no llegó, viejo hijo de puta al final la culpa siempre es mía.

Ricki siempre había tenido un año más que yo, pero ahora se le notaba demasiado; no era alto —pero mucho más que yo— y tenía las piernas fuertes, chuecas, unos pelos hirsutos sobre el labio, un cigarrillo entre los dedos y, sobre todo, una mirada muy distinta: inquieta, como de uno que juzga, desconfía. Nos habíamos separado al empezar el secundario; Ricki no era buen alumno y sus padres lo habían mandado a un industrial, a que aprendiera tornería o electricidad o alguna de esas cosas que, todavía, ciertos incautos creían que servían. Su padre, de hecho, era plomero diplomado y se ganaba bien la vida. Ricki no era tonto; tardó muy poco en enterarse de que los chicos que terminaban su colegio no encontraban ninguna salida laboral y decidió ser un buen hijo simulando; si sus padres querían creer que él estudiaba —y mantenerlo mientras tanto—, no los desmentiría. Sus profesores no tenían ninguna razón para ser exigentes y siempre era fácil copiar o, en el peor de los casos, comprar algún examen; Ricki estaba terminando cuarto año y llevaba dos o tres lleno de tiempo libre. Que había aprovechado para conocer —solía decir— la vida.

—Cabezón, vos sos un pendejo finoli, un mocasín de Caballito. Si supieras...

Caballito —nuestra mudanza a Caballito— era un paso más en nuestro avance hacia la medianía argentina; un barrio sólidamente clase media, medianamente próspero, plantado en medio de la ciudad, medio bonito, más mediodía que medianoche, donde las personas ya no vivían en casas —ese artefacto antiguo— sino en departamentos con servicios comunes, rencores de consorcio, ascensores donde hablar porque el silencio queda feo. Las personas de los departamentos estaban, como nosotros, alejadas de las cosas anchas; no trabajaban con cosas sino con papeles, y eso les daba un orgullo de limpios que les permitía mirar a los que se manchaban con desdén condescendiente y levemente receloso. Yo, al principio, me excitaba con el ascensor y extrañaba la calle; en Caballito la calle no era un lugar de pertenencia o permanencia sino un obstáculo, el espacio que había que cruzar veloz para llegar a la puerta del departamento. Pero rápidamente me adapté y empecé a disfrutar de sus ventajas, y sabía que Ricki me burlaba por envidia pura. Además yo había entrado en el Saint Thomas cuando empecé segundo año; con la mudanza, mamá decidió que tenía que cambiarme de colegio —y Beto la convenció de que tenía que ser uno privado: hace unos años te habría dicho que lo mandés al Liceo Militar, Betty, ahí estaba la papa, pero ahora los milicos están jodidos, radiados, ya no vale la pena; mejor buscale uno bueno de curas así conoce gente, se hace sus contactos, empieza bien la vida. Mamá detestó darle la razón y estuvo a punto de anotarme en el Nacional no sé cuántos, pero una huelga de maestros la disuadió a tiempo y me metió en ese colegio pretencioso, de clase media con aspiraciones, saco verde y corbata a rayitas donde enseñaban el peor inglés al sur del río Amazonas. Nunca supe de dónde venía la plata de la cuota: Beto estaba cumpliendo su promesa y hacía trabajos más o

menos confusos —conseguía clientes para una loteadora de terrenos, vendía repuestos truchos de máquinas oscuras, arreglaba importaciones de polos con un amigo de la aduana. Nada de eso le aseguraba ingresos demasiado regulares; yo sospechaba que el que pagaba era mi abuelo. Hasta ese momento, por lo menos.

—Tranquilo, ya se te va a pasar.

Me dijo Ricki, y me dio un abrazo como de hombre, estrecho pero fuerte, sin dobleces, y repitió tranquilo, Cabezón, tranquilo. Vení, vamos afuera.

Ricki decidió que se tenía que hacer cargo de la muerte —de los efectos que me podía causar la muerte— y me llevó a la esquina; hacía frío, eran más de las once, y sacó de su bolsillo un cigarrillo fino. Me dijo tanto tiempo que no nos veíamos, me dijo mi vieja me contó lo que te había pasado y vine a verte, me dijo esta noche nos vamos por ahí y te olvidás de todo. Después me dijo la primera vez siempre es jodido. Yo estuve a punto de preguntarle de qué primera vez me hablaba —y me quedé callado. Ricki prendió el porro y me pasó la primera pitada.

Era mi abuelo pero no era mi abuelo. Todo alrededor era mi abuelo; adentro, entre las vetas de la madera oscura, las sedas nacaradas, inmóvil, maquillado, no era. Mi abuelo no mi abuelo me miraba y me decía chiquito, chiquitito, chiquito, chiquitito; a mí me daba miedo y cierto alivio que me hablara con palabras que ya no eran para mí pero que al mismo tiempo eran. Palabras para otro, para el que yo había sido: chiquito chiquitito. Chiquito chiquitito no te vayas; yo podía quedarme con esas palabras si quería; si no quería no me pasaba nada —y era puro placer: nunca antes palabras no me habían obligado, no forzado, no intimado a escucharlas y actuarlas y seguirlas. Placer eran esas palabras de la boca de un muerto —mi abuelo no mi abuelo— que me hablaban sin peso: yo podía cagarme en el muerto, en los muertos, en sus palabras que eran si quería. Yo creí, en esa noche, en esa calle, en ese frío, que había entendido algo y volví a ver la cara de mi abuelo no abuelo. Era la cara de la foto, más los años de muerte, más mi alivio.

Ahora todos dicen que me parezco tanto a mi padre. Ahora, cuando ya tuve un padre, yo que nunca tenía. Dicen que me parezco tanto —la cara, dicen, de cuerpo era más grande— y me muestran la foto; yo creo que nunca me parecí tanto como en aquella foto en que mi padre y yo salimos juntos, él su camisa blanca arremangada no muy limpia, el pelo peinado para atrás con restos de gomina, el bigote negro recortado, los ojos oscuros achinados por el flash y yo agarrado alejado de su cuerpo, como si él no supiera de dónde había salido, si contagiaba algo, si manchaba, si me derretía. Yo era un capullo de lana blancuzca con la cara como un repollo en mitad de la cocción que no miraba a cámara porque no precisaba; yo era su cara, la repetición imperfecta incipiente de su cara, entonces, y, desde entonces, los dos hicimos lo necesario para irnos separando: él, lo que fuera, lo que yo no sabía; yo todo esto,

hacerme otro, uno que sí podía escuchar ciertas palabras. En esa noche, en esa calle, en ese frío, mi abuelo tan callado, decidí preguntar —y Ricki me dijo que nos fuéramos a tomar algo de una vez, que se estaba aburriendo.

3

Había sido una noche sorprendente inolvidable y, aunque ya era de día, no acababa. En algún momento pensé que era probable que durara para siempre y ni siquiera me aterró: de pronto me pareció normal que ciertas cosas duraran para siempre. El problema, si acaso, era saber qué cosas. Ahora Titina me preguntaba mi nombre verdadero; para llegar a eso había pasado tanto.

—No tu sobrenombre, digo: tu nombre verdadero.

Ricki me había llevado hasta Constitución en su moto —Ricki tenía una moto, no quise preguntarle cómo— y entramos al Paraíso saludando —él, saludando— a los custodios de la puerta. Yo nunca había estado en un lugar así; ni siquiera lo había imaginado. Hay lugares donde nunca estuve que puedo imaginar y, cuando llego, reconozco; hay otros —los que valen la pena— de los que cada detalle me sorprende. Tras la puerta del Paraíso había un pasillo oscuro, estrecho, forrado de cortinas de terciopelo rojo; al final había otra puerta y, después, de golpe —como un golpe—, un espacio enorme —un espacio que no podía abarcar con un golpe de vista— surcado de luces de colores, música a mil, movimiento espasmódico, multitud de personas bailando o saltando o sacudiéndose en las luces. Pensé en el padre Gardocchi, del Saint Thomas, y en el ataque que le daría si entrara en este Paraíso: un camino difícil, tenebroso, que estallaba de pronto en la felicidad en movimiento. Ricki me dijo que los hombres limpian sus penas con tragos y mujeres —me dijo Nito ahora vas a aprender que los hombres limpian sus penas con tragos y mujeres— y que no tuviera miedo. ¿Yo, miedo? No, boludo, yo. Gritábamos: la única forma de hablar era gritando. La música eran golpes, recorridos de materia por el aire. Del techo colgaban bultos que primero no entendí; después vi que eran jaulas de metal y que, dentro de cada jaula, una hembra —short apretado, corpiño de bikini, botas— bailoteaba. Estaba claro que no eran mujeres: eran hembras. Se retorcían sobre nuestras cabezas; si me paraba en el lugar correcto me iba a bañar en el sudor de alguna, en el olor a agitación y concha de alguna de las hembras enjauladas —y me puse al palo. Después Ricki me dijo —me gritó— que qué quería tomar, yo lo miré, pensando en el sudor, él me dijo que iba a buscar un par de whiskies; yo nunca había tomado un whisky y lo esperé parado al lado de una barra. Ni siquiera me pregunté por qué se fue a buscar los tragos a otra parte.

—Sos grande para ser tan chico.

Me dijo la rubia pelo corto, y su amiga castaña me sonrió de tan cerca que sentí el soplo en la cara, el perfume de almendras. Yo empezaba a tener esa cara —la cara de la foto de mi padre— en un cuerpo que no me acompañaba: chiquitito. Me faltaba, decía mamá, pegar el estirón; yo a veces preguntaba cuánto me faltaba.

—Pero sí que sos chico.

Me dijo la rubia y yo no entendí si la mirada era cómplice o desdeñosa o tentadora o cachadora o. Yo no sabía mucho de sonrisas de mujeres pero sí de revistas, y estas dos parecían de las revistas: nunca había visto mujeres tan de las revistas. Yo sabía mucho de mujeres de revistas; a esa altura yo era un artista de la paja de revistas y creía que esas mujeres no existían fuera de las revistas, pero la rubia pelo corto —pantalones negros stretch ajustadísimos, botas, la remera amarilla que le transparentaba los pezones— se me seguía acercando, respirando encima, provocando, y yo temblaba; si Ricki no llegaba enseguida iba a tener que hacer algo —y yo quería hacer algo, pero no tenía la menor idea de qué sería. La castaña se agachó delante de mí a buscar algo en el suelo —o a mostrarme sus tetas: eran realmente de revista. La rubia me pegó en la nuca: aflojá, nene, no te pongas así — me dijo nene. Pero cuando me di vuelta casi peleándola me miró con la sonrisa otra vez y me pasó el revés de una mano por la mejilla, el cuello; me deshice. La rubia olía a otra cosa, como flores. La castaña le alcanzó un vaso y le preguntó si se acordaba de Camilo: estaba al lado pero se lo preguntó a los gritos, para que yo la oyera. Cómo me voy a olvidar, Aitana. ¿Vos decís que era más chico que éste? No sé, éste también parece muy chiquito. Pero aquél era una bomba, un pelotazo.

—Ay, no me hagas acordar.

Dijo Aitana castaña y armó un gesto de me estremezco tiemblo. La rubia se rió: ¿te parece que éste puede ser de ese calibre? No sé, Cali, habrá que ver. ¿Que ver? Que tocar, decís. Habían empezado a caminar me alrededor, vueltas a diez centímetros de mí, olores a través de mí, me enloquecían. Yo pensaba que debía pensar algo pero no sabía qué. Podía, por ejemplo, desesperarme, pero sabía que era una tontería y traté de evitarlo: no estaba muy seguro.

—¿No nos vas a decir ni tu nombre, niño?

Como si no, tratando de sonreírles, miré hacia la pista a ver si Ricki llegaba a rescatarme. No aparecía. Aitana se metió el dedo índice en la boca, lo chupó, me lo pasó por la bragueta; yo traté de que no se me notara el susto. También traté de agarrarle el dedo; me esquivó y volvió a metérselo en la boca. Aitana tenía una pollera negra cortísima ajustada, medias negras, una blusa blanca suelta, las tetas blancas sueltas por debajo. Cali me despeinó con una mano, se reía: tu nombre, niño. Me vi en una habitación con tapices y velas y tules, fuego en la chimenea, de espaldas en la cama, Aitana y Cali increíbles ya desnudas desnudándome, tirando de

mis pantalones, sacándome los calzoncillos, sus grititos cuando llegaron a mi pija, la vieron, la agarraron, y Aitana que se la metía en la boca y yo de pronto preocupado por no acabarle enseguida, no adentro de su boca, tenía que ser capaz de mantener la calma, tenía que estar a la altura, portarme como un hombre, y Cali que me dijo en el oído: nombre, niño, y yo que no sabía qué decirle y hacía todo lo posible por volver a ese cuarto donde mi único problema era aguantar sin acabar. No supe qué decirle; mientras lo pensaba, un tipo se le acercó por detrás, le besó el cuello.

—¿Viste cómo podíamos levantarnos al pendejo?

Le dijo Cali rubia.

—Tenés razón, les debo un par de gramos.

Tardé en reconocerlo: el Pájaro parecía muy diferente de cuando se vestía de futbolista y corría por la pantalla de mi televisión. El Pájaro la agarró por la cintura desde atrás; la rubia se rió con desparramo, arqueó el cuello hacia atrás para que él la besuqueara; el Pájaro la besó como si le importara poco. Y quién es tu amiguito, le preguntó, y la rubia le contestó que nadie. El Pájaro me sonrió y me dijo algo como que no me preocupara, que primero se ponen así y después hay que echarles flit para que no molesten. El Pájaro tenía la cara apoyada en el hombro de la rubia, cada mano en una teta y apretaba: me dolía. Me daba vueltas y más vueltas una frase: otro mundo es posible.

Una idea que nunca había pensado y que de pronto, eufórico, levemente incrédulo: existen situaciones, territorios en que cada uno parece estar haciendo justo lo que quiere. En general están escondidos, porque las personas no suelen hacer lo que quieren y nadie quiere que hagan lo que quieren y quizás hay personas que se pasan la vida sin saber que existen. Quién sabe mi abuelo se pasó la vida —toda su vida sin saber. Lo pensé blanco, inmóvil, estrecho en su cunita de madera, más maquillado que la rubia que el futbolista estaba a punto de empomarse.

Ricki llegó con los whiskies y yo no quise preguntarle adónde había ido a buscarlos, pero sí cómo era que lo dejaban entrar tan fácil y me dijo que conocía a los dueños: a veces les hago algunos trabajitos. ¿Trabajitos? Sí, les llevo cosas, traigo. Ahí entendí la moto, o pensé que había entendido: ¿qué cosas? Cosas, da lo mismo, me dijo, y me preguntó cómo estaba todo. Bien, vinieron unas chicas, pero no me interesaron. Claro, no te interesaron. Ricki me agarró del brazo, me llevó al medio de la pista y se puso a bailar; yo traté de seguirlo. Una petisa morocha pelo al ras se me acercó, me bailó alrededor, y yo pensé que mi abuelo pobre ya nunca iba a ver algo como esto. La idea era estúpida: tampoco lo habría visto de haber seguido vivo. Para todos éstos —para todo esto— que mi abuelo estuviera vivo o muerto era exactamente lo mismo: no les cambiaba nada. Mi abuelo se había muerto en otro mundo —otra vez, otro mundo— y yo ya estaba llegando a donde él nunca había

estado. Ricki me miró, me guiñó un ojo, señaló a la petisa: no, le grité, no pasa nada. ¿Es lo único que sabés decir, no pasa nada? La música paró, Ricki se me acercó y me dijo si quería quedarme; sí, claro que quiero. ¿Y no necesitás nada? No, ¿qué voy a necesitar? No sé, un trago, alguna cosa, algo. No, boludo, nada. Tiempo después sabría que Ricki no era, como quiso que yo creyera, un dealer. O, por lo menos, no entonces, no todavía. Cuando cumplió diecinueve años —yo lo sabría mucho después—, Ricki decidió que iba a empezar a ser lo que hasta entonces había simulado y habló con Pitu, uno de los dueños del Paraíso —que ya entonces se había convertido en Purgatorio— para pedirle trabajo en la movida. Pitu le preguntó si estaba loco; si de verdad se creía que ellos se metían en esas cosas. Claro que se meten, a mí no me vas a verrear. Nene, estás hecho mierda, andá a tomar por culo; rajá de acá y no vuelvas nunca más.

Pitu era un artista o, por lo menos, estaba convencido de que era un artista, lo cual, para ciertos artistas, significa más o menos lo mismo. Pitu Carpanta había empezado a considerarse un artista treinta años antes, a sus veinte, cuando decidió escaparse de su casa familiar en Chivilcoy para bajar a la capital porque sus urgencias culturales y sexuales no tenían, en su pueblo natal, las respuestas que necesitaba. Quería pintar —y pintaba— pero su maestro chivilcoyano, el viejo Orestes Quartucci, consideraba que esas manchas de colores brutales no tenían nada que ver con la pintura; quería coger —y cogía— pero las dos o tres chicas que aceptaron compartir con él la cama de hotel alojamiento en las afueras del pueblo le hicieron la cruz cuando una de ellas pudo saber —e informó, solidaria, a las demás— que Pitu se había citado allí, más de una vez, con Ignacio, seminarista muy educado y rubio, retoño de una tradicional familia de la zona, que llegaba con impermeable largo y un pañuelo en la cabeza para poder entrar. Pitu supo que supieron y temió por su futuro en el pueblo; se asfixiaba y decidió organizar la fuga de la mejor manera. Una noche de invierno se encaró con su padre —uno de los abogados más conocidos de la Pampa Gringa— y le dijo que si no lo mandaba a Buenos Aires con la excusa de estudiar Bellas Artes todo el pueblo se iba a enterar de cómo era el hijo que tenía. El hombre sopesó la opción de pegarle cuatro gritos y mandarlo a laburar a la cosecha, pero algo en la cara del muchacho le hizo entender que no era buena idea; le sonrió resignado, no quiso siquiera preguntarle lo que ya sospechaba y le dijo que no se hablara más.

En la ciudad, Carpanta no tardó mucho en encontrar al grupo de artistas más decidido a romper cualquier regla que pudieran toparse. Eran unos diez o doce, mayoría de hombres pero algunas mujeres —todos menores de treinta, las corbatas finitas, pantalones stretch—, que se encontraban cada noche en un café de Paraguay y San Martín, y no tuvieron inconveniente en aceptarlo. Para ellos, la versatilidad sexual de Carpanta era una marca de modernidad extraordinaria —que algunos

encontraban envidiable y otros levemente asquerosa, aunque trataban de que no se les notara—; también lo ayudaba su mensualidad más o menos generosa, que le permitía pagar la ginebra o el whisky en los momentos de emergencia económica, que eran casi todos.

Federico, uno de los pintores más prometedores, que fue su amante vergonzoso, le daría —sin querer— la idea decisiva. Una noche casi madrugada, en el departamento de un ambiente que Carpanta alquilaba a cuatro cuadras de Retiro, Federico encontró el coraje —o el alcohol o el aburrimiento— necesario para decirle que sus cuadros —expuestos sobre la mesada de mármol de la cocinita— eran una mierda. Carpanta lo miró: Federico estaba parado a los pies de su cama —un colchón en el suelo— con una camisa celeste sin abotonar y la pija cansada, medio sucia, bamboleándose sobre fondo de pubis pelirrojo. Después Carpanta diría —alguna vez, en una entrevista de 1985 o 1986, diría— que fue esa visión la que le inspiró su idea del Arte Bamboleante —o, según algunos, con una contracción que entonces era nueva y después se volvió lugar común, el Bambolearte—, pero es fácil pensar que la tomó de las informaciones confusas que llegaban desde París y Nueva York acerca de los happenings, el arte como evento y otras marcas de época. En todo caso, su concepto del arte como un movimiento limitado e inútil, improductivo, un movimiento que concita todo tu interés durante un momento forzosamente breve, un movimiento que ocupa el espacio y lo perturba y lo resignifica pero no deja huellas —el movimiento de un péndulo en el aire—, le permitiría convertirse en uno de los referentes de la vanguardia artística porteña de los años sesentas.

En esos días —sin descuidar sus noches tormentosas—, Pitu Carpanta organizó una serie de actos artísticos —o, según uno de sus exégetas, Arteactos, arte efímero como lo opuesto a un Artefacto, un objeto de arte duradero— que atrajeron la atención de Jorge Romero Brest, su gente del Di Tela, la revista Primera Plana y, sin mayor convicción, la policía. Sus obras incluyeron la inmersión en la famosa fuente de la plaza de Mayo de tres docenas de patas —sucias, supuestamente peronistas— de yeso, que se disolvieron en un lapso muy breve, dejando sólo unas manchas grisáceas en el fondo (1965); la suelta en distintas esquinas del centro de unos chanchos enjabonados chillones fugitivos que llegaron a crear cierto caos de tránsito y un fastidio cierto, aunque no consiguieron comunicar a casi nadie que, como quería expresar Carpanta, la vida es una carrera constante por la vida (1967); la instalación, en lo alto de la plaza San Martín, una tarde de primavera, de dos docenas de sillas ante cuatro televisores sintonizados en cada uno de los cuatro canales y dados vuelta —pantallas para atrás— para mostrar que no es fácil ver el otro lado de las cosas —que algunos de los participantes intentaron percibir con la ayuda de un gran cigarrillo armado y fumado bajo la mirada atenta de dos cabos de la policía que no tenían ni idea de qué se trataba (1967); la compra, sacrificio, asadura e ingesta de un viejísimo

caballo de carro en un club de Villa del Parque para responder al asado de toro campeón de su amigo Peralta Ramos con el argumento de que el arte no debe incomodar a los burgueses sino a sus propios cultores (1968); y, sobre todo, su estallido final, el que lo hizo famoso y le arruinó la vida: su *CruceFixión*. El montaje fue simple: Carpanta instaló una cruz de madera en la puerta del clausurado Instituto Di Tela, Florida y Charcas, y se hizo izar a ella; en lo alto de la cruz, en el lugar del INRI, el letrero decía DOS, y el aspecto de Carpanta lo explicaba: una mitad de su cuerpo estaba vestida con una enagua con volados, la otra mitad con una pierna de bluyín y musculosa blanca; media cabeza cubierta con peluca rubia larga, la otra mitad su pelo. En la mano tenía otro cartel que decía «Ser Todo para Todos» y, a modo de lanzazos, unas porongas de papel maché le atravesaban los costados. Abajo, en un atril, un cartón explicaba que «si Dios es Todopoderoso, no hay Relación Sexual que no pueda tener, y nosotros estamos hechos a su Imagen y Semejanza». Carpanta había tenido la precaución de convocar a dos amigos fotógrafos, que documentaron la *CruceFixión* en los ocho minutos que duró antes de que una nutrida intervención policial lo desmontara con gritos y palazos.

Carpanta pasó esa noche en la comisaría, y algo le pasó: tengo que agradecerle a la Federal su tratamiento de shock que no quise ni merecía pero recibí, gratis y eficiente: donde todos se hacen putos yo me deshice, dijo una vez, y nunca dio más explicaciones de su cambio. Desde ese día, se supone, no volvió a acostarse con hombres; desde ese día, su carrera se fue desdibujando: había creído que sus intervenciones eran lo más subversivo que se podía infligir a la sociedad argentina de su tiempo, y las llevaba adelante con esa convicción. Pero, poco a poco, su método fue quedando fuera de registro, y las ilusiones revolucionarias lanzaron al país a una carrera donde quedaba cada vez menos lugar para esas picardías. Carpanta no quiso poner su arte al servicio de ningún partido o grupo pero tampoco podía, dijo, en esas circunstancias del país, mantenerse fuera del debate; preso de su contradicción, incómodo por la amenaza de una represión creciente, en 1974, poco después de la muerte de Perón —y cierto nacimiento—, se tomó un barco a Barcelona y su rastro se perdió por varios años.

Pitu Carpanta volvió a la Argentina en 1985 con mucho menos pelo —gris, recogido en una colita con cintas de colores—, una esposa joven mexicana y bastante dinero de origen inasible; buscó a sus antiguos amigos, no encontró a casi ninguno —o los encontró tan cambiados que prefirió pensar que no los había encontrado— y dijo en un par de entrevistas que pagó en sendos semanarios que «el *BamboleArte* de los ochentas es el encuentro sin sentido de los cuerpos en la disco, pura tensión improductiva»; que él, como artista, se dedicaría de ahí en más a crear las condiciones, el telón de fondo para eso. Lo cual repitió con más convicción —y un poco más de público— dos años después, cuando abrió *El Paraíso* y se convirtió en el

popé de la noche modernita en Buenos Aires. Por eso cuando, tiempo después, Ricki, perfectamente ignorante de su historia, lo encaró como a un dealer vulgar —lo cual sin duda también era, pero de un modo secundario, desdeñoso— Carpanta lo mandó a tomar por culo. Ricki —superada la sorpresa por ese insulto todavía inusual— se ofendió mortalmente: pensó en buscar a algún capo de la competencia y contarle cosas de Carpanta y sus amigos —aunque no sabía qué—, pensó en lanzar el rumor de que vendían recortada, pensó en murmurar que se cogían chicos demasiado chicos, pensó que tenía que pensar alguna otra cosa; como no se le ocurría pensó incluso en hablar con la policía o, peor, conseguir cincuenta gramos de merca, esconderla en una barra de la disco y denunciarlos en un llamado anónimo. Por suerte para él —y, después veremos, para mí— tuvo miedo de hacerlo.

—Vos sos el amigo de Ricki, ¿no?

—Sí, soy yo.

Le dije, a los gritos, en medio de la pista. La petisa era flaca, fibrosa, bien compacta, piernas fuertes al descubierto y su culito encantador —o eso me pareció bajo las luces imposibles—, y revoleaba la cabeza circular como si quisiera desatornillarla. Por un momento temí que lo lograra; después la música cambió a una especie de blues, lento, arrastrado, y la petisa se me colgó del cuello, me refregó sus tetas breves, me embutió un muslo entre los míos. Era extraño tener el cuerpo de otro tan pegado al mío, tocando el mío, refregando; era, para empezar, una limitación extrema del universo circundante: en vez de ser un espacio aéreo, ligero, interminable, el mundo se volvía algo denso, espeso, que me encerraba en un momento y un lugar precisos, que me hacía pasar del agobio al júbilo y de vuelta al agobio y otra vez. Pero, además, no era cualquier cuerpo: era el cuerpo de una mujer que me ofrecía una forma de reconocimiento que yo no conocía, que no tenía nada que ver con ver, con las revistas o con las películas, las maneras en que, hasta entonces, había conocido cuerpos de mujeres. Yo veía, con mi pecho, mi panza, muslos, pija, sus pezones, su panza dura, el hueco de su concha; con las manos el hueco de su espalda, la curva abrupta que inaugura las nalgas. Yo podía soltarlo o apretarlo para verlo mejor. Yo podía ver, además de las formas, calor, olores, humedad: estaba literalmente en otro mundo.

—Dame cinco minutos y vení a buscarme al baño.

—¿Cómo?

—Dale, boludo, ya me oíste: que me busqués en el baño de hombres. Metete en la tercera puerta, yo voy a estar adentro.

Me dijo la petisa y, antes de irse, un grito en el oído: Titina, me llamo Titina —y yo pensé que no era necesario, que en el baño no iba a tener que llamarla por su nombre.

Pasé cinco minutos —cómo saber si fueron cinco, diez, tres segundos un quinto—

caminando entre los cuerpos bamboleantes, tratando de no pensar en lo que estaba por pasar, pensando sólo en eso. Cuando iba por el pasillo hacia el baño de hombres se me ocurrió preguntarme si sería la tercera puerta contando desde la izquierda o la derecha; me imaginé la escena ridícula de abrir una puerta y que detrás hubiera un tipo cagando acuclillado o quién sabe algo peor —algo peor, pensé, sin saber qué sería. Tendría que tomar una de esas decisiones sin sentido, sin lógica, que nunca salen bien; la petisa era una idiota que me había dado una información equivocada, como hace casi todo el mundo. Pensé que sin ese dato era mejor no ir. En el pasillo que daba a los baños, nervioso, ansioso por llegar y tratando de tardar lo más posible, pensé una vez más que Titina era idiota y la gente era idiota y por qué carajo nunca pueden pensar las cosas bien, decir las cosas bien, hacer las cosas bien, y por qué carajo yo tenía que notarlo siempre. Muy a menudo, pensé, ser eso que llaman inteligente es una carga, más me valdría ser tan idiota como todos, pensé, y abrí la puerta. Frente al espejo —en el espejo— un tipo se lavaba las manos, otro se echaba agua en la cara como para despertarse de un mal sueño; detrás, las puertas de los cagaderos eran cinco: daba lo mismo empezar por la derecha o por la izquierda. Mientras caminaba hacia la tercera —doblemente tercera, tercera incuestionable—, mientras abría esa puerta, traté de no pensar en la estupidez de mi soberbia.

—¿Y vos cómo te llamás?

—Nito, ya te dije.

—No, no me dijiste.

—¿Para eso querías que venga?

—Shhh, callate.

Dijo Titina y se arrodilló en el suelo más o menos sucio, no sucio de meadas pero sucio, y me abrió la bragueta.

Yo era un artista de la paja. Se lo debía, debo decir, a Beto: mis primeras revistas eran tuyas y yo las encontré de casualidad, si fue casualidad: cuando nos mudamos a Caballito un paquete de papel de diario con cuatro o cinco revistas, que debía ir, supongo, al armario de Beto, apareció en el mío. La que ordenó mis cosas fue mamá; no entonces, pero después llegué a pensar que había descubierto esas revistas en la mudanza y que, para vengarse de su futuro ex, las puso en mi ropero, así podía acusar —tal como hizo— a Beto de haberme pervertido. Pero quizá todo fuera casual; a veces pasa, y resulta casi desalentador. En cualquier caso, mis primeras revistas fueron unas *Semana y Siete Días* con chicas en bikini y una *Playboy* muy vieja: chicas pulposas que se descocaban para mostrar que aun descocadas, que sobre todo descocadas, eran capaces de reconocer los límites del orden. Esas revistas —esas chicas— me decían alto y claro que había formas de desnudarse tolerables y otras no: chicas en bolas en posiciones digamos recatadas, digamos controlables, digamos lejanas de las pijas, chicas en bolas pero sin conchas y muy escasamente culos; chicas

para las que ponerse en bolas significaba mostrar —pedazos de— las tetas: yo aprendí todo de las tetas, hasta el día —una tarde de otoño, la lluvia, nadie en casa— en que encontré la estrella de su colección, el tesoro de Beto, el que guardaba en un sobre aparte para que no se le arruinara, el que a partir de entonces busqué —cada tarde— con infinitas precauciones: una Playboy argentina de septiembre de 1985 con Susana Giménez en la tapa.

La Giménez, para mí, hasta ese día, significaba poco: la había visto de reojo alguna vez en la pantalla —una mujerona mal teñida, de hombros anchos y voz destemplada, un simulacro de travesti en una época en que los travestis andaban clandestinos todavía— sin prestarle atención, pero cuando la vi en esa foto de la tapa pasó algo. Quizá fuera esa forma de bajar la cabeza para esconder las arrugas del cuello; quizás ese esfumado artístico que borraba las líneas insidiosas; quizás el brillo casi lágrima en los ojos; se notaba que esa mujer necesitaba algo. Así que fui, durante meses, el amante más fiel de la Giménez.

Nos encontrábamos casi todas las tardes. Mi amor tenía zapatos de tacos altos blancos, anillos dijes aros de brillitos, el pelo amarillento, los ojos muy pintados y un zorro blanco muerto como único vestido. En la tapa, mi amor estaba en una cama o algo que parecía una cama, sábanas blancas, tules blancos, de cuerpo entero y tres cuartos perfil, arrodillado con las piernas flexionadas —los tacos pinchándole las nalgas— y el zorro muerto, que sostenía entre los brazos cruzados a la altura del pecho como un bebé inconsciente o por lo menos satisfecho después de una mamada intensa, le tapaba con el cuerpo las tetas y, con una patita que caía, pícara, astuta, intencionada, el pubis o, si acaso, si allí estaba, su concha. Mi amor miraba al lente con cariño, con supuesta confianza —más calidez de amiga que destellos de estrella—; al fondo, para darle más clase, un candelabro de plata con cinco velas blancas y más tules blancos y un ramo de claveles blancos: el blanco, la pureza del blanco, dominaba. Yo la amaba por su fragilidad, pero me calentaba esa doblez: que Giménez se mostrara en pelotas como quien dice no se crean, soy tan blanca tan pura tan carlitos, me daba cuatro vueltas: me parecía la perversión suprema. Entonces cuando estaba a punto de acabar siempre pensaba en una prima, una amiga tontita, una vecina tímida, una que me pedía dale Nito por favor un poquito con la voz baja y mirando a otro lado, rubor en las mejillas. Yo le hacía el favor y ni siquiera trataba de que me agradeciera: yo podía ser, con ella, con mi leche, manirroto.

La primera foto de adentro, en cambio, era otra cosa. Había un título, ¡Oh, Susana!, y una introducción que se preguntaba ¿deslumbrante? ¿colosal? ¿espectacular?, y se contestaba que faltaba un adjetivo apropiado para definir con justeza su esplendor, y yo trataba de no leer todo eso sino mirarla, verla: mi amor, en esa foto, era otra cosa. Tenía un collar y aros de piedras verdes y se veía por qué: tomada de la cintura para arriba, mi amor tenía un baby dol de satén blanco escurrido

que mostraba el principio de las tetas, y el cuello arqueado hacia atrás y la boca entreabierta, medio puta, que mostraba los labios húmedos y los dientes oscuros, un poco desconchados: mi amor necesitaba una buena reparación odontológica y yo se la conseguía —hablaba con el padre dentista de un amigo del colegio, lo convencía de hacérsela— y la llevaba y ella, de puro agradecida, me dejaba acabar en su boca recién arreglada, rellenar de blancuzco sus dientes blancos nuevos. Esos días yo era, más que nada, poderoso.

Después venían las otras. Había doce fotos —o, contando la tapa, trece, pero nadie querría contar trece— y yo conocía cada una de ellas, sabía la historia de cada una; nada más verla, ya sabía cómo estaba mi amor ese día, qué necesitaba, qué debía darle, qué me podía dar ella. Cada vez me concentraba en una foto distinta: no era cosa de andar corriendo de un lado para el otro, confundiendo los tantos, confundiéndola. La tercera, por ejemplo, era la más guaranga, donde mi amor aparecía sentado en una cama con las piernas abiertas —muy abiertas— y muy poco velado por una especie de cortina transparente con encajes que me mostraba —por esa única vez— los dos pezones, irregulares, bizcos, bien groseros: esos días yo sabía que no era cosa de andar perdiendo el tiempo; palo y a la bolsa. Y estaba la quinta, donde mi amor se paraba de frente más o menos enroscado en la cortina sin mucha ceremonia, como quien dice no hay que darle más vueltas, como un ama de casa sin saberes que quiere hacer de yegua, una cuarentona auténtica —casi diez años más vieja que mamá— con esa cara un poco endurecida, tan monzón, sus marcas sus arrugas, que a veces me tentaba de dejar de sacudirme y preguntarle cuándo iba a estar lista la comida, y pensar en ella trayendo la comida —una milanesa napo medio caballo, papas fritas— me calentaba más y más y esos días acababa con olor a frito. Y estaba la sexta, donde mi amor hacía de Marilyn recostada en la cama, las piernas cruzadas levantadas, la cabeza otra vez hacia atrás la boca abierta, el baby dol corrido pero tapando tetas todavía, las manos toqueteándose los muslos, que me encantaba porque veía que hacía un esfuerzo para ser algo mejor que lo que era y yo, entonces, reconocido, también me esforzaba y eran, generalmente, las mejores pajas, las que saltaban como del bebedero de la heladería. Y estaba la décima, donde me daba pena: yo le decía no mi amor no tendrías que salir así, con esa pinta de muñeco de torta, embadurnada en crema los brazos levantados parada en equilibrio tan precario todo el tiempo a punto de caerte concha arriba, con cuidado mi amor hasta que me cansaba y le decía ma sí si eso es lo que querés y le daba con fe, sin miedo de tirarla y reventarla, sin el menor respeto: me gustaba acabarle sin el menor respeto.

La que no me gustaba era la última. En la última foto, la duodécima o decimotercera, mi amor estaba tan desnudo, parado, de espaldas, cuerpo entero, pelo amarillo recogido, en una bañadera contra otra vez los tules blancos. Tenía el brazo izquierdo levantado en un gesto de bailarina principiante, el derecho sosteniendo en

el aire una toalla con la que no se tapaba ni un poquito, y las piernas levemente abiertas, de modo que las nalgas —esas nalgas duras endurecidas por el trabajo de alguien a quien le importa que su culo siga siendo el que fue aun cuando el resto de ella quizá ya no lo fuera, alguien peleando contra el tiempo, perdiendo contra el tiempo salvo con el culo— se le juntaran lo suficiente en la raya de marras pero, como contrapartida, su postura provocaba que, contra el fondo luminoso de los tules, unos pelitos de su concha se dibujaran muy guarangos. Unos pelitos: pocos, quién sabe una docena de excrecencias pilosas y confusas, no claramente delineados sino casi una mancha, una señal, una nube de polvo que convertía a mi amor —la carne trémula pero decente, púdica casi marmórea de mi amor— en una perra en celo. Yo detestaba esa foto: toda la intimidad entre nosotros se perdía en esa foto, ella era una cualquiera en esa foto, ella era de cualquiera en esa foto: a veces, cuando la odiaba, me pajeaba furioso recorriendo esa foto, disfrutando de su desprecio peludito, de su condición de tan mujer, tan puta, tan traidora en esa foto, tan lejana. Creo que fue esa foto, la duodécima o decimotercera, la que me permitió, pasados unos meses, deshacerme de ella.

Era como una paja: Titina arrodillada en el enchastre me chupaba la pija y era como una paja donde yo no tenía que hacer nada, donde no tenía que mirar nada, donde no tenía que pensar nada, donde no sabía dónde poner las manos, donde todo salvo el placer era asunto de ella, y me dio, en medio del vaivén, un ataque de gratitud extrema. Me parecía increíble que ella estuviera haciendo eso por mí, tomándose todo ese trabajo para mí, por mi placer, a cambio de nada, y no supe cómo hacérselo saber —cómo decirle gracias, de veras gracias, gracias de verdad— y no recordaba esta sensación de querer realmente hacer algo y no saber ni de lejos cómo hacerlo y le acariciaba la cabeza que se agitaba cada vez más fuerte, más rápido, más hambrienta, chocando contra mí con mi pija en la boca, y yo cerré los ojos porque quería acabar lo más pronto posible para que no tuviera que seguir trabajando hasta que los abrí y vi, en la pared del baño, escrito con lápiz Titi 731-5682 y pensé es una puta, por eso lo hace es una puta y entonces pensé en mi abuelo, para no acabar pensé en mi abuelo muerto y conseguí durar un rato más: si era una puta no había nada que agradecer, nada que ahorrarle, nada que preocuparse por ella; todo para mí. Y ella cada vez más fuerte, más furiosa, hasta que consiguió que se me fuera, y entonces se paró, escupió en el inodoro, se limpió la boca con el reverso de la mano, me miró con ternura o esperanza o algo así; yo pensé en darle un beso pero me arrepentí: era una puta. Yo sabía que había mujeres que eran putas: que hacían estas cosas por plata o porque estaban locas, les gustaba demasiado, no podían parar. Eso me había explicado Beto.

—¿Y trabajás acá?

—Sí, claro, acá trabajo.

—¿Y hace mucho que trabajás de puta?

—¿Qué?

Titina me miró, primero cólera, después una sonrisa: no, boludo, vendo las entradas, organizo cosas de contabilidad, hago pedidos. Vamos, dale. Sí, boludo, ¿no me vas a creer? ¿Y el cartel? ¿Qué cartel? Le mostré el grafiti en la pared, me dijo que no era ella, que no tenía ni idea. ¿Y entonces por qué me hiciste esto? Titina se reía; después, mucho después, me dijo que aquel día le había encantado que creyera que podía ser una puta pero esa noche, en el baño, parados los dos en ese espacio tan estrecho, olor, incómodos, se puso en puntas de pie y me besó los labios —un beso leve, casi amistoso, juguetón, como de hermanos perversitos— y me dijo que porque Ricki se lo había pedido.

La muerte, estaba claro, da derechos.

4

Me la encontré en la parada del 60, sentada en el cordón, calle desierta con esa luz que no se decidía: cinco de la mañana, amanecer de nubes. Ricki se había ido un rato antes: cuando salimos del Paraíso me dijo que tenía que hacer, me señaló dos tipos grandes en un coche, me guiñó un ojo y me dejó tirado. Yo fui a buscar un colectivo: me preguntaba si iría a casa o de vuelta al velorio, cuando la vi sentada en la vereda. Titina me saludó con la mano, con la mano me dijo que me sentara al lado.

—¿Y, cómo estás?

—Bien, cómo querés que esté.

—Ah, bueno, digo.

—¿Por qué ah bueno digo?

El tono me salió chillón: yo no solía estar en la calle a las cinco de la mañana después de cuatro o cinco tragos, después de horas en una disco con ese ruido y esos movimientos y esos gritos, después de escaparme del velorio de mi abuelo —y estaba eléctrico. Sobre todo, no solía encontrarme en la parada de un colectivo con una chica que me había chupado la pija en un baño y desaparecido. Pensé en decirle que la había buscado, pero le dije que qué quería decir ah bueno.

—No, boludo, nada. Como Ricki me dijo que estabas mal...

—¿Que te dijo qué?

Que estaba mal: que se me había muerto un pariente y estaba jodido, me dijo Titina, o, mejor: que Ricki se lo había contado al Pitu Carpanta y que fue el Pitu el que le dijo —a ella, el que le dijo a ella— que por qué no me hacía un poco de

mimos, un consuelo. Y que si el Pitu se lo pedía, ella marchaba. Un soldado, me dijo: yo soy un soldado.

—¿Un consuelo?

Sí, me dijo, que qué me creía: si me imaginaba que se la iba chupando a todos los menores que se cruzaba en el camino, que qué carajo me creía, o me creía que era tan macho y tan precioso que un bombón como ella me veía y no podía resistir la tentación de manotearme la gallina —dijo: de manotearte la gallina. Yo no sabía qué decirle y me reí: cómo que manotearme la gallina.

—Sí, boludo, manotearte la gallina.

La gallina siempre me pareció un modo curioso de llamarlo: darle un temple bullicioso, alborotado a un final de cuerpo que suele mantenerse casi siempre en la abulia colgante pero, al mismo tiempo, atribuirle un carácter femenino, ponedor, de almohada para el gallo que la pisa.

—Me parece que fue algo más que manoteo, bombón.

Titina se rió. Yo nunca habría dicho que era un bombón, pero parece que ella sí creía y le gustó. Entonces le pregunté —me atreví a preguntarle— si ese Pitu le había dicho que me la chupara y ella se rió y me dijo que no, que no así, que no directamente.

—¿Y entonces qué te dijo?

—Algo así, más o menos, pero quién sabe. Vos viste cómo es él.

Yo no le dije que no, que no había visto, y pensé que no lo había hecho solamente por obediencia debida. En el velorio, mi tío Gustavo y otros dos tipos de su estilo habían hablado un rato de la obediencia debida, una palabra que estaba muy en boga: los militares son así, si les ordenan algo tienen que cumplirlo; sí, pero lo que les ordenaron era una barbaridad; ¿y qué, cuando les ordenan dispararle a un inglés no es una barbaridad?; sí, pero no es lo mismo; ¿cómo que no es lo mismo? ¿los ingleses son mejores que los argentinos?; sí, son mejores, pero ése no es el tema, los ingleses eran soldados enemigos; y bueno, es lo que te decía: éstos también eran soldados enemigos, si les ordenaban matarlos tenían que matarlos, para eso están los militares; ¿qué, para matar compatriotas?; no, para matar enemigos, no importa la nacionalidad, importa que sean enemigos; ¿enemigos de quién?; enemigos, Roberto, enemigos, le explicaba mi tío y Roberto hacía lo posible por estar de acuerdo: sí claro Gustavo nadie dice lo contrario pero a veces. La discusión se había hecho larga, yo había dejado de escucharla. Ni siquiera pensé que sólo así puede ser larga una discusión: cuando dos piensan cosas distintas pero uno trata de que no se note demasiado por miedo o servilismo o levante o la mirada de razones posibles para no decir que uno no está de acuerdo. Porque si piensan lo mismo y lo dicen, acuerdan y se callan; si piensan distinto y lo dicen, después no tienen mucho más que hacer. Titina me dijo que me invitaba a un submarino.

—¿Un qué?

—Un submarino, ¿no sabés lo que es?

—Si es otra droga paso.

Le dije, y ella me revolvió el pelo con la mano y me miró con una cercanía que me encantó hasta que me di cuenta de que era el cariño con que miran las tías, las madres jovencitas, esa mierda que llaman la ternura.

Dos años antes, la mañana del día en que cumplió los dieciocho, Titina sentó a sus padres en la cocina de su casa de Merlo y les pidió un regalo muy especial: que le firmaran la emancipación. La madre le preguntó qué es eso nena; el padre las miró a las dos con su desánimo habitual —una sabía demasiado, la otra demasiado poco; los roles cambiaban pero la estructura siempre era la misma— y, antes de que su esposa dijera más nada, encaró a su hija con la voz pausada de cuando estaba a punto de explotar:

—Titín, si es lo que vos elegís yo no soy quién para decirte que no. Pero pensalo un rato más, porque si te emancipás vas a tener que conseguirte un lugar para vivir, vas a tener que ganarte la vida sola, vas a tener que hacerte hombre. O lo que sea que seas.

El padre de Titina era subdirector de una escuela primaria: alguna vez había creído en la educación como un camino para cambiar cosas. Ahora creía en un sueldo cada vez más pobre y, sobre todo, en su miedo a todo lo demás: a lo desconocido y —mucho más— a lo que conocía. Su profesión tenía ciertas ventajas: como varón en un mundo repleto de mujeres, por ejemplo, suponía que sabía cómo tratarlas.

—Pensalo, es todo lo que te digo.

Titina pensó si le digo que me voy me voy a arrepentir miles de veces. Tengo que pensarlo mejor no puedo tomar una decisión así a la ligera. No sé hacer nada de qué voy a vivir. No sé vivir en la calle quién me va a ayudar. No quiero ser una que tengan que ayudar. Si me voy me voy a arrepentir. Si me voy mi vieja va a tener un sponcio. O quizá no, quizá mi vieja se alegre y se le vaya esa cara de lechuga vieja. O quizá no y entonces le haga la vida cada vez más imposible al turro de mi viejo. Son muchas alternativas, tengo que pensarlo.

—Nunca vas a saber qué es lo que soy, papá. ¿Podemos ir a firmar esta semana?

Titina deshizo el chocolate dentro de la leche, yo la imité: el submarino era que el blanco se volviera marrón, usado, comestible. Siempre me dio impresión comer lo blanco: el submarino estaba hecho para mí. Se lo dije, y Titina me preguntó si yo era de esos que les gusta dormir boca abajo. ¿Por qué? No, por saber. Vamos, por qué me lo decís. Quiero saber, decime. Yo trataba de pensar por qué me lo preguntaría y se me ocurrían demasiadas respuestas; por si acaso, le dije que sí me gustaba pero no lo hacía casi nunca. Titina se rió: ah, igual que a mí. ¿A vos también te pasa eso?, le

pregunté, sorprendido, y ella me dijo que sí y entonces le dije que así que era de esas que sufren en la vida. ¿Cómo, que sufren en la vida? Sí, decís que dormir boca abajo te gusta pero no lo hacés; ¿qué más no hacés que te gusta? No, no es eso. Es lo que me dijiste. Yo no te dije eso, me dijo Titina, cortante, y me miró como quien va a cansarse: nene, te voy a decir una cosa.

—Ya me dijiste una.

—¿Qué cosa?

—Que me ibas a decir una cosa.

—Nene, tené cuidado.

Titina me dijo que tuviera cuidado con una cara que quería decir nene tené cuidado. Después me dijo que esos jueguitos ella los conocía desde antes de que yo tuviera pelos en las bolas —dijo pelos en las bolas— y que eran una pelotudez de pendejo pelotudo —dijo pelotudez de pelotudo—, de miedoso que quería defenderse. No te ofendas, nene, pero con eso no vas a ir a ninguna parte; no conmigo. Yo estuve a punto de preguntarle qué le hacía pensar que quería ir con ella a alguna parte pero me callé a tiempo: estaba sentado allí con ella.

—Vamos a jugar a que hablamos sin pensar en segundas intenciones, ¿está bien?

—Está bien, señorita.

—No seas boludo. Hablamos porque nos gusta hablar, para pasar el tiempo, para hacer algo juntos. ¿Está bien?

Dijo, y me preguntó si yo prefería bañarme de ducha o bañera. Yo pensé que estaba bien pero, para hacer conversación, le pregunté para qué quería saber eso.

—¿De verdad querés saber para qué quiero saber?

—Sí.

—No querés.

—Sí, quiero.

—Ay qué lindo quedás cuando decís sí quiero.

—Callate. Decime.

—Suponete que ahora nos levantamos de acá y salimos a la calle y a vos te pisa un coche y te revienta. Yo necesito saber si eras un tipo que le gustaba o no la bañera. Si no supiera eso, ¿cómo te iba a recordar? ¿Te imaginás cómo sería mi recuerdo si no supiera eso? Yo la miré, miré el submarino, tomé un sorbo, pensé que estaba loca —pero enseguida pensé que loca no era eso y le dije que nunca me había bañado en bañera y ella se rió y me dijo que no me creía y después que si nunca me había bañado en bañera no sabía lo que era la vida y que los varones son unos boludos y que cómo iba a saber si era un nenito pero que ella me iba a enseñar; vos no entendés, le dije: la ducha es agua en movimiento, en cambio la bañera es estancada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que el agua cuando se estanca cambia de estado: se puede volver hielo o barro o

agua sucia o sopa, quién sabe, otra cosa. A vos te gusta bañarte con agua, ¿no?

–Claro, pichón.

–Entonces tu única posibilidad es la ducha, que es donde el agua sigue siendo agua. La gente no se da cuenta de que el agua es una cosa superdelicada.

–Vos estás mal. En la ducha lo que te cae no es agua pura, son gotas, agua llena de aire alrededor. Si te querés bañar de verdad tiene que ser de bañadera.

–No entendiste. ¿No te das cuenta de que toda la humanidad siempre se bañó de bañadera y recién cuando empezó a bañarse de ducha la gente empezó a vivir muchos más años? ¿Vos te creés que no tiene que ver?

Titina se quedó mirándome con los ojos demasiado abiertos y pareció a punto de seguir la discusión pero se fue al mazo —o quizá pensó que no tenía sentido—; después me preguntó si me gustaba usar guantes en invierno. Yo nunca había usado guantes pero le dije que sí, que solamente cuando estaba lloviendo y ella se rió y me dijo que no entendía nada, que los guantes no eran para el agua sino para el frío pero que conocía a otras personas que les pasaba lo mismo: me parece que hay gente que le pasa lo mismo; yo en cambio ni loca me pongo un par de guantes: yo necesito tener las manos sueltas, libres, en el aire, en el mundo, ¿a vos no te parece? A mí me parecía, sí, o le dije que me parecía. Menos mal: yo si no tengo las manos libres me siento como que estoy mintiendo.

Pensé que nunca había tenido una conversación así y que me alegraba el alma estar en ese bar sentado con Titina, sorber el submarino, marroncito lo blanco. Era tan raro que existiera una calle o coches, detrás de la ventana, colectivos, gente que salía a trabajar, tan raro que hubiera un mundo allá afuera y que esos mundos no chocaran de ninguna manera y los dos pudieran vivir cada cual por su lado. Pensé que era una forma: cada cual por su lado. Después vi los humos al fondo, a lo lejos, y no les di importancia: seguramente eran, como todos los días esos días, personas quemando algún negocio para llevarse la comida o ropa o lo que hubiera. Titina me preguntó si alguna vez había saqueado; yo le dije que no y le pregunté si ella. Ella me miró, ahora sí, desde otra parte, y no me dijo nada. Si yo hubiera sabido me habría preocupado —asustado, encantado— pero entonces lo único que me preocupaba —por ráfagas, golpes breves— era la certeza de que el submarino y el bar y esa charla se iban a acabar y tuve esa sensación —nueva, desconocida— de querer que durara para siempre. Nunca antes había querido que nada durara para siempre y me pareció una gran novedad, una novedad que debería durar para siempre: querer que algo dure para siempre era mi forma de convertirme en un grande o en algo. Un grande es alguien que sabe que las cosas no duran y quiere que algunas —unas pocas, muy pocas— duren para siempre aunque, por definición, sabe que no puede suceder. Un grande es un necio que quiere lo que sabe que no puede suceder —a diferencia de un chico, que cree que todo es posible y no tiene que pensar en esos sinsentidos y quiere cosas

posibles porque todavía no aprendió que no lo son. Trataba de decidir si era mejor ser necio o ser iluso, sorbí mi submarino.

—¿Querés un cigarrillo?

Nunca, desde entonces, dejé de fumar. La mayoría de las veces, por supuesto, no pensé en Titina al prender un cigarrillo: quizás un noventa, noventa y seis por ciento de las veces no pensé. Pero eso me deja todavía una bruta cantidad de cigarrillos que se prendieron con su pelo negro al ras, sus ojos negros movedizos, sus piernas cortas elásticas rellenas, el culo, la espalda recta que ponía las tetas breves en tensión permanente, el cuello —el cuello, que se oponía a lo petisográcil y largo y tornadizo. Titina siguió en mis cigarrillos, y no es lo mismo que decir que siguió cuando pasé por tal lugar, escuché tal canción, pensé en mis dieciséis: los cigarrillos son un lugar privilegiado para sobrevivir.

—¿Vos sos de esos que prefieren acariciar un hombro desnudo o una teta vestida?

Yo traté de imaginar qué respuesta quería: quería darle la respuesta que estuviera buscando, pero no tenía forma de saber cuál era. O tenía, mejor dicho, demasiadas formas: pensé que si le decía el hombro iba a quedar como un ñoño blandito, el pendejo que era, y le iba a confirmar que no estaba a su altura; pensé que si le decía teta iba a quedar como un desesperado, un calentón indiscriminado capaz de tirarse contra cualquier cosa, y le iba a confirmar que no estaba a su altura. Pensé que lo que me importaba era estar a la altura, y que era una idea rara. Pensé que necesitaba alguna pista pero no sabía cómo sacársela. Pensé que, vista la forma en que me lo había preguntado —«vos sos de esos que prefieren»—, lo que le dijera me iba a incluir en un conjunto, que los que preferían el hombro desnudo tenían cierto tipo de conducta en la vida y los que teta vestida tenían otro, y que mi respuesta le iba a decir muchas cosas que quizás era mejor que no supiera. Pensé que, aun así, tenía que decirle algo. Pensé que mejor pifiarla por exceso que por defecto y estaba por decir la teta, pero antes Titina me dijo que no tenía ni idea:

—Se ve que no tenés ni idea, pichón, que ni siquiera sabés lo que querés.

Y me pasó la mano por la cabeza, me revolvió los pelos como si hubiera sido un terrier. Yo pensé que ya tenía que irme.

Unos meses antes, poco después de cumplir los diecinueve, por intermedio de un amigo, Titina consiguió ese trabajo en el Paraíso. Le gustaba llegar cada tarde a eso de las siete, entrar en el local que todavía olía a tabaco de la noche anterior, a sudor de la noche anterior, a alcoholes de la noche anterior pero, vacío y tan iluminado, parecía un barco varado en una playa, una fábrica en huelga. Le gustaba ver ese cascarón y pensar en el error de tantos: cientos que llegarían esa noche —como cada noche— sedientos de un lugar que, sin ellos, no sería nada de nada o, más bien, esa

ruina de sí mismo a la que ella llegaba cada tarde a eso de las siete.

Cada tarde, a eso de las siete, saludaba a Morena, la jefa de día. Morena tenía que ocuparse de la limpieza, los arreglos, la llegada de los proveedores; cada tarde parecía más lejos de poder hacerlo. Morena tenía casi cincuenta años, el pelo largo lacio, el cuerpo flaco baqueteado y una vida en el under; Pitu Carpanta la había conocido a principios de los setentas —breve, tumultuosamente— y, a su vuelta, ya abierto el Paraíso, cuando ella vino a pedirle un trabajo, cualquier trabajo, imaginó que podía salvarla con esa ocupación tan poco glamorosa, tan alejada de las tentaciones de la noche. Morena lo aceptó con alegría y tanto agradecimiento que, por unos meses, se mantuvo limpia: dejó las anfetaminas, casi no jaló merca, sólo un porrito hacia el final de las jornadas, para desconectarse. Pensó que podía hacerlo —hubo un momento en que pensó que podía hacerlo— pero no duró. Primero negoció consigo misma: una dexedrina cuando entraba y otra a las cuatro de la tarde, sólo para poder hacer bien el trabajo. Le parecía sensato, controlado; fue agregando las otras pastillas una a una —una más cuando entraba para empezar con fuerza, una al mediodía porque la comida la ponía pesada, después dos, otra más antes de que apareciera la gente de la noche— y pronto perdió todo control. Titina era la primera en llegar y veía más claros los desastres.

—More, ¿dónde están los cajones de vodka?

—¿Qué vodka?

Durante un par de meses cubrió cada uno de los olvidos, de los errores de la otra. Le tenía cariño, o quizá lástima; alguna vez imaginó que podía llegar a ser así dentro de cien mil años. Los olvidos y errores se multiplicaban; implicaban, en general, corridas, desesperos, y Titina empezó a temer el momento de llegar, cada tarde a eso de las siete: el momento de inventar trapisondas triquiñuelas para que el Paraíso pudiera funcionar pese a Morena. Hasta que, ese día, poco después de cumplir veinte años, decidió que no podía seguir haciéndose cargo del desastre ajeno, que no podía seguir amargándose la vida por culpa de la otra, y le dijo a Pitu que tenía que hablar con él.

—Entonces, ¿me vas a decir tu nombre de una vez?

La calle, afuera, estaba cada vez más clara, más llena, más presente, y Titina pareció, de pronto, seria: como si todo lo anterior hubiera sido una preparación para el momento que llegaba. Yo no entendí por qué.

—Ya te lo dije: Nito.

Levantó la cabeza, hizo un esfuerzo para mirarme desde arriba y me dijo si la estaba tomando por idiota: que eso era un sobrenombre y que ella me había dicho que quería saber mi nombre verdadero. ¿Vos te creés que la gente tiene un nombre verdadero? No te hagás el piola, chiquitín. Yo estuve a punto de decirle que no me hacía pero le dije Juan Domingo. ¿Juan Domingo? Tu viejo debe ser peronista hasta

las bolas. ¿Por qué peronista? Titina me preguntó si era boludo. La mayoría de las preguntas son así: preguntar es suponer que lo que uno quiere decir vale más cuando lo dice el otro: hacérselo decir al otro vale más. No sabía cuál de las dos preguntas contestarle; Titina no me dio más tiempo, alzó el mentón, endureció la cara:

—Yo soy peronista.

—¿Qué quiere decir que sos peronista? ¿Sos de ese cadáver? ¿Sos de Menem?

—No, no soy de nadie. Soy peronista.

—¿Qué quiere decir ser peronista?

—Que cuando veo esa gente quemando porque no tiene nada me dan ganas de correr con ellos, eso quiere decir.

—¿Eso quiere decir?

—Bueno, para mí quiere decir eso.

Dijo Titina, casi conciliadora, y que mi padre debía ser uno de ellos, un peronista, y que qué bueno, que algo se me habría pegado a mí también. Yo le dije que no sabía de qué hablaba. Pero claro, ¿si no por qué te iba a poner Juan Domingo? No sé; a mí la verdad nadie me llama Juan Domingo.

—¿Cómo te llaman?

—Te dije ochenta veces: Nito.

—¿Y tu papá también?

—¿Mi papá también qué?

Sonó raro decir papá: lo dije sin pensarlo, porque ella lo había dicho, y después la miré con rencor, como si me hubiera empujado en un charquito.

—Si tu papá también te llama Nito.

—No. No sé, mi padre no está, nunca estuvo.

—¿Cómo que nunca estuvo?

—No sé. Mamá siempre vivió con Beto. Siempre vivimos los tres, quiero decir.

Entonces Titina se tomó su tiempo, se prendió un cigarrillo, miró la calle, los humos en el fondo de la calle, y me preguntó si de verdad no conocía a mi padre. No, ya te dije que no. ¿Y no será un desaparecido, tu papá?, me dijo en voz baja, mirando a los costados. Yo perdía pie, me iba cayendo: ¿un qué? Boludo, un desaparecido. Bueno, él desapareció, sí. En casa nunca me hablan de él. Titina me miró con su desprecio tierno y me preguntó si yo vivía en un termo: ¿dónde vivís, vos, en un termo? Yo le dije que no entendía por qué me decía eso y ella me dijo que si no sabía lo que era un desaparecido y yo le dije que sí —sabía, si me ponía a pensar claro que lo sabía; era sólo que a primera vista, así, de golpe, no era una palabra de las mías—, que sí que sabía, que eran esos que mataron los militares hace unos cuantos años.

—¿Cuántos años?

—No sé, en la época de la dictadura.

—¿Cuántos años?

Hice la cuenta —si quería que hiciera la cuenta hacía la cuenta, nunca tuve problemas con las cuentas— y le dije que hacía doce, quince, dieciséis. Los que vos tenés, me dijo, y me volvió a decir si yo vivía en un termo. Yo le dije que si era por no pensar en desaparecidos les podía preguntar a todos mis compañeros del colegio y ninguno iba a saber más que yo, que la que vivía en un termo era ella, un termo recaliente, peronista, y tuve ganas de irme.

—Perdoname, Nito, estuve mal.

Titina me agarró la mano encima de la mesa, la acarició, pidió disculpas. Me dijo perdoname, me fui al carajo, perdoname, vos con esa historia trágica y yo rompiéndote las bolas: ¿de verdad pensás que tu viejo fue un desaparecido?, me dijo, y me miró como si de pronto yo me hubiera transformado en otro: me miró como quien mira desde abajo. Yo no terminaba de entender el cambio y le dije que estaba todo bien, que no se preocupara, pero seguía queriendo irme: de pronto me había vuelto una especie de objeto de piedad, una basura amable. Titina me miró a los ojos, puso cara de cosa trascendente, susurró: ¿querés coger conmigo? Coger en serio, digo, no eso que hicimos. ¿Qué hicimos? Eso, lo que hicimos, ¿o no eras vos? Yo era, pero no hice demasiado. Ah, ahora te vas a hacer el tonto. Bastante hiciste, nene, mucho, y yo me lo tragué, me dijo, me sonrió, me apretó más la mano. Yo dejé la mano pero le dije que otro día, que sí quería, que por supuesto que quería pero que otro día.

—Pichón, ¿vos cogiste alguna vez?

Me dijo, y me tiró el humo en la cara. Usaba el humo como los indios, para hacer señales. Le dije que claro, que qué carajo se creía.

—Claro, boluda, lo que pasa es que ahora me tengo que ir al cementerio, es el entierro de mi abuelo.

Me dijo ah era tu abuelo, me paré, le di un beso en la mejilla: muy cerca de los labios. No volví a verla en años.

[ML6]

–Al principio tiene que ser puro mosqueo: que nadie entienda nada.

Dice Carpanta y se relame con los ojos. Nito se descuida —está envalentonado por sus muertos, por ser el que sabe cómo conseguir muertos— y le pregunta qué es mosqueo; Carpanta le dice que no sea bruto, que es algo como que te inquieta, te molesta porque no entendés de qué se trata. Entonces Nito le pregunta si va a ser como esas propagandas que te dicen una frase que no sabés qué es, y Carpanta lo mira como si acabara de tirar por el inodoro a su chihuahua favorito.

–Vos no sabés cuál es la diferencia entre publicidad y arte, ¿no?

–Así dicho...

Carpanta se levanta del sillón de cuero blanco, empieza a caminar a saltos por el living de su departamento nuevo rico, vista al más allá. Nito lo ve —no lo oye— murmurar, los labios apretados, como quien prueba frases antes de decir una que tendría que ser final, definitiva. Hasta que se pasa la mano por el pelo y lanza un suspiro de novela mala:

–No vale la pena. Si tengo que explicarte esto nada tiene sentido.

Carpanta hace más gestos de novela mala; Nito desconfía y vuelve a preguntarse dónde se metió. Después piensa que quizá sea que las novelas malas son muy buenas para copiar la realidad: que Carpanta es lo real, no la novela mala. Pero no termina de creérselo.

–Yo sé cuál es la diferencia.

—¿Cuál?

–Que la publicidad quiere vender un producto y el arte quiere vender al productor.

Carpanta lo mira sorprendido, se ríe un poco, dice dejá, a quién le importa, vos escuchá nomás.

–Si igual te dije que no ibas a entender nada. Todavía, nada.

Dice, se sienta de vuelta en el sillón, dice que al principio los muertos van a ser unos kohans:

–Al principio los muertos van a ser como kohans.

Dice, y lo pronuncia cojans. O sea, dice: que cada cual va a ver en ellos lo que pueda. Nito no lo entiende pero le da miedo —vergüenza, cansancio— preguntar.

Carpanta pega el grito Titina, Titina llega con el whisky, Carpanta la agarra de la muñeca y la hace sentarse a su lado sobre el cuero blanco.

—Ustedes ni siquiera saben qué es un koan, ¿no?

Dice, pregunta, afirma —y les explica que son unas parábolas zen que no terminan de afirmar nada preciso, que sugieren, que se contradicen, y que él los conoce de cuando se ganaba la vida como adivinador en Israel.

—Vos te preguntarás cómo había ido a parar allá. Es una pregunta idiota porque la respuesta es obvia. Es la definición de pregunta idiota: la que tiene una respuesta obvia, la que obliga al interlocutor a ser un nabo.

Dice Carpanta y empieza a hablar de otra mujer que conoció en Barcelona, una mujer de unos cuarenta años —él, entonces, dice, andaría por los treinta—, no muy bonita pero extraña, flaca, oscura, flequillo negro sobre nariz sinuosa, una de esas que te engañan, dice, porque siempre te hacen creer que hay algo más, que iba al mismo bar donde él iba muchas de sus noches; y que nunca le había parecido nada extraordinario, dice, que nunca le había hecho mucho caso, sólo algún comentario por aquí y por allá sobre noticias que llegaban desde Buenos Aires, recuerdos argentinos, esas cosas, dice, hasta que una noche en que el bar estaba casi vacío no tuvieron más remedio que charlar y él le preguntó de qué parte era.

—¿Cómo de qué parte?

Dijo ella, dice él.

—Sí, de qué parte.

—¿Cómo de qué parte?

—Sí, querida, de qué parte. De Olivos, de San Telmo, de Belgrano. De qué parte.

—Ésos son barrios de Buenos Aires.

—Y claro que son barrios de Buenos Aires.

—Yo nunca estuve en Buenos Aires.

Carpanta dice que le pareció un chiste bastante estúpido y que se lo dijo, el muy estúpido; que Miriam lo miró con un desprecio extremo y le preguntó por qué le iba a decir semejante cosa si no fuera cierta —como quien dice, dice ahora Carpanta, mirá si me voy a tomar el trabajo de mentirte a vos—, y que él le dijo que en ciertos casos —en muchos casos— no le importaba el porqué de las cosas sino las cosas —pero tampoco tanto—, y que era obvio que ella no sólo había estado sino que había nacido o por lo menos vivido muchos años en Buenos Aires y ella, en seco, que no.

—Me habría gustado, me gustaría, pero nunca estuve.

—¿Te parece gracioso?

—No me parece nada. Me preguntaste, te contesto.

Carpanta dice que no supo qué más decir y que se fue. Y que volvió a la noche siguiente dispuesto a creerle pero no la encontró, y que así dos o tres noches más, hasta que al final pudo escuchar su historia. Miriam le dijo que era israelí, que era

cierto que nunca había estado en Buenos Aires pero que había pasado varios años en un kibutz plagado de argentinos y que por eso podía hablar porteño sin acento y comentar sus lugares y mimar sus gestos y recordar lo que nunca había visto porque los argentinos, dijo, eran muy contagiosos. Carpanta se rió cuando ella dijo contagiosos y se pasó un par de horas acechando cualquier falla en la pronunciación, en la sintaxis, en los énfasis —y, al fin, sin encontrarla, le preguntó si le parecía que él podría ir un tiempo a ese lugar inverosímil donde las personas se podían transformar en cualquier cosa. Miriam lo miró de arriba abajo y le preguntó si realmente le parecía cualquier cosa; Carpanta, dice, le dijo no me entendiste: en mi frase, la palabra que importa es transformar.

—Yo ya había conocido lo contrario, un israelí falso: Vicent, un valenciano que me dijo que se había hecho judío ortodoxo porque así aprendía todo el tiempo: no sabes lo que es ser kosher en un mundo hecho para goyim, decía, te pasas la vida mirando todo eso que no puedes tener: restaurantes, salchichas, mujeres goy, la pertenencia, me decía. Y que había entendido cómo era la vida, siempre, para todos, sólo que casi nadie se da cuenta. Y encima puedo creerme que yo lo decidí, me decía, y que también era una gran preparación para la vejez: la vejez es terrible porque es la época de la renuncia permanente, ya no puedo hacer esto, ya no puedo aquello. Yo, cuando llegue, ya voy a estar acostumbrado, me decía. Unos meses después me fui a vivir a Tel Aviv.

Dice Carpanta con voz ronca, y tose, carraspea, confecciona.

—¿Con ella?

—No, cómo iba a ir con ella. Un amigo me había dicho que había una moda de adivinadores, que en Tel Aviv en lugar de vender mariposas de tul se podían vender profecías. Así que me fui para allá. Yo al principio me preparaba respuestas para las preguntas más tremendas, las más fáciles de contestar, tipo voy a volar por los aires con la bomba de un terrorista suicida, cuál es el sentido de la vida, qué hago cuando mi batallón vaya a matar palestinos al Líbano, pero me preguntaban por la novia o por el trabajo y me descolocaban. Son esas preguntas que nadie puede contestar. El negocio era un desastre: yo me quedaba callado demasiadas veces. Hasta que se me ocurrió buscar algunos koans del zen y adaptarlos a la cultura local. Yo, para mí, los llamaba los kohans.

Dice Carpanta, tan satisfecho de sí mismo, y que empezó a aplicarlos con éxito: que funcionaban. Que a los que le decían que tenían miedo de que su mujer o su hombre no los quisieran de verdad, solía contarles el kohan de Moisés: que Moisés, en la cima del monte Sinaí, no estaba convencido de que esos diez mandamientos que debía transmitir vinieran de su dios. Y no se convenció hasta que vio que las frases inscriptas en la piedra estaban en un idioma que nunca había visto ni escuchado, ni entendía. Entonces sí, bajó y dijo hermanos, os traigo la palabra del Señor, es toda

vuestra.

Y que a los que le preguntaban si los acechaba alguna enfermedad más bien les contaba el kohan de Abraham bar Levi, que un día llegó a su casa más temprano que lo acostumbrado y oyó, desde la puerta, unos ruidos que creyó reconocer: gemidos de gozo de su esposa mezclados con los gemidos de un desconocido con un timbre de voz lejanamente familiar. Entonces se sacó los zapatos, cruzó la sala con cuidado y, sin dejar de oír los gemidos, abrió de un golpe la puerta de su cuarto. Estaba oscuro; tardó un momento en ver que no había nadie. Abraham bar Levi subió furioso las escaleras hasta el altillo donde su esposa solía trabajar; Sara estaba allí, sola, serena, dedicada a remendar unas cortinas. Abraham, sin aliento, le gritó que se fuera ya mismo de su casa, que por qué lo había engañado de ese modo.

Y que a otros, los más prepotentes —porque es curioso cómo algunos personajes que vienen a pedirte que les digas cómo poner un pie delante de otro, dice, necesitan mostrarse prepotentes—, les contaba el kohan de Giuseppe. El viejo Giuseppe era un mendigo cristiano y ciego que, por paradojas de la suerte, debió ejercer su oficio en un mercado de Perugia donde abundaban los judíos; un día, una limosna particularmente pesada y una voz amistosa le dieron ganas de charlar: «Como soy ciego, no puedo mirar la cara de cada persona, así que debo juzgar su carácter por el sonido de su voz. He aprendido a hacerlo, y lo hago siempre con los judíos de este barrio. A ti te lo cuento porque has sido generoso y se ve que no eres uno de ellos. En general, cuando oigo a uno de ellos congratular a otro por su felicidad o su éxito, también oigo un secreto tono de envidia. Cuando uno de ellos expresa su condolencia por la desdicha de otro, oigo placer y satisfacción. Ellos son así; yo ya los conozco y sé a qué atenerme; todo está, por supuesto, en saber escuchar, y en saber que uno nunca escucha lo que espera», dijo Giuseppe, y el limosnero generoso le contestó que sí, que claro, que tenía razón y, casi sin pensarlo, se sacó la kipá de la cabeza.

—Disculpe, ¿tiene muchos de éstos?

—Tengo docenas.

—¿Y nos los piensa contar todos?

Carpanta grita Titina y Titina trae una piedra de cocaína del tamaño de un huevo de paloma o codorniz.

—Los primeros cuerpos tienen que ser así: como unos kohans. Kohans de carne y hueso: la paradoja de lo que no es y es tanto al mismo tiempo. Por ejemplo, el primero: se lo llevamos al embalsamador y le pedimos que lo prepare punta en blanco. Todo dulce, la barba bien cortada, unos ojos celestes, el cuerpo entero, todo; después, cuando está armado, lo vestimos de barón del caucho, Manaos 1906, traje blanco de lino, sombrero panamá, zapatos blancos, y lo ponemos en una silla de ruedas y lo llevamos. Nos sentamos en un bar en la Recoleta, en La Biela o el que queda enfrente, pedimos unas cervezas, conversamos. Y al cabo de un rato nos vamos

y lo dejamos ahí, con su sombrero y sus cervezas, aburrido.

VI. LA VENGANZA

1

Mi padre tenía su camisa blanca arremangada no muy limpia, su pelo peinado para atrás con restos de gomina, su bigote negro recortado y una sonrisa plácida. Ya nadie usa gomina, pensé: qué raro que todavía use gomina. Por un momento me dio vergüenza su gomina —estuve a punto de dejar de mirarlo por no ver su gomina—, pero me contuvo su sonrisa plácida. Que su sonrisa fuera plácida resultó decisivo: parecía que mi padre no quería nada particular, no hacía nada particular, como si sólo pasara por ahí: como si encontrarme de pronto en esa esquina le pareciera lo más normal del mundo.

Yo me quedé callado: no tenía ninguna práctica en hablar con mi padre. Él se quedó callado —porque, supongo, nada de lo que me dijera podía decirme más que su sonrisa. Nos miramos: yo vi su camisa y me pregunté por qué no se la había cambiado nunca; él me vio a mí pero no sé qué vio. Yo tenía un bluyín gastado y una camisa blanca que se parecía demasiado a la suya, sólo que más limpia; tenía una pelusa de barba que mamá siempre quería que me afeitara. Nos seguimos mirando: él no cambiaba la sonrisa plácida y yo no podía sacar los ojos de su boca; su boca me daba una tranquilidad extraordinaria. Mi padre estaba bien: sereno, plácido. Pensé que tenía que aprovechar para preguntarle algunas cosas pero no quería hablar, no romper con palabras el encanto. Detrás, en la avenida, pasaban colectivos, motos, ambulancias sin el menor ruido; hacía frío —yo sabía que hacía frío— pero no tenía frío. Entonces oí una canción —una canción que conocía y no reconocía— y el ruido de la canción me llevó a hablarle. Yo le decía hola mi padre tanto tiempo sin verte qué suerte que estés bien y estaba a punto de abrazarlo pero antes le preguntaba cosas —¿qué hacés acá, dónde vivís, de qué equipo sos hincha?— y él no me decía nada, sonreía. Después, cuando me desperté, pensé que él no podía decirme lo que yo no sabía. Después me pregunté por qué.

Me desperté pensando en su sonrisa: hay sonrisas pérfidas —que dicen que el que las usa sabe algo que los demás querrían saber—, sonrisas sarcásticas —que dicen

que eso que sabe le permite desdeñar a los que no—, sonrisas espléndidas radiantes —que dicen que sonrío porque la vida le sonrío o sea: que su sonrisa es la respuesta a una mucho mayor—, sonrisas contenidas —que dicen que quiere sonreír pero entiende bien que los demás podrían malentenderlo—, sonrisas formateadas —que dicen que acepta la convención de presentarse amable a sus congéneres—, sonrisas forzadas congeladas —que dicen que acepta esa convención pero no sabe practicarla — y tantas otras clases de sonrisa pero, entre todas ellas, la sonrisa plácida es la que más consuela: se presenta como una forma de decir que el que la usa no quiere decir nada, no arma una sonrisa como forma de comunicación sino como descuido, como calma. La placidez de la sonrisa de mi padre me daba ganas de seguir comparándola con otras, seguir pensando otras para exaltar la suya. Creo que me podría haber pasado horas y horas pensando tipos de sonrisas, pero choqué contra mi sensación de alivio: alivio de saber que era un sueño, alivio de saber que estaba muerto, plácido en su muerte. Cuando terminé de despertarme pensé: los desaparecidos son personas que ya han hablado demasiado. Pensé: qué suerte que mi padre se calle y se sonría. Pensé: está bien. Pensé: ya es hora de que sepa.

Creo que fue entonces cuando empecé a preguntarme cómo podía una persona como mamá, una persona dulce, suave, madre como mamá tener esas manos. Mamá ya empezaba a darme ciertas sorpresas —demasiadas sorpresas: a transformarse poco a poco en una mujer rara— pero sus manos eran un exceso. Las manos de mamá tenían, para empezar, las uñas siempre pintadas de algún rojo. El rojo solía ser esplendente, encandilante y era, sobre todo, el escenario de combates demasiado visibles. A veces aparecía bien pintado, recién pintado, entero; a veces, con ese trabajo que va imprimiendo el tiempo en las uñas pintadas, salpicado de rotos, de saltados. Mamá decía que se hacía todo eso en las uñas para no comérselas; yo le decía que entonces era mejor que se las comiera y ella me miraba y pensaría —pensé después— que yo no era capaz de distinguir entre una excusa y una explicación. Pero lo peor no era el color y sus peripecias; lo que más me impresionaba de sus uñas era el modo en que la carne alrededor se arrepollaba, se encrespaba, se montaba en ellas y las transformaba en garras de un carancho mocho. Que se engarraban más aún si uno miraba la forma en que cada articulación de cada dedo se ensanchaba, como si fueran anillos implantados bajo la piel por un constructor de barbies torpe que, para peor, no había sabido evitar las arrugas y rugosidades con que los nudillos contribuían al efecto de extrañeza general. Y después venían, en el dorso, aquellas pecas suaves de vieja —en mamá, las manos de mamá, de una mujer que no era vieja — y esa vena casi violeta, saltona, desmedida y, sobre todo, ese tamaño. Las uñas estaban fuera de lugar en esas manos que, a su vez, estaban fuera de lugar en ese cuerpo —mamá— que siempre estaba ligeramente fuera de lugar. Pero las manos, más que nada las manos: era como si se las hubieran implantado. Si yo hubiera sido

chico veinte años después —ahora— habría tenido, sospecho, la sospecha de que se las habían trasplantado por equivocación en algún hospital del Estado: las manos de una vieja que donó su cuerpo inútil, que donó su cuerpo inútilmente porque nada servía —ni un pinche riñón, ni un pedazo de hígado, ni siquiera una puta retina— y, de lástima por la pobre señora —o por alguna idea rara de la famosa redistribución—, decidieron usar las manos para algo y, en un episodio muy confuso, se las pusieron a mamá. Pero yo nunca podría haber pensado eso: mi generación llegó temprano al banquete de los horrores cibernéticos y neuroquirurgicobiomoleculares y tarde al terror policial, y tuvo la gran tarea de inventarse sus terrores con materiales que, a primera vista, no darían tanto miedo: las drogas, la pobreza, el asalto en la esquina, el cigarrillo, las grasas, lo extranjero. En todo caso, yo traté de no mirarle las manos esa tarde en que por fin me animé a hacerle la pregunta —que no fue una pregunta:

—Mamá, necesito saber cómo murió mi verdadero padre.

—¿Tu verdadero padre?

—Sí, vos me entendés: mi padre.

Me había pasado todos estos meses —los meses desde la muerte de mi abuelo— hablándole a Titina de mi padre. No la había vuelto a ver —podía buscarla, sabía que podía buscarla si quería— pero teníamos en mi cuarto largas charlas en que yo le decía que seguramente ella tenía razón, que ahora entendía todo lo que nunca había entendido de mi vida, que gracias a ella lo entendía, que si nunca había estado con mi padre no era su culpa —la culpa de mi padre— sino del país, la sociedad, los hijos de mil putas. Yo no le decía —me habría dado mucha vergüenza decírselo— que para mí fue una suerte que mi padre se muriera tan chiquito: que yo podía hacer cualquier cosa y era claro, pobrecito, como no tiene padre. O, más tarde, ya más grande: y bueno, no tuvo un padre para hacerlo caminar derecho, para ponerlo en vereda. Y que alguna vez llegué a agradecerérselo, a pensar que quizás había sido tan bueno como para hacer todo lo que hizo para que yo tuviera una buena excusa para hacer lo que hago, hasta que me di cuenta de que lo había hecho para que yo no le pudiera tener lástima. Yo sabía —no sé cómo sabía, confusamente lo sabía, por las telenovelas y algunos comentarios de mamá y una frase que había oído entre dos chicas en la escuela lo sabía— que el deber final de los padres, su aporte definitivo a la formación de los hijos, su última enseñanza, es dar fastidio, malestares, lástima: que nada remata tanto la formación de un hijo como tenerle lástima a su padre, pobre nabo viejorro despeñado completamente fuera de. Y que mi padre se escapó, se hizo el tonto, quedó fijado en esa foto con sonrisa y gomina y me birló su decadencia: que nada me habría facilitado más la vida que alguna imagen de su decadencia —o de la decadencia de mi imagen de él en esos años en que, me decían, tu padre se te transforma en un idiota— pero que él hizo todo por negármela.

Yo no podía decirle eso a Titina: lo notaba en su cara. Ella toleraba —¿toleraba?

— mis disquisiciones porque ella y la gente como ella no pueden no escuchar a una víctima como yo, a un hijo de desaparecido, a un ser marcado desde el principio por el destino terrible de la patria. Yo podía ser, para Titina, si jugaba bien esa carta triunfal, la suma de todos sus horrores: su meta y su partida. Y entonces, en esas charlas que eran una preparación para la charla que algún día tendríamos —y que, de todos modos, aun así, con esa rara ausencia suya, producían intercambios calurosos —, yo hacía un esfuerzo por pensar en mi destino trágico y me apiadaba de mí más que de él y miraba su foto —camisa blanca, la gomina, esa sonrisa— y le decía que no se preocupara, que yo estaba ahí para quererlo, para recordarlo, para que su muerte no fuera pura pérdida pero a veces lo odiaba por haberme dejado así, tan sometido a su sonrisa perfecta permanente, aunque después, pronto, se me pasaba y volvía a admirarle la sonrisa confiada, la decisión, las ganas de jugarse y Titina me miraba con la ternura más extrema —una ternura que, sabemos, no le provocaba yo mismo sino el sacrificio de mi padre, mi pasado de huérfano gloriosamente triste, mi modo de encarnar la Patria— y me decía que tenía que estar orgulloso de mi padre y, de algún modo, orgulloso de mí mismo por haber sobrellevado esa tragedia y, alguna vez, incluso, me decía que también ella se enorgullecía de mí: ella de mí, tan fuerte en la desgracia. Pero que, ya a esta altura, no podía seguir con las suposiciones: que yo tenía la obligación de enterarme, de averiguar todo lo que pudiera, que ese silencio familiar era un error horrible y que por suerte no me había hecho todo el mal que podría pero que no podía seguir así, que no debía seguir así, que se lo debía a mi padre y a mí e incluso a ella, que por todos tenía que descubrir qué había pasado, saber cada detalle, honrar cada detalle, honrar a mi padre en los detalles de su historia. La charla se repetía cada noche y me reconfortaba; hasta que, de pronto, ella me dijo —ella me dijo, ausente— que ya basta: que era el momento de salir a buscarlo. Pero tené cuidado: sobre ese tema todos mienten; si te dicen que no quiere decir que sí, y a veces incluso viceversa.

A veces mamá entraba en mi habitación, tarde a la noche, ponía su voz de confidencias, arrugaba la frente, se sacaba el pelo de la cara y me preguntaba si estaba todo bien, si tenía algún problema, si no había tomado algo raro, si tenía alguna cosa que contarle. Yo le decía que no, que lo único era que estaba estudiando mucho, que en el colegio me tenían cagando. Entonces ella se iba más tranquila: yo creo que no quería saber, sólo quería cumplir con su deber de preguntarme. Estaba rara, en esos días; algunas noches Beto no dormía en casa.

Yo estaba seguro de que mamá me iba a mentir pero no sabía cómo. En cualquier caso, llevaba más de quince años engañándome y no había ninguna razón para que lo dejara. Pero yo, antes que cualquier otra cosa, tenía que hacerle por primera vez la pregunta que no era una pregunta, tenía que escuchar lo que quisiera decirme, tenía

que simular que le creía —y, después, ver qué hacía con eso.

—Pero ya te lo dije, Nito, tantas veces.

Dijo mamá y se frotó las manos con las uñas, aquella tarde relucientes, filosas. Yo pensé que se tajearía una mano con las uñas de la otra, que la sangre empezaría a teñírselas; nunca me lo dijiste, mamá. Sí te lo dije. No me lo dijiste.

—Sí te lo dije, Nito. ¿Qué querés que te diga?

Dijo mamá: me conocía tanto que me dijo justo lo que no debía. No quiero nada, mamá, quiero la verdad. ¿La verdad, Nito?

—Sí, mamá. La verdad sobre mi padre.

La frase era perfecto culebrón: en cuanto la dije pensé que no necesitaba más nada para acabar con la pulseada. En esos meses había empezado a subestimar —¿despreciar? ¿compadecer?— a mamá y ella, por supuesto, lo notaba. Lo que yo no notaba era su sorpresa, su imposibilidad de adaptarse al hecho de que ese cacho de carne leche y mierda que había sido yo en sus brazos ahora tuviera ideas sobre las cosas, ideas sobre el pasado y el futuro, ideas sobre sí mismo e, incluso, ideas sobre ella.

—A ver si me entendés, nene: ¿mi padre acaba de morirse y te voy a mentir a vos sobre el tuyo?

—¿Y eso qué tiene que ver?

Mamá apagó la tele: sólo lo hacía en los momentos muy extraordinarios. Yo, lo reconozco, estaba lleno de ideas sobre todo: rebosaba de ideas. Mamá miró la tele oscura, me miró, se sacó el pelo de la cara, y trató de agarrarme las manos. Yo me crucé de brazos.

—Empecemos de nuevo: ¿qué querés que te diga? O, digo: ¿qué es lo que vos creés?

—Yo creo que mi padre desapareció.

—No, cómo se te ocurre.

—¿Y cómo no se me va a ocurrir? ¿Vos te creés que soy un pendejo boludo?

—No, Nito. Tu padre era una persona seria, nunca se iba a mandar a mudar así nomás.

—No, mamá, no entendés nada. No digo mandarse a mudar, digo desaparecer, un desaparecido.

Mamá se restregó las manos con las uñas, de verdad estaba a punto de sacarse sangre; la cara, para empezar, ya no tenía ninguna.

—¿Un desaparecido? ¿Oscar un desaparecido? Nito, a veces me das miedo, mucho miedo.

Formulaciones, señas: miedo, mucho miedo es la manera de decir miedo en las telenovelas. Mamá conocía cada una de esas fórmulas, pero sólo las empleaba en los momentos señalados. Mamá quería, por fin, decirme algo.

Mamá se fue a su cuarto a buscar una caja de zapatos, la trajo, la puso encima del sillón entre los dos, la abrió: cayeron fotos. Eran fotos de otro mundo: un mundo en blanco y negro, donde las fotos eran fotos y se notaba enseguida que eran fotos. Mamá sacó tres de la caja: la de siempre, donde yo y mi padre coincidimos y su camisa blanca; otra que lo mostraba más joven, de pie, traje cruzado que le sentaba como un disfraz de carnaval, con un cigarrillo en la mano derecha a media altura y la izquierda en el bolsillo del pantalón bolsudo; la tercera en que los dos —él y mamá posaban abrazados en una plaza con monumento de prócer sobre caballo al fondo: los dos sonreían pero no con la sonrisa que arman las personas en las fotos sino como si tuvieran un secreto valioso y el placer de tenerlo y guardárselo les desbordara las caras pese a sus esfuerzos. Mamá hizo algo que se pareció a un suspiro: fue raro pensar que quizás había estado enamorada de ese señor de manos grandes.

—¿Vos te creés que este hombre puede ser un desaparecido?

—No sé, mamá. ¿Cómo sería si fuera un desaparecido?

Le dije, sólo para seguirle la corriente, y no le dije —aunque era lo que en verdad quería saber— que por qué nunca me había mostrado las fotos de esa caja. Mamá me miró y me dijo, como antes, cuando me contestaba lo que yo no le había preguntado todavía, que estaba esperando el momento oportuno y que le parecía que ya había llegado:

—Vos siempre trataste a Beto como a un padre, yo no quería interferir con eso.

—¿A Beto como a un padre? ¿Vos decís que eso es un padre?

Entonces entendí —creí entender— que la llegada del momento oportuno no tenía que ver conmigo, con que hubiera crecido o preguntado o mostrado algún tipo de interés sino con Beto, con sus peleas con Beto, con una forma de venganza —y pensé en lo variadas que pueden volverse las venganzas, y pensé que tenía que pensarlo mejor cuando no estuviera sentado con mamá en el sillón marrón del living, su caja entre nosotros. No ahora: ahora tenía que impedir que mamá y las ideas —mis ideas sobre mamá, las ideas desordenadas que mamá solía meterme en la cabeza— consiguieran distraerme de mi meta verdadera. ¿Por qué un señor de traje o un señor con sonrisa de secreto feliz no podría ser un desaparecido?

—No es eso, Nito, yo no sé quién puede o quién no puede. Pero tu padre no fue, tu padre se murió en un accidente. Vos sabés que tu padre se murió en un accidente.

Todo inútil, perfectamente inútil: la charla, la caja entre nosotros, mi persistencia en una línea, mi renuncia temporaria a considerar a mamá una idiota; todo reducido a lo de siempre: murió en un accidente. Pero yo ya no era el de siempre: mamá, yo creo que ya estamos grandes, que ya podrías dejar de contarme esas historias y decirme la verdad de una vez por todas.

—Nito.

Dijo Nito y se calló la boca; dijo Nito y yo estuve a punto de callarme, también,

de aceptar lo que me dijera, cualquier cosa que quisiera decirme; dijo Nito con la autoridad absoluta de quien ha puesto un nombre, de quien posee ese nombre desde antes que el nombrado, mucho más que el nombrado por el nombre, de quien tiene todos los derechos sobre un nombre porque nadie lo ha dicho más y más intenso, de quien sabe cómo se dice ese nombre porque ese nombre se dice como lo dice ella. Dijo Nito y yo estuve a punto de callarme. Pero esta vez era distinto: yo quería ser distinto.

—No te creo, mamá, ya me oíste. No te creo.

Mamá consideró la posibilidad de ponerse a llorar como la situación seguramente merecía, o de voltearme la cara de un sopapo como sin duda merecía, o de salir corriendo y encerrarse en su cuarto o varias mercedas más: las posibilidades cruzaron en estampida por su cara. Pero se ve que pudo defenderse porque hizo una pausa, sacó otro cigarrillo del paquete, se sacó el pelo de la cara y me dijo que estaba bien, que no tenía por qué creerle. Entonces yo esperé callado porque esa frase parecía el prelude de otra, pero ella también se calló, agarró la foto de la plaza, se quedó mirándola.

—Vos querés creer que tu papá era la última cocacola del desierto y yo soy el último orejón del tarro. Es fácil, porque vivís conmigo y en cambio a él no lo conociste. Si querés que te hable de verdad, te tengo que decir la verdad: menos mal que no lo conociste.

Cuatro días después, una tarde, cuando llegué del colegio, sin besarme ni preguntarme cómo me había ido, sin decirme que tomara la leche, sin mirar insistente una mancha de grasa en mi corbata de uniforme, me dio un papelito mal doblado con un nombre y una dirección escritos con letra grande de birome roja y me dijo que ése era el hombre que lo había atropellado —no dijo matado, dijo atropellado; no dijo a mi padre, dijo lo—, que si no le creía le fuera a preguntar directamente. Y, entonces sí, se puso a llorar y se encerró en su cuarto.

2

—Te estaba esperando.

—¿A quién estaba esperando?

—A vos, Juan Domingo Remondo. Vos sos Juan Domingo Remondo, ¿no?

—¿Y cómo me iba a estar esperando si no me conoce?

—Te conozco, claro que te conozco. Yo te cambié la vida a vos.

Dijo el señor y se tapó la boca, como si hubiera dicho algo que no quería. El señor me miraba con un dejo de sorpresa, con esos ojos que muchos no pueden disimular

cuando me ven: esa mezcla de admiración y pena que se les hace en la mirada.

—Yo sabía que alguna vez ibas a venir.

—¿Por qué sabía?

El señor era gordito y estaba sentado en un living de departamento de San Telmo, cuatro en cada piso: un sillón de dos cuerpos de cuerina gris clara, dos silloncitos a juego, mesa baja en el medio —tapa de vidrio, un cenicero de cristal de roca, una caja mediana de madera pintada—, una araña vieja demasiado pesada sobre la mesa baja, un bargueño de madera lustrada en un costado, la pintura crema de las paredes agrisando, un grabado de cacería con marco: todo grande, todo un poco atestado — como se atestan los objetos cuando los trasplantan a un lugar más chiquito. La araña estaba sin prender; la luz de una ventana con la persiana medio baja, sol de las cinco de la tarde.

—Porque quería que vinieras. A alguien se lo tenía que explicar. ¿Querés una cocacola, una mirinda? Mi señora compró.

—¿Por qué sabía?

—Sabía. Por eso cuando me mudé le mandé a tu mamá mi teléfono nuevo. Y ahora desde que me dijo que ibas a venir estuve tratando de acordarme de cómo pasó todo. Pero tardaste, eh. Hace como año y medio, dos desde que me dijo tu mamá.

—Mi mamá le dijo.

—Y claro que me dijo. Pero yo sabía de antes. Hace mucho que te estaba esperando. Pensé que ibas a venir antes, no me di cuenta de que eras tan chico. Sabía, pero no me di cuenta.

El señor sabía pero no se dio cuenta. Yo tardé un año y medio.

El señor gordito cincuentón con su afeitada al ras, la piel levemente irritada, pelado con esos pelos largos cruzando el cráneo para disimular, nariz sin atributos, labios finos, anteojos de metal dorado. El señor me dijo que yo, por supuesto, quería que me hablara de mi padre, pero lo dijo mal:

—Vos querés que te hable sobre tu papá. Pero yo no sé nada sobre tu papá.

—Yo no quiero que me hable sobre mi padre. Aunque usted supiera, nunca vendría a preguntarle a usted sobre mi padre. Yo quiero que me cuente de usted.

—¿De mí? ¿De mí qué querés que te cuente?

—Todo, quiero saber quién es.

Yo no había pensado preguntarle eso: no quería preguntarle eso. Pero el señor no se dio cuenta.

—¿Y por qué te voy a contar de mí?

—Porque me estaba esperando, porque sabe quién soy, porque me debe una.

—¿Qué te debo yo a vos?

—Una vida, ya me lo dijo, mucho más que una. O no me debe nada. Me debe algo

tan grande que es como si no me debiera nada. Pero no es que no me deba nada; es como si, nomás.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, cuéteme.

—¿Qué querés que te cuente?

—¿Otra vez vamos a dar la misma vuelta?

—No, está bien. Pero vos preguntame.

—¿Hacía frío ese día?

El señor entornó los ojos, como si no enfocara bien. El señor gordito cincuentón bien afeitado con pantalón gris de franela, mocasines marrones, medias bordó gastado, cinturón de cuero negro con hebilla dorada, camisa celeste de vestir con bolsillo en la tetilla izquierda —sin corbata—, tenía los ojos entornados. El bolsillo, vacío. El señor se quedó callado, trataba de mirarme. Le pregunté si mi padre tenía frío.

—¿Usted cree que mi padre tenía frío?

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

—No sé, usted sabrá. ¿Usted tenía frío ese día?

—Yo qué sé.

—Usted sabe. Por ejemplo: ¿tenía puesto un pulóver, una campera?

—No sé, no me acuerdo. ¿Cómo querés que sepa?

—Usted sabe. Por ejemplo, cuando llegó a su casa: ¿pensó qué le habrá pasado a ese pobre hombre, tirado ahí con este frío, o transpiraba?

—Cuando llegué a mi casa no pensé nada. O sí, me acuerdo de que pensé otras cosas. Ya que me lo pedís, te voy a contar: yo en esa época trabajaba de vendedor de Olivetti, máquinas de escribir, calculadoras. Se ganaba bien, más o menos bien, y era un trabajo interesante: tenía que visitar a los comerciantes de toda la zona por acá, Barracas, Constitución, la Boca, Patricios, y mostrarles que no podían seguir haciendo sus cuentas con papel y lápiz, que así se estaban atrasando, se les escapaba el tren del progreso y perdían plata: que la plata la ganan los modernos. Vos capaz no entendés pero era una ayuda que yo les daba: los tipos me compraban o no me compraban pero el bichito de modernizarse les quedaba, querían progresar. Acá la gente quería progresar, en esa época, no era como ahora que...

—¿Y andaba todo el día en la calle?

—Sí, andaba. Si habré visto cosas, m'hijo, en esa época. La calle estaba hecha un hervidero. Pero te decía porque cuando llegué a mi casa lo que pensé ese día fue que la panadería El Onubense me tenía que confirmar una compra importante y no me había llamado o mi señora no había atendido, porque mi señora muchas veces no atendía el teléfono, de eso sí me acuerdo porque al final hicieron esa compra y fue un golazo. Y ahora que lo decís también me acuerdo de por qué tuve que salir esa tarde

en el coche.

—Así que andaba de camisa y corbata.

—¿Cómo?

—Que andaba de camisa y corbata.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque mi tío Ricardo me contó que en esa época los empleados siempre andaban de camisa y corbata, y si usted tenía que ir a ver a un cliente...

—Sí, bueno, yo no era un empleado. Yo trabajaba a comisión. Pero seguramente andaba de camisa y corbata, de saco, que le dicen.

—¿Y tenía puesto un sobretodo?

—No, no creo.

—Entonces no hacía tanto frío.

El living del departamento de San Telmo tenía los vidrios empañados por exceso de calefacción. El señor gordito sacó un cigarrillo de la caja pintada sobre la mesa baja, lo miró como si pensara en encenderlo. Yo estaba empezando a odiarlo o despreciarlo, pero distinto de mamá: me daba ganas de jugar, detestaba ese juego. Pensé en un gato que agarra a un pajarito y en lugar de matarlo juguetea, se lo lleva a su dueño; yo no había agarrado nada y ni siquiera tenía a quién llevárselo. Me distraje: no tenía a quién llevárselo. El silencio se fue haciendo largo; le pregunté a qué hora había salido de su casa.

—¿Y a qué hora salió de su casa?

—¿Cuándo?

—¿Cuándo va a ser? El día que lo mató.

—Yo no maté a nadie, m'hijo, por favor. Cuidá la boca.

—¿Ah, no? ¿Usted qué hizo?

—Yo ese día salí como a las cuatro de la tarde. Había pasado por acá a ver si tenía el llamado de La Onubense pero no había nada. Y era viernes, así que me quedaban varias diligencias. La verdad, pensé que no llegaba a terminarlas, necesitaba terminarlas.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, lo normal. Tuve que sacar el coche. A mí no me gustaba mucho andar en coche los días de semana, yo lo usaba sobre todo para sacar a mi señora los domingos, con los chicos, que todavía eran chicos. Bueno, eso decía yo. La verdad, me gustaba sacar el coche a veces, mi señora me decía que no lo sacara pero a mí me gustaba. Yo ahí tenía un coche medio nuevo todavía. Te dije, me estaba yendo bien, había cambiado el coche. No era un cero, no, no me daba para un cero, pero estaba bien: le compré un falcon a un primo mío que vendía en una agencia, un coche joya, vidrios polarizados, palanca al piso, metalizado, techo vinílico, radio, nuevito, menos de cien mil. Joya, te digo, un coche joya. A mí me gustaba andar, el

falcon. No rápido, yo nunca fui de andar rápido, pero me gustaba. ¿Vos sabés lo que es tener ese motor ahí abajo del pie? No, qué vas a saber, vos: vos sos muy chico para eso.

—¿Por qué, cómo es tener ese motor ahí abajo del pie?

—No sé cómo decirte. Es esa sensación de que una cosa tan grande te responda con un movimiento tan chiquito. Eso me gustaba: dominar ese animal tan grande.

—¿Dominarlo?

—Sí, dominarlo.

—¿Así que usted dice que lo dominaba?

—Y claro que lo dominaba.

El señor gordito encendió el cigarrillo y miró la primera bocanada de humo como si no estuviera seguro de que fuera suya. La segunda lo tranquilizó; no quise darle el gusto de pedirle uno.

Sobre todo: no darle ningún gusto.

Un año y medio tarde, diecisiete años tarde.

El señor pitó y entornó otra vez los ojos, pero ahora no trataba de mirar nada en particular; intentaba mirar en el pasado. Idiotas como él se creen que cerrar los ojos es mirar al pasado: eso los deja indefensos, pensé, cuando el pasado les devuelve la mirada. El señor dijo que se estaba volviendo a su casa muy contento:

—Ya me estaba volviendo, contento: había cerrado un par de ventas buenas, estaba hecho un campeón. Del último negocio, una mercería por la calle Caseros, la llamé a mi señora para avisarle que ya estaba volviendo, si necesitaba algo. A mí no me gustaba pedirles el teléfono a los clientes, parecía que me estaba pasando de confianza pero, la verdad, la dueña de la mercería me miraba. Era una veterana linda, te digo, una señora bien; yo no quería hacer problema, yo nunca fui de hacer problema, pero como me miraba así pensé que si le pedía el teléfono no se iba a molestar, así que se lo pedí y llamé a casa, que quedaba acá a tres cuadras. Y ahí fue que mi señora me dijo que sí, que pasara por la fábrica de pastas. Eso fue lo que tuvo la culpa de todo, la fábrica de pastas.

—¿Por qué la fábrica de pastas?

—¿No entendés lo que te digo? La fábrica de pastas está en Martín García y Montes de Oca. Si no fuera por la fábrica de pastas, ¿qué iba a estar haciendo yo en Tacuarí y Martín García, si yo venía de Caseros y Piedras para acá, para San Telmo? ¿No me entendés que yo nunca tendría que haber pasado por ahí? Disculpame que me ponga un poco nervioso. ¿Seguro que no querés una mirinda?

—¿Y en qué estaba pensando?

—Y yo qué sé en qué estaba pensando.

—¿En qué estaba pensando?

—¿Sabés qué? La verdad, lo raro es que me acuerdo lo que estaba pensando. Capaz que te parece una pavada, pero sé que estaba pensando en un llamado que tenía que hacer el lunes a primera hora.

—¿Un llamado a quién?

—No, eso no te lo puedo decir.

—¿Cómo que eso no me lo puede decir?

—Y sí, no puedo. Hay cosas que no se pueden decir, vos ya lo sabrás.

—¿A quién tenía que llamar?

—No es asunto tuyo.

—Disculpe, todo esto es asunto mío. Estamos hablando de cómo usted mató a mi padre.

—La boca, m'hijo, ya te dije: la boca. Yo no maté a nadie. Y ahora te estoy haciendo el favor de contarte, así que un poco de respeto.

El señor gordito estuvo cerca de gritar. Después se calló la boca y miró la araña apagada. Pitó. Alguien asomó la cabeza desde el pasillo: era una mujer, seguramente suya. Se fue sin decir nada. A mí me importaba un carajo a quién quería llamar o por qué o cómo.

—¿Pero era una llamada de trabajo?

—No, no era una llamada de trabajo.

—¿Algo personal?

—Claro que era personal. Era una pavada, pero no te lo voy a contar.

—Si usted no me cuenta lo que estaba pensando, ¿cómo quiere que entienda qué le pasó a mi padre?

—¿Qué tiene que ver?

—¿De verdad me lo está preguntando?

Tarde, quién sabe muy temprano. Tarde pero temprano, tarde.

El señor Raggio se quedó pensando, como si tuviera que contestar a mi pregunta. En el grabado, jinetes galopaban persiguiendo a un zorro. Los caballos saltaban; los jinetes usaban gorra redonda y trajes que debían ser rojos —blanco y negro. Yo tuve un ataque de impaciencia. Más allá, en la ventana, se iba haciendo de noche; mi impaciencia no era por la noche.

—¿Y estaba oscuro?

—No, no estaba oscuro. O empezaba a oscurecer, no sé. Debían ser como las seis, seis y algo.

—¿Y ya empezaba a oscurecer? Entonces era invierno. ¿Vio como tenía frío?

—No me acuerdo. Pero quizá tenés razón, seguramente que hacía frío.

—¿Y entonces qué pasó?

—Nada, no pasó nada. Yo fui a cambiar la radio en la radio del auto. Estaban por

pasar un noticiero; yo la verdad no tenía ganas de escuchar un noticiero. Eso sí me acuerdo: yo venía de buen humor, contento, y pensé que si escuchaba el noticiero me amargaba. A mí siempre me amargaron un poco los noticieros. No tenía ganas de escuchar el noticiero. Mirá si seré iluso.

—¿Iluso?

—Iluso, confundido, qué sé yo.

—¿Por qué iluso?

—Es una forma de decir.

Pensé en un noticiero con un locutor de voz estentórea e impostada hablando en un idioma que ya nadie hablaba. Pensé que era lógico que los jinetes tuvieran trajes y el zorro no tuviera. Pensé que si el zorro hubiera tenido alguna ropa todo habría sido muy distinto. El señor Raggio me dijo que entonces fue la cosa.

Dijo, repitió: la cosa.

—Y ahí fue la cosa. Ahí nomás fue la cosa.

—¿Qué cosa?

—¿De qué estamos hablando?

—De usted. Usted me iba a decir a quién tenía que llamar el lunes.

—No, eso ya te dije que no puedo.

—¿Que no puede? ¿Por qué no puede?

—No puedo. Y además eso no tiene nada que ver, da lo mismo.

—No da lo mismo. Usted estaba pensando en eso, no da lo mismo. Si no hubiera estado pensando en eso...

—Da lo mismo, te digo, da lo mismo. Ahí la cosa fue que un colectivo me cerró, un colectivo que venía por Martín García se paró de golpe, me imagino que le habrán hecho señas desde la vereda, capaz que no había hecho muchos boletos y decidió parar. Eso también fue la desgracia: de golpe decidió parar, me cerró.

—¿Y entonces?

—Nada, entonces yo estaba cambiando la radio y tuve que pegar un volantazo, medio de golpe, para no chocarlo.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada, ¿no entendés? Tuve que pegar un volantazo para no chocarlo.

Dijo el señor Raggio, se sobresaltó: otra vez el peligro del rayón en el falcon. La mujer se asomó de nuevo en el pasillo con una bandeja con un vaso lleno anaranjado. El señor le hizo con la cabeza que se fuera. La mujer se fue con su bandeja.

—Y la verdad, la verdad... Te voy a decir la verdad aunque no me lo creas: yo no sentí nada. Quizás un golpecito, sentí, nada. Pensé que había golpeado el espejito de afuera en algún lado, nada, un golpecito.

—No le creo.

—¿Qué no me creés?

—No le creo. ¿Usted me está diciendo que mató a mi padre y ni siquiera se dio cuenta?

Yo jugaba su juego: el señor me había pastoreado hacia su juego. Yo estaba a punto de discutir con ese extraño detalles importantes de mi vida.

—Sí, lo que sentí fue un golpecito. Por eso ni paré.

—No le creo.

—Vos creé lo que quieras. Pero lo que te quería decir es eso: yo ni me di cuenta. Por eso no paré.

—Me está mintiendo.

—No te estoy mintiendo. Y un poco de respeto, m'hijo. Un poco de respeto.

—Me está mintiendo. Usted me está mintiendo. Todo esto es pura mentira. Ni usted atropelló a mi padre, ni mi padre se murió de la manera que ustedes me quieren hacer creer.

—¿Ustedes? ¿Quiénes somos nosotros?

—Usted, mi mamá, ustedes.

—No seas idiota, m'hijo.

Yo no sabía nada de nada sobre ese señor: era tarde, quería saber y no quería. Tenía que hacerlo mi enemigo, pensé, tarde: hacerlo mi enemigo, saber y no saber.

El señor gordito apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal de roca, se sacó los anteojos, me miró. Yo no quería mirarlo: era peor si lo miraba. Estaba mal que yo estuviera ahí, que hubiera ido a verlo y a escuchar su historia.

—Yo te entiendo.

—¿Qué va a entender, usted? ¿A ver, qué es lo que entiende?

—Yo te entiendo que no me puedas creer lo que te digo porque para vos es algo tan importante. No te digo que para mí no sea importante: para mí también, después se hizo importante, pero te juro que en ese momento ni me di cuenta, no fue nada.

—¿Y cuándo dice que sí se dio cuenta?

—No me vas a creer, pero recién al día siguiente. Ahí, en ese momento, ni seguí pensando en eso, un golpecito. Yo sé que parece una locura, porque yo también después pensé tantas veces en ese momento, pensar que fue tan poca cosa y después lo pensé tantas veces, me jodió la vida.

—¿A usted le jodió la vida? A él se la jodió. A nosotros nos jodió la vida.

—Ya sé, m'hijo, ya sé, no te digo que no. Pero a mí también. Te digo que desde ese día... en realidad desde el otro día, cuando me enteré, todo empezó a irse al diablo.

—¿Cómo que al otro día, cuando se enteró?

—Sí, yo me enteré al otro día. Ahí alguien me dijo que había habido un accidente en la esquina de Tacuarí y Martín García, justo a esa hora, que un falcon amarillo

cremita había atropellado a un hombre y que el hombre se había muerto, me entendés. Al otro día recién me lo dijeron, y yo pensé ir a la policía, después pensé que mejor esperar que vinieran. Al final vinieron, dos días pasaron pero al final vinieron. Parece que le pegué muy de refilón pero después se golpeó la cabeza contra el piso, que por eso le pasó lo que le pasó, fue por el golpe contra el piso. Eso me dijeron, por eso al final no me hicieron nada. Primero me dijeron que me iban a meter preso, pero al final les pareció que no valía la pena.

—¿Cómo que no valía la pena?

—No, eso dijeron. Que yo no había hecho nada, y que además tenían asuntos más importantes de que ocuparse. Imaginate, año 77. Fue raro. Yo sabía que había hecho algo terrible y sabía que no era mi culpa. ¿Sabés qué raro es eso? Pensar que lo peor que hiciste en tu vida fue una casualidad, una cosita.

—No le creo. Usted es un mentiroso, no le creo.

—Me imagino, qué se le va a hacer. Yo te entiendo que no me puedas creer. Yo te lo entiendo.

—Usted qué va a entender. ¿Y usted sabe por qué mi padre estaba ahí, en ese momento, justo en ese momento?

—No, cómo voy a saber.

—O sea que ni siquiera trató de averiguar, no preguntó. ¿Usted sabe cómo estaba vestido?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Mi padre.

—No, cómo querés que sepa. Pero quedate tranquilo, se murió de golpe, ni se enteró, pobrecito.

—¿Y usted cómo sabe?

—Porque averigüé, me contaron. La policía me contó.

—Usted no tiene ni idea. Y si supiera, igual me diría que se murió así de golpe, porque usted queda menos culpable, me quiere decir que por lo menos no sufrió, mi viejo.

Yo nunca había dicho mi viejo. El señor gordito no lo sabía pero igual me miró. Quizá lo dije de un modo inapropiado: supongo que no sabía decirlo. Tarde.

—No es mi culpa, m'hijo, te aseguro que yo no tuve la culpa. Yo nunca habría pasado por ahí si no fuera por la fábrica de pastas. Y después encima el colectivo, todo eso. Yo quería decirte que no fue mi culpa. Necesitaba decirte que no fue mi culpa.

—¿Y entonces de quién fue la culpa?

—No sé, de nadie. No siempre hay una culpa, alguien que tenga culpa. ¿Sabés qué es lo peor? Él se murió, fue terrible, para ustedes me imagino cómo fue de terrible,

pero ya estaba muerto. Yo en cambio no, y a mí desde ese momento todo se me empezó a arruinar. Mi vida se me arruinó por esa cosa. Muchas veces pensé por qué habría pasado lo que nos pasó.

—¿Nos pasó?

—Sí, a mí y a tu papá. A vos, incluso.

—¿Y qué pensó?

—No sé, no creo que un dios. Tantas casualidades. Yo no creo mucho en esas cosas, pero creo. Hay personas que saben cómo van a pasar las cosas, yo eso lo sé. Yo los he visto. Yo tenía una tía que era así. Terminó loca, pero antes de terminar dijo muchas cosas que pasaron, ella las veía. Te dan miedo, ya es malo que pasen pero si encima lo sabés es un espanto.

—¿Ahora qué quiere, que le tenga lástima?

—No, me da lo mismo. Pero te lo digo para que lo sepas. Muchas veces pensé qué habría sido de mi vida si eso no nos hubiera pasado. Se me arruinó mi vida, yo sé que fue por eso. Hasta tuvimos que mudarnos, mirá dónde estoy viviendo ahora. Todo por esa tontería.

—Usted me dice eso para que yo le crea que fue usted que lo mató, que todo pasó como usted dice. ¿Yo cómo sé que me está diciendo la verdad? ¿Yo cómo sé que usted no lo quiso matar?

—Vos estás loco.

—¿Usted sabe que se podría decir que todo lo que me pasó a mí fue por culpa suya? ¿Que como usted mató a mi padre me cambió mi vida y usted es el responsable de lo que me pase?

—¿Quién podría decir eso?

—Yo, yo se lo estoy diciendo.

—Me parece que sí que estás loco.

—Pero si usted mismo me dijo que me cambió la vida.

—Yo nunca dije eso, Juan Domingo. Yo solamente te quería pedir una cosa: quiero pedirte que me digás que me entendés, que te das cuenta de que no fue mi culpa.

Me levanté. El señor me preguntó si no quería quedarme un poco más, si de verdad no quería la mirinda. Le dije no, salí sin saludarlo; después bajé por la escalera, seis pisos a los saltos. Mi padre se había muerto por una sucesión de tonterías. Pensaba: mi viejo nunca fue viejo ni mi viejo por una sucesión de tonterías. El señor Raggio me había vendido el accidente más perfecto, más accidental, y no hay nada más aterrador que un accidente, más dañino: si uno se descuida, puede pasar el resto de su vida preguntándose qué hubiera sucedido si. El accidente es la consagración del sí, su imperio tremebundo: si el señor no hubiera salido para terminar con esas ventas, por supuesto, si su esposa gordita no hubiera querido comer ravioles esa noche, si el señor no hubiera querido cambiar la radio de su radio, si el

colectivero no hubiera querido parar de golpe en esa esquina, si ese hombre o mujer desconocidos no hubieran llegado a la parada justo en ese momento y levantado el brazo, si el colectivero ya hubiera estado cansado o satisfecho con la recaudación —y ni siquiera podía saber cuáles eran los infinitos síes de mi padre o viejo. Así que bajé las escaleras a los saltos, tratando de concentrarme en otra idea, tratando de rechazar la tentación del si infinito.

3

Pensaba cómo haría para contarle la verdad a Titina: no, mi padre no fue un desaparecido, no hizo nada, no le hicieron nada. Sólo un gordito idiota que se distrajo con la radio: nada, una historia de nada, yo soy otro, solamente esto. Quizá por eso, pensé más tarde, nunca fui a buscarla: no era cierto.

Tardé en conseguirme una venganza. Yo era inteligente —menos que cuando era chico: a los chicos supuestamente inteligentes se les nota la supuesta inteligencia porque hacen cosas que los demás chicos no hacen; en cambio los adolescentes o jóvenes o como se llame ese momento sin nombre de la vida hacen todos más o menos lo mismo, entonces su inteligencia o tontería está más camuflada por ese parecido. Yo era menos inteligente que cuando era un chico, pero seguía siendo inteligente y era capaz de armar un plan, sólo que esta vez mi plan había fallado. Había ido a buscar precisiones, saber cómo y por qué, armarme unas imágenes con que poder recordar y contar la muerte de mi padre o viejo y lo único que tenía era un señor graso bien afeitado mal peinado sentado en el living cremita de un departamento de San Telmo. Mi plan —pensaba acorralarlo, asustarlo hasta que me contara lo que no quería, obligarlo a arrastrarse, llevarlo a lamentar el momento en que se había vuelto un asesino— no había funcionado; el señor Alberto Raggio me había usado para limpiarse las heridas y dar por cumplida su condena. Y había intentado convencerme de lo mismo que convenció a la policía. Pero yo no era tan idiota como la policía.

Yo había llegado a esa casa buscando una historia y salí buscando una venganza. Son dos cosas distintas —pero tampoco tanto.

Precisaba un plan que funcionara. Si lo hubiera pensado un poco más —si entonces hubiese sido capaz de pensarlo un poco más—, habría entendido que no buscaba realmente una venganza; que venganza es lo que hacen quienes no soportan algo que ha sucedido o, mejor, que algo haya sucedido y no haya tenido más

consecuencias que las que su autor imaginaba —un hecho demasiado perfecto, cuyos efectos no escapan en absoluto de manos de su autor y lo hacen parecerse demasiado a un dios—, quienes imaginan que el equilibrio del mundo —o de su pequeñísima porción de mundo— quedó descalabrado por un hecho y sólo podrá restablecerlo otro hecho de valor equivalente y signo opuesto: la venganza supone la creencia en una armonía universal que a mí, por supuesto, jamás se me hubiera ocurrido.

Ahora sé que mi meta era mucho más modesta —o menos modesta—: yo no quería restablecer ningún equilibrio cósmico sino tener la potestad de decidir aquella historia. Si mi padre o viejo había desaparecido tan completamente de mi vida que todo lo que me quedaba de él era una historia para armar, yo debía ser el que la armara. Había ido a ver al señor Raggio buscando elementos para completarla; si él me los había mezquinado, si se había reído de mí, si se había creído el dueño de la última palabra, yo nos mostraría que podía terminar el cuento de un modo que no le gustaría ni un poquito. La venganza supone un mundo en equilibrio o, por lo menos, que busca un equilibrio; el accidente es la demostración de que no puede haber ninguno. Armar la historia es una forma de no creer lo uno ni lo otro.

Ahora lo sé; entonces no, y pensaba que estaba maquinando una venganza. Y, para eso, tenía un problema: mi venganza contra la señorita Alicia había sido tan completa, tan contundentemente ejecutada, que me había dejado la amargura de saber que esa pobre mujer todavía debía estar pagando un precio desmedido por una tontería. Lo más difícil de vengarse es vengarse en su justa medida —y yo no quería cometer otra vez el mismo error de cálculo.

Una vez más, mamá me preguntó por mi encuentro con Raggio, le dije que no quería decirle, me volvió a preguntar, le volví a decir que no; lo hicimos unas diez o doce veces. Al final, la undécima, la decimotercera, me dijo que era su vida también, que qué me creía: que si creía que no tenía derecho a saber. Yo le dije que sí, que justamente por eso me extrañaba que nunca hubiera ido a preguntar y que los derechos hay que ganárselos. Entonces mamá soltó uno de los suspiros más importantes de una vida hecha de suspiros monumentos y me dijo que ella estaba ahí, que le importaba, que si alguna vez quería contárselo ella estaría muy contenta de oírlo. Después me dijo que yo me había pasado todo el velorio de mi padre sentado en una silla sin hablar, jugando con un cochecito duravit que mi abuela me había dado y que cada vez que alguien venía a hablarme, a preguntarme si quería comer algo, si quería ir a hacer pis, si estaba bien, yo me ponía a llorar —y que sólo me callaba cuando me dejaban en esa silla solo—, y me preguntó si me acordaba. Yo le dije que no, pero no estoy seguro de que fuera cierto.

Me senté a pensarlo: por primera vez en mi vida, decidí que tenía que estudiar seriamente un problema y me senté a pensarlo. Era una sensación nueva, distinta;

hasta ese momento las ideas se me habían ocurrido, me habían sucedido sin saber por qué, y ahora la idea de pensar una cuestión me hizo sentirme muy poderoso. Mamá rezongaba en la cocina, Beto miraba el noticiero —Beto había vuelto o por lo menos esos días estaba de vuelta— y yo, encerrado en mi cuarto con la luz apagada, pensaba, poderoso. Mamá tocó la puerta —Nito, salí, qué estás haciendo— y yo le dije que me dejara tranquilo; ella pensaba —yo sé que ella pensaba— que estaría pajeándome o algo por el estilo; no podía imaginar —una madre como mamá no está en capacidad de imaginar— que su hijo pensaba su venganza.

Pensar era lo más difícil que había hecho en mi vida. Empezaba bien, tan poderoso: pensaba por ejemplo que antes que nada tenía que preguntarme dónde me había equivocado con la señorita Alicia. Pero en cuanto me ponía a buscar una respuesta todo empezaba a patinar: veía la cara de la señorita Alicia y me acordaba de Pérez Dubinsky y me preguntaba qué estaría haciendo ahora, cómo estaría ahora, que ya debía haber crecido, si se le habrían enderezado los dientes, si le habrían salido buenas tetas y entonces estaba a punto de pensar en llamarla y ver si quería verme pero en cambio —¿por miedo? ¿por desidia?— me ponía a pensar en otras tetas, las de Titina por supuesto pero también las de Susana, las de Mariana, las de la profesora de dibujo, toda una colección de tetas que recorría una por una hasta que me acordaba de que en realidad estaba pensando en otra cosa y volvía a preguntarme qué habría hecho mal y recordaba el verso aquel sobre la guerra que copié en el cuaderno y aquella frase «se infestan y se agusanan» y me imaginaba la foto de mi padre o viejo comida por gusanos y me daba cuenta de que quería pensar en su cuerpo comido por gusanos pero que no podía porque no tenía ningún registro de su cuerpo y además no quería verlo comido por gusanos pero qué importaba que yo quisiera o no quisiera pensaba, aunque ya ni para comida de los gusanos quedaría, pensaba, y me acordaba de que mi amigo Julio me había propuesto que el domingo fuéramos juntos a pescar a la Costanera Sur, que él tenía el fondo de la casa lleno de lombrices y tenía cañas con reel y que fuéramos pero yo no estaba nada convencido porque me parecía que mi amigo Julio —mi compañero del colegio Julio— era maricón y yo no quería tener problemas con un maricón, aunque tampoco estaba seguro ni tenía cómo estar seguro de que fuera pero cómo estar seguro, pensaba: la única forma de estar seguro sería que él me dijera pero él sólo me diría si quisiera ponerme a hacer algo de maricón con él así que mejor no saber, pensaba, porque saber implicaba que algo había pasado y entonces mejor no ir con él el domingo a la Costanera y de todos modos el domingo seguramente tendríamos que ir a comer a lo de la abuela porque mamá desde la muerte del abuelo había decidido que fuéramos todos los domingos para no dejarla sola, pobre la abuela que desde la muerte del abuelo se dedicaba a especular con su propio velorio y pensar si sus hijos le van a comprar el cajón con herrajes de bronce y si María del Carmen. Y entonces recordaba que estaba tratando de pensar dónde me

había equivocado en el asunto de la señorita Alicia y que pensar era un esfuerzo tan enorme por mantener a raya todas esas ideas que se te mezclan con las pocas ideas que sí querías oír —¿oír ideas?, era rara la idea de oír ideas, pensé, pero hice un esfuerzo por no seguir en esa dirección—, que las ideas pasaban por mi cabeza como aviones en un vuelo rasante, perros lanzados detrás de ese conejo y que el problema principal fue la desproporción tan evidente entre causa y efecto: entre su ofensa y mi respuesta, primero; entre mi respuesta y sus consecuencias, después, que le arruinaron la carrera a la pobre señorita Alicia, pero que también me molestaban otras cosas, más básicas. Pensé que una venganza no debía actuar sobre la situación de su víctima —sus condiciones de vida, su trabajo, su reputación, su familia—; tampoco debía actuar —menos aún— sobre su cuerpo, que no tiene la culpa de nada. Es su mente —su inteligencia, su poca inteligencia— la que produjo el hecho que merece venganza; es la mente la que debe recibirla. Traté de imaginar opciones que cumplieran con eso —y al principio no se me ocurrían. De hecho aquella noche, cuando tuve que salir de mi pieza porque mamá insistía en que la comida se me estaba enfriando, todavía no tenía ni idea de qué podría hacerle a ese señor. Mi milanesa estaba seca, llena de nervios, engrasada: yo nunca soporté las milanesas con nervios. Las milanesas con nervios te impiden olvidar que te estás comiendo un animal.

Me jodía por las zapatillas; yo no podía creerlo. Yo tenía que pensar una venganza contra el inútil que mató a mi padre y mamá me jodía por el olor de un par de zapatillas. Hay cosas que las mujeres no van a entender nunca.

—¿No podés hacer algo de lo que te pido? Yo te doy todo lo que puedo.

—Pero me decís que lo hacés porque querés.

—Sí, claro que lo hago porque quiero. Lo que no entiendo es por qué no querés vos hacer algo que me dé gusto a mí.

—¿Querés que te lo explique?

Pero la venganza, al fin y al cabo, es escribir una historia que otros deben cumplir sin proponérselo o, incluso, sin saberlo —pensé, en esos días, el colegio sin ningún interés, el invierno apretando, el humo de los saqueos siempre al final de alguna calle —: que alguien debe cumplir sin decidirlo. Yo, gracias a mamá, a sus olvidos, a sus telenovelas, tenía que ser bueno para eso. Entonces primero pensé en construir una historia distinta de la muerte de mi padre: una donde el señor Raggio hubiera conocido a mi padre, que alguna vez, por ejemplo, le habría descubierto y arruinado un negocio turbio estafador y que, entonces, resentido, el señor lo atropellaba con su falcon por venganza —y difundirla, hacérsela llegar a sus conocidos parientes empleadores, hundirlo en la vergüenza. Para eso debía organizar todo un pasado donde esta versión fuera posible, pero no me parecía imposible; lo que no soportaba

era la certeza de que, para conseguirlo, tenía que revivir a mi padre, inventarle ideas, acciones, intenciones y que, si lo traía a mi mundo, quizá nunca supiera devolverlo a su limbo. Yo quería vengar a mi padre, no pasar años en su compañía —porque nunca había aprendido a hacerlo y estaba seguro de que ya era tarde.

Y además eso no era vengarme de la mente Raggio. Entonces imaginé actos más privados; pensé en instalarle sospechas que no pudiera soportar, pero no daba con ninguna: mandarle anónimos sobre la fidelidad de su esposa mirinda sería una pérdida de tiempo —porque no tenía sentido que el señor quisiera custodiar, a esa altura, el cuerpo graso fofo de su esposa—; amenazarlo con perder su empleo implicaba averiguar dónde trabajaba, quiénes eran sus jefes, detalles muy difíciles; falsificar una citación policial por algún delito extraño era más complicado. Hasta que tuve, por fin, cuando ya había dejado de esperarla, una idea: primero me aterró que la idea se me ocurriera cuando ya no pensaba, que todo mi esfuerzo por pensar se riera de mí y que no pudiera controlar ni siquiera la llegada de una pálida idea. Después le presté atención a la idea misma: entendí que mi padre o viejo nunca se había muerto —y era verdad que nunca se había muerto. Eso fue lo terrible y lo maravilloso: mi padre nunca se murió. Ese viernes a las 6.34 estaba vivo, ese viernes a las 6.35 estaba muerto; nunca fue alguien que estuviera muriendo. Entonces descubrí cómo sería mi venganza. ¿Qué mejor ataque —pensé, tras todos esos días de pensarlo— que obligar a ese hombre a pensar en lo último en que querría pensar: a pensar en lo último? Salvo mi abuela, nadie que conociera me había hablado nunca de la muerte; era visible que nadie quería saber nada.

Mi padre nunca se había muerto; el castigo de su asesino sería morirse mucho tiempo.

Me concentré en la carta. Me costó semanas terminar la carta —semanas de buscar en libros, copiar modelos, corregir, revisar— pero, al final, quedó como quería. La carta estaba fechada el 5 de mayo de 1993 y empezaba diciendo Estimado señor Raggio, de mi consideración:

«Estimado señor Raggio.

De mi consideración:

Usted se preguntará por qué le escribimos. Por supuesto, no podemos decirle todo lo que querríamos; baste señalarle que nuestra misión consiste en ayudar a las personas a enfrentar sus Últimos Días. Usted sabrá, por supuesto, la importancia de los Últimos Días: son aquellos en que cada uno de nosotros los mortales se prepara para enfrentar al Creador y, por lo tanto, debe estar preparado. Una Muerte súbita, una Muerte que el mortal no espera, es una Muerte peligrosa, que le impide presentarse ante Él en las mejores condiciones. Y usted sabe, estimado señor, que en ese encuentro tan decisivo, tan difícil, ninguna precaución es demasiada.

Hasta aquí, estimado señor, las generalidades: la razón por la cual nos dedicamos, desde hace siglos, como usted sabrá, a esclarecer a cada quien sobre su Muerte. Dicho lo cual pasamos a lo que a usted respecta, las peculiaridades.

Usted acaba de cumplir sesenta y un años y se siente en la flor de la edad. Es curioso, pero así suele decirse: la flor de la edad. ¿Cuál sería la flor de la edad? ¿Cómo florece la edad? ¿Cuándo se marchita? ¿Se marchita sin dar fruto? ¿Las abejas la saquean en su pingüe beneficio? ¿Algún amante podría pensar en cortarla para entregársela a su amada? No se engañe, señor Raggio: la única flor que da la edad es la cala que va a poblar su funeral como ha poblado tantos. Pero no se equivoque: no vamos a decirle que ese funeral está cercano. No, estimado señor, le quedan todavía algunos años. De hecho, según consta en nuestros registros, su muerte no sucederá hasta el martes 9 de septiembre de 2004, recuerde bien esa fecha, márquela en su calendario. Usted ahora, lo sabemos por nuestra experiencia de siglos, respira aliviado, piensa: me quedan 11 años, soy un hombre grande y todavía me quedan 11 años. Y, de inmediato, se pregunta cómo será, cómo le llegará su muerte. Estimado señor, podemos decirle que no va a ser muy grave: muy poco antes, quizás apenas unas semanas antes, usted descubrirá un dolor nuevo en la ingle que achacará, en un primer momento, entre sensato y temeroso, a su edad avanzada. Después de todo ya tendrá casi setenta y dos y será razonable, pero el dolor se le hará cada vez más intenso y su señora —que seguirá, tenemos que decirle, viva, insoportable— le insistirá para que vaya a ver a un médico. Será un momento complicado: apenas el doctor le palpe el bajo vientre, usted verá en su cara que su pronóstico no es bueno o, mejor dicho: que es muy malo. El médico se callará un momento y después, dependiendo del tipo de doctor que sea, le dirá con voz grave que tiene que hacerle más análisis porque tiene una sospecha complicada o fingirá levedad para sugerirle que se haga unos controles de rutina. Pero usted, que ya ha leído estas líneas, sabrá de qué se trata. A partir de ese momento, el tiempo de su vida sólo se contará por días.

Estimado señor: usted, ya le dijimos, se siente aliviado. Su muerte, al fin y al cabo, le parece lejana. Pero dentro de un rato, esta noche, mañana, se dará cuenta de que el tiempo de su vida también se cuenta en días. Hoy mismo, 5 de mayo de 1993, le quedan 4.145 días. Sí, puede hacer usted mismo la cuenta, si es que tiene todavía la presencia de ánimo —y una de sus viejas calculadoras olivetti—: 4.145 días. Usted se dirá que son muchísimos; son, es cierto, muchos, pero mañana serán 4.144 y pasado 4.143, y algún día del mes próximo serán 4.120, y para Navidad serán menos de 3.900, y para su próximo cumpleaños no llegarán a 3.820. Usted, estimado señor, ya tiene fecha; de hoy en más, cada día que pase será un paso que dará en este camino inexorable hasta el momento en que ese médico lo mire con horror o con pena.

Usted pensará que, faltando tanto, ya tendrá tiempo de pensar en eso, e intentará despreocuparse. No lo conseguirá: ni usted ni nadie lo consigue. Nosotros sabemos

cómo es eso: el pensamiento rechazado rondará su cabeza, volverá a su cabeza, primero cada tanto, después cada vez más. No es nuestra obligación darle consejos pero, sólo por deferencia, le diremos que es mejor que no intente rechazarlo: que eso sólo conseguirá hacerlo más poderoso, mucho más insistente. Si lo acepta, su sufrimiento será menor: aprenda, estimado señor, a convivir con su muerte y alguna vez, quizá remota, nos agradecerá lo que hemos hecho por usted.

Entenderá que no podemos firmar estas palabras con nuestro nombre verdadero. Para ser eficaz, nuestra misión debe permanecer secreta.

Suyos affmos.

Los Caballeros de los Últimos Días.»

La escribí con una máquina —no era una Olivetti— que me prestaron en la inmobiliaria de la otra cuadra, en un papel bastante grueso que había comprado especialmente; la metí en un sobre, escribí la dirección también a máquina, la llevé al correo. Pensé que era mejor dejarla en un buzón, pero no sabía cómo calcular las estampillas así que fui al correo. Cuando la vi caer por la ranura me dio un ataque —suave, precioso— de felicidad. A partir de mañana, el señor Raggio tenía once años para pensar a cada rato en eso que mi padre o viejo, víctima de su idiotez, no había pensado nunca.

En esa carta había una clave que no supe ver hasta mucho más tarde. Recién entonces me di cuenta de que gracias a ella —y sin quererlo— alcancé ese equilibrio que algunos llaman la venganza: el señor Raggio me hizo perder un padre —que nunca tuve— y me dio, a cambio, la herramienta con la que construiría mi vida. Yo tenía un don, sólo que tardé tanto en descubrir cuál era.

[ML7]

Nito le dice que lo deje intentar entender.

–O intentar o entender. Los dos al mismo tiempo no se puede.

Dice Carpanta, tajante y paciente al mismo tiempo.

–Por favor. Quiero que me ayude a entender.

Le dice Nito, en lugar de decir, como querría:

–Por qué no se va a la concha de su madre.

Porque ya lleva horas escuchando sus delirios sin sentido y le gustaría que le tuviera un poco más de consideración. Carpanta le dice que eso ya no es lo mismo:

–Eso es otra cosa. Pero no estamos acá para eso.

–Por favor.

–Pensemos, pensemos. Entender es otra cosa, ya veremos después. Ahora hay que pensar más cuerpos. Capaz que les podemos dejar una señora rubia flaca de mediana edad vestida de trajecito sastre con rodete en la estación de trenes de Retiro, en el bar de la estación, con cuatro boletos para lugares distintos en la mano.

Nito piensa un momento en los destinos de los trenes de Retiro, hasta que se da cuenta de que no tiene por qué importarle. Se le cruza por la cabeza una foto de una revista que vio en su casa cuando chico:

—¿Le parece que les podríamos dejar un viejito escuchimizado vestido de jugador de fútbol a la antigua, de esos de camisetas con piolines, sentado en un banco de la plaza de Mayo? Quizá le podríamos poner la camiseta de Uruguay, para que les resulte más provocador.

–Bien, Nito, bastante bien. Pero en la plaza de Mayo sería mejor dejar a un tipo gordo con papada y traje de tres piezas, cadena de oro en el chaleco, un habano en la mano, con las patas metidas en la fuente. ¿O sería demasiado obvio? Y el viejito con la camiseta de Uruguay lo ponemos en la puerta de un jardín de infantes.

Titina se acerca y carraspea. De pronto, Nito la ve como la que fue aquella vez, como la que siempre recordaba.

—¿Esto no sería una conspiración?

Dice Titina.

–Hay que evitar que sea una conspiración. No hay nada más idiota que una conspiración.

Nito y Carpanta la miran como si la vieran. Carpanta cierra los ojos, sacude la cabeza. Entonces Titina dice que lo que sí podrían dejar es una mujer en tetas, una mujer de tetas grandes y caídas por ahí.

—Y eso sí que va a hacer algo, porque la desnudez es más visible, mucho más gritona que la muerte.

Carpanta empieza a preparar tres gatas, las más brutas en una noche de gatas más que brutas. Titina dice que no gracias. Nito jala y siente un golpe: una explosión corta y oscura, sin chispazo. Le preocupa, por un momento, la explosión sin chispazo. Carpanta grita claro y después dice que claro, que podemos dejar en plaza Italia una monja full equipo con su túnica de monja empapada de aceite de sardina para que hordas de gatos del Botánico se le suban encima, la laman, le rebusquen la carne.

—Ésa se entiende, ¿no?

—No, yo no.

—Entonces está bien. ¿Y qué te parece si les dejamos una pareja, un hombre y una mujer gordos vestidos de jogging y agarrados de la mano que en realidad estén pegados de la mano, les pegamos las manos con un cemento de contacto que cuando los quieran separar no puedan y, si tiran un poco más, se les quede el brazo de la mujer, que lo dejamos casi cortado, pegado al hombre? Ése está bueno, ¿no? El problema es que puede que lo entiendan muy fácil.

—¿Entender qué?

Le dice Nito, porque querría decirle entender qué. Se ve que la explosión sin chispazo le dio ánimos. Carpanta lo mira con un dejo de odio, y Nito le dice que supuestamente ya dejamos media docena de cuerpos bien embalsamados, bien disfrazados, tan compuestos en distintos lugares y todavía no dijimos nada. Dice, pregunta: ¿no dijimos nada? Carpanta cierra los ojos y le dice que ésa es la belleza. Nito cree que le va a decir que ésa es la diferencia entre publicidad y arte —y está a punto de anticiparse a sus palabras—, pero no se lo dice.

—Ésa es la belleza.

Dice Carpanta, y que las personas están acostumbradas a que todo les llegue con instrucciones para su uso, que todo, desde los venenos para ratas hasta las fotos en los diarios hasta las licuadoras multitarget y las instalaciones en los museos de arte moderno, viene con instrucciones para su uso, que esta cultura de instrucciones para su uso ha creado multitudes necesitadas de instrucciones para su uso y que el primer gesto libertario de un artista —dice, pronunciando muy cuidadoso cada sílaba: el primer gesto libertario de un artista— consiste en enfrentar a las personas con realidades brutas sin instrucciones para su uso.

—Realidades sin ninguna instrucción.

—Eso, realidades brutas.

Dice Nito, y Carpanta le sonríe complacido o casi complacido.

–Y entonces después les dejamos un astronauta argentino, un tipo chiquitito o incluso un nene o una nena con traje de astronauta remendado, hecho con pedazos de cosas viejas, una pecera vieja en lugar de escafandra, subido a un cochecito de juguete y estacionado en alguna avenida, o quizás en Ezeiza. ése nos lo van a entender enseguida, les va a dar una pista, van a creer que ya empiezan a saber de qué se trata. Está bien que crean que empiezan a saber, así después se caen de más arriba.

En algún barrio de la ciudad ya debe estar amaneciendo; ahí en el living, Titina ha corrido las cortinas y la noche sigue. Titina trata de decir algo y Carpanta le dice que se calle con la mano.

–En el principio era el malentendido. Kandinsky miró un cuadro al revés, desde el otro lado de la tela, y no entendió la imagen pero lo atrajo lo que vio. Entonces se puso a pintar así, cosas que no eran nada, cosas vistas desde el otro lado, y empezó el arte abstracto. El malentendido nos arruinó la vida.

Carpanta redondea frases como si las grabara y a veces las remata con esputo, otras con saque. Está claro que no le habla a Nito ni a Titina, pero la eternidad sigue sin escucharlo. Nito imagina que Carpanta es su puerta a un más allá que no termina de saber: la idea lo alivia y después lo inquieta.

— Y usted cree que nuestros muertos van a crear esos malentendidos?

–Yo qué sé. Supongo que al principio la gente se va a sorprender, se va a asustar, van a empezar a hablar de una campaña terrorista, de una invasión chilena, una maniobra de la CIA, yo qué sé. Los diarios, como siempre, van a decir pelotudeces, y millones van a repetir pelotudeces. Algún iluminado de la tele o de la policía, que es más o menos lo mismo, va a buscar la identidad de los muertos y va a tratar de entender algo basándose en quiénes eran cuando estaban vivos, no en quiénes son. Siempre igual: buscan en el pasado, se creen que los pasados les van a explicar todo. No van a encontrar nada, así que van a imaginar un criminal chiflado, un asesino serial, la Decadencia de Occidente, lo de siempre. Hay que sacar buenas entradas: va a ser un festival de malos entendidos, puro arte. Alguien, alguno de los más astutos, va a sospechar algo; alguien va a tratar de decir que sólo en los malentendidos hay algo que entender —pero nadie va a querer escucharlo. Y nosotros lo vamos a mirar quietitos, entretenidos, muy interesados, casi orondos, atentos a no quedarnos sin pochoclo.

Carpanta está lanzado: se escucha con un placer incontenible. Titina —también Titina— se ha acercado y mira concentrada, tratando de no perder ni una palabra.

–Al final, millones se van a dar cuenta de que todo lo que les explican son pelotudeces, van a tener que pensar solos.  Te das cuenta de lo que eso significa, que entiendan que no tienen más remedio que pensar solitos, sin manual?

—¿Y cómo van a hacer para entender lo que usted les quiere decir?

—No lo van a entender. De a poco también van a darse cuenta de que todo lo que piensan solos también está mal. Los vamos a tener en carne viva, listos para lo que queramos darles. El artista es el tipo que te muestra lo que nunca habías sabido ver: que te revienta.

—¿No era el que los enfrentaba con la realidad sin instrucciones?

—No. Ése era otro.

—Ah, claro. Ahora le entiendo. Extraordinario, sí señor. Extraordinario.

VII. LA PALABRA

1

—¿Vos sabes hablar?

Me preguntó el Pastor, y yo lo miré para que entendiera que había dicho una tontería. No, ya sé que debes ser capaz de emitir sonidos, formar palabras. Te pregunto si eres capaz de hablar de verdad, de obligarlos a que te escuchen, que necesiten saber cómo vas a seguir, que puedas redondear una historia de esas que te parten al medio. ¿Me entiendes: que te parten al medio? Digo, porque yo sé que sabes escribir, pero si eres capaz de hablar acabas de conseguir el trabajo de tu vida.

Yo, en esos días, necesitaba el trabajo de mi vida.

Yo no tuve la culpa. Es verdad: yo no tuve la culpa. Está claro que yo nunca me habría metido solo en algo así, pero sé que es barato decirlo: casi nadie, ante la evidencia de que su vida siguió un camino despistado, acepta que fue por una decisión propia y autónoma. Salvo los extremistas obstinados —los muy orgullosos y los muy depresivos, los que quieren que incluso sus fracasos sean propiamente suyos y los que sólo quieren que sean suyos sus fracasos—, todos dicen lo mismo: la culpa no fue mía, fueron las circunstancias, la sociedad, el Mal que acecha, la distracción incluso. La distracción bastante menos: culpable de casi todos los errores, la distracción está, por falta de glamour, muy poco valorada: ¿quién diría, con la voz vacilante, la copa transpirada entre los dedos, no, fue porque estaba pensando en otra cosa? En cualquier caso yo siempre estoy pensando en otra cosa y, de verdad, no tuve la culpa, pero decirlo no significa nada: no se escucha. Es el problema del éxito: cuando algo funciona demasiado bien se vuelve tan masivo que suscita desconfianza; yo no tuve la culpa es una excusa tan manida que ya nadie la cree. Aunque, en última instancia, ¿cómo podría ser de otra manera? ¿Qué significa decir que una culpa es mía? ¿Cómo se podría atribuir la responsabilidad de cualquier hecho sólo a una persona cuando ninguna persona vive fuera de un tejido complicadísimo de otras personas, relaciones, fuerzas levemente comprensibles, fuerzas perfectamente incomprensibles? Creerse dueño de sus actos es un acto de soberbia espantoso;

entonces, técnicamente, decir que tal o cual cosa no es mi culpa tiende a la redundancia. Y, sin embargo, cuando uno dice —como yo digo ahora— que la culpa de aquello no fue mía, la repetición lo hace increíble. Aun si yo hiciera, ahora, un gran esfuerzo —que no pienso hacer— por demostrar que realmente fue por culpa ajena, aunque apilara —quizá lo haga— hecho sobre hecho mostrando que la idea no fue mía, que me dejé llevar por esto y por aquello, los millones de veces que lo mismo fue dicho sólo por decir algo —por no tomarse el trabajo o la pena de pensar en las raíces del problema— lo hacen increíble. Y yo, ya en esos días —ahora más—, sabía que lo que importa de una historia no es que sea verdadera.

Pero es cierto que la culpa no fue mía. Yo, en esos días, era algo así como un hombre feliz —o, por lo menos, un muchacho feliz. Y mi felicidad tenía que ver —era curioso, en la Argentina de los noventas, feria de vanidades, cotillón, desparramo — con que era libre. Algún filósofo de viernes a la noche trató de convencernos —a nosotros, ovejas con cerebro de pato— de que la libertad es una, un concepto, una abstracción y que se tiene o no se tiene; se ve que nunca dejó de ser esclavo de sus diccionarios: no hay nada más relativo, más ajustable que la famosa libertad. Hay muchas formas de la libertad; hay, por supuesto, libertades mejores que otras, y la mía era de las insuperables: yo me sentía perfectamente libre porque sabía que todo era posible, cualquier cosa. Si mi padre quiso cruzar la calle y lo mató un gordito todo era posible, nada tenía sentido, nada razón, nada raíces y yo podía hacer cualquiera: lo que se me cruzara por la cabeza en cada momento y su opuesto y lo de más allá. Yo fui, en esos años, feliz porque un idiota atropelló a mi padre.

O quizá no debería decir que era feliz porque no hay causas ni efectos ni sentido y decir, al mismo tiempo, que mi felicidad tenía una causa muy precisa. Parece —ahora parece o me parece— una contradicción; lo bueno fue que entonces una contradicción no era problema porque había decidido que nada tenía sentido, efecto o causa, y vivía según eso. Sólo empañaban, a veces, mi felicidad —mi libertad— los huevos. Los huevos acechaban: una noche, pongamos, necesitaba huevos; había huevos —en el mundo había huevos, en la Argentina había huevos, en Buenos Aires, en mi barrio, en mi cuadra había huevos—; yo tenía la plata necesaria para comprarlos en el bolsillo delantero derecho de mi jean, donde siempre que tenía plata la tenía; los huevos estaban ahí al lado, a un metro, medio metro de mí, detrás del vidrio de la vidriera de una verdulería —cerrada a esa hora de la noche: tan cerca, tan fácil, tan perfectamente fuera de mi alcance. Lo que realmente lima la libertad no son las grandes impotencias; son las pequeñas imposibilidades. Hay cosas que son brutalmente inalcanzables pero —quien más, quien menos— aprendemos a dejar de quererlas: en eso consiste, me dicen, casi todo saber; en eso consiste, me enseñaría el Pastor, más preciso, el saber del que sabe buscar al Señor. Las insidiosas, que te arruinan la vida, son esas cosas que sólo una pequeñez te impide conseguir: las que

están ahí, que deberían ser tuyas y no son. Pero aun así, a pesar de los huevos, yo era feliz —mayormente feliz— y rebosaba, en esos días, de ideas sobre las cosas y la vida, las cosas de la vida.

Los huevos y la mirada de los otros —cuando me acordaba.

Yo no tuve la culpa. Yo era un muchacho feliz: sólo a veces se me empañaba la felicidad pensando que debería pensar qué iba a hacer de mi vida. Había terminado el colegio; mamá, por supuesto, quería que estudiara, porque en cualquier momento tendría veinte años, y en 1994 los argentinos todavía no habían terminado de aceptar el naufragio de la idea más auténticamente nacional:

—¿No entendés los esfuerzos, los sacrificios que tu madre está dispuesta a hacer para que vos estudies? Claro, vos no tenés por qué saber que me voy a gastar los últimos ahorros que me dejó tu abuelo no en ropa para mí, ni muebles para la casa, ni siquiera en guardar para la vejez sino en tu educación. Tu educación, Nito, escuchá bien: tu educación.

Mamá había avanzado tanto en la culebronización de su discurso —y trabajaba duro para pulir detalles: para una madre, hijo, no hay nada más importante que la educación de su hijo porque la educación es la vida de su hijo y para una madre, hijo, no hay nada más importante que la vida de su hijo, ¿me entendés? Me entendés, por ejemplo, era un remate que todavía podía mejorar: quizás un suspiro o su clásica mirada al cielo raso serían más efectivos. Pero no quiero excederme en la crítica: sería injusto con los esfuerzos de mamá.

—Hijo, espero que sepas estar a la altura de nuestro sacrificio.

Terminaba, poco más o menos, sin poder precisar un plural que, a esa altura, convertido Beto en una visita cada vez más esporádica, no tenía a quién incluir. Llevábamos casi un año viviendo en el centro de El Palomar; el departamento de Caballito se nos había vuelto demasiado caro ahora que mamá tenía que mantenerlo sola, y habíamos tenido que mudarnos. Mamá, a esta altura, había desarrollado una habilidad extraordinaria para reproducir el mismo lugar —el mismo living con su sillón beige, la misma cocina con sus cortinas de cuadritos blanquirrojos, las mismas habitaciones con persianas bajas y fotos en sus marcos— en todas partes: pese a las mudanzas, yo podía tener la sensación de que había vivido toda mi vida en el mismo lugar —y eso, por alguna razón, era importante para mamá: formaba parte de mi educación. Pero después bajaba a la calle y la calle era otra; nos habíamos exiliado en ese territorio confuso que es el Gran Buenos Aires, donde las calles ya no son ciudad sin empezar a ser un pueblo, donde ciertas tinieblas avanzan más de lo habitual, donde las personas se conocen tanto que se temen, donde siempre hay algo que está lejos, y eso contribuía a mi felicidad —un poco menos que el accidente de mi padre—: allí, tan claramente afuera, cualquier cosa era casi posible. Feliz, sin las culpas, yo

pensaba mi vida: mi vida era un blanco que precisaba ser pensado; yo pensaba. Me gustaba pensar mi vida: sólo me preocupaba la certeza de que alguna vez tendría que hacer algo de lo que pensaba, pero intentaba suponer que faltaba mucho para eso, todavía. Entonces pensaba que podía ser un comerciante en algo —y pensaba heladeras: comprar heladeras usadas, lavarlas bien, pasarles una mano de antióxido y pintura y venderlas al doble de lo que me habían costado. Podría armar una buena historia para cada heladera —ésta la tenía una viejita que no soportaba comer o tomar nada frío, imagínese, los dientes arruinados, así que casi no la usaba; ésta es una heladera especial para departamento, mucho más liviana que las otras, no hace presión sobre la estructura de su edificio y le ahorra plata de expensas; si usted come mucha lechuga, como dice, ésta tiene un sistema de enfriado muy moderno que hace que las verduras de hoja le duren por lo menos cinco días más que en las demás, pruébela y me dice. Pero hice cuentas: podía sacar cien, doscientos pesos por una heladera después de encontrarla y comprarla, llevármela, limpiarla, pintarla, rebuscarle un cliente, inventarle su historia; decididamente la vida del negociante de heladeras debía ser un infierno de pobreza —por no hablar de los problemas que tendría uno como yo para mover las heladeras. Era obvio que podía comerciar con otras cosas pero, después del fracaso de las heladeras, no me daban ni ganas de pensarlo. Me desanimé. En esos días, cuando era feliz, desanimarme no me costaba mucho: es difícil mantener todo el tiempo inflado el globo de la felicidad. Para el infeliz, en cambio, desanimarse es complicado: ¿cómo desinfla lo que no tiene aire?

Me imaginaba un globo desinflado, el trabajo de sacarle último aire con los dedos, apretando los dos pulgares contra los dos índices, ordeñando el aire del globo desinflado —hasta que me di cuenta de que lo mejor era inhalarlo: ponérselo en la boca y chupar fuerte para adentro: el desánimo del desanimado.

Así que, feliz, podía ser una estrella del rock: ya estaba en esa burbuja siempre amenazante, allá arriba a punto de caer, donde viven las estrellas del rock; sólo tenía que aprender a cantar, a tocar la guitarra —pero tampoco tanto: más que nada necesitaba que se me ocurriera un tipo de canciones que nadie hubiera imaginado antes. Canciones sobre el fútbol, por ejemplo: ¿por qué ningún rockero cantaba sobre el fútbol? No era tan complicado: armábamos un grupo que hiciera sus temas con historias futboleras, el pibito de la villa que consigue engancharse en un equipo grande y el día anterior a su debut se revienta en un afano mal armado porque no quiere abandonar a sus viejos amigos, el veterano que por fin puede subir a la B nacional y se siente gardel y no entiende por qué los otros lo miran con tristeza, el referí que ve a los jugadores a los que tiene que juzgar con una envidia mormosísima y les busca las pulgas y, por ese resentimiento y pormenor, se convierte en el mejor de los peores: esas historias, con musiquitas pegadizas para que las hinchadas las

cantaran con sus propias letras; era una posibilidad, si sólo pudiera aprender a tocar la guitarra y esas cosas. También sería peligroso: como estrella del rock iba a tener una vida complicada, siempre al borde; era una decisión difícil de tomar. Igual por el momento no sabía, así que mientras tanto podía conseguir un trabajo fácil en una oficina o un supermercado: cadete, repositor externo, secretaria. Sería simple: una vida sin preocupaciones, dejar pasar el tiempo hasta que llegaran, cada día, las ocho de la noche o las cinco de la tarde o el horario que fuera y después olvidarme de todo eso y disfrutar de mi libertad de joven argentino sin complicaciones: no escaparme de mi felicidad. Aunque eso me sonaba, algunas veces, cobarde, pobretón, como si no quisiera hacer realmente nada con mi vida: yo tenía que imaginar qué vida sería mejor para un país que se derrumba, y entonces pensaba que podía meterme en un grupo político y mostrarme muy interesado en los asuntos de mi barrio —cloacas, escuelas, parques y jardines, elecciones de la cooperativa— y hacerme amigo del puntero de mi barrio, convencerlo de mi utilidad y lealtad y contrariedad al enemigo y entonces, de a poco, volverme cada vez más útil y más conocido y, en unos años, entrar en una lista para concejal y despegar una carrera que me haría bastante rico, un poco conocido, bien odiado, para la cual mi aspecto y condición me ayudarían: ¿quién podía negarse a votar a uno como yo? ¿Quién sería el valiente hijo de puta? El problema de mi carrera política era tener que pasarme la vida siendo uno de esos hijos de puta que la gente detesta, pero quizás igual valiera la pena porque no se me ocurría ningún modo mejor de ganar mucha plata en poco tiempo. Y, después de todo, no debía ser tan malo que muchos papanatas te detesten: como un honor menor, un motivo de orgullo desviado. Pero no sabía si esa plata —esa vida— me iban a gustar; era un poco pronto para decirlo, tenía veinte años, tenía una vida por delante, tenía mucho que pensar, tenía felicidad, tenía una madre insoportable, tenía una novia que veía dos veces por semana.

Recordaba, algunas veces, con gusto mi venganza: imaginaba a Alberto Raggio contándose los días, me reía. Pero mi venganza no me había servido para olvidarme nada: seguía tratando de entender qué pensó mi padre en ese momento, en esa esquina, justo antes de que el falcon. Tenía que haber sido algo importante, algo decisivo: el momento en que entrevió —brumas, el golpe— la clave de su vida. O, más probablemente: que estaba llegando tarde a alguna parte, que el domingo no iba a poder dormir la siesta, que tenía que pagar la cuenta del teléfono.

—Mamá, ¿es cierto que yo tenía que estar con él ese día?

—No, querido, cómo se te ocurre.

Era injusto que la muerte de ese desconocido fuera tan importante en mi vida. Mi padre aprovechaba su muerte demasiado. Quizá supiera —él sí supiera— que nadie está muerto mucho tiempo. Él, por ejemplo, seguiría muerto unos años más, los que yo viviera, quizás incluso los que vivieran mis hijos si es que alguna vez me

resignaba a hacer hijos como serían los míos. Después ya no estaría más muerto: dejaría de existir, volvería a no haber existido. Él, seguramente, lo sabía: y entonces, mientras podía, aprovechaba.

Una tarde —era casi de noche— Ayelén se sacó el flequillo de los ojos y me dijo que era muy afortunada —que la vida la trataba bien, me dijo, como si supiera qué era eso— y yo pensé si debería matarla: que se muriera con esa sensación, que se muriera antes de arruinarla, no darle tiempo para que la perdiera, permitirle que fuera feliz para siempre; después pensé que yo no pienso esas cosas, que de dónde podría haberlo sacado. Después que, ya que lo había pensado, tenía que pensar algo más: que esa idea, si acaso, podría aplicarse a partir de cierta edad, y lo difícil era saber cuál.

Me dio miedo seguir pensándolo. Ayelén tenía ese gesto fascinante —la nariz levemente arrugada, mejillas tensas, el labio superior levantadito— de quien ha oído tanta mierda que ya no cree que exista nada más. En una mujer grande el gesto irrita; en una chica como ella era inquietante, el prólogo a un misterio —que quizá no existiera. Pero un día Ayelén me pidió que le cortara el flequillo: nunca fue más mía. Yo sé —no sé si ella lo supo— que la tuve en mis manos. Durante unos minutos disfruté como un perro la sensación de pasar la tijera ante sus ojos, tan cerca de sus ojos: me alcanzaba con un pequeño movimiento —un movimiento de, digamos, tres centímetros hacia adentro, de arriba abajo, súbito pero suave— para saltarle el ojo para siempre. Ella, quietita, me regalaba la posibilidad: con sólo un pequeño movimiento yo podía crear un para siempre: para siempre ella es alguien sin su ojo derecho, para siempre yo soy un criminal que acuchillé en el ojo a la chica que decía que quería, para siempre soy un misterio indescifrable, para siempre ella se pregunta perpleja cómo puede ser que hiciera eso y por qué y a menudo tiene la sensación de llegar a la verdad sólo para darse cuenta de que no hay verdad posible, no hay respuesta posible, cada verdad y cada respuesta se anulan y se ahúman y se pierden, para siempre ella me odia como no se puede odiar a nadie más, para siempre su familia trata de arruinarme de todas las formas posibles imaginables, para siempre quedamos unidos —ella y yo— por el chorro rojo y blanco de ese ojo reventando. Fue una revelación: el vértigo de que alcanzara con un pequeño movimiento para lograr tantos efectos, crear tantas realidades que todavía no existían, que podrían existir —para siempre— con sólo desviar el paso de la tijera que estaba cortándole el flequillo tres centímetros, incluso dos centímetros. Después pensaría en la paradoja de que algo tan importante me pudiera costar tan poco esfuerzo. Era un error: lo importante no tiene que ver con el esfuerzo. Fue una revelación: lo importante te amenaza siempre, a dos, a tres centímetros.

Me salvé: esa vez me salvé. Ayelén caminaba como si el mundo tuviera que agradecerle cada paso; tenía el pelo rubio hasta los hombros —pero ya no flequillo—,

los ojos claros, los labios corazón y una nariz que había crecido demasiado. Ayelén no era tan baja pero no me burlaba, y a mí me fascinó la forma en que temblaba cuando empezamos a besarnos: me ponía las manos en el cuello y la cara como si no supiera si atraerme o rechazarme, se espantaba de pronto en el medio de un beso atornillado y me miraba virgen confundida, apartaba mi lengua de su oreja cuando la respiración se le agitaba: esas cosas que, supongo, supondría que hacen las doncellas cuando temen entregarse del todo al arrebató del amor —o lo que fuera. Era delicioso: Ayelén tenía diecisiete años y —suponía entonces y confirmé después— más carreras que Yatasto. El que decía más carreras que Yatasto era mi abuelo: alguna vez le pregunté y me dijo que Yatasto era un potro que había ganado muchas carreras en Palermo y San Isidro, el mejor de todos, pero que la frase se aplicaba a las yeguas más yeguas: que eso siempre le había llamado la atención. Y yo, desde su muerte, solía decir más carreras que Yatasto, mentando un caballo que nunca conocí ante gente que ni siquiera sabía que eso era el nombre de un caballo: un diálogo sordo con mi abuelo, una forma de decirle estás ahí —en las carreras de Yatasto, en esas grupas encrespadas.

Ayelén, pese a Yatasto, se esforzaba: se desvivía por simular pudor. Yo, entonces, creía que Ayelén lo hacía por mí: que, por la razón que fuera, imaginaba que a mí me gustaría verla como una niña pura y me hacía el homenaje de intentar su imitación —berreta, abolerada— para tratar de complacerme. Lo conseguía: a mí me llenaba de gusto que simulara para mí. Tardé en darme cuenta de que no lo hacía para mí sino para la época: cuando la moral tradicional ya no se impone, la simulación de la moral es otra forma de degradar esa moral: si se puede fingirla, ¿por qué creer que vale algo? Ayelén se tomaba el trabajo de apartar mi lengua de su oreja —de hacerme notar que apartaba mi lengua de su oreja— para participar a su manera de un mundo que ya no creía que una lengua masculina era algo que había que apartar de las orejas de mujer.

—Nito, ¿qué te creés que soy?

—Una chica divina.

—Estás equivocado.

—Ya sé.

—¿Cómo que ya sabés?

—Sé.

—¿Y entonces que te creés que soy?

—Una chica divina.

—Y buena. Y más pura que la mierda.

—Sí, mucho más pura.

Ayelén no era tanto más alta que yo, pero yo igual tenía la sensación de ser juguete: que me hacía el favor de jugar conmigo, que cualquier día se cansaba, que

aprovechara mientras duraba y se lo agradeciera. Yo nunca fui un enano: era pequeño pero muy bien proporcionado. Ya había dejado de ser un cabezón; tenía el pelo negro revuelto, la piel muy blanca cera transparente, los ojos chicos oscuros achinados, la nariz fina —demasiado fina, como si nada fuera a pasar por sus agujeros— y la cara ensombrecida por esos puntos de barba siempre a punto de salir que consiguen que ciertos ejemplares mediterráneos parezcamos módicamente sucios o, incluso, como machos.

Ayelén me venía a ver cuando mamá no estaba en casa: no le gustaba tanto andar conmigo por la calle. A mí, en realidad, tampoco. Sólo mamá quería que saliera más: me insistía Nito mi amor por qué no vas al centro, podés ir a tomar un helado o a bailar o lo que quieras, no te preocupes por la plata yo todavía te la puedo dar —decía, dos veces por semana, y trataba de decirlo casual, como quien recuerda algo no muy importante que ni siquiera había olvidado, pero se le notaba la ansiedad más que la grasa.

—Sí, mamá, gracias. Ahora tengo cosas que hacer pero mañana voy.

Mis respuestas eran convencionales, repetidas. A mí no me interesaban esas actividades —me decía que no me interesaban— que los jóvenes deben hacer porque son jóvenes: maneras generacionales de perder el tiempo, música fuerte, risas nerviosas, gritos en la esquina, modos de compartir el tedio de los que todavía no saben qué hacer con sus vidas: de los que subrayan la palabra todavía como si después, de pronto, un día, pudieran descubrirlo —y mientras tanto. Aunque es cierto que yo podría haber trabajado un poco más la actitud baibar, ese clásico joven; Ricki, aquella vez, me había dicho que le diera, que no fuera boludo.

—¿Que trabajar qué? ¿De qué me estás hablando?

—La baibar, Nito, no me digas que no sabés qué es.

Yo no le dije que no sabía pero él sabía que yo no, así que se dio el gusto de explicármelo:

—La actitud baibar, bailecito en la barra. ¿No viste a esos zoquetes que nunca salen a bailar, que se quedan pegados a la barra pero mueven los piecitos un poquito, las nalgas un poquito, como quien dice agarrame que se me van las tabas? ¿Esos que siempre parece que se estuvieran conteniendo? Eso te digo, Nito, eso te falta.

Yo le dije que no dijera boludeces.

Yo tenía veinte años y ya era definitivamente lo que era. Durante muchos años había sido bajo para mi edad; ahora era bajo. O, mejor, bajito: un cuerpo con los rasgos perfectamente dibujados en pequeño, una especie de concentrado, cubito knorr de mi persona. Hasta mis dieciocho, diecinueve años todos conservamos la esperanza de que crecería: visitamos un par de médicos que sacudieron la cabeza, un tercero que me dio unas pastillas que costaban fortunas y, por fin, mamá recibió de nuevo los

consejos de la ineludible tía Silvia, que le consiguió el libro de rigor. *Ser grande* era la obra de una médica norteamericana que había tenido tres hijos —dos hembras, un varón— igualmente pequeños, y había dedicado su vida a investigar el asunto. La primera reacción de mamá cuando empezó a leerlo fue un tremendo terror retroactivo y el alivio: menos mal que tuve sólo uno, se dijo, y enseguida —durante días y semanas— la remordió la culpa de haber negado en lo más íntimo a esos hijos que tendría que haber tenido. Después supuso que la culpa era del libro: no de éste, sino de aquel manual de puericultura que su misma cuñada Silvia le había prestado dos décadas atrás, cuando me esperaba con los miedos más cervales: leí tantas deformidades que alguna se abrió paso desde mi mente hasta mi vientre, supuso, recuperando un camino que muchas culturas reconocen. Por fin, ya superados esos choques —mamá siempre chocaba con los libros—, se tragó sus páginas con la avidez de quien busca un tesoro: seguramente, en alguno de sus capítulos, la doctora Meyersky le ofrecería la solución a nuestro problema. La doctora Meyersky hablaba de unas píldoras que garantizaban cierto crecimiento a cambio de complicar el sistema hormonal e indefinir el sexo del paciente, y mamá, por suerte, prefirió no intentarlo; la doctora Meyersky hablaba de unas máquinas que estiran poco a poco, a lo largo de años, los huesos del paciente chiquitito y mamá, que en principio se entusiasmó con el proceso, descubrió que no se lo podía iniciar después de los quince años; la doctora Meyersky hablaba de las experiencias de unos chiquititos que se pasaron cuarenta días en el desierto de New Mexico arrostrando la furia de la naturaleza y volvieron con algún centímetro de más, pero mamá no creyó que el sistema funcionara en la Puna o la Pampa; la doctora Meyersky hablaba, más que nada, de lo inseguro de los métodos y, por lo tanto, de una adaptación que no quería llamar resignación: explicaba que el mundo sufre de demasiados hombres y mujeres oversized —el traductor no había encontrado la palabra apropiada, y conservaba la inglesa— y que agradece la existencia de esos chiquititos: «Ser chico es ser grande», decía su eslogan, que se convirtió de pronto en la consigna de mamá: «Cualquier cosa que haga un chiquitito —la autora o su traductor insistían en la palabra chiquitito, que fue, de ahí en más, el nombre oficial de mi apariencia— será más valorada por el mundo, que le dará el peso de lo que hacen los que parten desde una posición aparentemente desventajosa: nuestro mundo valora más que nada lo que logran los que no están en condiciones de lograrlo, la hazaña del self made man. El chiquitito es el self made man por excelencia —decía—, porque se ve tan claro que no ha sido hecho como debería y debe hacerse: ésa es su ventaja, y cada chiquitito debe aprenderla, aprovecharla.» La idea contradecía escandalosamente la cantidad de métodos imposibles que el resto del libro sumariaba, pero mamá eligió aceptarla —y, a partir de entonces, quedé oficialmente definido como un chiquitito irreparable: yo sería para siempre eso que era. Lo cual, a mis veinte, era duro pero fue, también, un

alivio.

Nunca supe si se avergonzaba de mí; creo que más bien se avergonzaba de ella. Se culpaba: tu padre era un tipo alto, me decía —aunque en sus dos fotos le llevaba cuatro o cinco centímetros—; era su forma de decirme que la culpa era suya. Yo no lo entendía: le habría resultado más fácil no mentir sobre la altura de mi padre y cargarle la culpa. Después me di cuenta de que, en su resentimiento, ni eso quería concederle.

Ayelén pensaba de otro modo. Titina, por ejemplo, llevaba hasta el extremo nuestra manera de pensar: era, por decirlo de algún modo, una extremista de la línea recta —si es que la línea recta, hubiera dicho ella, puede aceptar extremos. Pero Ayelén pensaba de otro modo: para ella, me duele la cabeza podía implicar gusto a pescado, no te escucho un verde amarillento. Pero, por eso mismo, a veces le decía cosas que me dejaban pensando: lo mejor de mi diálogo conmigo.

—Mi amor por vos es incondicional. No depende de tonterías como que existas o no existas.

Ayelén me tomaba examen todo el tiempo: con ella no podía descansar. Tenía que merecerla, mantenerme a la altura —y lo intentaba. Al fin, cuando condescendió a acostarse conmigo, yo la cogí como si le quisiera demostrar que su cuerpo no me importaba realmente, que todo era un ritual para mostrarle cuánto la quería: yo imaginaba —entonces, imaginaba— que no había nada más amoroso que esa prescindencia. Fue una tarde de marzo, calurosa, en casa: mamá había ido a visitar a la abuela a Lanús y no volvería hasta la noche —aunque, con mamá, nunca se sabía. Yo no pensaba terminar así; Ayelén me fue llevando desde el living a la habitación, desde vestidos a desnudos, desde los besos a sus piernas abiertas. Yo lo había visto tantas veces en mis videos: sabía cómo hacerlo y ni siquiera me asusté. Asustarme no habría estado mal. Cuando terminamos estaba un poco decepcionado: esperaba algo más tremebundo, más espectacular.

—¿Vos sabés que te pueden meter preso por esto?

—¿Qué? ¿Por qué cosa?

—Por esto que acabás de hacer, por abusar de una menor.

Yo la miré tratando de mirar a una menor, a mí su abusador: era ridículo. Ayelén estaba boca abajo y se había prendido un cigarrillo. No me hablaba a mí, le hablaba al mundo o la pared:

—Varios años de cárcel.

—No digas boludeces.

—No es ninguna boludez. Si alguien se entera, puede denunciarte. Hasta yo podría denunciarte.

—No digas boludeces.

Yo debería haberle dicho que claro, que por ella me arriesgaba a eso y tanto más,

pero no se lo dije. O jugar su juego mata-hari y preguntarle qué quería para garantizarme su silencio. Lo volvimos a hacer algunas veces más; por desgracia tardé mucho más que su paciencia en entender que lo que quería era que me callara la boca, le tapara la boca, le arrancara la ropa de un tirón y se la metiera sin contemplaciones, desafiando sus amenazas, su bienestar, la cárcel. O, por lo menos, eso fue lo que pensé cuando me dijo que no quería volver a verme. Fue, de algún modo, un alivio, hasta que se me ocurrió que quizás había descubierto mi secreto: yo adoraba estar con ella, me gustaba que viniera a visitarme cuando mamá salía —me gustaban incluso esas pocas veces en que íbamos juntos a caminar, a tomar un helado— pero me gustaba mucho más pajearme recordándola. Y entonces, cuando estaba con ella, hacía cosas —la miraba vestirse, le escondía la ropa, la acompañaba al baño para armarme memorias. Yo nunca me había hecho pajas mejores: a veces recordaba con nostalgia a la pobre Susana, tan superada por esta chica más joven y más cerca: me sentía levemente traidor y le explicaba que así es la vida, las leyes de este juego. Por eso, cuando Ayelén me dejó me importó más o menos: ya la tenía en la cabeza y en la mano. Era, quisiese o no quisiese, mía. Yo, con ella, aprendí mucho. Entre otras cosas, que coger está terriblemente sobrevalorado —y que yo no tenía por qué caer en esa trampa.

Hay quienes creen que es duro ser un chiquitito: son los que lo miran desde afuera. Es porque ellos, cuando te ven, ven eso. Yo no suelo pensarlo: en general lo olvido. Son los otros los que me miran como algo que no soy. Pero empezaba a saber que mi presencia llamaba la atención: que no pasaba inadvertido.

Aunque también es cierto que de Ayelén yo nunca supe nada: que su truco fue no contarme nunca nada de su historia. Y además pensé que ella tenía razón, que yo no era para ella, que a mí me tenían que gustar esas mujeres que están a punto de caer: carnes redondas, plenas, llenas, que van a ser colgajos pronto. Mujeres que lo saben, que ven el tiempo en las primeras arrugas, en los depósitos —depósitos de grasa cada vez más blanda, en las venas que empiezan a escapárseles del cuerpo. Mujeres que ven cómo todo lo que fueron se derrumba, se acaba, y no saben qué van a ser después, pero le temen. No me recuerdo bien cómo lo supe, pero estaba claro.

Era como los humos que seguían todo el tiempo ahí, al fondo de las calles, patoteros: grasa de la ciudad, arrugas, colgajos de la ciudad que no paraban de decirnos que todo estaba a punto de caer —aunque, de puro acostumbrados, ya casi ni los viéramos.

Yo no tuve la culpa, nadie tuvo la culpa, pero necesitaba irme de esa casa: no podía quedarme con mamá. No después de la primera vez que le dije que si seguía así

se iba a morir.

—Sí, ya sé que me voy a morir.

Dijo mamá, me sonrió, como para archivar el diálogo. Era uno de sus recursos favoritos: había aprendido a no confrontar, a darle —en apariencia— la razón al otro como forma de conservar su supuesto poder, de no ponerlo en juego. No era, por supuesto, una idea suya: la había leído en las páginas fértiles —tipografía cuerpo 13, líneas muy separadas, margen ancho— de *El Judo espiritual*, el best seller de Carmelo Galdi que millones de mujeres argentinas leían en esos días: «Los hombres creen que la manera de ganar una discusión es llevarla hasta su punto de ruptura. Los hombres son estiradores por vocación y por anatomía. En cambio las mujeres somos rejuntantes. Las mujeres sabemos que la mejor manera de ganar es no presentar pelea abierta o, dicho de otro modo, la valentía de callarse. Las mujeres conocemos el poder de callarse. Para que ese resabio que queda flotando después del silencio, ese eco que resuena en la cabeza del que habla se transforme en una toma que se vuelve contra su propio autor: ¿en serio dije eso? ¿Cómo pude? Cuánta razón tuvo ella —mi madre, mi hermana, mi señora, mi jefa, mi empleada—, pobre ángel, en no apurarse a contestarme.»

—Lo que te digo es que si seguís así te vas a morir muy pronto, muy mal.

—Nito.

—Qué Nito ni Nito. Te estoy hablando en serio.

—Yo también, Nito.

—Pronto, mal, mamá, muy pronto y muy mal.

—Ay, hijo, no te pongas así. Qué te habré hecho.

Yo lo hacía por su bien, pero es cierto que detestaba —me costaba mucho soportar— que mamá se hubiera vuelto tan distinta de sí misma. Durante años, mamá había sido una bata amarilla medio abierta, un as de la cocina, una sonrisa comprensiva, el comentario que yo escuchaba con cuidado, con fe, con esperanza, una defensa contra Beto, un anzuelo para que Beto se quedara, una mujer que los muchachos miraban en la calle; ahora era esta gorda derrotada que apenas se levantaba del sillón del living para buscar más de esas tapas de almohadones que cosía por millares cada día, que permitía que se le vieran canas —que permitía que se le vieran canas—, que extrañaba cada vez más a Beto o a Pirucho o a cualquier hombre que le hiciera algún caso, que ya ni siquiera disfrutaba con las telenovelas —porque ahora son todas iguales, Nito, últimamente nadie inventa nada, y se han vuelto guarangas—, que buscaba alguna salvación en las palabras de Galdi, de Bondarsky, de los gurús del Judo Espiritual y de la Tolerancia Comprimida y, sobre todo, en sus drogas y más drogas. Mamá era una drogona.

—Escuchame, mamá. Tenés que dejar de tomar esas cosas.

—¿A vos qué te importa lo que yo tome o no tome?

—A mí no me importa nada, tenés razón. Solamente quiero decirte que si seguís así vas a reventar como un sapo.

No sé cuándo empezó a drogarse. Supongo que fue la primera vez que sospeché que Beto la engañaba —y descubrió que su papel en la telenovela era el de la que no podía dormir pensando dónde estaría su hombre ausente y, al cabo de muchas noches, se sintió una estúpida y le pidió a su cuñada Silvia, mi tía Silvia, que le consiguiera unas pastillas, algo que la volteara. Pero eso no era grave: pese a todo, con la ayuda del Judo —y de un par de amigas de Lanús— consiguió mantener las rohipnol dentro de límites módicamente manejables: no las tomaba con alcohol, no las tomaba todos los días, de vez en cuando se pasaba una noche en vela para creerse que podía. Para subrayar ese poder, además, mamá retuvo e incluso incrementó su capacidad de emitir juicios morales: siguió pontificando que ahora las chicas son todas unas putas, que en este mundo ya nadie puede creer en la palabra, que los políticos son todos ladrones y que la droga es el peor flagelo. No era tanto: seguramente podría vivir décadas, siglos con su rohipnol; lo que la estaba matando eran las pastillitas verdes naturales.

—Nito, Nito. Ahora vos me vas a decir a mí lo que tengo que hacer.

Mamá intentaba la estrategia del suspiro. Mamá seguía creyendo que yo era su obra, lo que ella había esculpido en esa plastilina tan maleable que le entregaron en el sanatorio del Sindicato de Chapistas un día en que todo el país estaba cruzado por la muerte perfecta. Entonces mamá, para seguir con su tarea formadora, solía explicarme —porque esta charla se nos volvió costumbre, una escena que habíamos ensayado treinta o cuarenta veces sin lograr la más mínima mejora— que esas pastillas verdes eran un remedio natural para orinar —para orinar, decía— y que orinar es una de las funciones más naturales —más naturales, decía— del cuerpo, que cómo le podían hacer mal: que el Judo Espiritual tenía un párrafo que le hablaba de eso, ese donde decía que «la mente debe dejarse abusar un poco por el cuerpo: debe usar la fuerza del cuerpo para obligarse a hacer cosas que no le convengan a la mente sino al cuerpo», me dijo y respiró, como quien termina de salir de un aprieto: ¿me entendés?

—No, mamá. No te entiendo un carajo. Lo que entiendo es que por más pastillas que tomés, si seguís comiendo así vas a seguir engordando, y me dijo el tío Ricardo que los diuréticos además te ponen a trabajar tanto el hígado, o el riñón, habría que preguntarle, que cualquier día te explota.

—¿Me explota?

—No, no dijo te explota pero quiso decir te explota, te revienta. Dijo que se cierra, que el hígado o el riñón se cierra y no funciona más y entonces se te llena todo el cuerpo de meo y ahí sí te explota por adentro, todo lo que tenés por adentro se te explota y se te empieza llenar de meo, se te llena de meo hasta que te ahogás en tu

propio meo pero no desde afuera para adentro, no te ilusiones: te ahogás en tu meo desde adentro. ¿Eso es lo que vos querés, mamá, para tu vida? Ella ya ni quería saber el final de la historia; tan hecha mierda estaba, pobre, tan drogona, que no quería saberlo.

–Ay Nito, cómo decís eso. Cómo podés decirme eso. Vos qué vas a saber.

–Yo sé mamá. Yo sé. Se te empiezan a romper los cañitos que tenés adentro de tu cuerpo por donde va el meo, la sangre, todas esas cosas. No es que se te rompan todos al mismo tiempo, no; se te empiezan por romper uno o dos y entonces la presión baja un poco, desagota. Te duele, pero tampoco tanto; no es que te duela mucho, es más bien como si fuera que un gato con las uñas no tan recortadas te está agarrando algo por adentro, ahí donde se te explotó el cañito. Pero te digo, durante un tiempo, un par de días, no sé, unas semanas, como la explosión te baja la presión no se rompe más nada. Hasta que la circulación se vuelve a equilibrar, la presión sube, se rompen otros caños; así te la pasás unas horas, capaz que ni siquiera te das cuenta: tenés esa picazón, el rasguño de gato por adentro, nada más. Ni dolor de cabeza, ni dolor de barriga ni mareos ni te desmayás, nada, un carajo. Pero de pronto sentís algo muy pesado en el estómago, o, mejor dicho, a la altura de donde está el estómago, no es en el estómago, y ahí sí te da un retorcijón horrible, de golpe te da el retorcijón horrible y eso es que todo ese líquido que salió de los caños reventados, la sangre, el meo, la pus, el sudor de las vísceras, todo eso se te juntó ahí abajo y ya lo llenó y está subiendo, te está llenando todo el cuerpo, todo el cuerpo. Ahí son dos o tres minutos, diez minutos: en un rato ya todo eso te llega a los pulmones y enseguida a la garganta y ahí te ahoga. Eso sí que dicen que es horrible: ahogarse desde adentro. ¿Eso es lo que vos querés para tu vida?

Y todo por drogarte, mamá, le dije o no le dije. Creo que no le dije: no sabía qué decía el Judo Espiritual sobre andar pateando al caído, pero a mí no me parecía — pese a todo, no me parecía— la actitud para tener con madre propia, aunque lo hiciera por su bien. Porque me daba cuenta, pese a todo, de que decirle esas cosas me hacía muy feliz: me volvía poderoso. Por eso, entre otras cosas, tenía que irme de esa casa, pronto.

Mamá contraatacó. Supongamos que se preocupó por mí, ella diría: me preocupó este chico, pobre, algo le pasa. Yo no era chico —yo ya no era un chico, tremendo pelotudo no me pasaba nada que ella pudiera remediar, pensaba yo. Me equivocaba.

El Pastor repitió la pregunta:

—¿Vos sabes hablar?

El Pastor mezclaba las formas de los verbos. Su acento brasileño era lo de menos; de hecho, nunca estuve seguro de cuánto lo fingía. No que no lo tuviera, no que no tuviera que tenerlo: el Pastor era ciertamente brasileño, pero llevaba en la Argentina el tiempo suficiente como para haber dejado atrás cualquier acento; se veía que hacía el esfuerzo de guardarlo y mostrarlo.

Su acento le servía: en su línea de trabajo, nadie tenía más chapa que los brasileños. Los americanos son los mejores para hacer hamburguesas, películas de acción, computadoras; los chinos son los mejores para copiar barato; los españoles son los mejores para cantar pedorradas melódicas con pretensiones de canción profunda; los franceses son los mejores para tener un gran pasado y cocinar comidas complicadas pero los brasileños, además de ser los segundos mejores para jugar al fútbol, eran —son— los grandes del palabro cristiano. Antes que ellos estaban los americanos —los inventores, es cierto, fueron los americanos— pero para nosotros, en nuestra parte del mundo, los brasileños los pasaron por encima muy tranquilos. Será porque a los brasileños nada les da vergüenza, son los más capaces de decir Oye Señor la súplica de tus humildes marionetas sin que se les mueva un pelo, son capaces de bailotear como si fueran marionetas de un dios muy mal titiritero, son capaces de gritar y reírse y llorar y diez segundos después hablarte en un susurro y después como si fueran la señorita Alicia y después como si fueran ese trueno y después todo lo que quieran sin que un pelo. Debe ser por eso: en todo caso, nadie les duda la calidad predicadora; cualquiera que oye un Oye Señor aquí a tus pies postrados con el acento brasileño sabe que está frente a la cosa verdadera, los verdaderos pies, el aquí verdadero, un guión americano con acento brazuca: chiclete con banana. Pastor lo sabía mejor que nadie, aprovechaba.

—Sí, ya sé, no te digo hablar hacer palabras. Te digo hablar, en serio hablar.

Dijo Pastor y me miró como tratando de saber qué tipo de sonidos podrían hacer mis labios. Estábamos en su oficina de El Palomar, a cuatro cuadras de la plaza: los altos de una heladería que cuando llegaba, como entonces, el invierno, se transformaba en una agencia de remises de la que salían todas las tardes docenas de viajes sin pasajero hacia los puntos más bruscos del Gran Buenos Aires.

Pastor se llamaba, entre otros nombres, Nelson de Oliveira Schönfeld. Tuvo, en su vida, muchos pero ése fue el primero, el nombre que le anotaron en el registro civil —y no en el templo— de la ciudad de Blumenau, estado de Santa Catarina, año de gracia de 1964. Si su madre hubiera sido negra y su padre alemán, el bebé Nelson habría sido un tiritito, un mulato bastardo como tantos. Pero su madre era alemana y el negro era su padre: Nelson —la idea, la amenaza de Nelson— fue un escándalo en la escasa sociedad blumenauense y sus abuelos Schönfeld, que habían meditado

seriamente —sin decidirse a contrariar sus convicciones más rocosas— la posibilidad de forzar a su hija a un aborto, hicieron valer su extrema juventud para sacarle, recién nacida, la prueba del error y mandarla a una institución que la acogió, alimentó y educó en la más estricta disciplina y observación cristianas hasta su decimocuarto cumpleaños.

Para entonces, Nelson ya se había convertido en un compendio de las bellezas africana y mitteleuropea: un muchacho alto, esbelto, el pelo rubio mota, los ojos verdigrís, la nariz ancha, labios gruesos, piel apenas canela. Sus compañeros lo odiaban, lo burlaban: Nelson era demasiado bonito para el Orfelinato Reformado de Massarandubia, donde dos de los cuatro pastores encargados —y una joven cocinera de la raza xoklenga— arrastraban sus pasos por él. La cocinera no se atrevía a gran cosa: sabía que no le convenía competir con sus jefes. Los dos pastores, en verdad, tampoco: temían la ira de sus propios superiores. Uno de ellos, Wolfie Filho, siempre se limitó a la admiración que todo buen teutón puede profesar —con las debidas referencias wagnerianas— a un cuerpo masculino bien compuesto, por medio de miradas, silbidos, arias arias; el otro, Hans O., mayor, más ducho en esas lides, decidió que sus obligaciones magistrales incluían, entre otras, enseñar a su educando más dilecto a bañarse con tino: lo encerraba en la ducha, enarbolaba una esponja natural —de esas que raspan mientras acarician— y le fregaba cada rincón del cuerpo con ánimo docente: así, aquí, pequeño, veinte veces; así, aquí, cuarenta. Nelson, al principio —durante unas semanas que estiró todo lo posible—, supuso que podía soportarlo; el día en que el maestro Hans cambió la esponja por un tubo de enema —no alcanza con limpiar el cuerpo por afuera, rapaz, para limpiarlo cristianamente hay que limpiarlo por adentro— se asustó, lo empujó, salió corriendo. Solo en un rincón del dormitorio que compartía con otros nueve chicos, tiritando del miedo, esperando la inevitable represalia, pensó que ya era hora de cambiar de aires —y, con la ayuda de la cocinera india xoklenga, esa misma noche dejó el orfelinato, la tradición germana, las enseñanzas de Lutero y la comodidad de la comida cotidiana.

Sobre sus vagabundeos de esos años contaría, después, tantas historias tan distintas. En todas aparecían, finalmente, ciertos puntos comunes: que durante un lapso impreciso pasó hambre, hambre auténtica, y que eso sí que no se olvida; que el mundo está repleto de canallas; que hay personas que, por distintas razones, tratan de parecer buenas; que es sorprendente lo que puede tardar un chico inteligente pero bruto en descubrir sus posibilidades, y que ese tiempo que perdió lo pagaría toda la vida; que Río era, en esos días, una ciudad donde un joven bonito podía vivir más o menos bien si no tenía demasiadas ideas preconcebidas; que, pese a la opinión corriente, saber hablar era mucho más rentable que saber bailar; que casi todos los hombres eran tanto menos generosos que casi todas las mujeres; que los que creen que el trabajo es lo opuesto de la diversión son unos esquimales; que estaba perdido;

que la pasaba bomba; que fueron unos años fantásticos que no le dejaron casi nada: que cuando todo aquello se acabó —porque sus amigos y amigas generosos dejaron de llamarlo, porque todo el mundo se asustó de algo que él entonces no terminaba de entender, por vaya uno a saber—, fue como si nunca le hubiera sucedido: que es mentira que ciertas cosas te marcan para siempre, solía decir, entrecerrando los ojos verdigrís, amagando una sonrisa que era más luminosa cuando no terminaba.

Nelson sobrevivió todavía un par de años más en Río de Janeiro. Había tenido que dejar el departamento de un ambiente —cama grande, moquette, baño con bañera, ventanal— que alquilaba en un edificio pretencioso de Leblon y se había conseguido —nunca contó cómo— una cabaña al pie de un morro; trabajó de albañil, cargó bolsas de café, vendió chucherías en la calle, alguna vez robó —pero, diría tiempo después, le daba mucho miedo: su cuerpo, sus ojos, le hacían difícil pasar inadvertido y el primer enemigo del ladrón, diría, es la belleza, o comoquiera que se llame eso que le pasaba. Vivía solo, estaba solo mucho tiempo y le gustaba: la compañía era algo que nunca había elegido. Cuando quería una mujer —muy pocas veces quería un hombre—, le pagaba: le resultaba más satisfactorio. Sabía que podía conseguir poco más o menos la que quisiera —o, en realidad, la que pudiera querer: ya intuía, confuso, aquello de que nadie quiere de verdad algo que no tiene ninguna chance de alcanzar— pero, justamente por eso, conseguirla no tenía ninguna gracia: le sucedía porque sí, sin nada de su parte, sólo porque tenía esa mirada y esas piernas y pecho y el pelo rubio mota. En cambio si pagaba hacía un esfuerzo: entregaba algo que sí le había costado conseguir —que le dolía. Negociar con una mujer ni siquiera bonita en la avenida João de Souza —o, mejor, no negociar, aceptar su tarifa incluso o sobre todo cuando era desmedida— era probarse que podía. Y, además, cuando pagaba una mujer no tenía que prometerle nada que no fuera a cumplir; de sus años Leblon le había quedado, aunque no lo quisiera reconocer, un odio exagerado por las promesas huecas.

Hasta el día en que se le ocurrió que su vida era un dechado de promesas huecas. Fue un golpe estrepitoso. Sin querer, sin proponérselo, Nelson había llegado a ese punto raro, quizás envidiable, en que una persona consigue no pensar que su vida debería ser, si existiera alguna forma improbable de justicia, distinta de lo que es. O incluso que, por cualquier otra razón, puede llegar a ser distinta. Muchas personas no lo consiguen nunca; Nelson, entonces, no se dio cuenta de que lo había logrado. No lo entendería, en verdad, hasta mucho después; aquella tarde, Nelson había terminado una jornada de diez horas paleando cal en una obra y, con la caída del sol, tres compañeros le propusieron que los acompañara a tomar una cerveza. Nelson les dijo, como solía, que no gracias, que tenía algo que hacer; cuando caminaba hacia la parada del colectivo empezó a imaginarse que realmente tenía algo que hacer: que debía ir a su casa, bañarse, vestirse, sacar su coche e ir a buscar a su novia para

invitarla a comer tremenda feijoada en un restorán de la avenida Atlantica; que después se irían a bailar, beberían algo fresco, se besarían como si importara. Nelson tardó un momento en recordar que no tenía una casa ni una ducha ni mucho menos coche ni novia ni la más remota posibilidad de ir a un restorán de la avenida; de pronto, su mundo fue carencia pura. Pensó en ir a buscar una mujer a João de Souza y le dio asco —o esa forma del asco que es sobre todo pena por uno mismo: la peor.

Mucho después, Nelson pensó que ese momento de claridad tan turbia podría haberlo conducido al Señor —pensó, literalmente: conducido al Señor— pero, en cambio, lo llevó a un viaje que duró demasiado.

Nelson tenía veintidós o veinticuatro años y supuso que ya tenía que irse. No tenía, por supuesto, adónde ir, pero no le importó: le faltaba, quizás, en ese momento, la imaginación necesaria para creer que eso importaba. Al día siguiente metió en un bolso sus tres pantalones y sus cinco remeras y caminó a la rodoviaria; sin pensarlo mucho, compró un boleto para Blumenau. En su ciudad natal, tan verde, tan germana —tan limpiamente próspera—, se pasó dos o tres días dando vueltas, rondando la idea de buscar a su madre; cuando entendió que no tenía sentido —que madre no era una palabra con sentido— se tomó, con su último dinero, otro micro hacia el Sur.

Nelson anduvo meses sin saber dónde estaba —intentando ignorar dónde estaba —, trabajando un día o dos donde podía, durmiendo en plazas y estaciones, en cunetas; la hostilidad de la que había escapado se le hacía cada vez más fuerte, más pesada. Había noches en que no se acordaba de por qué estaba ahí; había noches en que lo recordaba y trataba de olvidarlo. De cualquier modo, el retorcijón en la boca del estómago seguía atacándolo, una especie de pesadez en los párpados que le impedía mirar nada de frente. Muchas veces, en esas noches largas, trataba de pensar en algo que no terminaba de identificar. Entonces intentaba no pensar en nada; era difícil, fue aprendiendo. Lo mejor —descubrió con el tiempo— era perderse en una hoja: mirar la hoja, recorrer la hoja, detenerse en cada nervadura, en cada filo, en la forma y el espesor del tallo, en la textura, en el olor, en el sabor incluso; podía pasar horas y horas con una buena hoja. Aprendió a conocerlas: las mejores eran las del capororoca —tan claras, tan aparentemente simples que no había nada más complejo —, pero también se detenía en las de abacateiro —tan parecidas, tan distintas—, del cambuí, del pau-mulato, de la caramboleira. Había noches —todavía había noches— en que el truco de las hojas no era suficiente: entonces, si podía, si tenía con qué o aceptaba que alguien lo invitara, se tomaba cuatro o cinco cervezas. Nelson hablaba poco, comía muy poco, se había olvidado mucho; en Capanema, un pueblo de tierra roja no muy lejos de la frontera con Misiones, Argentina, lo contrataron en una curtiembre y se quedó.

Trabajaba: durante meses su esfuerzo principal consistió en encontrar el modo de cerrar la nariz para evitar que ese olor a cuero muerto le entrara en la cabeza. No lo conseguía. Se había acomodado en ese pueblo luminoso y triste: dormía en la pieza que le alquilaba una viuda muy mayor, trabajaba seis o siete días por semana, miraba fútbol en el bar con almacén, el sábado a la noche se tomaba más cervezas de las que podía contar: todo el arte era perder la cuenta. Por momentos pensó que había recuperado la calma de esos años en Río. No era cierto: en cuanto se descuidaba, volvía a pensar en todo lo que no tenía —ni tendría. Un sábado a la tarde —otra vez la salida del trabajo— dos compañeros curtidores le propusieron que los acompañara al Templo de Dios Madre y, por miedo —la sombra de aquella tarde en Río—, Nelson aceptó.

El templo era un barracón en el borde del pueblo, donde una calle roja se deshacía en la selva: sus paredes eran troncos pintados de verde y amarillo, con su cruz de madera sobre el techo de chapa. Adentro, sobre el piso de tierra, había docenas de sillas, todo plástico blanco, pero el público —ochenta, cien hombres y mujeres— escuchaba de pie, las manos levantadas; al fondo, sobre una tarima, contra una pared cruzada por guirnaldas de papel, un hombre de papada espléndida declamaba con un micrófono en la mano:

—... una madre no es una bestia fornicadora que, en un instante de lujuria, llena una parte de su carne con algún trozo de otra carne y, de resultas, le queda una carnecita que le crece. ¿Es eso una madre, mis hermanos?

—No, padre, eso no es.

—¿Ustedes saben qué es una madre, mis hermanos?

—No, padre, no no no. ¿Qué es una madre, padre?

—¿Ustedes saben algo, mis hermanos?

—No, padre, no no no. ¿Qué es una madre, padre?

Gritaban los ochenta o cien. Sin decidirlo, porque estaba ahí, Nelson gritó con ellos:

—¿Qué es una madre, padre?

El pastor era una mole cuarentona y sudorosa, la piel oscura, el pelo negro alborotado; los pantalones blancos anchos, la guayabera blanca, pañuelo blanco sucio en una mano, micrófono en la otra, la voz de lija carrasposa:

—Una madre es tantas cosas que ningún mortal podría decirlo. Pero yo les digo, mis hermanos, por ahora, sólo por ahora, una de sus aristas o facetas: una madre es la persona que imagina, para un bebé, un niño, cualquier persona en su cuarto creciente, un futurito. No digo un gran futuro, mis hermanos: ningún futuro es más grande que otros porque todos son el mismo, todos nos llevan a lo mismo, gracias sean dadas al Señor.

Dijo, y paró esperando algo. Hubo un silencio.

—¡Gracias le sean dadas!

Repitió.

—Gracias gracias gracias.

Gritaron los ochenta o cien, las manos hacia abajo y otra vez hacia arriba. Nelson movió las manos, levantó las manos, gritó gracias.

—Un futurito, hermanos, un futuro, eso es lo que cualquiera que sea una madre piensa para ese que es su cuarto creciente. Una madre lo mira y ve lo que nadie le ha visto todavía, lo ve grande rozagante feliz infeliz gordo flacucho, lo ve distinto, lo ve hachando tomando una cerveza dando gracias pidiendo sus mercedes lo ve muerto. Todo lo ve una madre, mis hermanos. Por eso, mis hermanos, ¿quién es la madre de nosotros? ¿Quién es la madre de nosotros? ¿Quién es la única madre?

Ese lunes, a la salida del trabajo, Nelson caminó apurado hasta su pieza, se lavó el pelo —el olor resistía—, se puso su camisa limpia y se fue a ver al pastor Garunhão.

Al principio le mandaba tareas muy menores —barría el piso de tierra del salón, apilaba las sillas de plástico, repartía maíz a las gallinas del corral del fondo—: el pastor lo probaba. Lo propio de un pastor era tener un discípulo en quien confiar, en quien ir delegando, para que alguna vez lo sucediera; en sus doce años de apostolado en Capanema, Garunhão no había encontrado a nadie de quien no desconfiara: sus cuatro o cinco tentativas terminaron de golpe cuando a los postulantes se les hizo visible la codicia. O quizá la ambición: Garunhão se enfrascaba a menudo en ese titubeo de no poder decidir si la codicia es ambición de bienes o si son dos males muy distintos —porque les veía distintos rasgos, gestos, efectos discordantes. Garunhão sufría esos titubeos, que a veces lo atacaban muy tremendos, lo desasosegaban; otro podría haber pensado que se había hecho pastor para tener un espacio donde no hubiera dudas; a él, afortunadamente, no se le había ocurrido. Pero sí se le ocurrió que Nelson era sorprendente: distinto de los otros. Garunhão primero desconfió de su desinterés, de sus silencios, de la distancia que se instalaba entre él y el mundo: este muchacho se cree que me va a engañar con un truco tan viejo; a mí, que los conozco todos. Después, de a poco, fue convenciéndose de que era verdadero. Un día se lo dijo:

—Rapaz, ¿cuál es tu punto débil?

—Yo no tengo puntos fuertes.

—No me jodas, rapaz. Todos queremos algo, creemos algo. Si no fuéramos así ni siquiera sabríamos reconocer a Dios.

—Si usted lo dice, seguro que es así.

—¿Y entonces?

—Nada, entonces nada.

—No es fácil decir nada y que sea nada.

–No, no es fácil. Tampoco es tan difícil.

–Y además es blasfemo.

–Si usted lo dice, padre.

–Pero tienes que querer algo.

–Lo que usted diga, ya mismo, sin dudar.

Nelson entendió —más o menos— que se acababa una etapa de su vida, y se asustó —no porque esa etapa le hubiera gustado especialmente. Ése era el punto: había aprendido a vivir de un modo que ni le gustaba ni le dejaba de gustar —y ese logro se le volvía en contra. Había conseguido —con tanto esfuerzo— que nada le importara, pero de pronto el reflejo de esa nada lo había llevado de vuelta a una posición donde otra vez le importarían las cosas. Garunhão tenía razón: la nada es muy difícil. Una de esas noches salió al bosque, buscó unas hojas de capororoca y, ya de vuelta, se obligó a mirarlas varias horas. Una cara de Dios, recuerdos del Orfelinato, ciertas tareas del templo e incluso las caderas de una mulata alta que trabajaba en la gasolinera se le mezclaban con los dibujos de las nervaduras.

En su pieza en la casita de la viuda, Nelson tenía una cama de una plaza con sábanas que la vieja cambiaba dos veces por mes, un ventilador chico de lata muy ruidoso —que Nelson casi nunca prendía—, una silla de madera para dejar la ropa, el piso de baldosas frescas que le daban gusto. Las paredes eran verde claro, agua de estanque; Nelson había pegado en la que hacía de cabecera de su cama cuatro fotos a todo color, que había arrancado de revistas: tres eran distintos ángulos de la cara de la misma mujer rubia, una madre dinámica de cuarenta y tantos que aparecía en avisos de una licuadora. La cuarta era un retrato del pastor Garunhão que él mismo le había regalado: era como una foto carnet muy ampliada —quizá quince por quince— donde el pastor, un poco más joven, menos graso, sonreía con brillos de flash. Con el tiempo, Nelson sacó esa foto de la pared de detrás de su cama y la puso en la pared de enfrente, donde podía verla cuando se acostaba, cuando se levantaba.

Cuatro veces por semana —martes, jueves, sábados, domingos— Nelson acompañaba al pastor en sus recorridas por el pueblo y sus alrededores. Al principio sólo escuchaba lo que decía su jefe, parado un poco más atrás, asintiendo en silencio o algún amén de vez en cuando; después, de a poco, se fue atreviendo a hablar. Descubrió que eran palabras que guardaba en algún lado: un eco que, de chico, le había sonado tanto —y que después se había perdido. Fue un descubrimiento extraordinario: esas palabras le fluían como si no necesitara formularlas, con una seguridad que no tenía que ver con él sino con ellas, y la gente lo escuchaba casi ansiosa. Sobre todo cuando les hablaba de la muerte: Nelson era determinante hablando de la muerte, de las oscuridades de la muerte, de las improvisaciones siniestras de la muerte, su presencia ladina, su amenaza constante, sus trucos para que

los incautos se la olviden; las muertes que había visto, las que podría haber hecho, las que casi le hicieron. Nelson sabía hablar de la muerte como quien la conoce —como quien la conoce tanto que puede hablar de ella con distancia, como se habla del tiempo, de la lluvia. Entonces, cuando Nelson les hablaba de la muerte, los fieles —y, por momentos, también Garunhão— parecían dispuestos a lo que fuera necesario. Nelson tenía, por supuesto, todavía aquellos ojos, labios, la sonrisa, pero tenía sobre todo ese modo de hablar como si nada le importara que era mucho más convincente que cualquier insistencia. Nelson hablaba desde ninguna parte —o desde todas—, sin ningún interés, casi como quien calla: el que no espera una respuesta sino que el otro empiece a conversar consigo mismo sobre lo que le acaba de decir.

Nelson sabía que, a esta altura, la distancia era un truco: que ya no era su posición real sino un gesto aprendido que podía repetir. Un día se lo dijo —casi una confesión— a Garunhão, que le dijo que eso era lo que hacía el buen creyente: usar las herramientas que el Señor le había dado para arrearle los tibios y los descarriados.

—¿Cualquier herramienta, padre?

—Cualquiera, a menos que...

—¿A menos que qué, padre?

—A menos que sepas que no tienes que usarla.

—¿Y entonces, si veo que para recuperar a la oveja perdida tengo que usar una herramienta que no debo, qué hago, la dejo escapar?

—No, rapaz. Si puedes, busca otras herramientas. Pero nunca la dejes escapar.

Alguna vez el pastor Garunhão se preguntó si ese truco tan eficaz de su discípulo no era el truco de Dios: ganar nuestra atención haciendo como que le importamos un carajo. Pero no le dijo nada; en cambio, le insistía con su consejo repetido:

—Sólo te queda aprender a hacer como que escuchas. Si lo consigues, vas a ser un pastor como hay muy pocos. Fuiste hecho para eso.

Cuando se fue del pueblo, dos años más tarde, Nelson ya era un perfecto farabute. Él diría que quizá no, que entonces todavía le quedaba cierta inocencia original —como si la inocencia no fuera una construcción tan laboriosa, como si realmente pudiera ser original— y que fue Buenos Aires que terminó de transformarlo en lo que era. Era mentira: en Capanema había recuperado la conciencia de que su belleza —aunque él no la llamara por un nombre— le servía para conseguir lo que se propusiese, y la usaba con más frecuencia de lo que después querría recordar.

La usaba, a veces, con fines personales: la mulata alta de la gasolinera, por supuesto, una o dos veces por semana; la esposa del sargento del destacamento, un borrachín; una chica que parecía de doce pero decía muy seria que tenía veintiuno. La usaba, también, cuando hacía sus recorridos evangélicos puerta a puerta y, cada vez más, los domingos en el templo cuando el pastor lo invitaba a subir al estrado y

hablar para el rebaño. Pero la usaba, sobre todo, para satisfacer a su mentor: entre sus numerosas habilidades, Garunhão contaba la de devolver mujeres descarriadas a su recto camino con sólo una entrevista. Era una especie de exorcismo menor, de pueblo chico, que el pastor practicaba con ahínco —y al que muchas mujeres se sometían con una alegría que hacía dudar de la sustancia de su descarrío. Aunque también había mujeres que —ya fuera porque la fama del pastor no era tan clara, o por desidia o por escepticismo o, incluso, por mera cortedad— se negaban a acudir a esa entrevista; era entonces cuando el pastor pedía a su discípulo que se acercara a la dama en cuestión, le prodigara sus aleteos y sonrisas y la convocara a un encuentro más privado. Porque las entrevistas de Garunhão debían ser privadas, y solían conducirse en el cuartito de paredes de chapa justo detrás del templo, un poco más allá del gallinero, antes del pozo ciego. Durante meses, Nelson no le preguntó qué les hacía: lo sabía de esa forma en que se sabe lo que uno preferiría no saber, y no preguntar era un modo de preservar esa neblina. Pero no conseguía ignorar todo; a veces los gritos empezaban antes de que se hubiera alejado suficiente. A veces las mujeres salían con algún magullón, un ojo negro; el pastor, entonces, le explicaba que el Mal no suele rendirse sin luchar: tú y yo sabemos lo difícil que es esto, mi querido.

Nelson, sin saber, sabía, y estaba dispuesto a tolerarlo. O quizá tolerarlo fuera una palabra desmedida: cuando, enfrentado a cierta incomodidad, decidió que él no era quién para juzgar los actos de su jefe y mentor, sintió un alivio parecido al que le habían traído, tiempo atrás, las hojas de los árboles —aunque muy diferente: era, ahora, el alivio de suspender el juicio, de delegar su juicio en el juicio de otro. Ya no tendría que esconderse en la ignorancia; ahora sabía, sabía que sabía, y tenía una buena razón para no preocuparse y seguir adelante: descansaba en el otro. Su situación material también había mejorado; el pastor le había conseguido un puesto de dependiente en el almacén de semillas y herramientas agrícolas del pueblo, que le trajo beneficios secundarios: la supresión del mal olor constante; el incremento de sus ingresos semanales; el trato con personas; la posibilidad —el tiempo— de leer los libros edificantes que le daba el pastor para perfeccionar su educación cristiana. Nelson empezó a encontrar, en esos libros, argumentos cada vez más sólidos para convencer a sus interlocutores y, sobre todo, para justificar su sumisión. «Nadie sabe sino en función de su proximidad a Dios Nuestro Señor. Así, sabe más quien más cerca lo tiene; un creyente fervoroso tanto más que un tibio, el pastor tanto más que su grey, cualquier niño cristiano tanto más que un ateo.» Por eso disfrutaba de obedecer al pastor en cada orden, pero disfrutaba mucho más cuando las órdenes eran ligeramente abstrusas: cuando Garunhão le mandaba, por ejemplo, cambiar el orden lógico de sus visitas por recorridos caprichosos, o despertarse cada mañana una hora antes para leer antes que amaneciera, o matar siete gallinas ponedoras so pretexto de una nueva enfermedad en el gallinero.

Lo malo del poder, diría Nelson después, ya en Buenos Aires, ya pastor, es que nunca resulta suficiente. Ese hombre me tenía dominado, a mí me gustaba que lo hiciera, lo obedecía, me gustaba, y tuvo que seguir tirando de la cuerda: le dio por ver hasta qué punto era su esclavo. Qué lástima, pensaba y se reía —amargo, suave—, porque sabía que sin ese error del pastor Garunhão, él, Nelson, ahora pastor Trafálgar, todavía sería su vicario, un dependiente del almacén de semillas y herramientas agrícolas de Capanema, Paraná, en plena tierra roja.

Así fue: no pudo contenerse. Un domingo, a la salida del servicio, Garunhão lo invitó a tomar una cerveza en el jardincito trasero de su casa. Era inusual; en esos dos años había sucedido si acaso cuatro, cinco veces. El atardecer era perfecto: plácido, tibio, grisado de mosquitos. El pastor empezó comentando unos detalles nimios sobre el oficio de esa tarde —la hiperactividad de un chico medio lelo, el sobreagudo de la señora Teresinha, un leve aumento de los diezmos— hasta que, con la segunda botella, se lanzó:

—La que me tiene preocupado es esa muchacha de la gasolinera. No me acuerdo su nombre, cómo es que se llamaba.

Nelson le contestó demasiado veloz, antes de tiempo:

—Maluina.

—Sí, Maluina. Esa chica tiene algún problema, se le nota. Esa mirada, los ojos desarmados. Algo del mal en esa chica.

Dijo el pastor, y se quedó callado. Nelson sabía qué tenía que decir pero se resistió. Hubo dos, tres minutos de silencio —subrayado por los gritos de grillos y cotorras. El perro del pastor los miraba de abajo, el hocico embarrado.

—Mucho del mal, verdad. Esa chica tiene un peligro decidido. Tenemos que hacer algo.

El pastor nunca había necesitado decir tanto. Nelson entendió que ya no podía simular que no entendía: le preguntó el día y la hora en que quería que se la llevara. El pastor dijo que el viernes estaría muy bien —porque el viernes es el día en que Nuestro Señor más nos ayuda a liberarnos de los males—: el viernes, en el cuartito, a eso de las ocho, le va a hacer mucho bien. Cuando Nelson se levantó para irse el pastor lo abrazó, le sonreía.

Como un padre, pensó, le sonreía.

Era más fácil entregarla: habría sido tan fácil entregarla. Llevarla el viernes al cuartito y olvidarlo, seguir con esa vida cada vez más armada. Nelson hizo todos los esfuerzos por hacerlo y no podía; no conseguía entender por qué, con qué chocaba. La chica no le interesaba demasiado; no quería pelearse con su jefe; su vida le gustaba; no tenía otras ideas, otras expectativas —y sin embargo no podía. Se

preguntó si no sería el Señor el que lo conducía hacia esa rabia; no quiso contestarse lo que ya sabía.

Como un padre, pensó —y no entendió lo que pensaba.

Ella, primero, se sorprendió de que él no fuera a verla el lunes a la tarde. Después se enteró de que se había ido con lo poco que tenía: el bolso con la ropa, un par de libros, las fotos de la señora rubia. Maluina nunca supo que su amante dejó el pueblo por ella. Semanas después, para vengarse, le dio el culo al tipo más feo que encontró: el pastor Garunhão. El pastor era desagradable de tan graso pero la trataba con una fuerza y un desdén que le gustaban. Nelson se enteró mucho más tarde; habría preferido no saberlo.

—¿Y entonces, vos, sabes hablar?

3

—Sí, yo sé. Yo hablo.

Le dije, sin saber de qué me estaba hablando, por pura vanidad o aburrimiento. Él me dijo que entonces yo sería la cólera de Dios:

—Entonces vos vas a ser la cólera de Dios.

—¿Y Dios no tiene suficiente cólera?

—Dios está demasiado ocupado como para mostrársela a estos pelagatos descarriados. Son parvarios: no hacen lo que deben hacer porque no temen lo que deben temer. Vos vas a ser la cólera.

—Yo, la verdad, no sé si creo en Dios.

Le dije, para no decirle que sabía que no. Pastor me dijo que eso no importaba:

—Eso no importa; Dios cree en vos. Si no, Él no te habría dado este don.

Le pregunté qué don, me lo explicó.

El pastor Trafálgar se había enterado de mi existencia por mamá, faltaba más. Ya llevaba mucho tiempo en Buenos Aires —o, mejor, en esa excrecencia de Buenos Aires que, para moderar el impacto, se ha dado en llamar Gran Buenos Aires— y estaba empezando a constituir un rebaño digno de ese nombre. Al principio le resultó titánico; había llegado sin saber adónde llegaba, sin dinero ni planes, y fueron meses de yirar sin rumbo, recaídas en su antiguo oficio, la desazón, el hambre a veces, hasta que un día pensó que no le quedaba más salida que buscar a ese hombre que Garunhão había nombrado un par de veces: un pastor, viejo compañero de algún lado.

El pastor Paulo ya casi no tenía ratos sobrios, y había destruido con sus borracheras y sus inatenciones un templo más o menos sólido en El Palomar; sólo le quedaban diez o doce fieles más fieles que las otras, que seguían tolerándolo. Cuando Nelson llegó a pedirle ayuda, imaginó que era el Señor que se lo mandaba para hacer más suave su final, y le ofreció un arreglo: le pasaría su congregación, todo lo que tuviera todavía, a cambio de que el recién llegado le entregara, de por vida, tres diezmos de los diezmos que obtuviera. Nelson lo aceptó enseguida: no tenía nada mejor —ni nada peor— que hacer en ese lugar enloquecido. El borracho lo presentó a su gente —mis queridos, éste es mi sucesor, el pastor Trafálgar, un gran hombre que viene a llevarlos a la presencia del Señor— en una ceremonia que tuvo lugar en la heladería transformada por el frío en agencia de remises; las diez o doce fieles protestaron que no, que querían a su pastor, que no querían a otro, y suspiraron aliviadas cuando vieron que el recién llegado era bonito, brasileño y hablaba de corrido.

Su éxito fue veloz. El Palomar, en esos días, se sentía levemente dejado de la mano de Dios —y no eran días para vivir sin esa mano. Sobre todo para las mujeres del Palomar o, al menos, unas docenas de ellas, que empezaron a acudir a su heladería y que, cuando llegaron los primeros calores, consiguieron que el dueño de la estación de servicio de Cabral y Parera —el marido de Graciela— les cediera un galpón en desuso para sus encuentros. Graciela era la principal agitadora del grupo y fue, entre otras cosas, la que llamó a una amiga de mamá para decirle que ese hombre era increíble, que era un santo, que te podía convencer de cualquier cosa, que invitara a todas sus amigas y, «por favor, a ningún amigo» —frase que repitió en cada caso y fue, en algunos, malinterpretada. Hubo amigas que pensaron que lo decía para disimular: para poder decir que si lo hubiera querido para ella no habría invitado a docenas de mujeres. No era cierto, como tampoco lo era que Graciela quisiera evitar la presencia de hombres por miedo de que compitieran con el pastor por el fervor de sus adictas, ni para mantenerlas alejadas de las tentaciones que siempre llegan con los hombres en manada; insistía porque le gustaba ese ambiente de mujeres que se forma muy de tanto en tanto alrededor de una figura fuerte —de un hombre tan hombre, habría dicho si no fuera por el pudor y las buenas maneras y el respeto por la investidura— y quería mantenerlo: ese ambiente en que el poder de un hombre tan hombre iguala a todas las mujeres en su condición de mujeres, las despoja de su tendencia habitual a la competencia y la conspiración, las devuelve a una especie de alegría original o, por lo menos, colegial. Nelson Trafálgar se bastaba para eso y mucho más. Las cautivaba con sus conceptos claros, despojados de cualquier artificio, con la música con que los debitaba, con la esperanza que sus palabras derramaban sobre sus cabezas pisadas por el tedio, por el desinterés, por la falta insistente de futuros; las cautivaba también, con sus recuerdos de una infancia difícil y una juventud casi dramática, con su mirada franca, penetrante, que les daba la

impresión de desvestirlas sin la menor intención de mirarlas desnudas y, sobre todo, con esos brazos esas piernas esas manos, la cintura los hombros el pelo rubio mota la piel suave —que lo convertían en el objeto de deseo más inofensivo: ninguna de ellas imaginaba que fuera a retozar nunca con él, por una serie de razones. Para empezar, porque no eran tan necias como para ignorar que no daban la talla; para seguir, porque sabían que, si por ventura sucediese, el resto de la congregación destinaría a la réproba la venganza más cruda; y, sobre todo, porque tenían claro que fornicar con el vocero del Señor no era algo que pudiera tomarse a la ligera: que por más que les gustaran sus piernas pelos vientre piel minucias, debían estar demasiado enamoradas para caer en la perdición más absoluta, eterna, entre sus brazos. Y que si estaban tan enamoradas como para extrañarse de su dios por ese polvo, qué podría importarles todo el resto —se consolaban, pero sabían que su opción nunca sería tan bestia. Por lo cual, pensaban Graciela, Norma, Elenita, mamá y algunas otras —que a veces discutían, con disimulo de situaciones inventadas, el asunto—, el peligro, si lo había, no era tal peligro. Era, si acaso, aquella brisa suave pero arremolinada que nos da tanto gusto —escalofríos, estremecimientos— confundir con tormenta.

Mamá fue por primera vez al galpón de la estación de servicio justo antes de que el pastor Trafálgar decidiera bautizar su comunidad —en uno de esos homenajes que el malpensado llama robo o plagio— con el mismo nombre que había usado su antiguo jefe y guía: Iglesia de Dios Madre. El pastor estaba preocupado por el —escaso— desarrollo de su rebaño, y supuso que un dios un poco femenino podía resultar muy atractivo en ese mundo abigarrado femenino en el que había caído, cuarentonas y cincuentonas aburridas y que, sobre todo, sería un argumento decisivo cuando intentara abrirse paso en las villas cercanas, donde, sabía, la mayoría de las familias estaba en manos de madres solteras o madres para las cuales la soltería supondría el alivio de sacarse de encima a un marido borrachín y/o desocupado: lo que la jerga socioeufemista del Estado llamaba jefas de hogar. Esa idea —completamente suya— lo había sorprendido y lo llevó, en un momento de debilidad, a preguntarse para qué: pastorear a esas mujeres —una tarea ardua y desgraciada— no le procuraría ni un centavo. Pero enseguida se contestó que no iba a repetirse la pregunta: la base de su equilibrio tan precario descansaba en no preguntarse para qué hacía las cosas —y, para eso, su profesión era imbatible, una actividad que sólo le ofrecía respuestas. Con esa vaga inquietud proclamó el nuevo nombre; la vida —el azar, Dios, la providencia, los recuerdos ocultos, daba igual cómo lo llamara cada cual, pensaba Nelson, que nunca había creído en los nombres de las cosas— contestaría por él.

El pastor explicó, aquella tarde, que Dios es, como las madres, quien se ocupa de alimentar si no el cuerpo el espíritu de sus filhos y sus filhas —y muchas veces, ustedes bien lo saben, el cuerpo también, mis queridas, dijo—, y quien se ocupa de

imaginar un porvenir para sus filhos y sus filhas, y quien se ocupa de cuidar a sus filhos y sus filhas en esta infancia permanente que es nuestro paso por este mundo bajo —baixo, dijo, porque, en sus sermones, la jota le costaba mucho. También les dijo que si Dios es la fidelidad garantizada no puede ser pero una madre, y que si Dios es el amor no puede ser pero una madre, y que si Dios es la benevolencia no puede ser pero una —y así, en una retahíla que sólo se interrumpió cuando escuchó una risa ahogada. Entonces, sorprendido, buscó el origen y terminó preguntándole a Adela qué era lo que le había causado tanta gracia. Adela, chiquita, flaca, de esas mujeres que se ponen la mano delante de la boca para hablar, le dijo que si estaba seguro de lo que decía, reverendo: si Dios es todopoderoso puede ser lo que quiera, ¿cierto, reverendo? Sí, claro, hermana, cierto. Entonces, digo: ¿a usted le parece que uno que puede ser lo que quiera y se le cante va a ser tan poco inteligente?

—¿Tan poco inteligente, hermana, Dios?

—Y claro, de qué estamos hablando. ¿Usted no sabe, reverendo, que nadie quiere ser mujer si tiene forma de evitarlo?

Trafálgar fingió un enojo que no terminaba de sentir y tronó durante más de media hora; ya terminado el acto, volvió a pensar el argumento y decidió que quién sabe su idea era otro de sus errores: que Dios era divino por lo macho que era, pensó, y se rió de la cadena de malentendidos —pero, a esa altura, ya no podía dar marcha atrás, y tuvo que seguir cargando con ese dios ligeramente andrógino.

Mamá, asustada, le había hablado de mí. Mamá se había asustado cuando traté de asustarla contándole su muerte de estallido, pero, con argucia de madre, simuló que se había asustado más por mí que por ella: es lo que hacen, en general, las madres. Sólo que no lo simulan hacia afuera: una madre sólo se siente plenamente madre cuando consigue creerse sus simulaciones. Mamá, asustada por mí, fue a buscar a su nuevo guía —que todavía no la había acorralado con la disyuntiva entre él y el Judo Espiritual— y le contó lo que yo le había dicho sobre sus intestinos explotando; para reforzar su argumento de que no temía por ella sino por la caída de su pobre hijo, le llevó también un borrador de la carta de Raggio que había encontrado, en alguna de sus numerosas inspecciones en busca de drogas, dinero o cualquier otra irregularidad digna de su control, en el cajón de mis calzones. Nelson tuvo miedo de que mamá se diera cuenta del interés con que la leía; en el medio de su lectura hizo como que no entendía bien ciertas palabras y empezó a leerlas en voz alta:

—... se callará un momento y después, dependiendo del tipo de doctor que sea, le dirá con voz grave que tiene que hacerle más análisis porque tiene una sospecha complicada o fingirá...

Hacia el final ya no supo cómo disimular el entusiasmo y terminó con tono perorata:

—... poderoso, mucho más insistente. Si lo acepta, su sufrimiento será menor:

aprenda, estimado señor, a vivir con su muerte y alguna vez, quizá remota, nos agradecerá lo que hemos hecho...

Mamá lo miraba levemente aterrada: ¿será grave, pastor? ¿Le parece que mi hijo tiene salvación? El pastor Trafálgar levantó los ojos de la hoja Rivadavia, se la entregó callado, la miró como si quisiera entender un rasgo nuevo de su cara y le dijo que no, que no lo era:

—¿Grave? ¿Cómo va a ser grave, hermana, grave? Esto es maravilloso. Su hijo tiene un don, hermana, y creo que tiene que venir a hablar conmigo. Sí, tiene que venir a hablar conmigo.

Poder es que alguien diga venir a hablar conmigo y sus oyentes entiendan venir a escucharme. Poder, en cualquiera de sus magnitudes.

—¿Y entonces, vos, sabes hablar?

—Sí, yo sé. Yo hablo.

Le dije, sin saber de qué me estaba hablando, por pura vanidad o aburrimiento. Él me dijo que entonces yo sería la cólera de Dios:

—Entonces vos vas a ser la cólera de Dios.

—¿Y Dios no tiene suficiente cólera?

—Dios está demasiado ocupado como para mostrársela a estos pelagatos descarriados. Son parvarios: no hacen lo que deben hacer porque no temen lo que deben temer. Vos vas a ser la cólera.

—Yo, la verdad, no sé si creo en Dios.

Le dije, para no decirle que sabía que no. Pastor miró alrededor como quien trata de abarcar el mundo —aunque lo único que había alrededor eran las ventanas medianamente limpias del 24 horas de la estación de servicio de Cabral y Parera, las tres góndolas bajas con galletitas yerba gaseosas alfajores, la máquina de panchos, el afiche de Menem Conducción con la cara sonriente, las siete mesas de fórmica y, al fondo, el mostrador con la registradora, los cigarrillos, los chocolatines—, y me dijo que eso no importaba:

—Eso no importa; Dios cree en vos. Si no, Él no te habría dado este don.

Estábamos sentados frente a frente, entre los dos una mesa de fórmica. Le pregunté qué don, me dijo que conmigo él iba a ser muy franco:

—Con vos yo voy a ser muy franco. No es sólo porque soy muy franco; ya vas a ver que me conviene.

Pastor me dijo que nos pidiéramos otra coca a medias —el vaso de cartón que la máquina llena, demasiado grande, dijo, demasiado cargado de hielo, dijo, se convierte en agüita muy rápido, mejor tomarlo a medias— y, cuando la trajo de vuelta desde el mostrador, miró otra vez alrededor: hacía mucho que estábamos solos.

A mí me intrigaba ese señor o muchacho o reverendo que, en minutos de conversación, ya me había dicho varias veces que yo tenía un don, que me iba a dar el trabajo de mi vida, que le convenía ser sincero conmigo, que yo le convenía: alguien que parecía muy dispuesto a complacerme por su propio interés. Yo no solía encontrar personas que parecieran no ya dispuestas sino siquiera curiosas de preguntarse si mi placer les convendría: lo escuchaba arrobado. Pastor era mulato y fácil, uno de esos hombres que se mueven como si el mundo se quedara quieto para no interrumpir sus movimientos: con toda autoridad. Tenía el pelo un poco largo un poco afro, una camisa blanca lavilista de mangas cortas y bolsillo en el pecho, el pantalón de traje azul oscuro sin el traje, zapatones negros; su cara no iba con el uniforme.

—Yo con vos voy a ser bien sincero.

Dijo, y yo traté de suponer que la insistencia en que lo iba a ser conmigo no quería decir que no lo fuera con los otros: al fin y al cabo su castellano era aproximado y él era un pastor, un ministro de la verdad de Dios. Uno de los problemas de su castellano era que no podía parar de decir yo:

—Yo para que nuestra iglesia crezca necesito a los hombres. Las mujeres son buenas para empezar; para crecer no alcanzan. Yo sé, yo viví mucho.

Dijo, insistente. Yo quería que me gustara: era la posibilidad de conseguir el trabajo de mi vida. Pero él no estaba haciendo bien su parte.

—Yo sé cómo pastorear a las mujeres. A las mujeres yo las puedo pastorear hablándoles de las enfermedades, el amor, la fe, cosas pequeñas; los hombres solamente me van a escuchar cuando les hable de la muerte.

—¿De la muerte?

—Sí, digo: de su muerte.

Pastor se tomó el vaso de cartón de coca cola entero, con sus hielos, sin acordarse de que lo compartíamos. Y ahí es donde vos puedes tener el trabajo de tu vida, me dijo, y me agarró, por encima de la mesa, la muñeca izquierda.

—Yo podría hacerlo, yo lo puedo hacer bien, pero yo no puedo, no sirve si soy yo; necesito que otro. Vos, yo digo, tienes que ser el otro.

Yo me solté la mano.

Pastor buscó otra coca cola y volvió a explicarme cómo era: los hombres, insistió, no iban a ir al templo por compañía y comprensión y un poco de cariño, como todas esas señoras que ya iban, dijo, y estuvo a punto de guiñarme un ojo —pero, quién sabe, recordó que una de esas señoras era mi mamá, o quizá no sabía cómo guiñar un ojo. Esas señoras, dijo, ya estaban, pero para que un templo funcione se necesita que haya hombres y los hombres sólo van a venir cuando les recuerde que están muertos de miedo, que viven aterrados pero se olvidan de que viven aterrados, que viven aterrados ante la amenaza de bajar la guardia y acordarse que viven aterrados, dijo, y

por un momento pensé que seguiría, pero agarró la cocacola.

—Para eso yo te necesito a vos, porque vos, yo te dije, tienes un don y tienes que usarlo para el bien.

—¿Cómo sería para el mal?

Le pregunté y traté de contestarme mientras Pastor pensaba: no era que no se me ocurriera cómo usar mi don supuesto para el mal; mi problema era que no se me ocurría —así, de improviso, veloz antes de que Pastor hablara— qué mal sería. Ni, en realidad, cuál sería mi don.

—Eso es mejor ni imaginarlo.

Dijo, y que peor que el mal era la tentación del mal, el pensamiento del mal, todo lo que es el mal cuando todavía no hizo nada, cuando se está preparando para actuar: eso es lo más dañino, me dijo, y que por eso no quería imaginarlo y que no tenía que preocuparme, que cualquier medio es bueno para devolver las ovejas descarriadas al rebaño.

—Cualquier medio, si trae de vuelta las ovejas. Vos, si trae de vuelta las ovejas, es un medio divino.

Dijo, y me explicó: yo tenía que usar mi don para ese bien. Mi don, volvió a decirme, era poder contarle a las personas historias de sus muertes: yo tenía que ir a ver a las personas, allí donde estuvieren —dijo: allí donde estuvieren— y contarles sus muertes para que volvieran las ovejas o se volvieran ovejas o algo así: para que fueran a su templo. Yo le pregunté por qué diablos se imaginaba que yo querría hacer algo así —o eso mismo, pero con menos diablos: había algo en su manera de mirarme que me obligaba a hablarle desde abajo:

—¿Y yo lo haría por qué?

Pastor me miró como si supiera que yo no precisaba su respuesta —y después me la dio: porque el Señor y él me lo pedían. Yo intenté una sonrisa pero sabía que tenía razón: el Señor no me importaba nada pero él podría pedirme lo que se le ocurriera. No era una sensación agradable y, además, era muy resbalosa. Traté de desarmarla; por la ventana pasaron dos chicas de quince o dieciséis riéndose como muñecas con las pilas nuevas, tetas nuevas, los pelos amarillos. Traté de desarmarla: si el tipo tuviera realmente tal capacidad de fascinar, tales poderes, no estaría perdido en un galpón del conurbano pidiéndome a mí que lo ayudara. Traté de desarmarla: si aceptaba su plan quedaría en manos de un farsante, sería su marioneta, me pasarían cosas horribles, o quién sabe. Traté, seguí tratando: yo tenía que decidir mi vida, buscarme la vida, inventarme una vida —pero mi padre quería cruzar la calle cuando Raggio.

—Porque el Señor y yo te lo pedimos, y porque va a ser el trabajo de tu vida. Palabra, mi palabra.

Yo quise mantener alguna dignidad: preguntarle por ejemplo cómo era que eso

podía ser el trabajo de mi vida, pero algo en la forma en que volvió a agarrarme la muñeca por encima de la mesa me hizo callar la boca. No era fuerza, no era sensualidad, no era autoridad: un modo de apretar con su pulgar mis pulsos que consiguió relajarme en un segundo.

–Y entonces, cuando los hombres vengan y nuestro templo se haga próspero ya vas a ver, las gracias del Señor agradecido se van a derramar sobre tu frente, y sus gracias son inconmensurables. Digo inconmensurables, palabra del Señor. Digo: inconmensurables, que no es poco.

Le dije que tenía que pensarlo.

[ML8]

Titina es pantalón negro stretch muy apretado y musculosa negra ancha, que deja ver el principio de sus tetas magras; toda ella es concentrada, elástica, fibrosa: petisidad al palo. Los ojos negros le relucen, chispan. Carpanta la mira y se distrae:

–A vos te gusta Nito.

–A vos te gusta Nito.

–No estamos hablando de eso. A vos te gusta Nito.

—¿Para qué?

–Para qué va a ser. Para ir a ver carreras de galgos pekineses.

–A mí gustarme no me gusta nadie. Me los banco.

–A vos te gusta Nito.

–A vos te gusta Nito.

Nito los oye sin saber qué hacer. Admira —casi admira— su capacidad para ignorarlo. Detesta su capacidad —la capacidad de los dos— para ignorarlo, y está a punto de gritarles que se callen. No lo hace, por supuesto: no sabría qué decir después.

—¿Sabés lo que me gustaría, a mí? ¿Qué me gustaría de verdad? Verlos coger a ustedes dos. Ustedes se tienen ganas, se les nota. Me encantaría verlos cogiendo pero no para ustedes, para mí.

Dice Carpanta con una voz inesperadamente suave, locutora barata de música nocturna.

–Te costaría muy caro. Demasiado.

–Tenés razón. Son boludeces. Volvamos a lo nuestro.

Dice Carpanta, y vuelven a lo suyo.

VIII. LAS MUERTES

1

Usted va a lamentar no haberse muerto antes. Sí, no me mire como si le estuviera diciendo tonterías: usted va a lamentar no haberse muerto antes. Se lo puedo repetir más veces, si eso es lo que quiere: va a lamentar no haberse muerto antes. O si prefiere se lo explico. Es así: hay muchas personas —usted, una de ellas— que creen que no hay nada más terrible que morir. Dicen bueno, qué puede ser peor, nada más espantoso que la nada. Y muchos, de hecho —los más afortunados—, se mueren sin saber cuánto se equivocaron. Pero usted, lamento decírselo, de verdad lo lamento, va a ser uno de los que llegan a saberlo. O, quizá, si lo ayuda la suerte, sólo lo vislumbre.

Aunque va a tener, se lo digo desde ya, un tiempo largo para darse cuenta. Al principio van a ser tonterías, nimiedades: tarde va a aprender que todo empieza mucho antes de que parezca que ha empezado. Un día, por ejemplo, poco antes de cumplir sesenta y cinco, usted se va a olvidar del nombre de su perro. Y se va a sorprender: usted habrá tenido ese perro —este mismo cachorro que nos mira con babasya tanto tiempo, usted lo habrá paseado tantas noches, le habrá comprado tanto bofe, lo habrá llevado incluso alguna vez de urgencia diarreico a la veterinaria, que no puede entender cómo, de pronto, se va a olvidar de que se llama Trueno. Pero usted, esa tarde —un sábado a la tarde, tras dos tiras de asado, vino y una siesta, justo antes de juntarse en el café con cuatro compañeros de la sección Envíos para ver el partido de Boca por la tele— querrá llamarlo para sacarlo un rato y la palabra se le va a quedar atragantada. Topo, Tinto, Tornado, Terotero: va a grita Topo, decir Tinto, susurrar Tornado y el perro, por supuesto, no le va a hacer ni caso. Pero entonces, justo antes de desesperarse, usted va a agarrar la correa y Trueno, como siempre, va a correr a la puerta y usted va a tratar de no pensar más en el asunto —debía estar medio dormido, va a pensar, y no va a pensar más en el asunto. Es fácil —para usted, para todos ustedes no pensar más en los asuntos.

Es gracioso: después de haberse pasado tantos años usando ese truquito —su gran capacidad de desechar ideas—, su mente se va a tomar revancha. Porque poco a poco

dejará de pensar en los asuntos: usted se irá olvidando de cosas que no quiso olvidarse, algunas cosas que le importan, otras que no le importan nada, cosas sueltas, cosas imprevisibles: un cliente que había que llamar, el nombre de su segundo nieto durante un día y medio —y la zozobra de no querer preguntarle a su señora para que no se alarme y se ponga insoportable—, si el tres de copas mata al tres de espadas, que la camioneta de la empresa usa gasoil. Y va a empezar a vivir sobresaltado, temiendo esos olvidos que lo acechan, inventando truquitos para que nadie se dé cuenta —sin darse cuenta de que su señora, sus hijos, incluso un par de buchones en el trabajo ya murmuran. Hasta esa tarde en que llegue a su casa cansado, transpirado, y se encuentre a su señora subida en un banquito bajando la lata de porotos de la alacena alta y empiece a gritar que hay un ladrón —dirá un ladrón, ni siquiera la cortesía de decir una ladrona— en su casa, que le está tratando de robar las perlas de su esposa, los tesoros de su esposa ausente y arrojarle sobre el banco y la gorda y caerse con la gorda al suelo, enredados los dos y ella gritando y usted gritando más —socorro, auxilio, ayuda, hay un ladrón— y entonces un fogonazo blanco y nada más hasta la cara de un doctor muy serio que le dice que está bien, mi amigo, no se preocupe, nada grave, pero vamos a empezar un tratamiento.

Nadie le va a decir cómo se llama: no le van a decir que usted, ahora, es uno de los miles y miles que el alzheimer se va a ir comiendo de a poquito, ni le van a decir que lo llaman alzheimer porque suena menos bruto que demencia senil; tampoco le van a decir que su problema puede ser un déficit de síntesis de acetilcolina o un exceso de placas hiperfosforiladas tau betaamiloides o un déficit de insulina y un exceso de glucosa porque, en realidad, los médicos no tienen ni idea de por qué le pasa lo que le pasa y sólo saben que no tiene tratamiento serio, y eso es lo que le dirán —no a usted, sino a su esposa y a sus hijos. Y usted va a sospechar de sus miradas, de sus susurros cuando entra, de la jubilación anticipada, de los ojos entristecidos de su esposa, pero va a tardar meses en animarse a preguntar y, aun entonces, no va a creer lo que le están diciendo: no, cómo pueden estar seguros, debe ser el cansancio, las tensiones —y nadie, ni su esposa ni sus hijos ni su médico, se esforzará demasiado en que le crea, total para qué sirve. Y usted se dará cuenta de que todos tratan de joderlo, y va a pelearse con el verdulero y levantarse las mangas para darle su merecido a ese muchacho tosco cuarenta años menor aunque, en el momento de avanzar hacia él, no recuerde del todo por qué tenía que hacerlo. Y va a acusar a su hijo de querer cogerse a su señora —la suya, madre de él— y se va a ofender a muerte porque él, para tratar de desarmar la situación, suelte una carcajada y le pase un brazo por el hombro, y se va a encerrar en el baño y se va a sentar en el inodoro y se va a quedar pensando qué había ido a hacer a ese lugar tan frío. Y entonces, ahí sentado, va a terminar de entender que está rodando en una cuesta donde no va a poder agarrarse de ninguna mano, ninguna cuerda, ningún árbol: que

se está cayendo sin parar, que cada vez —cada hora, cada día— todo va a ser peor y, sobre todo, que no tiene vuelta: la desesperación de ese momento en que por fin entiende que su caída sólo puede terminarse con la muerte: por qué, y yo qué hice, por qué a mí, esto tiene que poder arreglarse de algún modo. Pero sabrá que no —le habrán dicho, con o sin palabras, que no— y de pronto nada será más cruel que la conciencia de que algo tan importante para usted no le va a importar a casi nadie. Entonces usted estará tentado de hacer algo que realmente les importe: pensará, un suponer, en ir a la oficina donde trabaja su cuñado y borrar del sistema la lista de los pensionados de la zona Oeste porque, si lo hace, miles y miles de personas van a saber que usted está ahí, que usted existe e hizo algo. Pero no lo va a hacer —se va a olvidar, digamos, de lo que había pensado— y, pese a todo, todavía querrá disimular. Incluso entonces, incluso en la rodada, seguirá tratando de hacer como si no pasara nada: que nadie se dé cuenta de que se está perdiendo. Pero no va a poder: ni eso ni ninguna otra cosa —y entonces va a estar cerca de salvarse: para usted sí será cierto que cuanto peor mejor, porque cada vez tendrá menos conciencia de lo que estará haciendo, hasta que deje de entenderlo: su salvación será su pérdida.

Que va a ser más y más profunda, más brutal: va a tratar de decir una palabra y dirá cualquier otra, va a tratar de comer y no sabrá cómo masticar un pedazo de carne, va a olvidarse de quién es, va a olvidarse de intentar recordarlo. Sabrá, sin embargo, que usted es alguien que quiere hacer ciertas cosas y alguien, al mismo tiempo, que hará otras: alguien en dura lucha y en derrota. No que nosotros, los de afuera, no entenderemos lo que hay en su cabeza; usted mismo no podrá entenderlo porque su cabeza será una confusión de líneas que se cruzan, el garabato de un chico que agarra el lápiz con el puño y, enojado, lo trata de quebrar en el papel.

Y una tarde, en un rayo de lucidez muy desgraciada, usted querrá matarse porque sospechará —lo sabrá sin decirse que lo sabe— que lo que queda es puro sufrimiento, pero no tendrá el coraje de matarse. Se agarrará a esa última esperanza, perfectamente falsa, de que va a pasar algo —y entonces sí va a estar peor que muerto. Era su última chance de decidir algo: a partir de entonces va a ser un sorete a la deriva —perdido, rebotando, y muy de tanto en tanto va a saber que es eso. Y uno de esos días, después de mucha desesperación y mucha culpa, su señora y sus hijos lo van a llevar a una especie de hospicio donde lo van a dejar con otros como usted, pedazos como usted, semimuertos transpirados como usted, derrotas como usted, plantas carnívoras y usted, allí, rodeado de extraños que no le serán más extraños que los suyos, va a pasar unos meses o unos años mojado de su orina, apestado en su mierda, dependiente de las manos de una enfermera mal pagada. Y va a pasar, al final, sus últimos días o semanas o quién sabe meses atado a una cama de hospital donde las capas de su cuerpo —la piel primero, después el epitelio, después los pocos músculos que queden, los tendones, al final la cubierta de los huesos— se le irán gastando por el

roce, cayéndose de a poco, deshaciéndose como usted se ha deshecho pero usted ya no podrá entenderlo: usted ya no sabrá quién es, sólo sabrá que es un conjunto de plagas y dolores y, muy de tanto en tanto, un rayo a la distancia: el olor de la pizza, seis compases de una canción pedorra, la cara de una gorda, el nombre de su perro, una pregunta que no termina de entender, una molestia sorda vaga.

Y todavía va a durar un poco: eso será, en ese momento, lo que hará: durar, porque, para su desgracia, no se habrá muerto antes. ¿Se imagina lo que podrá pasar por su cabeza entonces? Nada, mucha nada, más nada, unos colores hasta que al fin, un día, intente desatarse y levantarse de la cama con un rayo de rabia en los oídos y al poner el primer pie en el suelo de baldosas todo su cuerpo caiga sobre el suelo de baldosas, desmadejado sobre el suelo de baldosas, roto, lleno de nada sobre el suelo de baldosas. Entonces va a estar muerto: entonces, por fin, va a estar muerto sin haberse imaginado nunca lo feliz que estará su mujer porque se ha muerto. Que no lo va a decir así: va a decir aliviada, va a decir por usted, va a decir para que no siguiera viviendo esa vida que no era, para que no siguiera degradándose y quizá sea cierto, pero va a estar, sobre todo, muy feliz de no tener que verlo nunca más, no soportar el show de su miseria, no sufrir su miseria, no pasar días y noches al lado de una ruina sólo porque alguna vez, muchos años antes, ahora, hace diez años, hace cuarenta años, ése era un hombre y era, incluso, su hombre: usted, ahora.

2

Yo solía sorprenderlos. Me veían por la mirilla de su puerta —o por la ventana que daba a la calle— cuando tocaba el timbre de sus casas y pensaban que era un chico pobre y que tendrían que darme unas monedas. No eran todos —yo sabía que no eran todos—, pero la mayoría pensaba que tendría que darme unas monedas o, incluso, esas almas culposas que se avergüenzan del tintineo de las monedas en la mano de un pobre imaginaban la desgracia de perder un billete de dos pesos —o soportar unos minutos la culpa de no haberme dado nada: todo consiste en calcular cuántos minutos, cuántas monedas, y quedarse con lo más barato. Algunos hacen grandes negocios: se compran horas y horas de virtud y bondad por una moneda de cincuenta. Otros, en cambio, suponían que ese chiquito pulcro que les tocaba el timbre quería dejarles algún pasaje de la Biblia; siempre quise saber quién inventó que la Biblia no tiene trozos, fragmentos, párrafos sino pasajes: pasajes los impresionaba, los llevaba a alguna parte, a otra parte, a cualquier parte lejos de Morón y El Palomar. Aun así, la mayoría no me abría: por falta de monedas, por ligereza de sus culpas, por desprecio de la religión o por fanatismo de otro culto más

establecido, por miedo puro y simple, eran muchos los que me dejaban tocando el timbre solo bajo el sol del Oeste.

Yo, está claro, no tocaba el timbre en cualquier puerta: tenía una lista cuidadosamente elaborada por el pastor Trafálgar a partir de su red de informantes, las mujeres del templo del galpón, que sólo incluía hombres mayores de cuarenta —y la mayor cantidad posible de datos sobre cada uno. Con esos datos yo tenía que armar mi historia.

No era fácil. Al principio yo sufría como un perro —y me preguntaba todo el tiempo por qué lo había aceptado. La explicación de Trafálgar era simple: yo tenía el don, entonces tenía la obligación de aprovecharlo. Yo no sabía cómo decirle —yo, que tenía el don, no conseguía decirle— que nada era tan simple.

Uno en diez, uno en quince, al fin, me abría la puerta. Yo, en el vano de la puerta, le decía que buenos días, cómo está, tengo una historia que contarle —y ahí los sorprendía. Para empezar, mi voz los sorprendía: mi voz no era chiquita. Era la voz de un hombre escondida en mi cuerpo, como un actor que se saca la máscara, un disparo que los sobresaltaba. Ésa era mi ventaja, y siempre me pregunté si fue por eso que Pastor me llamó: antes de empezar a mirarme —de realmente mirarme, como miran sólo ciertas personas después de su primer golpe de vista— ya sabían que yo no era como todos. Entonces me miraban de nuevo, desconfiaban, se tranquilizaban —a veces, incluso con suspiro— y me decían que de qué historia les estaba hablando. Porque ésa era la sorpresa siguiente: me tomaban por uno que pedía y, sin embargo, terminaba por ser alguien que daba —lo que no siempre querían recibir o, por lo menos, querían sin saberlo. Una historia, señor, si me permite, que le va a interesar. Yo no estoy para historias, m'hijo, mandesé mudar —me decían a menudo, de diversas maneras; yo insistía. Entonces, a veces, el blanco me decía que le dijera ahí nomás, en la puerta, de qué hablaba. Yo le decía que no; Trafálgar había sido claro: no empieces a contar nada si no estás adentro; estas cosas no pueden decirse desde afuera. Alguno, de tanto en tanto —uno en treinta, en cuarenta, uno más aburrido, más confiado, más solo, más cruel que los demás—, me dejaba pasar; yo sabía que si me ofrecían una silla y empezaban a escucharme, estaban enganchados.

Yo sufría como un perro y —me di cuenta después— corrí peligros. Ellos se habían pasado años evitando esas imágenes —viviendo, bebiendo, trabajando, mirando seis partidos de fútbol por semana, cogiendo con escrachos para evitar esas imágenes— y yo se las tiraba por la cara, la cabeza. Alguno de los blancos podría haberme atacado, pegado, corrido a zapatazos de su casa. Que no lo hicieran era una prueba de que ya estaban arruinados; o, quizá, de las ventajas de ser un chiquitito.

Yo tenía mi dotación de historias preparadas: diez, doce historias que había escrito con dedicación y mucho esfuerzo, horas de quemarme las pestañas —mi abuela decía «quemarse las pestañas»— frente a libros de medicina popular en la Biblioteca Popular Arturo M. Jauretche de El Palomar, horas de quemarme las pestañas frente a libros de siniestros en la Biblioteca Nacional del Seguro y Afines —dos horas de viaje, tren, colectivo y colectivo hasta un edificio moderno junto al parque Roca—, muchas horas de quemarme las pestañas en mi casa con las colecciones de Selecciones del Reader's Digest, Tinta Roja y Tragedias Animales —que habían aparecido en el galpón de la estación de servicio cuando el Pastor y sus señoras lo limpiaron y que él, previsor, había guardado. Todas me sirvieron; Tinta Roja porque me dio un conocimiento penetrante de la amplitud de la fiereza humana; Tragedias porque me convenció de que, en cuanto a la crueldad, nos queda mucho por aprender de hienas, petirrojos y tapires —y las dos porque me ofrecieron un abanico de muertes impensadas. Pero ninguna tanto como esa sección incomparable de la Selecciones, «La muerte se desvive», con la que algún genio anónimo se nos adelantó treinta o cuarenta años. Allí encontré —entre tantas— esa historia, inspiradora, de un preso que llega a su casa después de cinco o seis años encerrado. Abre, entra: su mujer no está pero hay un chico de dos años. El preso, loco de odio por la traición de su mujer, lo mata a cuchilladas. Ella llega poco después y le explica —llorando a gritos— que no era suyo, que como no tenía plata porque él estaba preso cuidaba chicos de las vecinas con trabajo. El tipo se va sin una palabra: piensa suicidarse en cuanto encuentre un lugar para hacerlo. Imagina maneras; no se decide. Al final acepta que le da demasiado miedo y se entrega a la policía, con la esperanza —razonable— de que los demás presos se encargarán de matarlo o, por lo menos, de llevarlo a desear la muerte más en serio.

Leí, busqué, aprendí. Pero creo que tenía una aptitud innata para saber la muerte. Porque nació ese día, por mi padre, por alguna forma del destino: cualquier razón es posible y ninguna termina de ser satisfactoria. Algunos saben jugar al fútbol, otros cantan, otros resuelven logaritmos; yo sé pensar la muerte. No era una bendición; era más bien una desgracia pero, gracias al Pastor, se transformó en una desgracia afortunada: yo fui, de pronto, un inútil con don —y pude utilizarlo. Tanto tiempo sin saber qué hacer y de repente lo había descubierto.

Aunque el don no es nada sin trabajo. Me convertí, cuando acepté el empleo que me ofreció Trafálgar, en una esponja viva de la muerte: durante semanas no hice otra cosa que abreviar en esas fuentes óbitos y más óbitos, defunciones fallecimientos tránsitos, expiraciones partidas luctuosos lamentables penosísimos decesos hasta que al fin, atiborrado de ese saber nuevo, poderoso, pude empezar a escribir mis historias y, una tarde, ensayarlas frente al espejo de mi pieza. Tardaría poco en descubrir que ningún ensayo te prepara para el momento decisivo: ese minuto en que, ya adentro,

ya sentado, con un señor que te mira receloso y expectante, respirás hondo, te aclarás la garganta, cerrás los ojos, los volvés hacia el cielo o cielo raso y empezás a decirle a ese señor —ya cruzado de piernas, ya restregándose las manos, ya entrecerrando los ojos como quien se entrega: como un chico que espera que le cuenten el cuento de dormirse— que nunca se imaginó una muerte como ésa.

3

Usted nunca se imaginó una muerte como ésa. Usted, es cierto, no ha imaginado muchas muertes. O sí, pero no suyas. Usted podría decirme que la noción de «muertes suyas» —«muertes mías», dirá, si usted lo dice— es un error en sí misma, porque el plural es imposible: no hay nada más singular, más único en la vida de una persona que su muerte. Usted, claro, me lo podría decir pero no me lo dice porque, ya ve, no se le ocurre —porque usted no tiene una de esas imaginaciones que solemos llamar arrolladora. Aunque sí imaginó, alguna vez, muertes de otros: de su jefe en el banco, del hijo de puta que le chocó el auto y se escapó sin dejarle los datos, de un presidente de la nación y dos ministros de economía y finanzas e, incluso, Dios lo perdone, un día de cólera infrecuente, de su ex. Pero para usted mismo ha tratado de imaginar lo menos posible: si acaso cuando jugaba a los cowboys y el malo al que mataba lo mataba también y usted caía despacio, como en cámara lenta, o aquella vez que se subió a un avión para ir a Bariloche o la mañana cuando, en plena ducha, descubrió que tenía un lunar nuevo bermellón y se asustó y tembló y, con el agua chorreándole la cara, se vio boqueando en una cama de hospital. Pero en general usted ha conseguido no imaginar su muerte de ninguna manera: evita pensar en ella como si, al no pensarla, la borrara. Y ni siquiera se dice eso que se dicen algunos — que para qué pensar en la muerte si de todos modos nos vamos a morir y que cuanto menos tiempo le entreguemos en vida mejor es—: por evitarla, trata de no pensar siquiera que la está evitando. Así que, quizás, usted podría pensar que esa muerte, la que le va a tocar, sería casi la que usted fue buscando —si no fuera porque jamás la habría imaginado.

Su muerte no sólo va a ser una que nunca habría imaginado; va a ser, también, una perfectamente estúpida. La muerte no tiene por qué ser nada muy especial: en general no es especial. Nos cuentan, en general, las muertes operísticas: muertes de héroes y de mártires, muertes de cientos en catástrofes, muertes de sangre y fuego — y nos consuelan: la muerte, al fin y al cabo, es una cumbre. Carentes, obedientes, nos descubrimos pensándola grandiosa: una batalla tremebunda entre las fuerzas de la vida y de la nada, una explosión que despedaza todo, un momento sublime en que,

profundo, murmuro con desmayo mis últimas palabras: un fuego un estallido una solemnidad una tragedia. Y, en cambio, suele ser tan banal. Pero la suya, además, será perfectamente estúpida.

Será una noche bien común: usted se acostará temprano —porque los programas de la tele cada vez le dicen menos y se aburre si los mira pero también si no los mira y además le gusta levantarse temprano, disfrutar temprano de su casa sin su ex esposa toda suya, el mate con las galletas en el patio sin que nadie lo joda— y, a mitad de esa noche, igual que tantas otras noches, se despertará con un dejo de hambre. Entonces dará unas vueltas en la cama, pensará que mejor vuelve a dormirse porque Joaquín le dijo que su médico le dijo que esas cositas que uno se come de noche sin pensar son lo que más engorda porque uno, a la noche, tiene menos control, pero no lo consigue. Después, si tuviera tiempo, si le quedara tiempo, usted podría pensar que si sólo hubiera conseguido dormirse —si hubiera sido un poco más temprano y usted hubiera tenido sueño todavía, si no se hubiera colado por la persiana mal cerrada un rayito del farol de la calle, si no se le hubiera colado el pensamiento del balance que tenía que equilibrar al día siguiente—, nada de lo que vino después habría sucedido. Pero sucederá, y usted no lo podrá pensar; no podrá esconderse en ese argumento débil de los débiles: que el azar es tan potente, que nos maneja como a títeres tristes, que no somos nada.

Entonces usted, perdido el sueño, cederá al hambre que no es hambre y se levantará, meterá los pies en las pantuflas porque nunca le gustó pisar descalzo las baldosas frías de la cocina y caminará —son ocho, nueve pasos— desde su cama a la heladera. Donde habrá, entre otras cosas, un pedazo de queso taluhet, cuarto de bife en un platito, medio yogur de pera y el táper con los restos de ensalada de choclo desgranado, tomate y mayonesa. Después, si tuviera después, si le quedara tiempo, usted podría pensar que si sólo hubiera agarrado el yogur, el taluhet, el bife, nada de lo que sucederá habría sucedido. Pero usted sacará con la mano izquierda el táper destapado y agarrará, con la derecha, un puñado de tomate y choclo y se lo llevará a la boca: estará ácido. Igual agarrará otro puñadito. Después, si tuviera después, si le quedara algo, usted podría pensar que si sólo hubiera comido ese primer bocado. Pero usted agarrará con la mano engrasada por la mayonesa el segundo puñado y echará la cabeza hacia atrás para metérselo en la boca: allí, en ese movimiento, está la clave de su vida. Después, si usted tuviera usted, si le quedara, usted podría pensar; no tendrá, porque un grano de choclo se le habrá pegado a la garganta.

Será un grano amarillo, un grano hinchado, pegajoso por la mayonesa pero, al principio, será un pequeño contratiempo: usted, sin pensarlo, toserá para desalojarlo. Todavía sin pensarlo —como la mayoría de las cosas que habrá hecho en su vida, que hacemos todos en la vida— volverá a toser y notará que el grano no se mueve. Entonces toserá de nuevo, pero nada. Y toserá otra vez, más violento, y sentirá

violenta la tozudez del grano en su garganta. Y volverá a toser, ya rojo, ya asustado, y creerá que el grano se ha movido. Entonces parará de toser, respirará hondo, tratará de recuperar el aire y el control, se secará los ojos, llegará incluso a sonreír diciéndose qué tontería cómo puede un tipo grande preocuparse así por un grano de choclo pero justo entonces la tos volverá con más saña, el grano que sigue allí pegado, usted que tose y tose y no puede expulsarlo, que empieza a escupir sangre de la herida que su tos ha ido abriendo, que nota cómo todo su cuerpo está tenso a punto de quebrarse en el esfuerzo, cómo le cuesta más y más el aire, cómo lo aterra el gusto dulce de su sangre.

Usted, entonces, sacudido, doblado, sofocado, caminará hacia el baño para ir a vomitar —para ir a vomitar caminará hasta el baño— y se meterá dos dedos en la boca pero no lo suficiente, por miedo o ignorancia o incapacidad no suficiente. Si hubiera alguien para golpearle la espalda o, mejor, meterle dos dedos como ganchos hasta el esófago y sacarle ese grano aunque lo rompa, lo desgarre, usted no moriría. Pero usted estará solo, porque un tiempo atrás habrá decidido que prefiere estar solo, que su mujer es una bruja, que todos lo molestan, que todos le piden y nadie le da nada: estará solo. Usted sabe: llamamos accidentes a ciertos incidentes y nos quedamos tan tranquilos: fue así, la mala suerte, Dios, el Diablo, el azar, las coincidencias. Es fácil, y nunca es verdadero. No se engañe: usted no va a morir por el grano de choclo; se morirá por esa soledad que eligió para estar más tranquilo. Morirá por cobarde: porque fue cobarde para quedarse solo; porque será, también, cobarde para romper el incidente con los dedos.

Así que, ya en el baño, cada vez más ahogado, sentirá que su pulso se desboca, que la sangre le taladra las sienes, que la falta de aire lo marea. Entonces hará últimos esfuerzos, desesperados esfuerzos para tratar de que el aire entre en su cuerpo y lo único que conseguirá, pobre chorlito en chala, será hundir más y más ese grano. Y se verá, sin querer, sin buscarse, por última vez en el espejo de su baño, la cara azul grisácea, la boca abierta un pozo, los ojos dos agujeros, y sentirá cómo sus piernas y sus brazos convulsionan, y más nada. Ya inconsciente, ya en el piso del baño, su corazón hará un último intento, fallará último intento: entonces, junto con el meo y con la mierda que su cuerpo sueltan, la convulsión final le hará vomitar sangre, bilis, grano. Y usted quedará ahí, acostado en sus jugos, la larga lengua afuera, la cara ennegrecida, los ojos blancos como pescados en la playa, a la espera de que alguien —su ex mujer, Joaquín, su subgerente— se pregunte dónde se habrá metido y vaya, sin muchas prisas, a buscarlo. Nunca nadie sabrá qué le pasó; nadie, es cierto, se matará por descubrirlo.

[ML9]

–Eso es imposible.

—¿Cómo sabés?

–Porque sé. Porque una cosa así nunca pasó.

–Eso quiere decir que sería nuevo. Tu vida está llena de cosas que fueron imposibles. Para vos yo soy algo que fue imposible.

Carpanta trata de hablar calmo pero está desafortado. Le grita a Titina que más whisky, se pone a peinar una gata hasta que ve que ya tiene dos preparadas sobre el mismo espejo y se manda las dos sin convidar. Charly insiste en que le gustan esos raros; se lo nota cansado.

–Pensaba en otro kohan, el de Loli. La verdad, no sé si es un kohan o una historia que alguien me contó. Loli ya tenía más de cuarenta años y se había pasado la vida imaginando su cabeza rapada: siempre había querido ver su cabeza rapada, pero nunca se atrevía a rapársela. Entonces, un día, decidió que ya era hora. Era un día común: en las historias las cosas excepcionales pasan en momentos excepcionales, pero son las cosas las que hacen los momentos, no sé si me explico. Un momento común, entonces, y Loli que va a la peluquería y le pide a su peluquero amigo que le rape la cabeza a cero. El peluquero la mira y le dice no puedo. Loli le pregunta cómo es eso y, después, por qué; el peluquero le contesta que porque él nunca vio su cabeza rapada. ¿Y no la puede imaginar?, le dice Loli. La puedo imaginar, pero ése es el problema. ¿El problema? Sí, el problema: que las cosas nunca son como las imagino.

Dice Carpanta y se queda callado. Mira a Nito, que piensa que es curioso que el peluquero llame cosa a la cabeza, precisamente él, que vive de ellas, y que allí debe haber una clave. Carpanta carraspea, suelta un suspiro resignado, dice que sólo en los malentendidos hay algo que entender y le pregunta a Nito si sabe por qué. Él, como le corresponde, le contesta que no. Nito piensa que, por momentos, es tan fácil hacer su papel que incluso él lo puede hacer. Pero sigue perdido.

–Porque la saturación de malentendidos deja la comprensión en carne viva, necesita un bálsamo: pide un bálsamo a gritos. Entonces vamos nosotros y les explicamos: somos la gran pomada. Pomada, nunca vaselina. ¿Sabés qué habría que hacer, en una de ésas?

Nito hace su parte: no, digameló.

—Nada, ya vas a ir entendiendo.

Dice Carpanta y lanza esputo acertadísimo y pregunta —le pregunta a Nito, se diría— si sabe por qué van a ir dejando cuerpos por aquí y por allá. Carpanta tiene una sonrisa demasiado amable y Nito se preocupa.

—Yo diría que sirve para mandar como un mensaje de esperanza.

—¿Un mensaje de qué?

Chilla Carpanta. Nito trata de pensar cómo decirlo sin irritarlo más de lo que Carpanta puede soportar —o sea: sin irritarlo.

—De esperanza. Digamos que el mensaje es algo así como «no hay nada peor que la muerte».

—¿Cómo que no hay nada peor?

—Eso, que no hay nada peor.

—¿Y ése es un mensaje de esperanza?

—Claro: si esos tipos que vamos a poner están muertos y están ahí, todo bien, tranquilos, con sus disfraces y sus poses y sus conductas raras, y no hay nada peor que eso, y nosotros estamos vivos y los vemos y vemos que eso es lo peor de todo, entonces el mundo es algo que sí vale la pena, ¿no?

—¿Vos sos idiota o me querés tomar el pelo?

Carpanta vuelve a mirar su reloj y sacude la cabeza, chasquea los labios, sacude la cabeza. De pronto es un señor demasiado gastado, la colita floja recogiendo el poco pelo blanco, la papada papando, moqueando la nariz.

—¿O lo decís porque estás tratando de impresionar a la chica?

Nito se queda callado, sin saber qué decir —y ni siquiera porque dude si quizá: está seguro de que no, pero que Carpanta lo suponga lo ofende, lo humilla: él habla para salvar al mundo, yo para cogerme a su esclavita. Trata de no odiarlo y no le sale; por si acaso, dice que también podría ser un mensaje contra el despilfarro.

—¿Contra el despilfarro?

—Claro. Los tipos están muertos, no sirven para nada, y hay alguien que se gasta plata y esfuerzo en ponerles la ropa, presentarlos. Aunque el muerto se vista de seda muerto queda, dice el refrán, ¿no? Ahí se podría entender que es un grito contra la sociedad de consumo, que somos tan consumistas que seguimos consumiendo incluso muertos, ésa está bien, me parece un revulsivo bueno.

Dice Nito, y la cara de Carpanta es una oda a la desilusión. Nito piensa que quizá se equivocó y que en realidad Carpanta quería manifestarse contra la testarudez, contra el empecinamiento inútil de esos muertos que, ya muertos, quieren seguir actuando como vivos y, al hacerlo, ponen en escena la confusión profunda, esencial del hombre actual, piensa —hace un esfuerzo extraordinario para pensar—, del hombre en la sociedad contemporánea, y siente una especie de felicidad porque

imagina cosas y más cosas, porque ha recuperado el poder de imaginar, pero la cara de Carpanta lo para en seco:

—Tranquilo, che, calmate. Estamos en un momento muy difícil, el momento final. Se me hace que ya estamos llegando. ¿Sabés qué vamos a hacer ahora, pichón? Diez minutos no vamos a tomar nada: abstinencia completa, la luz propia. Yo voy a hacerte las preguntas, vos vas a contestarlas. Vas a ver cómo sabés todo lo necesario. A ver, para empezar: ¿vos sabés por qué la gente no quiere embalsamarse?

Nito trata de imaginar algo; Carpanta no le deja tiempo:

—Mejor dicho, primero: ¿vos sabés por qué no quieren embalsamar a sus muertos? Es tan lindo ver un muerto embalsamado. Está ahí, sentadito con sus ojos de vidrio, sus manos quietas en los bolsillos o en la falda, no habla, no molesta, pero dice cosas sin parar. Y eso que yo nunca vi un muerto querido. Si a uno le gusta ver cualquier muerto embalsamado, imaginate uno querido.

Dice Carpanta y mira su reloj: por primera vez en horas mira su reloj y murmura algo en voz muy baja.

—Y lo bien que se habla con los muertos. ¿Con quién se puede hablar mejor que con un muerto?

Nito trata de no entender —se pregunta si debe tomárselo como algo personal— pero igual le contesta:

—Porque es muy caro.

—¿Es muy caro?

—Yo qué sé, debe ser muy caro.

—Puede que sea muy caro. Más cara es la merca y nadie dice nada. ¿Por qué más?

—No sé. Porque si alguien lo embalsama, después qué hace. ¿Lo va a tener en el living de su casa?

—Ponele que lo tenga en el living de su casa.

Nito piensa en su abuelo Bernardo, un suponer, en el living de la casa de su madre: una presencia discreta pero insoslayable, una sombra terrible. Y después piensa algo que lo impresiona más: mamá muerta, Beto muerto, su padre incluso muerto, todos sentados en el living; él mismo, alguna vez, sentado en ese living; cada living del mundo llenándose de a poco de cuerpos anteriores ocupando su lugar junto a los vivos, acostumbando a los vivos a refregarse con su historia, retorciendo el tiempo. La imagen lo perturba: un mundo nuevo. Y le da orgullo ser capaz de imaginarse algo tan futuro pero no encuentra el modo de decirlo y el silencio se le alarga mucho. Para cortarlo, habla del miedo:

—Y, ahí no lo tendrían porque les da miedo.

—Así vamos llegando: miedo. ¿Miedo a qué?

–No se enoje, maestro. Yo creo que tenemos miedo de tener a nuestros muertos porque nos da miedo de que el tiempo se enrosque.

–Bien ahí. ¿Cómo de que el tiempo se enrosque?

–Y sí, eso. Que los muertos se queden, que el tiempo no pase como debería, que no sepa para dónde ir, que todo se confunda.

–Interesante. ¿Vos pensás que si uno tiene a la abuela embalsamada en el living el tiempo se le enrosca?

–Sí, eso le estoy diciendo.

–Ya sé que me lo estás diciendo. Pero, además, ¿lo pensás?

–No sé.

–Entonces no. ¿Y no te parece que no quieren tener a sus muertos en el living porque se pasan la vida tratando de olvidarlos?

–Dígamelo a mí.

–Sí, a vos te lo digo. Claro que te lo digo a vos.

–Claro que me parece.

—¿Y te parece bien?

—¿A usted qué le parece?

–Te pregunté qué te parece a vos.

–No sé, digamos que no muy bien.

–Ahí vamos queriendo. Estoy de acuerdo: olvidarse de los muertos es demasiado fácil. Los perros se olvidan de los perros muertos. ¿Vos viste alguna vez a un perro que velara a otro perro? Los caballos, los elefantes, los mamboretás se olvidan de sus muertos: es muy fácil. En cambio nosotros somos hombres, tenemos que hacer cosas más complejas, ¿no?, distintas.

–Supongo, jefe.

–Vamos a ver: ¿para qué sirve, si no, que seamos hombres?

–No sé. ¿Para hacer cosas más complicadas?

–Complejas, te decía, complejas, no es lo mismo. Eso que solían llamar cultura. ¿A vos te enseñaron en la escuela cómo empieza la cultura?

–Seguro que me lo enseñaron, sí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y cómo fue?

–No sé, no me acuerdo.

—¿No te enseñaron que empezó cuando los hombres empezaron a cuidar a sus muertos, a guardar o quemar o enterrar a sus muertos?

–Sí, creo que eso me lo enseñaron.

—¿Y era una forma de olvidar a sus muertos o de recordarlos?

–No sé, maestro. De olvidarlos, supongo, de dejarlos atrás. O de recordarlos,

también, porque para dejarlos atrás alcanzaba con tirarlos a la entrada de la cueva y que se los comieran los zorrinos, ¿no?

—O sea: una forma de olvidarlos y de recordarlos.

—No, de alguna de las dos.

—O de las dos. Y, ahora, ¿qué hacemos con los muertos?

—Los dejamos ahí, los olvidamos. Ahora entiendo lo que me quiere decir: no los embalsaman porque ya nadie quiere acordarse de los muertos. ¿O porque les da miedo acordarse de los muertos?

—Algo así, supongamos: porque les da miedo o no quieren o no quieren porque les da miedo. Pero a mí me parece lógico. ¿A vos no?

—¿Cómo se puede saber qué es lo que es lógico?

—Usando la lógica, digamos. Me parece lógico que nadie quiera acordarse de sus muertos: ¿quién va a querer acordarse del muerto si sabe que todo lo que pueda imaginar de él es falso, que ahora es barro, gusanos, huesos, podredumbre o, de últimas, un montoncito de ceniza? ¿Cómo te vas a acordar de tu abuela si sabés que no es tu abuela sino un charco de masa repodrida? Pero si podemos hacer algo más que quemarlos o pudrirlos, ¿hacerlo no sería un signo de cultura?

—Es lo que digo, jefe: embalsamarlos. Lo que estábamos diciendo. Ya lo veo venir: sea culto, embalsame a sus muertos.

—¿Ves que lo ibas a ir entendiendo?

Nito piensa que no siempre es tonto pero Carpanta tiene la virtud de convertirlo en tonto. Ahora, piensa, un tonto que va entendiendo como un tonto las cosas que el otro quiere que tontamente entienda. Pelea —piensa en quizá pelear— contra ese manejo, pero rápidamente decide que es mejor dejarlo que lo lleve a donde quiera. Que no tiene nada que perder, que ya perdió todo lo que podía, que está perdido amenazado fugitivo, que su coca es increíble, que de esto puede salir incluso algo que le convenga y que, después de todo, ser tonto es una novedad interesante.

—Eso de la cultura es importante, pero no es lo importante. Ahora el problema es que no sabemos qué hacer con nuestros muertos porque no sabemos qué hacer con nuestras muertes.

—¿Qué me quiere decir?

—¿Quién hace las preguntas acá?

—Usted, maestro.

—Te digo que no es lo importante, no es por eso que lo vamos a hacer. ¿Por qué más puede ser?

—Ni idea. ¿Por qué más?

—Dentro de cincuenta años, por ejemplo, ¿qué vas a ser, vos?

—Yo qué sé. Un viejo de mierda.

—Tenés razón, con mucha suerte vas a tener razón. A veces me olvido de lo chico

que sos. Digamos, dentro de cien años.

—Ah, ya lo veo: un muerto.

—¿Nunca escuchaste esa frase que dice «en el futuro, todos muertos»? El futuro no son los niños; somos los muertos, ése es el futuro.

—No la escuché pero la entiendo. Ya le entiendo: no es por los demás. Es por cada uno de nosotros. Es bueno cuando los demás también somos nosotros, ¿no, maestro?

Carpanta respira hondo: un aire de satisfacción que Nito querría atribuirse pero sabe que es por él mismo, por la forma en que lo ha ido pastoreando. Y de pronto entiende más: el placer de conseguir que otro diga lo que uno pensó. Es casi una revelación: el placer de pensar por la boca de otro. Sabe que esta noche es solamente el otro, la marioneta de Carpanta, pero ahora que entiende su placer le da mucho placer también a él: la goza.

—¿Usted quiere decir que el embalsame es un futuro para todos?

Yo no sé si creía o no creía las cosas que decía. En realidad, trataba de no hacerme esa pregunta: no le veía el interés, ninguna utilidad para el trabajo.

Yo estaba equivocado. Al principio, como siempre, estaba equivocado. Pensaba, por ejemplo, que tenía que odiarlos: el odio, suponía, era lo que me había llevado a condenar a Raggio —lo que había necesitado para escribirle su muerte. Pero el ejemplo mamá era lo contrario: se la había contado por amor, o lo que sea que uno tiene con las madres. Yo no los odiaba, tampoco los quería: esas sensaciones primarias no servían para hacer lo que tenía que hacer; se trataba de hacer, no de sentir, pensé una tarde de calor, caminando por una calle de Morón, ladridos de los perros —y fue revelación pectorra: se trataba de hacer, no de sentir; un mercenario de mí mismo, entrenado, distante, consciente de mis armas. Uno que hace lo que le corresponde.

Al principio, también, usaba mis historias compuestas, laboriosamente escritas y aprendidas —porque temía quedarme sin palabras. Y, para no dudar de a quién le diría qué, me había ido haciendo de una serie de presagios para atribuir las muertes: todo dependía de lo que me fuera cruzando en el camino. Era un sistema de signos más bien obvio: si en la cuadra de su casa un pájaro —nunca una paloma— salía volando significaba alzheimer o demencia; si me cruzaba más de dos señoras con sus compras significaba hipertensión e infarto; si un perro en lugar de ladrarme se escapaba de rabo entre las patas significaba muerte con violencia; si una baldosa de su cuadra estaba partida en muchos pedacitos significaba, por supuesto, cáncer. Yo les hacía caso —me servía, me tranquilizaba hacerles caso a las señales—, pero no dejaba de maravillarme que algo tan menor definiera a tal punto sus vidas.

Aunque, por supuesto, adaptaba los detalles de mi historia a cada blanco en el momento, según lo que viera en él y alrededor de él: era la parte más riesgosa del trabajo. Por eso —también por eso— tenía que entrar a cada casa: el living, la cocina, las paredes me daban datos muy valiosos. Estaban, por supuesto, las fotos, que proveían la trama básica: familia, esposa, hijos, esas cosas. Pero también los cuadros, los adornos, el estilo y calidad y estado de los muebles, el lugar de la televisión, la presencia o no de algunos libros: información instantánea que yo debía ir absorbiendo mientras empezaba a recitar los primeros pasajes de mi historia, para poder personalizarla según los datos nuevos sobre el blanco que tenía sentado enfrente. Después, con el tiempo y la práctica, esos discursos practicados empezaron a sonarme falsos, un ejercicio de retórica. Entonces inventaba, improvisaba: a veces me salía mejor que otras; a veces, dudaba de que ése fuera el método correcto.

Una vuelta no supe cómo seguir y me quedé callado.

No me solía pasar. Me inventaba diez, doce muertes cada tarde: era un titán de la mortaja lavilista.

Al rato de escucharme, el blanco ya no pensaba si yo era más o menos chico, más o menos extraño, se olvidaba: me miraba la cara —la boca, los labios— con una intensidad extrema, bebía mis palabras su cicuta. Yo al principio no conseguía mirarlos a la cara; buscaba algo en la habitación y le contaba: un jarrón, una foto de bodas, la ventana, una tele apagada. Era por susto, por pudor, hasta que me di cuenta del efecto aterrador de no mirarlos y empecé a usarlo como forma: ellos buscaban, cuando empezaban a quebrarse, mi mirada; yo la hurtaba. El problema, entonces, era eludir la tentación de ver cómo mis palabras les cambiaban la cara. Empecé con ese tipo de problemas.

Yo caminaba cada tarde cuadras y cuadras por Palomar, Morón, Haedo, acompañado, al fondo, por los humos. Los humos siempre estaban, y algunas tardes se desmelenaban: tardes en que era difícil doblar una esquina sin ver, al fondo, alguna llama oscura, gente incluso corriendo con bultos en los brazos, chicos detrás, sirenas a lo lejos. Pero no hablábamos de eso: quizás, al principio, por no saber bien qué decir; después, por acostumbramiento. Aprendimos a vivir con el humo. Incluso, a veces, si faltaba lo echábamos en falta, como si algo no estuviera funcionando. Fue así, curioso: al fin, nos tranquilizaba verlo, como tranquiliza cualquier cosa que se va fundiendo con el tiempo.

Las personas se hacen grandes —lo que llaman una persona grande— cuando empiezan a preguntarse por qué hacen lo que hacen. Yo decidí que no iba a tolerar esa pregunta. Pero caminaba cada tarde cuadras y cuadras por Palomar, Morón, Haedo: por esas calles de casas bajas y árboles bajos, calor barroso polvoriento, pavimento agujereado o tierra apisonada, los humos, veredas sin vereda; paisaje de argentinos que creyeron que llegaban allí por unos años, que ese lugar sería, como el país sería, un tránsito hacia otro —más próspero, más sólido— hasta que fueron descubriendo, con mayor o menor claridad según las ganas de saber de cada uno, que eso sería, si tenían suerte, todo. Porque entendieron que no sólo no había ascenso sino que la caída amenazaba, y se agarraron con uñas y dientes a ese lugar de tránsito y criaron nomeolvides y geranios y les pusieron nombres a las casas y se compraron, al fin, algún enano. Y ahora, cuando me abrían la puerta, escuchaban a uno que les decía que sí, que ahí se acabarían.

Terminaba agotado. Me habría gustado, esos atardeceres, tener un amigo a quien contarle lo que hacía con esa distancia que había conseguido —hacer, un mercenario

—: como quien examina una máquina que hace su trabajo casi bien —y sólo deja una rayita inconveniente, un ojal sin abrir. Un amigo en serio: los de la escuela se habían apartado cuando tuvimos que mudarnos, y los chicos del barrio eran tan extranjeros. Una vez llamé a Ricki y arreglamos un encuentro en el Bartolo de avenida La Plata. Llevábamos años sin vernos: cuando me vio entrar en el bar, una tarde de mayo, se le notó demasiado la sorpresa; llamémoslo sorpresa. Después, con el segundo chopp, se relajó, empezó a llamarme enano, me preguntó si había visto a Titina; le dije que no, me dijo que él tampoco pero que sabía cómo encontrarla, si quería. Le dije que no gracias, esa chica está demasiado chiflada para mí —con una sonrisa que fue más patética que cómplice. Ricki estaba trabajando en una compañía de seguros —revisaba siniestros, me dijo, ganaba buena plata arreglando denuncias, que su padre había hecho lo mismo muchos años, me dijo, y que le había dejado su trabajo para salvarlo, dijo, porque se asustó—; entonces me preguntó a qué me dedicaba, sin conseguir disimular el miedo, y yo preferí no decir nada:

—No, hago unas ventas por teléfono, así nomás, desde mi casa.

Así que sólo podía hablar de lo que hacía con Trafálgar: cada noche, cuando terminaba, lo iba a ver a su departamento —porque tenía, en aquel tiempo, absolutamente prohibido mostrarme por el templo— con la lista de los visitados y le comentaba los casos más interesantes. Él me hacía preguntas generales, me alentaba. A veces me daba algún consejo: tus historias tienen que ser un poco hirientes, despectivas; que el blanco entienda la pequeñez de su persona. Pero ni se te ocurra hablarles de Dios, me repetía Trafálgar: ésa es mi parte del trabajo.

Después un día me di cuenta de que no tenía que intentar más nada: los miraba y hablaba, sólo hablaba: imágenes en mi cabeza, palabras en mi boca. Me alcanzaba con no pensar en nada y se me aparecían. Era peor: cuando no las preparaba las sufría. Pero nunca —ni siquiera en los momentos más baldíos— me rebajé a contarles una muerte con humos, con saqueos. Ni, mucho menos, una muerte de tránsito.

No sabía si creía en esas muertes. Trafálgar me había convencido de que no era yo quien tenía que contestar a esa pregunta: que si lo que yo les decía les servía, que si gracias a mis palabras encontraban su consuelo en el Señor, decía, ¿quién era yo para hacerme preguntas? Y había, de todas formas, algo —cómo llamarlo, cómo definirlo— que me decía que debía hacerlo. Pensé en sentido del deber, búsqueda de un sentido, idea confusa de bondad, disfrute del poder, puro gusto de ser escuchado. Nunca nadie podrá escucharme —nunca nadie podrá escuchar a nadie— con esa intensidad: con esa dependencia. Yo de verdad hablaba.

Usted, señor, se está muriendo. Y no me conteste esa vulgata de que todos nos morimos, que en cuanto nacemos empezamos a morirnos, porque no estamos acá para hacer frases de póster. No, no me diga que es cierta, porque ser cierto no significa nada; esa pamplina es cierta como es cierto que hoy es el primer día del resto de su vida o que amar es nunca tener que pedir perdón o esa cara tan cierta de cierto Che Guevara: pavadas para vírgenes. No, acá estamos para que sepa, señor, que usted se está muriendo y que se va a seguir muriendo mucho tiempo. Pero no se ilusione; tampoco le hablo de esa pequeña muerte de no vivir una vida verdadera, de revolear su vida; si fuera por eso no le diría que se muere sino que no ha nacido. No, lo que vengo a decirle es que usted se va a morir, sin la menor metáfora, durante mucho tiempo. O, si lo quiere más claro: que la célula ya se dividió.

Usted no sabe que la célula ya se dividió: nadie lo sabe todavía. Nadie puede saberlo, nadie puede notarlos: estas primeras divisiones son tan poquita cosa que no le van a producir ningún efecto, y ningún aparato podría descubrirlas. Es interesante; si usted no se hubiera puesto tan pálido podríamos conversar sobre la paradoja de que ciertas cosas se precedan a sí mismas, y podríamos debatir si algo que se define por su efecto existe cuando su efecto no existe todavía. Podríamos, pero no podemos, porque usted ahora sí quiere escuchar: usted se muere por escuchar lo que voy a decirle.

Se muere pero ya sabemos cómo es: usted, seguramente, si es que puede, va a tratar de sacarse esta conversación de la cabeza. Va a tratar de dejar de pensar en esa situación interesante —aterradora— en que su cuerpo ya lo condenó sin posibilidad de apelación y usted ni siquiera lo sabe, ni podría saberlo. Usted se siente bien; estar enfermo es otra cosa. Sí, usted no está enfermo: usted es el teatro de las operaciones de una fuerza enemiga que no lo invade porque la fuerza es usted mismo. Que se ataca en secreto, silencioso, sin que pueda siquiera preguntarse cómo es posible que usted y usted sean cosas tan distintas. Y no vale la pena que vaya a ver a un médico: le insisto, todavía no podrían detectarlo pero ya está ahí, zapando, destrozando, proliferando como conejos rengos. Usted va a tratar de olvidarlo —y, por momentos, lo va a conseguir: convencerse de que lo que le digo son bufonadas de un fantoche. En otros no; en cualquier caso, dentro de unos años, un día, usted va a notar algo raro, algo distinto en el olor de su mierda. Sí, no me mire así: usted conoce el olor de su mierda. Si hay algo que usted y todos conocemos bien es el olor de nuestra mierda, ese olor entrañable que nos acuna desde chicos, ese olor que nadie más soporta: el

olor de la parte de adentro.

Entonces, ese día, usted va a dudar de usted mismo: va a pensar, quizá, que se está dejando sugestionar por lo que yo le dije años atrás —por esto que le estoy diciendo— y, además, ni siquiera podrá estar muy seguro de que el olor sea de verdad distinto, después de tantos años de esperar que alguna vez lo sea, de temer que lo sea; entonces va a pensar que puede ser su olfato lo que falla, que quizás usted se acuerda mal, que son pavadas. Usted entonces no sabrá que lo que huele es el olor de la sangre —su sangre— mezclada con su mierda. Y va a empezar a adelgazar: tantos esfuerzos que habrá hecho, tantos esfuerzos que hace ahora para bajar un par de kilos y cuando finalmente le suceda sin esfuerzo será un golpe tremendo. A veces es así: no hay nada más turbador, más agorero que conseguir lo que se busca. Entonces, ya asustado, ya sin poder dejar de recordar estas palabras, ya recordando la historia de su madre, sus primos, su maestra, irá por fin a ver al médico —usted, que se jacta de no ver médicos ni en las series de televisión— de la mutual de comerciantes.

Que lo recibirá con sonrisas y palmadas y le pedirá unos análisis y prolongará la tensión una semana interminable —en la que usted no dirá nada a su mujer, a sus hijas, «para no preocuparlas». Y, lo que es peor, ellas tampoco le notarán nada distinto: usted, roído por los conejos negros —o, por lo menos, por la duda más negra— será para ellas exactamente el mismo: será igual, será distante, será —pensará usted en esos días— alguien que nunca conocieron. Pero usted intentará esquivar cualquier idea: ya tiene, con su miedo, suficiente. Hasta que vaya, esa tarde a las cuatro, a oír el veredicto.

No lo voy a abrumar con los detalles de ese encuentro; sólo quiero decirle que nunca habrá oído con tanta intensidad unas palabras —porque nunca unas palabras habrán significado tanto para usted, habrán sido tan decisivas para usted, tan extranjeras. Y que el doctor estará un poco nervioso, que sus intentos por mostrarle su aplomo y la esperanza serán mediocres pero que usted elegirá creerlos —porque lo único que querrá será salir corriendo. Así que por fin saldrá a la calle, intentará respirar hondo, mirar fijo ese árbol, deshacer el agujero en el estómago; intentará, sobre todo, no pensar y pensará en las preguntas que no hizo, tratará de recordar la sonrisa solvente del doctor para decirle no se preocupe amigo que su caso es difícil pero no imposible, sabrá que no sabe bastante y no sabrá si quiere saber más: quiere, no quiere, su cabeza le gritará insultos y lamentos. Después todo estará, por un segundo, quieto: entonces pensará que nadie sabe todavía; que, por un rato, quién sabe un par de días, usted podría callarse y seguir siendo, para los suyos, el mismo todavía: que se crean, por unos días, que sigo siendo el mismo. Después pensará que es una estupidez; después tendrá un vislumbre raro: que si esto es lo que es, se dirá, no llegará a decirse, voy a tener que acostumbrarme a ser —cada vez más, muy pronto solamente— lo que los otros crean. Dentro de poco voy a ser una idea ajena,

pensará, justo antes de que le baje la presión y tenga que sentarse en un zaguán de mármol viejo.

Usted tendrá cincuenta y cinco años, una salud de hierro, un negocito próspero, un buen pasar, amigos, muchos planes; usted se sentirá, más que nada, estafado: ¿cómo es posible que se acabe si acaba de empezar, si está empezando? Y se hará las clásicas preguntas que no tienen respuesta —¿por qué a mí, yo qué carajo hice, a mí quién me eligió?— porque cualquier respuesta sería peor que no encontrarla. La calle entonces será un lugar extraño: un lugar exactamente igual que antes y tan monstruosamente diferente. Un lugar que ya no lo contiene, donde usted ya no es parte, un espacio de otros. Usted, ahora, pensará, ya no es uno de ellos: todos estos que pasan, hijos de puta que pasan tan tranquilos, sobrevivientes que pasan como si no pasara nada. La calle es de los otros; usted, ahora, pensará, ya no es lo que está a su alrededor sino, dramático, lo que le pasa adentro. Usted habrá empezado a ser su adentro: ese lugar horrible donde un alien le está comiendo el cuerpo —pensará, porque prefiere no pensar que su cuerpo mismo decidió que se va a devorar, que ya no se soporta y va a tratar de destruirse. Y que será una forma de justicia: ¿o no tiene su cuerpo el derecho de hacer con su cuerpo lo que se le cante? ¿Consigno mismo lo que se le cante? ¿Con usted mismo lo que se le cante? Su cuerpo y usted, ahora tan enemigos: su cuerpo tan ajeno.

Entonces les contará, por fin, lo que le pasa a su mujer e hijas, y de ahí en más ellas harán brutos esfuerzos por esconder que saben lo que saben, y usted hará todo lo posible por no saber que sabe lo que sabe. Será una alianza sin fisuras: usted tendrá miedo de preguntar, ellas tendrán más miedo de decírselo, y todos simularán que esta pelea puede tener final feliz, o sea: que puede no tener final. Y usted estará tantas veces a punto de pedir que le digan de una vez por todas la verdad —la que usted sabe, la que su esposa sabe, la que el médico sabe, la que todos se callan—, pero no va a atreverse. Entonces usted, que no pregunta, que no quiere que le digan lo que sabe, va a interpretar pequeños signos, cantidad despiadada de pequeños signos que, uno tras otro, le van a decir lo que ya sabe: que se está muriendo. Y no va a querer preguntar lo que ya sabe, y va a tratar de simular que no lo sabe —ante ellas, ante usted sobre todo— y se va a sentir miserable por simularlo y se va a sentir más miserable por no llegar a simularlo.

Pero lo intentará. Usted se dirá que estamos en el siglo XXI —porque ya será el siglo XXI— y que los cánceres se curan. Así que se va a convertir en un esclavo de su médico: va a esperar cada cita con su médico, cada llamado de su médico, y va a ir a ver a su médico con la lengua afuera y el pulso desbocado y va a mirar a su médico —los gestos de ese médico, los ojos de ese médico, las palabras siempre insuficientes de ese médico— con los ojos del cachorro más humilde y apaleado al que, quizá, si es bueno, si come su comida, si no caga en el living, su dueño le tire el hueso de unos

meses. Y mientras espera que lo tire o no lo tire, no querrá pensar que de todos modos ya perdió: que su vida no será sino una batalla ensangrentada por volver a lo que ya tenía, lo que le parecía normal cuando creía que estaba sano: que su vida va a consistir en pelear para volver a tener una vida —o eso que llaman una vida— por delante. Y usted va a pensar en el calorcito de una mañana de septiembre, cuando el sol se va abriendo paso entre las nubes, y y va a pensar en el olor de la torta de bizcochuelo con dulce de leche dorándose en el horno, y va a pensar en la satisfacción de un estornudo bien lanzado, y va a pensar en el frío de una ducha en la cabeza después de un día de trabajo de verano, y va a pensar en el cosquilleo que le provoca en las mejillas la mirada de una mujer que usted miró, y va a pensar en el reloj election de cuadrante blanco y agujas de oro que le dejó su padre y que hace tanto que no mira, y va a pensar la perfección con que su espalda encaja en el respaldo de su sillón del living, y la cabeza le va a pesar mil kilos.

Será el principio de un largo aprendizaje inútil. En esos meses —en esos pocos meses— usted aprenderá que sus células malignas cancerosas son células que nunca maduraron, que detuvieron su proceso cuando todavía no se habían formado para la función que tenían que cumplir y que, entonces, sólo aprendieron a reproducirse —una vez y otra y otra vez: patota de muchachos calentones que no estudian ni trabajan ni imaginan futuros y sólo piensan en coger y coger y coger más y que, además de pensar, pueden hacerlo. Y que son muchachones medio nabos que juegan en patota pero quieren creerse diferentes; que sus células del hígado —un suponer, el hígado— son todas más o menos semejantes entre sí, pero las células de su tumor en cambio serán una cacofonía de formas diferentes —gorditas, estiradas, redondeadas, chatas, pero todas tan feas, tan canallas. Que las une su empeño en ignorar las reglas: que no hacen su trabajo, que sólo se reproducen más y más sin más función que ocupar el lugar de las que sí podrían hacerlo, y que se van comiendo el alimento que sus células sanas necesitan y crecen tanto y van rompiendo todo, arrasando a su paso, haciéndolo pedazos, deshaciendo. Entonces usted, que siempre ha sido una persona de orden, descubrirá, de pronto, por paradójica desgracia, cuánta razón tenía: que sucumbe al ataque del desorden. Y aprenderá que sus células sicarias desbocadas, como no maduraron, tampoco aprendieron a morir: ¿no es curioso que lo vaya a matar esa pequeña parte de su cuerpo que se ha vuelto inmortal, que ha vencido a la muerte? Y no le importará saber —si alguna vez lo sabe— que su triunfo es pírrico: que cuando terminen de matarlo morirán —y ésa es la única forma en que se mueren. Si alguna religión lo hubiera podido imaginar nos habría dicho que es el castigo que nos manda su dios por tratar de imitarlo: las religiones siempre castigan a los hombres que no se resignan a las limitaciones de ser hombre —y no hay mayor limitación que ser mortal, y esas células que no se resignan serán la causa de su castigo más definitivo: de su muerte.

Sí, ya sé, lo conozco. Usted es tan inocuo, tan bobaina, tan presa de las pavadas de autoayuda, que le gustaría pensar que hay algo bueno en todo eso: que el sufrimiento lo redime, que es una prueba que lo va a hacer más fuerte, que tururú pimpero. No hay, señor, nada bueno. Lo único bueno de sus células sicarias desbocadas es que son maldad pura, perfecta, desprovista de la menor bondad o utilidad: entonces va a aprender, usted, señor, que no hay nada más mortal que la pureza extrema. Y usted, señor, va a retorcerse en la pureza, en la mugre espantosa de las drogas con que lo van a envenenar para que crea que lo salvan, en la mugre de un esfuerzo sin meta, en el dolor mugriento; va a sufrir, señor, disculpe que le diga, sin saber exactamente qué va a estar sufriendo; no va a querer que llegue el otro día, sólo va a querer que llegue el otro día. Va a vivir en la angustia y la esperanza, el miedo y la esperanza, el terror muy oscuro y la esperanza cada vez más pálida. Va a leer el diario y a pensar en las células sicarias, a comer y a pensar que está cebando a las sicarias, a dormir y a pensar que las sicarias no se duermen y que está perdiendo horas preciosas, a caminar y a pensar en las sicarias que lo están matando: en que lo están matando. Usted no va a querer vivir así, va a hacer todo para vivir así, porque es la única forma que le queda; va a vivir en el miedo, va a morir de miedo. Y mientras tanto las células sicarias van a hacer su trabajo, tan desinteresadas, tan carentes de cualquier otro fin que no sea destruirlo y destruirse. Y usted —lo que quede de usted, ese usted desmadrado destruido— va a tener, en esos pocos meses, tanto tiempo para pensar su muerte que no es preciso que yo le diga nada. Porque usted siempre creyó —todavía cree— que la muerte no le daría miedo. Cree en dios, sabe que esta vida es un paso, supone que ha sabido aprovecharla, dentro de lo que cabe. Pero, de pronto, entenderá que todo eso eran pamplinas. Y tendrá un miedo extremo, un miedo como nunca conoció, un miedo hecho de dientes y de garras, un miedo carnicero y extrañará con todos sus sentidos la bendición de morir en un momento, sin saber qué le pasa, ahorrándose la muerte para entrar en la nada sin escalas. Por miedo de morir querrá estar muerto y no estará: no hay peor derrota.

Él siempre dijo que no lo proyectó: que tampoco había sido su culpa. Pero es difícil de creer. Al principio, decía, sólo quiso llevar más hombres a su molino —eso decía: hombres a su molino, sin pensar en la imagen repulsiva de hombres despatarrados revoleados por las palas de un molino, aplastados por las ruedas de un molino, molidos por molinos— porque las mujeres son la base, la argamasa, pero ninguna congregación puede avanzar sin hombres, decía, y que eso era todo, sin otras

intenciones. Conociéndolo como llegué a conocerlo, yo diría que quién sabe sí, quién sabe no. Hay personas que creen que conocer a alguien es garantía de entender por qué hace lo que hace; yo creo que es exactamente lo contrario: sólo podemos pensar que sabemos cómo funciona lo que no conocemos, y conocerlo es el camino a la aceptación de la ignorancia o, por lo menos, la perplejidad de que las cosas son tanto más complejas que cualquier explicación que alguien les atribuya. Así que nunca sabré si lo había pensado desde el principio o no.

En cualquier caso, tardó bastante en empezar a hacerlo. El principio habría sido igual de todos modos: el mismo si lo pensó como si no. Al principio, por supuesto, los buscaba en sus casas: dejaba pasar algunos días —para que no relacionaran su visita con la mía— y tocaba el timbre de los blancos que yo le había marcado como más propicios. Si el blanco abría la puerta, Trafálgar le informaba —desde la puerta, casi displicente, como quien da pero no pide— que era el Pastor del Templo de Dios Madre, que sería feliz —feliz, decía, ser feliz— de recibirlo en su templo cuando el señor quisiera y que le parecía, al verlo, sólo por su aspecto y su aura y su energía — sólo por su energía, le decía—, que el señor había tenido una dureza y que seguramente le haría bien venir, descansar en un hombro divino: el señor sabe que nadie puede pelear con ciertas cosas solo, y que él —él, Pastor Trafálgar— era un humilde servidor de todos los que luchan solos. Y que intuía —veía, sabía, les decía, según el blanco— que su dureza tenía que ver con un miedo que sólo el Señor podía ayudarlo a sobrellevar, ¿o me equivoco?, le decía, y se callaba y esperaba. Era muy raro que el blanco no asintiera, sorprendido.

Quizá fue cierto que no fue su idea. Trafálgar vivía modesto y parecía no querer más. Llevaba meses en un departamento de dos ambientes a la vuelta de la plaza de Morón que le había prestado doña Amalia, feligresa que manejaba seis o siete; era una prebenda de su oficio, pero no una gran prebenda: el departamentito tenía una pieza y un living con kitchenette que, entre ambos, no debían ocupar más de cincuenta metros. Nunca, en todo ese tiempo en que nos reunimos allí casi todos los días, entré en su habitación: quizás él lo considerara inconveniente, quizá temía un desliz, quizá sólo tenía vergüenza. En el living había una mesa de fórmica con tres sillas de fórmica, un silloncito de cuerina roja de dos cuerpos, una televisión con antena de cuernos sobre un banquito de cocina. Una o dos tardes por semana, Trafálgar iba a la ciudad a encontrarse con una mujer que no me presentó; que yo sepa, nunca fue de noche. Un pastor debe tener su vida en su lugar, decía: fuera de las miradas. Todos saben —incluso las mujeres del templo saben— que algo debo hacer, decía, y si no hiciera nada me sospecharían. Pero una cosa es que lo sepan y otra que lo vean: para estas señoras que no paran de imaginarse vicios tremebundos, los míos serían una decepción, un desprestigio. Yo lo miraba buscando la sonrisa, pero la cara del Pastor seguía muy seria. Después, otro día, me dijo que cuando su grey hubiera

crecido suficiente iba a convertirse en un pastor auténtico —dijo: un pastor auténtico — e iba a dejar a las mujeres: que ya no iban a interesarle las mujeres y podría cumplir con los preceptos de Isaías, me dijo, y recitó: «Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá», recitó, pero que ahora las necesitaba porque no tenía ningún otro poder, me dijo, y yo estuve a punto de preguntarle qué quería decir pero pensé que prefería no saberlo con detalle.

Creo que lo creía: quizá fue cierto que no fue su idea.

A menudo me pasaba con Trafálgar que no quería saber detalles: la sumisión — leí en alguna parte— es esa relación en la que alguien trata de ignorar lo que ya sabe. Pero tres meses después de que empezara mi trabajo me atreví a preguntarle por mi sueldo; Pastor me dijo que, a partir del mes siguiente, gracias al aumento de los fieles del templo, podría pagarme cuatrocientos pesos. Era una bicoca; recién dos días más tarde le pregunté si ésa era su idea de unas gracias inconmensurables. Me miró como si no entendiera, y después se rió y me dijo que eso, exactamente, era. Pero que, si tenía paciencia, ya vería. Cuando recuerdo esas palabras creo que no le creía: que ya tenía la idea.

Él insistía en que no. De hecho, parecía realmente sorprendido cuando me contó que el blanco del alzheimer había ido a verlo esa tarde, a la hora de la siesta, y le dijo que estaba desolado, aterrado, que no podía dormir ni comer ni hacer nada —y él no le preguntó qué quería decir con hacer nada— y que ya llevaba varias semanas yendo al templo pero seguía desolado y aterrado porque no sentía ninguna diferencia en su condena.

—¿Qué condena, hermano?

Le preguntó Trafálgar, con su mejor cara de nada.

—Padre, le voy a contar algo.

Le dijo el blanco, como quien conspira, y le dijo que la noche anterior no había podido recordar el nombre de su perro: de mi perrito, de ese perro que es mi gran alegría.

—Bueno, esas cosas pasan.

—No, padre, usted no me entiende. Hace un tiempo supe que iba a empezar a perder la memoria y que eso iba a ser el principio de mi muerte...

—¿Cómo que lo supo?

El blanco no le explicó del todo: que lo había sabido, que había recibido la noticia, que lo había sabido. Pero que estaba desesperado y que ya no sabía más qué hacer y que seguro que Jesús podía apiadarse.

—Por supuesto, hermano, el Señor Jesús va a apiadarse de usted, como se apiada de nosotros todos.

—No, padre, no me entiende. Yo creo que Jesús puede arreglarlo. Yo necesito que Jesús me salve...

Dijo, y se quedó callado, esperando que Pastor lo entendiera. Pastor no dijo nada.

—Padre, no me diga que esto no se puede arreglar. Seguro que podemos arreglarlo.

Me contó Trafálgar que le dijo y que, entonces, se indignó como pocas veces en su vida.

Parecía realmente sorprendido. De hecho fue aquel sábado, en el templo galpón, frente al rebaño entero —que realmente había crecido—, cuando lanzó su famoso Sermón de los Milagros:

—Ustedes, hermanos, no deben confiarse en los Milagros: no pueden vivir pendientes del Milagro, esperando el Milagro. ¿Ustedes se imaginan, hermanos, lo que sería la vida si todo se resolviera con Milagros? Sería aquel caos, mis hermanos. Si hubiera Milagros para todos, si hubiera tantos Milagros como quieren los que los necesitan, incluso si sólo hubiera los Milagros que sólo a mí me piden, el mundo sería un caos y ni el Señor, ni siquiera el Señor, sabría cómo hacer para aguantarlo funcionando. Ustedes ya deberían saberlo, mis hermanos: el Señor debe ser amarrete de Milagros. Piensenlo: cada Milagro es un desvío del orden que Él mismo, en su infinita misericordia, le dio al mundo. Sí, es cierto, ese orden incluye los Milagros, pero ¿cuántos Milagros? Es una discusión muy antigua, hermanos míos, y no vale la pena ponerse regateros: ¿ustedes se ven discutiendo de números con Dios Nuestro Señor, que es infinito? No, ustedes no se ven, y saben que ni siquiera hay que pensarlo: Él sabrá cuántos Milagros le puede, qué digo puede, le debe, digo le debe, dar al mundo sin que su Creación se encarajine, si me permiten el vocablo. El Señor, hermanos, tiene que administrar esos Milagros con el mayor cuidado: no hay nada que lo apene más que desperdiciar un Milagro en quien no lo precisa, en el que no lo aprecia o justiprecia, como quien echa margaritas a los cerdos porcinos. Y si los Milagros en general le arden, mis hermanos, ninguno le disgusta más que esos de salvar vidas: ¿qué, otro que no quiere venir ante Mí? ¿Por qué me escapa? ¿De qué tiene miedo? ¿De Mí tiene ése miedo? ¿Qué ha hecho en esta vida para no querer comparecer y conocerme? Ustedes, hermanos, hombrecitos, temen por sus muertes. Despreocúpense: no es difícil, no es un gran trabajo; la muerte es la gran cosa que no van a tener que hacer. La muerte se hace sola: el Señor se va a ocupar de eso. El Señor, mis hermanos, los va a llamar cuando los quiera. Y, cuando los quiera, ¿quiénes son ustedes, que no son nadie, que son menos que nadie, que son motas de polvo sacudidas por un plumero desplumado, para pedirle un Milagro que contradiga Su decisión tan alta? Por eso les decía, hermanos: si el Señor no suele hacer Milagros porque sí, menos todavía los hará cuando se trata de vidas y de muertes: no los va a

hacer, les digo, a menos que ustedes lo convenzan de que realmente los necesitan y los quieren, que hay una razón y que, para lograrlo, están dispuestos a todo, a lo que sea. Piensénelo, hermanos, mastiquen, rumien, reflexionen...

Fue tan extraordinario, tan ambiguo: nunca pude saber si lo había dicho para educarlos, para desalentarlos, para alentarlos a desear lo extraordinario, para subir — como quien dice— el precio del milagro. En todo caso, pocos días más tarde, el blanco del alzheimer lo fue a buscar al templo y le preguntó si su milagro estaba entre éstos, los difíciles. ¿A usted qué le parece? No sé, padre, usted dirá.

—Si yo se lo digo no tiene interés.

—Yo creo que sí, que está entre éstos.

—Bien, seguramente.

—¿Y qué tengo que hacer para merecerlo y conseguirlo?

—No, si se lo digo yo es como si no lo hiciera. Vaya y piense, hermano, con su conciencia: usted y su conciencia y el Señor Jesús por encima de todo.

Dos días después, el blanco volvió con una idea: estaba dispuesto a entregar la mitad de sus ingresos al templo —para hacer obras, le dijo, para repartirlos a los pobres— si con eso Jesús se convencía de su disposición, y lo salvaba. Pastor lo miró con sorpresa —su cara era un compendio de sorpresas, verdaderas o falsas o incluso, a veces, verdaderas y falsas a la vez porque una sorpresa, como casi todo pero más por ser sorpresa, está hecha de innumerables caras— y le dijo que no podía aceptarlo. Por favor, le dijo el blanco, casi llorando, por favor.

—El Señor Jesús no va a aceptar que su criatura se arruine la vida por el miedo a la muerte.

Le dijo Trafálgar, la mirada lejana, como si hablara solo.

—Y todo es un error, porque todo lo que le puedas dar es poco y todo es demasiado.

Le dijo, como en trance, y el blanco que no, que él estaba dispuesto, que lo había reflexionado y conversado con su esposa, que él siempre había querido ayudar a los demás y que por fin ahora podía, que por favor, que por favor: le lloriqueaba. Hasta que Pastor le dijo que, por ser él, como un favor muy especial, podía tomar un tercio —y que el Señor Jesús, sin duda, sabría reconocerlo.

Pastor Trafálgar tardó unos días en contármelo: me dijo que había dudado pero que quién era él para sacarle a un pobre hombre su última esperanza. Yo lo escuchaba sorprendido —y no me atrevía a decirle que ese pobre enfermo era tan pobre enfermo como él y como yo: no dije nada. En cambio le pregunté lo que me preocupaba:

—¿Y si no sucede lo que yo les digo?

—A quién le importa. Suceder no es que mueran como vos dices, suceder es que el que te escucha regrese al redil.

—Sí, pero ¿y si les pasa cualquier otra cosa?

—¿Cómo que si les pasa cualquier otra cosa?

—Sí, eso, si se mueren de cualquier otro modo.

—Será porque el Señor Jesús, en su misericordia, decidió evitarles esa muerte que vos les anunciaste. Pero necesitamos que no se muera ninguno en estos meses. Nadie quiere más que nosotros que sigan bien, vivos y sanos.

Me dijo, y yo creí que había entendido.

—Porque ese miedo es bueno para ellos, mi querido: les permite reencontrarse con la Fe, recuperar sus vidas.

7

Su muerte podría ser de las más dignas: lo va a matar el marido de su novia. Usted me dirá que está casado, felizmente casado, y que decir su novia es una tontería. Sí, ahora es una tontería. Pero dentro de diez años usted va a separarse de su esposa —en buenos términos, ella siempre fue tan comprensiva— y va a empezar una relación con esa chica, muchos años menor, pulposa, apetecible, un surtidor de sexo como usted nunca imaginó: una apoteosis de la carne, por decirlo de una manera amable. Usted va a estar feliz, sí, muy feliz, de un modo peculiar: usted va a saber —usted no es tan tonto ni tan inteligente como para engañarse de verdad— que eso no será amor, si amor es lo que tuvo con su esposa, las ganas de vivir con ella cada día de su vida, de construir con ella, de parir con ella; usted sabrá con toda claridad que no se trata de eso sino de un estallido permanente, lo irrepetible extrañamente repetido. Pero, más allá de la extrañeza, usted va a estar feliz porque sabrá que le ha llegado una de esas cosas que siempre deseó a lo lejos, sabiendo que no eran para usted, que nunca las tendría.

Así que le importará todo un comino —se dirá: me importa todo un comino, aunque comino sea una de esas palabras viejas que ella no entenderá y que pondrán de manifiesto que usted es una momia al lado de ella— y le meterá para adelante, dejará a su señora, perderá esta casita y la mitad de sus ahorros, se arriesgará a las burlas y habladurías de amigos y parientes, revoleará la chancleta con la fuerza del mejor discóbolo y se dirá que así es la vida, que por una vez que le da algo que no se merecía lo tiene que agarrar con las dos manos, no vaya a ser que se arrepienta: que es un peligro cuando la vida se arrepiente. Y se creará, por unas semanas, unos meses, el hombre más feliz, más inmerecidamente feliz hasta que su marido —el de ella, le digo, por supuesto, el tipo que ella dejó para irse con usted porque usted le ofrecía una seguridad que él nunca supo darle, o porque quería vengarse de algo que no le contó, o porque vaya a saber qué, así son las mujeres— entienda que no puede

soportarlo: que, decididamente, no puede soportar vivir sin ella. El tipo va a intentarlo, a seguir intentándolo, y a llegar a la conclusión de que no puede. Así que, durante un par de meses, él va a vivir con ella de otro modo, va a pasarse las horas y las horas trabajando para recuperarla: va a seguirla a la salida de su trabajo, a mandarle regalitos y flores, a llamarla a las horas más brutas, a perseguirla de todas las maneras hasta que un día, después del enésimo desaire, después del último desprecio, entienda que ya nunca va a conseguir que vuelva. Y entienda, al mismo tiempo, que de verdad no lo soporta: que no sabe, no puede, no está preparado para vivir sin ella y, sobre todo, para vivir con la idea de que ella está haciendo con otro eso que debería hacer con él. No serán siquiera exactamente celos; será más bien la convicción de que hay algo en el orden del mundo que se rompe cada vez que ella lo mira como ella lo miraba, cada vez que le dice lo que le decía a él, cada vez que ella se abre de piernas y la pija que le entra no es la suya sino la suya, quiero decir: la que usted tiene ahí, entre sus piernas. Entonces el tipo —que es un tipo tranquilo, meticulado, que nunca esperó estas cosas de la vida— va a decidir que no le queda más remedio que terminar con eso. Y en ese punto, cuando entienda que tiene que matarlo, cuando piense que tiene que arruinarse la vida —o eso que le queda, que ya no llama vida para que le sea más fácil desprenderse de ella— y matarlo, decidirá que, ya que lo va a pagar de todos modos, por lo menos quiere sacarle el jugo: que usted sufra por todo el placer que le robó y por el orden del mundo que hizo bolsa y por todas esas cosas que quién sabe.

Entonces el tipo lo va a esperar a la entrada de su casa —que va a ser un departamento acá en el centro de Morónuna— tarde poco antes de las siete, cuando usted vuelve de su negocio de plásticos y afines y no le va a pegar un tiro, dos tiros, muchos tiros; lo va a agarrar por atrás —es un tipo pesado, grande, mucho más que usted, que ya va a estar un poco avejentado— y le va a cortar unas venas que le corren justo debajo del cuello porque alguien le habrá dicho —muchos años antes, cuando esa información no le interesaba en absoluto— que cortando esas venas un fulano se muere seguro pero no de golpe, que tarda unos minutos: porque el tipo querrá, además de matarlo, que usted note cómo se le va la vida, despacito. Que usted tenga el tiempo necesario como para pensar qué pelotudo, cómo me voy a morir por unos polvos: por unos polvos, por las tetas vacunas de esa mina, por el culo agropecuario de esa mina, por una mina que ni siquiera amaba realmente. Y mientras usted se agarra con la mano el cuello, se empapa de su sangre, se mira atónito su sangre, se sorprende de que no le duela casi tanta sangre a chorros, él le va a decir que qué boludo que fue de meterse con él, con alguien que es capaz de tanto amor como él, alguien capaz de tanto amor que no es capaz de olvidar ese amor, que es capaz de obligarse a recordar ese amor cada minuto de los miles y miles de minutos que va a pasar en la cárcel, una vida en la cárcel, por haber sido incapaz de olvidar

ese amor, por haber preferido su amor a todo lo demás. Y entonces usted se va a morir pensando en él: ésa va a ser la frutilla de su torta, lo mejor de su venganza: usted lo va a intentar pero no va a poder dejar de pensar, en esos últimos segundos, en él, en cuánto mejor su amor que el suyo, en cuánto más la merecía, en lo estúpido que fue, en lo mal organizado que está el mundo —porque a último momento, incluso a último momento, usted querrá echarle la culpa de su error al mundo. Y pensará, también, entonces, la mano roja pegajosa, en lo poco que valía esa mujer que no entendió, que no supo reconocer el amor donde estaba, que se creyó que usted era mejor que él cuando él estaba dispuesto a perder todo por ese amor tan brutalmente poderoso. Aunque en el último momento —realmente el último momento—, el último segundo, derrumbándose en la entrada de su casa usted va a vislumbrar entre las sombras rojas la idea que podría salvarlo: usted está muriendo por amor, por ese amor, su amor va a parecer más fuerte que el de él o, por lo menos, el efecto de su amor es mucho más fuerte que el de él: él sólo va a la cárcel por amor, usted está muriendo por amor, va a pensar, en un relámpago, ya en las últimas fuerzas, ya sin fuerzas, con el enchastre de la sangre bajándole por el pecho la panza las pelotas, con las manos enchastradas de su sangre va a pensar que para cualquiera que lo mire de afuera su amor va a ser más fuerte más definitivo, el amor del muerto por amor, y que usted va a saber que no es cierto, que una vez más como toda su vida los demás van a pensar de usted cosas que usted va a saber falsas pero que ahora —por fin— a quién le importa, tratará de pensar, no llegará a pensar: que ahora usted, el que sabía que no era cierto, ya no va a pensar nada, nada más, y entonces nadie va a saberlo. Y usted, si tiene suerte, si vive esos segundos, se va a morir con el alivio de haberlos engañado para siempre.

[ML10]

—¿Y cómo vamos a hacer para convencer a los muertos de que están ahí, en esos cuerpos?

Dice Nito, porque ha dejado de decirlo varias veces y ahora ya no puede.

—Vos no sé. Yo no los pienso convencer de nada.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

—Eso, maestro: ¿entonces qué?

—¿Estamos jugando a la ninfa Eco y el viejo cabrón que le va a romper el orto?

—No se enoje, disculpe.

—Está bien. Pero acordate que yo soy el que hace las preguntas.

—Sí, me acuerdo, diga.

—¿A quiénes habrá que convencer de que van a seguir ahí cuando se mueran?

—A los vivos, claro. Si dice cuando se mueran es a los vivos. ¿Pero de qué los quiere convencer? ¿De que van a seguir ahí, que van a perdurar en esos cuerpos?

—¿Ves por qué te digo que las preguntas las hago yo? ¿Quién dijo perdurar? A ver si lo aclaramos de una vez: un cuerpo embalsamado no sos vos, es una especie de representación de vos. Lo que van a entender es que cuando se mueran van a seguir presentes de esa forma, representados, presentes por sus cuerpos.

De pronto Nito entiende algo y pregunta si puede hacer una pregunta; Carpanta dice que sí, prende un cigarrillo y se mete una gata terrible: parece que se acabó la estación seca y el sistema de preguntas y respuestas. Nito se enreda con la idea, pero Carpanta entiende lo que quiere decirle: que si el cuerpo embalsamado es una representación del muerto, entonces por qué no poner algo más fácil, una estatua de cera, dice, que las hacen tan buenas, o incluso un holograma, que es una especie de muñeco láser que mostraron en la tele hace unos días.

—Porque es una tontería representar algo con otra cosa si se puede representar con ella misma, ¿me entendés? Nada representa un objeto mejor que el propio objeto.

—No sé si le entiendo. ¿Quiere decir que una pintura de un perro no es una buena

representación de un perro?

—Al final vos sos más extremista que yo. No digo que no sea una buena representación; digo que el perro es mejor. Por eso el arte está como está: una escultura de una berenjena puede ser interesante, pero cada berenjena es una obra de arte que representa a esa berenjena mejor que nada en el mundo, y la artesanía de los artistas no puede nada frente a eso: por eso la desesperación, las búsquedas idiotas. Vamos a terminar con la lógica de la representación. El arte como representación es un fracaso. Arte es lo que vamos a hacer nosotros: no representar sino inventar un mundo.

Carpanta se entusiasma, insiste, redundando en los ejemplos. Después baja la voz, mira a Nito a los ojos, le pregunta si le puede decir un secreto. Nito piensa que está sobreactuando pero le dice que sí claro.

—¿Sabés qué vamos a hacer? Vamos a hacer una gran instalación: la Argentina de los cuerpos va a ser mi instalación, mi obra maestra.

Después mueve la mano como si quisiera borrar lo que acaba de decir y dice que los embalsamados son dos cosas al mismo tiempo, que ahí está la belleza de la cosa: que es todo para todos, dice, y se sonríe como si esa frase fuera una picardía.

—O por lo menos dos para dos al mismo tiempo: para los vivos, para los muertos.

—Nada puede ser para los vivos y para los muertos al mismo tiempo, oh gran maestro: salvo que estemos inventando una religión y no nos hayas dicho nada.

Le dice Titina, pero mira más a Nito. Algo le debe haber pasado para que de pronto, tras tanto tiempo de silencio, hable. Carpanta la mira sorprendido:

—Es para todos y sobre todo es para gente como vos, muertitos que se creen muy vivos. Pero ahora callate. Lo que quiero decir es que los embalsamados son todo para todos: son representación y son futuro. Digo: la mejor representación del querido muerto para los que quedaron, y para los que piensan en su muerte es una garantía de permanencia.

Dice Carpanta y hace una pregunta tonta: le gusta hacer de tanto en tanto una pregunta tonta para marcar la tontería de quien va a contestarla. Carpanta pregunta qué hacemos más, si estar vivos o muertos. Nito piensa un momento y está por contestarle que estar muertos, que Napoleón por ejemplo vivió como sesenta años y ya lleva casi doscientos muerto, que Julio César peor, mucho peor, y así todo el resto, pero Titina dice que es una tontería:

—Para empezar, oh gran maestro, habría que ver si se puede usar el mismo verbo estar para definir lo que uno hace cuando vivo y lo que hace cuando muerto. Y, sobre todo, si vas a ponerte así, mucho más tiempo nos pasamos antes de vivir que después; cuando nacemos llevamos millones, miles de millones de años sin haber nacido, y en cambio cuando nos muramos quién sabe si el mundo va a durar un par de siglos más.

—¿Y qué, si el mundo no dura dejamos de estar muertos?

Salta Carpanta, sin pensarlo, y antes de terminar la frase ve la sonrisa sobradora en ojos de Titina y cambia brusco: pero eso a quién le importa, dice.

—Pero eso a quién le importa. Lo que pasa es que ustedes son demasiado chicos, no deben haberlo pensado todavía. Para eso sirve ser joven: para no pensar en esas cosas todavía. Pero yo sí las pienso, todo el tiempo las pienso: es tan arcaico, tan desesperado que un día te entierren y te coman los gusanos. O que te quemem como a la basura antes de Cacciatore, o que, si tenés suerte, te manden a una facultad de medicina para que unos pendejos aburridos te manoseen el riñón y el hígado. Esos por lo menos te dan bola, hacen algo con vos. Siempre es mejor que los gusanos.

—Maestro, ¿y a usted qué le importa? Para ese entonces ya está muerto, ni se entera de nada.

—Ésa es la respuesta de las miras cortas, eso es lo que se va a terminar cuando salgamos con nuestra propuesta de embalsamar a todo el mundo. ¿Se imaginan qué alivio? Una cosa es que vos sepas que cuando te mueras te van a quemar y tirar a la mierda y después como mucho van a poner una escultura tuya tamaño natural en el living de tu casa, y otra que sepas que vos mismo, muerto, vas a seguir ahí. Nos vamos a morir tranquilos, felices, sabiendo que tendremos un cuerpo sano y fuerte, un lugar en el living. Que vamos a quedar ahí, que no nos van a desechar, que por fin vamos a romper la separación espacial entre vivos y muertos. ¿No es un cambio perfectamente extraordinario?

Carpanta suena, por un momento, casi desesperado: un hombre viejo y asustado, la cara gris como los pelos, los ojos achinados inyectados en sangre por horas y horas de merca en cantidades, el temblor de las manos. Nito querría saber si le da piedad o miedo; piensa que deben ser lo mismo, o algo muy parecido: el miedo es piedad por uno mismo, piensa, pero no consigue entender cómo.

—No entendieron. Lo mejor es que, en este combate, todos somos todo: un vivo que se molesta ante la tía embalsamada no puede dejar de pensar que, en unos años, él va a ser ese cuerpo. Acá no hay clases, no hay razas, ninguna diferencia permanente. Todos somos, al mismo tiempo, vivos y muertos, víctimas y beneficiarios: una revolución en la cultura.

Dice, que es una revolución, una verdadera revolución que los muertos —todos, dice, insiste, los muertos somos todos— sepamos que no vamos a desaparecer del único lugar donde podemos vivir: el recuerdo de los que nos recuerdan. Embalsamados, dice, vamos a ser como un chantaje, dice, y Titina se acerca y lo interrumpe.

—¿El único, dijiste el único, oh maestro?

Carpanta la mira como si zumbara. Titina endereza los hombros, levanta la cabeza: te hice una pregunta.

–Sí, ya vi que me hiciste una pregunta. ¿Por qué me hiciste una pregunta?

–Una que no sabés contestar, por lo que veo.

Parece una provocación berreta, pero Carpanta la acepta o decide aceptarla: sí, dije que el único. El único lugar donde podemos vivir.

–Me pareció. ¿Y el cielo?

—¿Qué pasa con el cielo?

–Yo soy la ninfa, Pitu. ¿Qué pasa con el cielo? Acá está lleno de personas que creen que donde van a vivir después de muertos es en el cielo, el purgatorio, esos lugares. ¿Vos les vas a decir que no, que tienen que quedarse en el living de su casa, que ni siquiera muertos van a poder salir del living de su casa? Te van a colgar como al Duce, de las patas.

Carpanta la mira, mira a Nito, la mide, sopesa la posibilidad de mandarla al carajo y al final le dice que no va a entrar en discusiones religiosas y menos con una pendeja como ella pero que le va a decir solamente una cosa:

–Solamente una cosa te voy a decir: ¿vos te creés que están contentos con ese cielo que decís? ¿Vos te creés que con esa sanata les alcanza? El cielo los tiene podridos, es un paquete de incertidumbre, una promesa muy gastada. El cielo es un discurso de candidato a diputado. El cielo es clase media argenta, puro quiero y no puedo. ¿Sabés lo que es cambiar el cielo por esa presencia siempre ahí, siempre visible? Acá hay millones de ciudadanos esperando al que les ofrezca otra manera de estar muertos. Una manera seria, moderna y razonable de estar muertos. Una manera de estar en el futuro.

Carpanta está desatado, se olvida de las gatas, de los vasos, de Nito y de Titina y sigue perorando: miles, millones que nos van a pedir que los ayudemos a conseguir un embalsamo fiable, que nos van a pedir que los guíemos y los aconsejemos... De pronto, por fin, Nito cree que entiende:

–Lo primero es pensar en registrarlo. Esto puede ser un gran negocio.

—¿Un negocio?

Dice Carpanta, sorprendido, como quien choca contra un árbol que no estaba:

–Nito, a veces me das miedo. Mucho miedo.

La voz se había corrido: esperaban mi visita como quien espera a un ángel exterminador, con la misma mezcla de miedo y atracción: deseaban que no fuera a verlos, temían que no fuera a verlos, si no iba a verlos se preguntaban qué habían hecho mal —por qué los desdeñaba. Yo era el ángel exterminador de Ituzaingó Morón Haedo y aledaños.

Mis aledaños —entendí en esos días— se hacían ilimitados: estaba ilimitándome.

Sólo quedaban, al fondo, como límites —como horizontes, como caminos de lo lejos— esos humos. Límites que se acercaban, se cerraban.

Lo más difícil —lo que me desasosegaba, lo que insistía como duda empedernida, lo que me mantenía despierto algunas noches— era una pregunta que al principio ni siquiera me hacía: ¿por qué me creen? ¿Por qué una parva de señores en la flor de sus vidas, sanos, trabajadores, varones argentinos, vecinos afincados del Oeste, se creían las historias turbias retorcidas que les contaba, de pronto, de la nada, un chiquitito joven que les tocaba el timbre? Pensaba, a veces, que me creían porque estaban dispuestos a creer —a mí o a cualquier otro—: que estaban tan bien adiestrados para creer que lo hacían hasta conmigo. O quizá les estaba ofreciendo algo que les gustaba: el vértigo del miedo, el roce con lo más terrible incomprendible, la estúpida razón por la que miles y miles de personas se suben a las montañas rusas cada día, y para disfrutarlo tenían que creerme. O me creían porque creían, como todos, que con la muerte no se juega —y no podían imaginar que alguien la inventara y que si lo decía por algo debía ser: por algo debía ser, algo habrían hecho. O porque la historia que les contaba les ofrecía algo parecido a una certeza y, entonces, la posibilidad de pelear contra ella en lugar de tener que enfrentar lo más imprevisible: que más vale malo conocido que malo por conocer y que no hay peor ciego que el que tendrá tus ojos. O, incluso, porque los confortaba la sensación de que, pese a todo, tenían un futuro —aunque ese futuro fuera puro espanto. Y que alguien se preocupara por su futuro lo suficiente como para ir a contárselo a sus casas: que, por fin, volvían al futuro.

Pensaba más: pensaba cosas peores. Y a veces también pensaba que quizá no me creían pero que, tras escucharme, muchos iban al templo de Trafálgar porque mi mentira los ponía frente a la evidencia, a la insistencia de sus muertes —aunque pensaran que seguramente no sería ésa, que podía ser de otra manera.

O sea que en última instancia daba igual. Yo podía contarles cualquier muerte:

que se agarraban sida porque en un minuto de calentura no se ponían el forro que les hubiera permitido vivir veinte años más; que los asaltaba un delincuente juvenil al que su padrastro le había impedido mirar el programa de Tinelli y había salido del peor humor a reventar al primero que se le cruzara; que se partían la nuca resbalando en la ducha por no aceptar la oferta de sus hijas de llevarlos a un geriátrico confiable y confortable y vigilado; que se iban a matar porque su optimismo les hacía pensar que su vida debería ser mucho mejor de lo que era, que se iban a matar porque querían vengarse de personas a las que su muerte les iba a importar cuatro velines, que se iban a matar porque no encontrarían la forma de seguir viviendo. A veces hasta me divertía: usted sabrá que ya está listo cuando empiece a pensar en formas lentas, le dije a uno, pensando en otras formas. Mientras imagine algo súbito, veloz, le dije, será que todavía no está del todo convencido: que tendrá miedo de que un proceso lento —unas pastillas, el corte de las venas, la caída de demasiado alto— le dé tiempo para pensar y arrepentirse cuando ya no haya modo de volver atrás. Así que desconfíe de la velocidad; entréguese tranquilo cuando piense pachorra, le dije, muy solemne, y tuve miedo de desbarrancar. Hasta la tarde cuando, en una cocina calentita de Villa Luzuriaga, invierno afuera, un mate ya lavado, vi en los ojos de ese hombre gordo sesentón una chispa de espanto: el hombre tuvo miedo de no morir como yo le decía. Entonces entendí que había llegado. No supe adónde, pero había llegado.

Trafálgar me dijo que ya era hora de blanquearme.

—¿Cómo de blanquearme?

—Claro, de hacer pública nuestra relación.

—Pero no se puede, si les decimos lo que hicimos van a querer lincharnos.

Trafálgar se sonrió y me miró con esa cara: a veces me miraba con una cara que mezclaba condescendencia y desesperación —esa cara de cómo puede ser que éste, justo éste, tanto don, no entienda algo tan simple. Me dijo que por supuesto que no íbamos a decir que nos conocíamos de antes, ni que habíamos hecho nada juntos: él reuniría a su rebaño para decirle que me había convocado porque todos le hablaban de mí y que estaba impresionado por cómo yo veía lo que nadie veía, que estaba claro que el Señor me había tocado con el dedo —dijo tocado con el dedo, yo sentí un dedo rugoso verrugoso divino interminable tocándome todo el cuerpo al mismo tiempo y me dio menos terror que asco—, que yo era un elegido del Señor y que por suerte estaba allí con ellos: que por favor hablara, les hablara. Y que entonces yo tendría que hacer, por primera vez, en público lo que siempre hacía en privado —para muchos lo que siempre hacía para uno—, pero que no me preocupara porque él me iba a averiguar las historias de dos o tres fieles de su grey para que les hiciera unas muertes que les sonaran razonables. Trafálgar dijo: razonables.

Aquella noche, cuando subí al estrado, temblaba de miedo. Creo que nadie se dio cuenta. Lo vieron, pero creyeron que era el peso de la revelación el que me sacudía. Yo era, al fin y al cabo, un elegido.

9

Usted no quiere morir, quiere fallecer —y cree que es posible. Usted habrá pasado por la vida cuidándose, midiéndose, preocupándose por no hacer nada que se salga de la raya porque quiere vivir muy largo, porque quiere sobre todo que su muerte no tenga ningún drama, porque usted teme el drama: usted, le digo, quiere fallecer.

Por eso, antes que nada, voy a contarle la vida de la garrapata. La garrapata es un ácaro, un trocito con un solo propósito en la vida: perpetuar su especie. No hay nada menos egoísta, más generoso, más desprendido que la garrapata. Pero la garrapata tiene muchos problemas: no ve, no oye, no vuela, no salta, no corre, una bicoca. La garrapata no tiene muchas formas de conseguir comida; en verdad, tiene un solo recurso: se sube a un árbol o un arbusto —laboriosamente se sube a un árbol o un arbusto, horas y horas de escalada— y se sienta en una hoja y espera que pase por debajo un animal, idealmente una vaca. La garrapata espera días, semanas, meses, en su hoja que pase un animal o vaca. La garrapata siente que pasa un animal o vaca porque nota —es todo lo que nota— un cambio en la temperatura; entonces, cuando nota, la garrapata se deja caer con la esperanza de caer en la vaca. A menudo cae mal, en un costado; entonces la garrapata sube —laboriosamente sube, horas y horas— a un árbol o un arbusto y vuelve a esperar, días, semanas, meses, sin comida, sin más actividad, con algo parecido a la esperanza, con algo tan blando como la esperanza, que pase otro animal, y se deja caer. A menudo cae mal; si cae bien, si llega a caer en animal, si por fortuna en vaca, se agarra al animal o vaca y le chupa sangre dos, tres días: es su comida, la única comida de su vida. Entonces, ya saciada, la garrapata cae del animal, camina —laboriosamente camina— unos metros hasta que da con un lugar, pone miles de huevos y entonces, quién sabe satisfecha, ciertamente exhausta, la garrapata muere —o bien fallece.

Usted tiene, como tienen muchos, la esperanza de fallecer: de morir de viejo. Usted siempre le ha pedido a Dios o el destino o la suerte que lo dejen morir de viejo porque usted, como tantos, le pide a Dios el destino la suerte cosas equivocadas. ¿Cuántos años tiene usted ahora? ¿Cincuenta y seis, cincuenta y nueve? ¿Y cuántos hace que trabaja en el banco? ¿Treinta, treinta y tres? ¿Y cuántos desde que se le

ocurrió que quería fallecer, veintidós, veinticinco? ¿No recuerda, en ese momento en que se le ocurrió tal cosa, otros cambios importantes en su vida? No importa, yo no soy quién para meterme en esos temas. Pero cuando pide morirse de viejo, fallecer, ¿qué imagina? ¿Unos treinta años más? ¿Ochenta y cinco, noventa, noventa y cuatro años? ¿Y entonces qué se imagina, señor mío, cómo se imagina? ¿Un anciano venerable rodeado de sus hijos y nietos y biznietos todos atentos y felices de escuchar las historias del abuelo, de cómo llegó después de tanto tiempo a subgerente, las batallitas de sus tiempos de muchacho casi pícaro —antes del matrimonio con la abuela, por supuesto—, o sus rezongos porque este país nunca fue lo que le habían prometido o sus rezongos porque esta sociedad está completamente loca, perdida, desprovista de cualquier moral? ¿Eso imagina?

Dejemos de lado el hecho de que nadie va a querer escucharlo. Pero, aun si lo escucharan, incluso en la eventualidad improbable de que alguien le haga el favor de escucharlo de vez en cuando —pobre viejo, vamos a verlo que se debe aburrir como una ostra—, el problema es otro: usted no se va a morir de viejo porque nadie se muere de viejo. ¿Qué sería morirse de viejo? ¿Llegar a un momento en que el agotamiento de décadas y más décadas consiga que morirse sea como un paso natural, casi imperceptible, no la ruptura que tanto lo desvela? Usted, señor mío, va a morirse viejo pero no de viejo. Usted va a ser muy viejo: un día usted se va a mirar en el espejo y va a ver —por fin va a ver, tremendamente ver, tan extrañadamente ver— esas arrugas cuchillas en la cara, la flaccidez de la papada, los colgajos del vientre y no podrá sacudirse la sospecha —usted querrá llamarlo una sospecha— de que su cuerpo no está así solamente por afuera; que su corazón también está rugoso y amarillo amarronado, sus venas endurecidas encogidas calcificadas, sus huesos porosos quebradizos descalcificados. Usted va a hacer todo lo posible por no pensarlo, pero su riñón achiquitado no tendrá más filtros para limpiar su orina y deshacerse de las porquerías que no deberían quedarse dentro de su cuerpo viejo e ir envenenándolo, rompiéndolo de adentro. Y va a mear cada vez más frecuente, porque la vejiga se le irá achicando hasta que no retenga nada y usted se pase los días asustado por el bochorno de mearse. Y le van a quedar muy pocos dientes y, quizás, incluso se haga una postiza pero cada vez tendrá menos ganas de usarla, total para qué, si no la necesita para comerse la papilla que será lo único que pueda digerir. Y no va a quedar nadie que le diga boludo, amigo, che —en lugar de señor, don, abuelo—: alguien que le hable como a uno de los suyos, que le haga sentir que usted todavía forma parte de este mundo. Y va a perder la vista, y va a ver —pese a todo va a ver— cómo sus dedos apenas le responden, cómo cada paso será una aventura interminable, cómo su cerebro se habrá encogido y dejará de ser materia gris para volverse materia amarillenta y cada día perderá millones de neuronas que nunca volverán y que se irán llevando sus recuerdos, sus gestos, sus movimientos, sus palabras, y cómo usted se

irá quedando solo con ese extraño que será: con ese extraño que dejará de ser lo que fue siempre y se irá convirtiendo poco a poco en cadáver: poco a poco, en cadáver.

Poco a poco. Entonces, cuando su cuerpo ya no sea su cuerpo, cuando sus músculos sean cachos de carne que le cuelguen, retazos de piel que le cuelguen, desechos que le cuelguen, cuando su historia le cuelgue como el resto y se le vaya deshilachando y escapando, cuando se desespere en un mundo que ya no será el suyo, donde todo se le hará distante, incomprensible, tan brutalmente ajeno, usted, muy señor mío, va a terminar odiándose. Va a terminar deseando no haber sido tan ambicioso y haber aceptado —como si usted pudiera decidirlo— la salvación de una muerte más joven, más decidida, más piadosa. Y aun así, aun entonces, va a tener que morir: usted sabrá que, aun así, va a tener que morir, que enfrentar ese trance.

Y entonces usted, porque es usted, va a pensar que por lo menos querría morir mientras esté dormido. Usted siempre quiso morir dormido, sin saber: porque morir era una idea tan lejana, algo que no quería ni conseguía imaginarse. Sin saber: porque usted irá entendiendo —entendiendo es una gran palabra— que todo lo que sabía sobre la muerte eran pavadas: que sobre la muerte nadie sabe nada y que cuando cree que entiende algo entiende menos. Pero entonces, ya viejo, ya muy viejo, en esos días de esfuerzo sobrehumano, cuando toda su atención esté puesta en respirar la siguiente bocanada, querrá morir dormido por el miedo a morir, y no querrá dormir por el miedo a morir dormido, y su vida será una pesadilla —o el momento en que se despierta de una pesadilla. Y después, todavía, va a tener que morir. Porque ustedes se creen que morir es fácil, que es sólo una desgracia espeluznante, pero no: más que nada es un esfuerzo tremebundo.

Porque incluso un cuerpo tan desastrado, tan devastado como el suyo se empecina en seguir: usted puede pensar lo que quiera, su alma puede pensar lo que quiera; el cuerpo sabe que para él no habrá más lola, y se empeña en seguir. Así que se precisa una ofensiva en regla para sacarlo de este mundo: una última pelea. En su caso, señor, será el riñón —podría haber sido una sepsis generalizada, un trombo en el cerebro, el corazón que se le rompe, la nunca bien ponderada pulmonía, pero será el riñón. Entonces se lo llevarán a un hospital, lo pondrán en un cuarto sin ventanas, olor a alcohol y lavandina, luces pobres, al lado de un señor más joven y tan agonizante como usted, bajo los ruidos roncós del señor más joven y tan agonizante como usted, y le conectarán tubos y más tubos y aparatos para tenerlo cuatro o cinco días en un desorden raro, entre sueño y vigilia, lucidez y delirio, muerte y vida donde, cada vez que vuelva de este lado, tendrá la espantosa conciencia de que no hay este lado —de que este lado es solamente usted en esa cama y el dolor de los tubos y los gritos del cuerpo y la impotencia más completa y una mano incógnita que le agarra la mano y usted que se agarra de esa mano y el final acechando y el cuerpo de una garrapata y las palabras no hay salida, de verdad no hay salida porque lo único que hay es la

salida y, por momentos, por supuesto, el deseo de que vaya más rápido y por momentos, por supuesto, el terror de que vaya tan rápido: que nadie sepa detenerlo. Y que lo único que le queda es tratar de morir bien: si alguien pudiera decirle, si alguien le dijera qué significa morir bien. Pero, entonces, sabrá —confusamente sabrá, como se saben las cosas que de verdad importan— que todo lo que piense ya no tendrá sentido ni interés: que usted, entonces, ya no tendrá sentido.

Ni interés. Su riñón va a dejar de funcionar completamente en una noche de verano —mientras usted duerma un sueño de drogas. Y entonces esas pocas —tan pocas— personas a las que les importe todavía van a decirse y sí. Van a decir: y sí, ya era hora, ya había vivido todo lo que tenía para vivir. Dirán era tan viejo, estaba tan mal que mejor que ya se fue. Y dirán bueno menos mal, por suerte sufrió poco. Y usted, si todavía pudiera, les gritaría que mejor para quién, que qué saben ellos de lo que usted sufrió, que qué fácil decirlo —y sufriría la desesperación de saber que lo que le pasó es mucho más que fallecer, no es esa cosa gris limpita que llaman fallecer. Pero no va a sufrirla porque va a estar, por fin, muerto y bien muerto, un viejo muerto, un viejo fallecido.

10

Me había hecho famoso. Empecé presentándome los miércoles y sábados en el templo del galpón, pero pronto —al mes, dos meses— el lugar estaba desbordado por las multitudes aledañas que venían a escuchar la muerte del de al lado: a jugar a la ruleta rusa. A principios de julio de 1995, cuando cumplí veintiún años y empecé a ser mayor de edad, Trafálgar contrató el viejo teatro Soriano de Morón para nuestras funciones de los sábados. La platea —¿trescientas, quinientas personas?— rebosaba; el público escuchaba educado el sermón del Pastor, pero era obvio que esperaba mi salida. Yo me ponía mi pantalón de terciopelo negro, mi camisa negra con el cuello abrochado, gel en mi pelo negro y salía al escenario: allí, solo, sin ningún otro cuerpo alrededor, mi tamaño no saltaba a la vista. Entonces, con una seguridad que nunca había tenido, buscaba al gordo pecoso de la tercera fila, al pelado narigón de la decimocuarta, y lanzaba mi vómito. Yo era como una estrella del rock: cuando empezaba a hablar se hacía el silencio y yo me oía; tan intenso el placer de oírme ahí adelante.

Me había hecho famoso, y me gustaba el sonido de la frase: yo me había hecho —famoso o lo que fuera. Pero famoso tenía sus ventajas: era la condición más anhelada, la que yo nunca había anhelado. Cuando me hice famoso descubrí —los famosos somos grandes descubridores de lo obvio— que ser famoso era tan diferente de no

serlo. Las ventajas de haberme hecho famoso eran:

Que mamá me dejaba dormir hasta la hora que quisiera, me preguntaba qué quería comer, ya no me reprochaba el tufo de mis zapatillas: que ya no tenía por qué irme de mi casa.

Que las personas que veía —en la calle, sus casas, una confitería— me escuchaban como si siempre fuera a decir algo importante.

Que nadie me juzgaba sino que creían que, si hacía tal o cual, por algo lo hacía.

Que, entonces, yo tampoco me juzgaba tanto y, a veces, creía que si hacía tal o cual por algo lo hacía.

Que algunos heladeros, mozos, colectiveros, taxistas incluso no me cobraban: que intentaban, supongo, congraciarse conmigo.

Que Trafálgar me multiplicó el sueldo por cuatro y me dijo que en cuanto pudiera lo aumentaría de nuevo.

Que todo eso era poder, y el poder es gozoso.

Que todos pensaban que mi cuerpo no importaba o que era, incluso, el envase preciso para mis palabras.

Que todas las chicas punkies, dark, new romantic y demás de Morón, Haedo, Palomar, Ituzaingó y alrededores enloquecieron por mí en un santiamén: mi saber sobre la muerte era imbatible para enamorar rebeldes suburbanas. Cada sábado, a la salida del teatro, diez o veinte me esperaban con flores pintadas de negro; me las daban y, a veces, había números de teléfono escondidos en los pétalos. Yo no las llamaba: era un elegido del Señor y no podía andar llamando a rebeldes suburbanas. Se esperaba de mí cierta conducta —y ésa era una razón perfectamente presentable. Pero fue entonces cuando descubrí, por fin, el placer de pajearme no por obligación sino por elección: por preferir mis manos. Nunca en mi vida —digo nunca en mi vida— tuve tan buen sexo como en esos días.

Pensé qué pasaría si un día me escuchara —si me reconociera— la señorita Alicia, y me dio miedo.

Ya no tenía sentido que me llamaran Nito: yo era tanto más que eso. Trafálgar pensó que debía anunciarme con un nombre estrepitoso, y lo primero que se le ocurrió fue La Palabra. A mí, le dije, eso me sonaba a diario de Chivilcoy o Trenque Lauquen; él me miró para que le explicara qué eran Chivilcoy y Trenque Lauquen, pero yo no sabía: eran sonidos que La Palabra convocaba.

—¿Y cómo te querrías llamar, entonces?

—Yo no quiero nada. Yo sigo siendo Nito.

—Error. Ya te vas a dar cuenta.

Yo sabía, pero decirlo era otra cosa. Me tomé otro trago de mi vaso de cocacola en el 24 horas de la estación de servicio: ahora Trafálgar compraba uno para cada

uno, aunque los hielos los aguaran. Desde la mesa de al lado, dos mujeres de treinta nos miraban —me miraban— descaradas.

—Ya te vas a dar cuenta. Y tenemos que ponerte un nombre.

Discutimos un rato. La Voz del Más Allá, Trompeta del Señor, Aquí Te Espero: Trafálgar estaba especialmente desatado, profundamente Nelson. Yo me asusté: si no reaccionaba enseguida podía salir del 24 horas llamándome El Eco de Ultratumba o El Gaucho Cremador. Así que le dije que, si le parecía, podía ponerme Jerónimo.

—¿Por qué Jerónimo?

—Porque fue un gran profeta de los suyos, del desastre de los suyos.

Le dije, improvisando. Pero, por alguna razón que no sabía, a esa altura ya sabía que ese nombre nunca iba a ser mío.

La gordita no me anotó su número de teléfono, ni siquiera su nombre: sólo me dio la foto en blanco y negro. La gordita tenía unos rollos maravillosos que le colgaban de la panza en esa foto; las tetas llenas que se alargaban por el efecto de colgar en esa foto: la gordita estaba en cuatro patas sobre una cama muy deshecha, los brazos flexionados en los codos para que el culo le quedara levantado prometido, las piernas levemente abiertas, y el pelo rubio largo de gordita comilona le tapaba la mitad de la cara que miraba a la cámara con la boca demasiado abierta comilona y, sobre todo, un piolín le caía desde la concha. Era un piolín muy corto —¿tres, cuatro centímetros?—, parecía un poco sucio —en esa foto se lo veía oscuro— y yo no lo entendía. Pensé que sería un signo: la gordita quería decirme que era un objeto con etiqueta, en venta, una mercadería; o que quien la agarrara del piolín podría llevarla con correa; o que quien lo tirara con fuerza suficiente podría sacar afuera de ella lo que estaba adentro, comérsele las carnes comilonas: el piolín me podía y me excitaba, y fue una noche extraordinaria: una furia de pajas y más pajas. Después, hacia la madrugada, me asusté: ¿por qué, cómo había podido descubrirme? ¿Quién le dijo que me diera la foto? Pensé que podía ser una trampa de mis enemigos, y sólo me tranquilizó la idea de que, en principio, que yo supiera, no tenía enemigos. Al día siguiente ya no me importó, y la gordita —su foto cada vez más ajada— fue mía muchas noches.

Aunque a veces me preocupaba el resto de las cosas de esa foto. Estaba la gordita, en primer plano, su panza comilona, pero detrás, sobre la pared de detrás de la cama, había un afiche del presidente Menem que decía Síganme, no los voy a defraudar. Y al lado del afiche un rosario de cuentas de madera, también colgado en la pared —que parecía amarilla aunque quién sabe fuera gris o incluso rosadita—, y al lado del rosario un volante de Jerónimo se presentará este sábado en el teatro Soriano. Yo los miraba —al principio, después de saciarme de gordita comilona los miraba— para entender qué me decían; fue terrible cuando empecé a mirarlos antes, a tener que entender qué me decían para poder sacudirme en paz con la gordita. Yo sabía que eran trampas, que no tenía que dejarme llevar por esas cosas, pero no siempre lo

lograba. El presidente Menem y el rosario y yo: tres expresiones de la gran mentira; el presidente Menem y el rosario y yo: la mentira de hoy, la verdad del pasado, una esperanza del mañana; el presidente Menem y el rosario y yo: tres salvadores; el presidente Menem y el rosario y yo: roles que iban cambiando, en que uno era una cosa hoy, otra mañana, lo contrario pasado; el presidente Menem y el rosario y yo: la gordita me había tendido una trampa mortal, y estaba funcionando. Yo la entendía y no podía hacer nada.

Hasta que descubrí —un comentario de mamá con una amiga— qué era aquel piolín: yo no tenía gran experiencia en reglas, y las chicas de las fotos y los videos nunca usan tampones. El piolín pasó a ser el único signo verdadero: era la materia de un mundo que yo no conocía, la evidencia de un agujero en mi historia. Yo miraba el piolín, la forma en que debía balancearse en la realidad movediza que la foto estancaba, el modo en que se pegaba apenas a la pierna derecha de la gordita —su pierna más lejana— comilona mostrando su carácter pringoso, untado —supuse— de esa sangre que yo no conocía, la manera en que señalaba un camino que en general había evitado; me enamoré de ese piolín y, como todo amor, me sumergió en un mar de dudas. Algunas de esas noches dudé, incluso, de mi mano; mi mano era, de vuelta, un remedo, resto de un mundo sin piolines. Llegué a pensar que quizá me hacía mal —pero seguí adelante. La gordita no vino nunca más a la salida del teatro; algunas veces, antes de una paja —una noche titánica, después—, pensé en buscarla. Era obvio que no tenía sentido. En cambio, no pude dejar de preguntarme si era cierto que no tenía enemigos.

De golpe, me gustaba mi vida. Pero las desventajas de haberme hecho famoso eran:

Que tenía que cuidar todo lo que hacía porque cada cosa que hacía debía ser por algo, cada cosa que decía era escuchada como si importara.

Que solamente cuando estaba solo podía estar tranquilo.

Que nadie me llamaba Nito —salvo mamá, que seguía siendo la dueña de mi nombre.

Que cuando alguien decía Jerónimo yo no pensaba que me estuviera hablando.

Que temía todo el tiempo que se dieran cuenta: sabía que en cualquier momento se darían cuenta, y no sabía si podría soportarlo.

Que, quién sabe, ya tenía enemigos.

Que Trafálgar quería que saliéramos por televisión: tenía una oferta para que saliéramos en televisión, yo no quería de ningún modo, él insistía. Una tarde estuvo a punto de decirme —o me dijo sin decirme del todo, pero yo entendí que si no aceptaba lo que me proponía le podía decir a todo el mundo que era un farsante: que yo era un farsante. Yo le pedí que me diera unos días.

A veces me preguntaba por qué yo: qué me había preparado —o, incluso, digamos, destinado— a esta aventura. A veces se me ocurrían razones; las desechaba una tras otra. Mi vida se me había vuelto extraña. Tenía mucho tiempo: ya no iba a las casas de los blancos y mis apariciones de miércoles y sábados me daban más plata de la que nunca había tenido. Me había convertido en un profesional: estudiaba, trabajaba. Pude comprarme colecciones enteras de Medicina Popular —enciclopedia de esperpentos— y de Guacas, una revista peruana extraordinaria que reseñaba las muertes más artísticas: un cuatrero estrangulado con las tripas de un guanaco robado, un bebé ahogado al incrustarlo en la vagina de su madre, dos amantes encerrados sin agua ni comida en una habitación —y los cadáveres mordisqueados que se encontró la policía. Sabía que no podía llegar a esos extremos —que todavía no podía llegar a esos extremos—, pero eran un aprendizaje. A veces, leyendo un número de Guacas, me sentía el criminal perfecto: el que podía matar todo lo que quisiera sin que nadie siquiera me lo reprochara. Entonces solía acordarme de la gordita de la foto.

Salía poco a la calle: cada vez que salía me miraban, me paraban, me preguntaban, algunos incluso me insultaban. Un par de veces me tomé el tren hasta el Once y di vueltas por Corrientes, donde podía caminar tranquilo. No me interesó. La gente, es cierto, de todas formas me miraba.

Mamá estaba, por fin, orgullosa de mí. Se había puesto cargosa y seguía drogándose, pero —gracias al Pastor— se la veía menos ansiosa. A veces se asustaba:

—Hijo, estoy muy feliz de que el Señor te haya elegido para hablar en su nombre. Pero ¿no tenés miedo de que se cumplan las cosas que decís?

Yo no le contestaba. Yo, entonces, esquivaba: había conseguido no pensar en lo más duro. No pensaba en mi responsabilidad, hablaba sin recordar que cada cosa que decía podía tener efectos tremebundos. Más tarde, cuando perdí esa calma —cuando todo estaba a punto de venirse abajo—, no entendí cómo pude, todo ese tiempo, mantenerla.

Me gustaba, todavía, mi vida, pero empezaba a ensombrecerla una sospecha: el dios de Trafálgar era un hijo de puta. Se alimentaba de la muerte, del tiempo que se escapa: ¿por qué, si era tan poderoso, no paraba el tiempo de una vez y nos dejaba seguir siendo lo que éramos? No éramos nada maravilloso, pero éramos. Un dios aterrador: yo creo que no creía en su dios, pero le tenía miedo. No podía creer en un dios que me mandaba a hacerle su trabajo sucio —cualquier medio es bueno para devolver las ovejas descarriadas, había dicho Trafálgar—, pero me daba terror que algún día se hartara de que le usara el nombre para ganarme unos pesos y hacerme famoso y poder irme o no irme de casa de mamá. Y que ese día, sin siquiera una palabra, se vengara.

O que, si no era él, fuera algún otro.

Usted, señor, sí, usted, en la tercera fila. No se esconda, señor, no sea primario. ¿O cree que se puede esconder de su futuro? Usted es como todos: ahora se esconde, pero está acá porque eligió venir, y entonces ¿a qué vino? ¿No vino a tentar al destino, no vino con la esperanza y el temor de ser uno de los pocos cuyo futuro va a decirse esta noche? Si no fuera así, señor, ¿se habría sentado en la tercera fila al centro, tan a tiro de nuestra mirada? Pero usted es como todos: vino para eso y, cuando le pasa, trata de escaparse. De todas formas, por si le sirve de consuelo, le anticipo, señor, que no le vamos a contar su muerte.

Sí, ya le veo la cara: el alivio en la cara. Su alivio es más primario todavía: viene para ver si le decimos algo, cuando vamos a decírselo se esconde, y cuando empezamos a decírselo se alivia porque no va a ser su muerte. Se alivia, usted se alivia. ¿Se cree de verdad que va a ser algo menos decisivo?

Será sólo un llamado por teléfono: nada más brusco ni más brutal ni más violento que un llamado, una voz fastidiada que le pregunte si usted es el padre de Facundo. Será una tarde tan común, amenaza de lluvia, pocos clientes en la panadería, la llamada que podría ser tantas: un cliente, una docena de facturas. Pero no: ¿usted es el padre de Facundo? Y usted que pensará que debe sopesar su respuesta, que mucho de su vida va a depender de lo que diga —como si todavía dependiera—; será un segundo, pero enseguida entenderá —sin entender entenderá— que va a decir algo definitivo: sí, yo soy, qué pasa. Nada, señor, que Facundo tuvo un accidente. Dios mío, cómo está. Está mal, tendría que venir urgente al policlínico Perón acá en Caseros. Sí, ya voy, pero dígame cómo está, por favor dígame cómo está. Mal, le digo, venga cuanto antes —le dirá la voz y colgará y usted se quedará un momento sin moverse, momento sin poder moverse en la puerta de la panadería y enseguida correrá a la calle, sin siquiera pensar en cerrar el negocio o avisarle a su señora correrá a la calle, parará un taxi sin pensar, se subirá en el taxi y le dirá que al hospital Perón: urgente, por favor, es muy urgente.

Serán, desde la puerta de su panadería, quince minutos: los minutos más crueles. Quince minutos de promesas vanas: si no le pasa nada —porque usted no quiere decir si no se muere, no quiere decir si no está muerto, dice si no le pasa nada— juro que nunca más voy a fumar; si no le pasa nada voy a comprarle la guitarra y que haga lo que quiera; si no le pasa nada nunca más lo reto ni lo obligo a nada; si no le pasa

nada, se dirá, una vez y otra vez, cincuenta veces, si no le pasa nada, en ese taxi que no avanza por calles siempre iguales. Quince minutos de pensar sin parar en la amenaza de la muerte y no pensar en la amenaza de la muerte; de engañar la amenaza de la muerte tratando de imaginar como amenaza amenazas menores: uy, ojalá no se haya lastimado la cara pobre ángel; uy, carajo, si se rompió una pierna cómo va a hacer para jugar la final del campeonato del colegio. Y al fin entrar corriendo en la guardia del hospital Perón, correr al mostrador donde le dirá sin aliento a una enfermera yo soy el padre de Facundo Reyes: me llamaron, me dijeron que lo tenían acá internado, usted sabe. Y la enfermera que tardará segundos infinitos buscando en una lista, lo encontrará en la lista, lo mirará en silencio y usted, en esos ojos, ese silencio breve, entenderá lo que ya había entendido: lo siento, señor, de verdad que lo siento: no se pudo hacer nada.

Y entonces —recién entonces— usted llamará a su señora y tratará de mantener una especie de calma para decirle que Facundito tuvo un accidente: no le dirá se murió, no le dirá querida, le dirá un accidente, Gladys, venite al hospital ya mismo. Después se sentará en un banco: se sentará a esperar, como si fuera a pasar algo.

Usted esperará: como si fuera a pasar algo. Usted mirará las cosas a su alrededor como si fueran un engaño; usted pensará que todo eso es un engaño; usted, de pronto, no sabrá qué hace ahí. Después se acordará porque estará llorando, despacito, en silencio. Entonces pensará en Facundo chiquito, bebé, pañales, llanto, Facundo con delantal a cuadros, Facundo tropezando para patear una pelota, Facundo con su delantal blanco; tratará de recordar la primera vez que dijo papá y no podrá: por suerte para usted, no podrá recordarla. Pensará que todo lo que recuerda son imágenes tópicas, fotos de un álbum de cualquiera. Entonces tratará de recordar algo muy importante: algo que, de pronto, le parecerá muy importante. Fue él, claro que fue él quien le pidió la moto. Pero también es cierto que usted podría haberse negado, y es cierto que usted se la compró porque usted siempre quiso tener una moto y no la había tenido. Usted trabaja como un perro —así suele decirlo: trabajo como un perro— para darle a su hijo lo que usted no tuvo, que habría querido tener pero no tuvo. Usted siempre ha pensado que lo mejor que podía hacer era trabajar como un perro para darle a su hijo lo que usted no tuvo: ahora, de pronto, le parece que todo eso era una trampa; que todo era una trampa para perros imbéciles: que usted cayó en la trampa como un perro, que todo era una trampa. Y entonces pensará una y otra vez —tratará de no pensar y pensará, no podrá deshacerse de esa imagen— en Facundo en su entierro: Facundo llorándolo en su entierro, usted en un cajón y Facundo llorando cargando su cajón, llevando su cajón hasta la tierra y, por mucho que se esfuerce, no podrá oír la música que suena.

Más tarde un doctor jovencito, sólo unos años más grande que Facundo, le dirá que su hijo no sufrió: ni se debe haber dado cuenta de lo que le pasaba, pobre pibe,

chocó contra ese colectivo y al caer se golpeó la cabeza, ése fue el golpe, eso nomás, cuando terminó de caerse ya se había acabado todo, le dirá el doctor jovencito con una sonrisa triste que debería tranquilizarlo: le puedo asegurar que fue muy rápido, que no sufrió nada. Y usted entenderá que de ahora en más Facundo Reyes se llama pobre pibe y le dirá gracias doctor, gracias, y quedará unos minutos aturdido antes de empezar a hacerse las preguntas que no lo dejarán vivir, las preguntas que se le volverán la vida: si realmente no habrá entendido lo que le pasaba, si esos segundos en el aire no habrá entendido lo que le pasaba, si esos segundos en el aire no habrán durado en su cabeza como siglos de miedo —y usted que no podrá saberlo nunca, que acaba de condenarse a las preguntas. Si él hubiera preferido morir así, de golpe, sin tiempo para el terror, sin darse cuenta —y usted pensará que así es mejor, pero nunca va a saber seguro. O si hubiera elegido la posibilidad de despedirse de los suyos y de su propia vida, pensar en lo que hizo y lo que no, saber que se moría —y usted pensará que no, que debe ser horrible pero quién sabe él, que siempre tenía sus ideas y, además, si hubiera tenido esa oportunidad, quizá le hubiera dicho que lo perdonaba. Si esa forma suya de correr en la moto —porque usted sabe cómo corría Facundo con la moto, sólo que no sabía cómo obligarlo a que parara— era porque quería llevarse el mundo por delante o porque quería que el mundo se lo llevara por delante —y tendrá miedo de cualquiera de las dos opciones. Si él quería de verdad esa moto o sólo la quiso porque usted le inculcó que la quisiera —y usted, por supuesto, no tendrá una respuesta pero no podrá dejar de lado la pregunta. Si es posible, si hubiera alguna remota posibilidad de que haya elegido este final —y usted desearía con todo su corazón que no porque entonces su vida habría sido además de corta miserable, pero también querría que sí para poder pensar que fue elección y no la mala suerte, la estupidez, la falta de una guía. Si no existe alguna forma de destino por el cual, si usted no le hubiera comprado esa moto, igual él habría muerto de otro modo —y usted al principio se aferrará a esta opción con desesperación, porque lo exculpa, hasta que se dé cuenta de que creer en el destino supone una cantidad de obligaciones que no sabe si puede soportar. Y, por fin, cada vez más presente, más y más acuciante, la pregunta boba, la que, aunque no sea importante, más le importa: si Facundo habría cogido alguna vez; si no murió sin haber sido un hombre —dice: sin ser un hombre, y usted se pasará su entierro tratando de preguntarle a sus amigos, chocando contra el silencio hosco de sus amigos que, irá descubriendo, lo culpan de la muerte: a usted, la muerte de su hijo. Y Gladys también, y los hermanos de Gladys, y su madre —la de usted, su madre que también lo culpa, en ese funeral que también es su funeral de padre, su momento de dejar de ser padre y convertirse en un ex padre, su funeral de padre y el principio de su juicio interminable —o, más bien, su condena.

Entonces, esa noche, usted va a pensar por primera vez en el suicidio. Va a pensar

que sería la única forma de ponerse a su altura, de decirle te entiendo y pasarle un brazo por los hombros. Va a pensar que sería el único modo de pedirle disculpas verdaderas. Va a pensar que de todas formas la vida se le va a volver intolerable. Pero usted tendrá miedo: entonces se dirá que no, que tiene que seguir viviendo por él, por su recuerdo: se dirá que por él para no decirse que no tiene el coraje de matarse, el coraje de decirse que espera que, con el tiempo, el dolor se va a ir deshilachando — hasta hacerse, más tarde o más temprano, soportable: la forma de su vida.

12

Todo empezó a caerse cuando llegó la carta. Parecía un chiste que me mandaran esa carta, precisamente a mí: un chiste muy siniestro. La carta estaba escrita con computadora, con esas letras hechas de puntos que dibujaban las computadoras, y hablaba de mi muerte. Decía que no faltaba mucho: una noche, antes del final del verano, decía, y era enero; que yo iba a estar tomando una coca cola con un amigo muy cercano, decía, cuando de pronto mi amigo me iba a mirar a los ojos de una forma que nunca. Una forma como nunca te había mirado —me decía— y vos, chiquito —la carta no me llamaba Nito ni Jerónimo; me llamaba, cada vez, chiquito —, te vas a preguntar si resultó que tu amigo era gay, porque su mirada será más que nada la de un hombre a punto de besarte, de abrazarte, de lamerte cada partícula del cuerpo —cada partícula del cuerpo, decía—, y vos, chiquito, vas a pensar que por suerte hay una mesa, la mesa de fórmica del 24 horas entre vos y él, pero vas a notar que por debajo de la mesa algo se mueve, su mano se mueve, y vas a pensar que su mano avanza a tu virilidad —decía tu virilidad— o tu paquete y cuál no va a ser tu sorpresa, decía, cuando oigas el disparo: el primer disparo y enseguida los otros dos, ya menos sorprendentes, ya parte de una lógica, y la sensación de calor levemente distante de las balas entrándote en la panza, «la sangre que te corre por la panza mientras vos tratás, como un idiota, de contenerla con las manos».

Lo que me sorprendió fue la palabra idiota. Alguien no había entendido nada: nunca había que insultar a un blanco de ese modo. Insultarlo era como permitirle que te odiara, que se distanciara de vos y tus palabras, que se te escapara, pensé, y que la carta era realmente mala: era como si fuera yo pero muy malo —o quizá yo era igual de malo, sólo que no sabía. «Y entonces, chiquito, vas a sentir cómo la vida se te va con esa sangre, cómo el cuerpo se te va enfriando y el dolor se te hace insoportable y todavía, justo antes de caerte de esa silla para siempre, vas a mirar por última vez al Pastor Nelson de Oliveira Schönfeld, tu amigo, para tratar de preguntarle qué pasó. Pero va a ser muy tarde.»

Dejé el papel sobre la mesa de mi cuarto, encima de mis revistas Selecciones, mis revistas Guacas, mis videos pornográficos, la foto del piolín, mi caja de zapatos con los volantes de mis actuaciones. En el papel había, también, torpemente consignados en una posdata, más datos sobre Trafálgar: de dónde venía, cuánta plata estaba recaudando, en qué banco la guardaba; estaba incluso el nombre de la mujer que solía visitar en la ciudad. Había tantos datos que por un momento pensé que sólo podía ser él mismo, pero no tenía sentido que me mandara una carta denunciándose; de pronto, el mundo estaba lleno de cosas que no podía entender. Agarré un video de la Coca Sarli, lo puse en mi casetera, prendí mi tele y apagué mi luz.

Le pedí que no nos encontráramos en el 24 horas sino en el bar Chamako's, a la vuelta de la plaza de Morón, a las seis de la tarde: cuando más lleno estaba. El miedo es zonzo: un tipo que piensa matar ante los clientes del bar de una estación de servicio —un tipo tan necesitado como para estar dispuesto a pagar por su acto— no va a dejar de hacerlo por veinte parroquianos más. En el Chamako's tampoco había tanta gente: el calor era tan bruto que ni siquiera el aire acondicionado podía terminar de disiparlo. Yo no sabía si hablarle de la carta; pensé que mejor trataba de sonsacarlo sin decirle nada, pero él me frenó en seco. A veces, Trafálgar parecía demasiado astuto:

—¿Qué te pasa, rapaz? Se ve que a vos te pasa algo. No me digas que a vos también te escribieron.

Fue un momento de alivio: le estaban haciendo lo mismo. Pero enseguida pensé que podía ser un engaño. Trafálgar daba vuelta el hielo de la coca con un dedo: nunca antes le había visto ese gesto. Me pareció, de pronto, muy mundano: el gesto de alguien distinto del que él decía que era.

—Quizá no tiene nada que ver, quién sabe, pero me dijeron que la iglesia está muy preocupada.

Me dijo, y yo no le entendí: traté de imaginarme una iglesia —la San Antonio de Pasucci y Piedras, la Santa Marta de plaza Granaderos— con el ceño fruncido. A veces, es cierto, yo no entendía nada.

—¿De qué iglesia me hablás?

—¿Qué iglesia va a ser? La iglesia católica.

—Sí, ya me imagino, pero cuál.

Trafálgar sonrió y, por un momento, todo volvió a ser como antes: ay, Nito, a veces puedes ser tan potente y a veces eres un rapaciño. Alrededor, personas nos miraban; yo intenté mi mejor cara de nada. Trafálgar me miró a los ojos de una manera extraña, muy intensa: tenemos un problema, uno muy grave.

—Yo quería mantenerte afuera de eso, pero se ve que ellos no quieren.

Me dijo, cabeceando hacia la calle cuando dijo ellos: ellos, la iglesia, los de la calle, ellos. Que, dijo, la voz en un susurro, se pusieron muy celosos de la gente que

nos venía a ver, de la cantidad de feligreses nuevos, de nuestros éxitos, me dijo. Le pregunté por qué lo hacían: ¿no se daban cuenta de que somos lo mismo, que trabajamos para el mismo dios? Trafálgar me miró como a un caso perdido y me dijo que cómo podía ser tan vivo para algunas cosas y tan ingenuo para otras. Yo preferí no contestarle.

—Así que los tipos mandaron a un abogado de ellos, un tal López Arantes, a denunciarnos por amenazas y coacción agravada.

—¿Por qué cosa?

—Amenazas y coacción agravada. Parece que lo que vos hacés cuando hablás de las muertes se puede interpretar como una amenaza, y la coacción es que nosotros recibamos dinero a partir de eso, dijeron. Y agravada porque lo hacemos en nombre del Señor. Ellos, rapaz, imagínate.

Yo me sentí de pronto atrapado en una conspiración internacional de película mala: yo no quería ser un personaje de película mala. Entonces Trafálgar miró para los costados y bajó la voz más todavía:

—Ya llevan un par de meses con esta historia, los muy hijos. Primero hicieron la denuncia, después vinieron a verme. No te puedo explicar lo que fue.

Yo, a esa altura, lo odiaba por habérmelo ocultado. Después de todo, yo podía ser el más dañado.

—¿Por qué no intentás? Ya que recién ahora te venís a acordar...

—Sí, quizá tendría que habértelo dicho antes. Pero me pareció que lo mejor era no preocuparte. Para eso soy el Pastor, rapaz: para absorber los dolores de los míos.

Sonaba falso. Trafálgar se dio cuenta y pasó a los hechos: habían presentado la denuncia dos meses antes a un juez que podía darle curso —otro del Opus o algo así, me dijo— y, poco después, lo fueron a ver.

—¿Quiénes te fueron a ver?

Yo estaba extrañamente imperativo: mi impertinencia en las preguntas me recordó aquella tarde en el living de Raggio. Trafálgar me miró sorprendido: también notaba el cambio. Desde la calle llegó un ruido, gritos: una manada de personas pasaba corriendo con bultos en los brazos, chicos, mujeres con bultos y con gritos, sirenas de la policía. Pensé en salir a ver los humos, pero Trafálgar se apuró a contestarme:

—Ellos, el doctor López Arantes y un cura que no me dijo el nombre. Un tipo muy fino, muy elegante con su cuellito blanco...

Me hizo gracia: te gustó, le dije. Trafálgar se hizo el tonto.

—... que hablaba con un acento, no sé de dónde sería. De todas formas no habló mucho, escuchaba. El que hablaba era el abogado, pero lo miraba todo el tiempo para ver si el cura lo aprobaba. Me dijeron que retirarían la denuncia si me volvía a Brasil.

Trafálgar se calló como para que yo le preguntara. Yo no tenía ganas de seguirle el juego, así que siguió solo. Los gritos se fueron dispersando, las personas.

—Les pregunté qué querían decir con volverme a Brasil. A tu país, me dijeron. Yo les dije mi país es allí donde el Señor me lleva, así que ahora mi país es éste. El abogado me dijo que sí, que lo entendían, pero que quizás ahora el Señor me estaba diciendo que me fuera: que si me volvía a Brasil no sólo retiraban la denuncia sino que además me depositaban en un banco de allá cien mil dólares.

—¿Cuánto?

—Cien mil dólares.

—Ya veo por qué no me dijiste nada.

Yo lo miré con odio, él me miró con odio; sólo que en su odio había algo más ofensivo, una especie de misericordia o compasión:

—No, rapaz, en qué mundo vos te crees que vives. ¿Cómo se te ocurre que me iba a ir y te iba a dejar acá colgado?

—¿Y entonces qué, me vas a tirar un diego?

Trafálgar respiró hondo; al final, me dijo que no estaba entendiendo lo que me decía. Le dije que mejor, porque lo que entendía no me gustaba nada.

—Les dije que no, rapaz, que yo me quedo acá. Y entonces la semana pasada me vino a ver un conocido que trabaja con el gobernador para decirme que el obispo está que trina, que me van a mandar una patota, que me conviene agarrar la plata e irme. Imaginate, me mandan un pesado para que me corra. Y yo le dije lo mismo que a los otros. Así que por eso, me imagino, empezaron a mandar las cartas.

—¿El cura, el abogado?

—No, santo Tomás de Aquino.

Yo no sabía si creerle. No sabía, para empezar, cuáles eran los negocios de Trafálgar —¿las estafas de Trafálgar?—, y no quería ir preso por algo que no conocía —o, mejor dicho: que me beneficiaba sin saber exactamente cómo. La idea de la cárcel me cruzó como un rayo; traté de desecharla, pero no pude dejar de pensar que me iba a enfrentar a curas y abogados para defender los negocios de un avivado brasileño del que no sabía casi nada. El piolín: se me cruzó el piolín oscuro. Y ni siquiera sabía si Trafálgar me estaba diciendo la verdad: quizá quería asustarme para conseguir vaya a saber qué. Quizá para eso me había mandado aquella carta. O no: yo no podía saberlo, pero me parecía que ya era tiempo de terminar con todo eso. Si podía.

—Ahora, cuando vean que esto tampoco funciona van a relanzar la denuncia, nos van a dar con todo. Por lo que me dijeron, creo que van a empezar una campaña de prensa, van a decir cosas horribles de nosotros.

—¿Qué cosas horribles?

—No sé, lo que se les ocurra. Si nos defendemos perdemos: la máquina nos pasa por encima. La única posibilidad es atacar, seguir para adelante, hacer cada vez más.

—¿Cada vez más?

—Sí, cada vez más. Tendríamos que apurar lo del programa de televisión. Hay un tipo en un canal de acá que tiene ganas... El sábado en el teatro tendríamos que anunciarlo, así hacemos presión y empezamos a parar los golpes. A devolver los golpes.

Yo no quería devolver ningún golpe; quería escaparme y no encontraba el modo.

Esa noche no me pude dormir. Hacía calor —en mi pieza siempre hacía calor—, pero no era por eso. Al contrario: me gustaba dormirme en mi sudor, en mis olores. Esa noche no podía dormirme porque necesitaba decidir algo de mi vida cuando había llegado a un punto en que ya no podía decidir nada.

Pensaba en salir corriendo. O, en realidad, no lo pensaba; me repetía la frase, que no llegaba a ser un pensamiento y se iba transformando en puro ruido: salir salir salir salir corriendo, escaparme, mandarme a mudar, borrar, desaparecer, tomármelas. Un ruido, música de fondo; nada me desesperaba más que cuando una palabra o una frase se convertían en música de fondo, dejaban de decir lo que debían: salir salir salir salir corriendo, escaparme, mandarme a mudar, borrar, desaparecer, tomármelas. Tomármelas era la palabra más satisfactoria: tomármelas, hacerlas mías, dejar de jugar el juego de otro. Ya había jugado el juego de Trafálgar el tiempo suficiente y unos días más; ya se había vuelto peligroso, incontrolable. ¿Cómo me había convertido en esa amenaza grandilocuente que mis vecinos decían que respetaban por no decir cuánto me odiaban? Hacía calor; me imaginaba al canceroso dando vueltas en su cama pensando en sus células sicarias, al panadero repasando la frase con que diría a su hijo que tenía que devolver la moto, al alzheimer repitiendo una y otra vez el nombre de su perro, de nuevo al canceroso; me dolían, me revolvían la panza sus miserias —pero, todavía, conseguía no imaginarme en sus zozobras: yo, en sus zozobras. Siempre lo había temido, y esa noche más fuerte: estaba a punto de caer, me deslizaba hacia un pozo en el que me veía muerto, agonizante, canceroso, muerto —al fin y al cabo era justicia, yo, el muertero, amenazado por la muerte—, pero al final salía porque tenía un truco: cuando llegaba muy cerca de ese borde volvía a pensar en alguno de ellos, y la conmiseración me rescataba.

Era un recurso, tenía miedo de que alguna vez no funcionara: cada vez más miedo de que, tanto jugar con la muerte, algo se me pegara. Algo, ni siquiera necesitaba demasiado: algo, un desliz, un despiste cualquiera sería suficiente. Revelaciones sofocadas: la revelación evidente intentaba abrirse paso y yo se lo cerraba. Era tan obvio: ¿cómo había conseguido no pensarlo? Cualquiera sabría —cualquiera lo sabría, yo tenía que saberlo— que con la muerte no se jode, no se juega, y yo había estado revoleándola a diestra y siniestra, riéndome de ella, usándola para sentirme un poquito poderoso. Había hecho las cosas como siempre las había hecho, sin imaginar que podían tener alguna consecuencia, y me había estrellado contra la evidencia de

que sí —y tenía que encontrar el modo de escaparme. Yo era una basura que usaba los peores terrores de mis vecinos —sus terrores más secretos, más verdaderos, más legítimos— para ganar algo de plata, diez minutos de fama. Y lo iba a pagar: de algún modo que no podía entender lo iba a pagar; si había algún tipo de justicia en el mundo lo iba a pagar. La idea —el convencimiento de esa idea— me sofocaba; traté de sacudírmela pensando en la cantidad de datos y de historias que decían que la justicia era un mal invento para asustar a idiotas como yo —pero no funcionó: los idiotas como yo nos lo creíamos, y empecé a imaginar cómo podría pagarlo: cuál era el precio posible de mi canallada. O, dicho de otro modo: ¿qué podría dolerme suficiente?

Fue fácil suponer un muchacho que esperaba, en un coche en la esquina, que la calle se vaciara del todo para treparse hasta mi ventana del segundo piso, romper el vidrio, entrar, pararse al lado de mi cama. Entonces el muchacho —cara de bruto ligeramente boquiabierto, cejas espesas, una gorra de béisbol— ni siquiera se reiría de mi mueca de espanto; sólo arquearía las cejas como quien se sorprende, quien no entiende que su presencia pueda resultar tan poderosa, y haría un gesto de qué me importa antes de agarrar la pistola que tendría entre su espalda y su bluyín. Montaría la pistola, con ese ruido atronador bajito, y la levantaría despacio, todavía un poco sorprendido por su fuerza, hasta apuntármela en medio de los ojos. Entonces, de golpe, yo me daría cuenta: la pistola no estaría cargada, todo sería un montaje para darme un susto y, por fin, aliviado —aliviado, feliz por el descubrimiento—, cerraría los ojos para escuchar el clic y no llegaría a saber que, en realidad. Sudaba: pensé que quizá no era eso. Que ese muchacho y su pistola no suponían una justicia verdadera, inmanente, fatal, sino el esfuerzo de una banda de turros, y supuse que en realidad sería mamá: que oiría los gritos —¿gemidos, quejidos, alaridos?— de mamá y correría a su habitación justo a tiempo para ver el horror que la explosión de sus vísceras —la explosión anunciada— le pintaba en la cara. Me pareció que sería, de algún modo, un precio justo.

Que de pronto sentís algo muy pesado en el estómago —o, mejor dicho, a la altura de donde está el estómago, no es en el estómago, le había dicho aquella vez— y ahí sí te da un retorcijón horrible, de golpe te da el retorcijón horrible y eso es que todo ese líquido que salió de los caños reventados, la sangre, el meo, la pus, el sudor de las vísceras, todo eso se te juntó ahí abajo y ya lo llenó y está subiendo, te está llenando todo el cuerpo, todo el cuerpo. Ahí son dos o tres minutos, diez minutos: en un rato ya todo eso te llega a los pulmones y enseguida a la garganta y ahí te ahoga. Eso sí que dicen que es horrible: ahogarse desde adentro, le había dicho.

Mamá era un precio justo.

Y volví a pensar en tomármelas, salir corriendo, mientras pudiera todavía; debía encontrar el modo de escaparme no sólo del Oeste, de mamá, del Pastor, de los blancos, sino también de todo lo que había hecho: deshacerlo. No parecía probable pero seguía dándole vueltas, transpirando, temiendo, desesperándome en la cama. Serían las tres o cuatro de la mañana cuando mamá entró en la habitación: hacía meses, años que no entraba si yo estaba durmiendo. Esa noche ella debió sentir algo: después de todo era mi madre. Estuve a punto de llamarla, pero me hice el dormido; mamá me miró unos minutos y terminó por irse: sabía que yo estaba despierto, simulando. Pero hablar con ella sólo podía empeorar las cosas; necesitaba una vieja amiga, un viejo amor, alguien que me reconfortara de verdad. Faltaba poco para el amanecer cuando la recordé: Susana, al fondo del armario.

Susana estaba igual: los años no pasaban para ella. Pensé que eso le habría gustado: seguir siendo, para alguien —para mí—, la misma, el mismo cuerpo de mujerona mal teñida, de hombros anchos y voz destemplada que ya empieza a volverse una señora. Susana, en la revista, seguía siendo la misma: ella era igual y yo era tan distinto —y nuestra relación había cambiado tanto. Tanto, que ninguna de sus fotos me gustó más que la última, la que no me gustaba. Era esa foto en que Susana estaba tan desnuda, parada, de espaldas, cuerpo entero, pelo amarillo recogido, en una bañadera contra tules blancos, el brazo izquierdo levantado en un gesto de bailarina principiante, el derecho sosteniendo en el aire una toalla con la que no se tapaba ni un poquito y las piernas levemente abiertas, de modo que las nalgas —esas nalgas duras endurecidas por el trabajo de alguien a quien le importa que su culo siga siendo el que fue aun cuando el resto de ella quizá ya no lo fuera, alguien peleando contra el tiempo, perdiendo contra el tiempo salvo con el culo— se le juntaran lo suficiente en la raya de marras pero, como contrapartida, su postura provocaba que, contra el fondo luminoso de los tules, unos pelitos de su concha se dibujaran muy guarangos. Unos pelitos: pocos, quién sabe una docena de excrecencias pilosas y confusas, no claramente delineadas sino casi una mancha, una señal, una nube de polvo que convertía a mi antiguo amor —la carne trémula pero decente, púdica casi marmórea de mi antiguo amor— en una perra en celo. Esa foto, que unos años atrás yo detestaba porque rompía la intimidad amorosa que se hacía entre nosotros, era, ahora, la medida de nuestro reencuentro: puro sexo, una perra olvidada y reencontrada, por azar, en medio de la nada. Con esa foto me pajée tres veces —y me dormí, por fin, con el sol en la cara.

Ese sábado el teatro rebosaba como nunca: Trafálgar había puesto al rebaño a repartir volantes en las plazas de Morón, Palomar, Haedo, Ituzaingó —y había muchos cientos de personas, que se callaron como una sola cuando anunció a «Jerónimo, que pronto será la estrella de un gran programa televisual». Yo no estaba para grandes alardes, y decidí empezar con una historia simple. Fue extraño lanzarme a hablar ahora que sabía cómo era estar del otro lado: la reciprocidad debería estar prohibida. Aunque tampoco podía dejarme ganar por esa debilidad: lo que yo hacía no era para débiles. Pero me sentía débil, incapaz, y empecé por donde pude: traté de ganar tiempo. Antes de salir al escenario había mirado la lista de los blancos que me había preparado Trafálgar: decidí que el contador de la quinta fila era una buena opción. Lo miré, y esperé las palabras.

Usted, señor, sí, usted, ahí en la quinta fila, ha vivido toda su vida como un picaflor. No, no le digo que haya tenido muchas mujeres, que haya sido seductor, tornadizo, un infiel; imagínese que no le voy a decir, aquí en este proscenio, que usted es un infiel. Le digo que ha vivido como un picaflor: en la lucha. Usted sabe: para seguir vivos, los picaflores necesitan comer dos o tres veces su peso cada día, porque tienen un metabolismo tan veloz que tragan y digieren, tragan y digieren, y están siempre al borde de la hambruna, y por eso se la pasan volando de un lado para otro, agitando las alas como poseídos: buscándose la vida. Eso que creemos belleza, señor, es pura hambre: nos pasa muchas veces. Y usted, sin la menor belleza, vive como si estuviera siempre al borde de una hambruna que no sabe cuál es. Hasta ese día, cuando se va a enterar.

El teatro estaba tenso, silencioso: pude oír el silencio. Por última vez, escuché ese silencio.

Ese día usted va a salir temprano para su oficina. Va a ser un día tan común que hasta lo va a apenar un poco: otro día como tantos, de pura corrida sin ningún interés. Imagínese que alguien le dijera, antes de entrar en su oficina, que ese día sería el más importante de su vida: se reiría, le contestaría con otra broma amarga, seguiría su camino. Y, sin embargo, poco antes de las once, solo en su oficina, esperando la visita del dueño de una carnicería cuyos papeles lleva, va a sentir, suave, ese dolor. Nada, una molestia en el hombro izquierdo, un hormigueo. No le va a prestar atención, va a seguir trabajando; después, si existiera un después, usted se preguntaría por qué no le hizo caso, y se dirá que fue, una vez más, su mala suerte. Pero no es mala suerte: su cuerpo le advirtió y usted pensó por un momento en los cigarrillos que no tendría que haber fumado, los bifos que no tendría que haber comido, los cabreos que debería haber evitado; si usted, señor, hubiera seguido el curso de sus pensamientos, si usted, por una vez, se hubiera escuchado, podría haberse salvado. Usted se ha pasado una

vida temiéndolo, pero ahora, cuando por fin suceda, usted preferirá pensar que no es nada, que no tiene que dejarse asustar por tonterías, y seguirá trabajando, como si nada, todo el día.

Hubo murmullos. El blanco se había puesto pálido; la calva, apenas disimulada por un par de pelos, le brillaba bajo las luces del teatro. El blanco miraba a su mujer, sentada a su derecha, con mirada de odio: debía reprocharle que le hubiera insistido en ir a vernos. La mujer estiró el brazo izquierdo para agarrarle la mano; el blanco la apartó.

Usted ni se imagina, señor, la cantidad de combinaciones felicísimas que se suceden en este momento en ese cuerpo suyo para que usted pueda seguir escuchando las tonterías que le digo —usted, que piensa que no debería escuchar más y que, sin embargo, va a beber cada palabra que yo le diga como si fuera un picaflor sediento. Usted ni se imagina los millones y millones de operaciones que su cuerpo debe hacer ahora, como debe hacerlas cada vez que usted se come una porción de muzzarella, llama a su hermana en Catamarca, se sienta a mirar a una bataclana que baila en la televisión. Y menos se imagina los peligros: esa arteria suya que ya juntó suficiente grasa como para ser angostísima, que sólo espera la gotita final que la tape del todo y lo haga reventar. Esa gotita que va a llegar precisamente esa noche. Porque su mala suerte, si la tiene, es que el dolor bruto, el rayo tremebundo, le llegará a las doce de la noche, ya en la cama; entonces, con su señora adormilada, con la luz apagada y la tele sin sonido, el dolor horrible le subirá por el brazo, lo golpeará en el pecho, lo dejará sin aire. Usted no sabrá —como no sabe ahora, como no piensa ahora— que esa gota de grasa que le tapó la arteria hizo que su sangre no llegue suficiente a su miocardio y que por eso su corazón se está quejando, le está gritando que necesita más oxígeno, más sangre que le lleve más oxígeno pero usted, por supuesto, no tiene cómo dársela y, en segundos, ese tejido sin oxígeno empieza a necrosarse, a morírsele, y ese pedazo muerto le hará latir el corazón a puro sobresalto, desbocado, buscando un ritmo que no tiene, y el dolor se le va a hacer más fuerte y la opresión del pecho y la náusea y la falta de aire, la boca abierta sudor frío ojos vidriosos y usted, que todavía no sabrá, que todavía no ha sabido imaginar qué le sucede, manoteará en el aire como quien se está ahogando, porque el mundo se le habrá vuelto agua. Y entonces va a tratar de levantarse —de buscar algo, de hacer algo, de no hundirse, chapoteando en el agua— y los ruidos despertarán a su señora, aquí presente —sí, a usted, señora, la despertarán— y su mala suerte, señor, la que sí tiene, será que ella no va a saber qué hacer. Usted la verá —confusamente la verá, sus últimos momentos— desesperada retorciéndose las manos tirándose los pelos en lugar de hacer algo que lo ayude: sufriendo por usted como ha sufrido siempre, porque usted, en lugar de ser lo que ella esperaba, ese con cuyo fantasma se casó, es el que es, ese que ahora se va cayendo

lento, en un segundo que va a durar horas, minutos, para siempre.

Y entonces, ya en el suelo, ya perdido, lo atacará la calma. Por un momento —un último momento— su cuerpo va a volver a quererlo: sus endorfinas le van a ofrecer una calma rara, una extraña falta de dolor, una serenidad que nada justifica. En ese momento, señor, de rara calma, usted entenderá —por fin entenderá— y pensará, porque ha leído artículos en revistas, ha escuchado a médicos en la televisión, ha charlado con gente, que todo depende de que alguien lo atienda de inmediato. Pero usted cree que tiene mala suerte. Usted se dirá que es mala suerte, para no decirse que en realidad es, otra vez, su error: que fue usted el que prefirió no pagar un servicio de urgencias porque usted, señor, siempre vivió como si viviera para siempre. Y eso no depende de la suerte. Que, quizá, termine siendo buena: que todo se termine de una vez, que el dolor se termine, la náusea se termine, el terror se termine de una vez por todas. Porque, al cabo de ese instante —¿cómo medir en tiempo común esos momentos tan extraordinarios?—, el efecto de esa morfina propia se va a disolver y el miedo, el dolor espantoso, el terror lo van a ir invadiendo: primero un poco, un temblor apenas; después más, hasta que no le quede un centímetro de cuerpo o de imaginación que no esté hundido en el horror de saber que sí se está muriendo. Lo bueno, si hay algo bueno, es que va a durar poco.

El blanco había bajado la cabeza, miraba con empecinamiento el suelo o sus zapatos. Su mujer tenía los ojos cerrados, cientos de ojos del teatro trataban de encontrarlos. El murmullo crecía. Yo me iba sintiendo bien, a gusto, las palabras llegaban en tropel y yo sólo tenía que ordenarlas: nada en el mundo me hacía sentirme más vivo. A un costado del escenario, Trafálgar asentía satisfecho. Me pregunté qué muerte le habría anunciado su carta —y, enseguida, que no tenía que distraerme. Pero lo había mirado y eso, supongo, resultó decisivo.

Señor, no hay luz en el final del túnel. Ni en el principio del túnel ni en ningún otro lugar del túnel, porque no hay túnel ni ninguna otra cosa, le dije —y yo sí vi una luz, pero no me atreví a seguirla todavía. Así que di una vuelta y le dije que su muerte sería como su vida: su muerte va a ser como su vida, le dije: vulgar y sacudida. Sí, no me diga: usted ha visto muertes y se cree que ya sabe. Se engaña como un bellaco gordo: ¿de verdad consiguió creerse que la muerte de otro tiene alguna relación, algún parecido, alguna semejanza con su muerte? ¿Que pertenecen a la misma especie? ¿Que usted puede saber algo sobre su muerte porque la ha visto en otros? ¿Que son como dos perros? Una es un pekinés, señor, todas son pekinesas salvo la suya, que es un rinoceronte desbocado, un león hambriento.

Un león hambriento, le dije, y me distraje: no supe dónde estaba yendo. Así que volví atrás y le dije que no, que no iba a ver ninguna luz, ningún túnel de luz, ningún ángel bailando. Usted, señor, se va a pasar esos últimos segundos preocupado:

pensando en no cagarse. Es cruel: cuando todo se le esté escurriendo entre los dedos, cuando esté por acabarse de una vez por todas, usted sólo pensará en guardar las apariencias. Usted quiere morir sin arruinarse tanto: que no le dé vergüenza su cara de después de muerto, su cuerpo de después de muerto, sus colores de muerto: que los que lo quieren y, más todavía, los que lo detestan no tengan el dolor o la satisfacción de verlo devastado sin que usted pueda saberlo siquiera. Todo eso que va a pasar con usted sin que usted pueda llegar a saberlo lo desespera muy particularmente —porque prefiere pensar en ese momento tan breve en que lo van a ver, para no pensar en ese momento interminable en que ya nadie va a volver a verlo, le dije: había reculado.

Entonces, señor, por fin, usted va a tener suerte: su infarto es generoso, sólo un rictus de espanto y de dolor y, preocupado por esas tonterías, le dije, y pensé que me estaba desviando: agarrándomelas con el blanco. Que no debía seguir por ese camino, pensé, pero tampoco me atrevía a avanzar por el otro y seguí diciéndole que preocupado por esas tonterías ni siquiera va a tener tiempo de pensar que diez minutos después, cuando usted esté muerto, el mundo va a seguir siendo exactamente igual; que lo más cruel es que algo tan importante para usted no le va a importar a casi nadie, que durante unos días sus parientes y amigos tratarán de apenarse o les sucederá pero que poco a poco lo irán olvidando como se olvida ese gol inolvidable, le dije, y que muy pronto será como si usted nunca hubiera existido, no existiese ni siquiera ahora, le dije: ahí había una salida. Era mi última oportunidad de no caer, de no quemar las naves, y no supe o no quise o no pude; entonces le dije que después de la muerte ya no queda nada: porque después de la muerte ya no queda nada. Usted querría pensar que sí, que hay un dios que lo espera; no hay dios ni paraíso ni otra vida, señor mío: sólo lo esperan los gusanos, le dije, y los murmullos arreciaron. Yo no les hice caso: si se cumplieran sus más salvajes esperanzas y usted consiguiera algún tipo de vida más allá de la muerte, se pasaría los primeros días —¿semanas, meses, años?— de esa supuesta eternidad escuchando el zumbido de las moscas, dije: las moscas que se comen su cuerpo abandonado. Todo eso que no queremos ver, le dije —y los murmullos ya eran gritos, Trafálgar desde el costado que agitaba los brazos—, que no queremos ni pensar, los cachos de su carne blandengues malolientes y los mordiscos de gusanos, los cachos de su carne convirtiéndose en charcos repodridos, verdes, negros, las peleas de los gusanos por sus cachos, los tarascones de miles de gusanos que, le dije, hacen un ruido atronador en la desolación tan solitaria de la muerte, la muerte no es silencio sino ese batifondo de los mordiscos de gusanos, le dije, ya desbocado, ya perdiendo el hilo, ya lanzado y perdido y encontrado y fue entonces cuando se apagó la luz, todas las luces. El teatro se llenó, de pronto, de voces espantadas. Yo tuve miedo y me escapé corriendo.

Corrí por un pasillo lateral, detrás del escenario. Mientras corría seguía oyendo

los gritos que venían de la platea; buscaba una salida, quería irme. Corría, choqué con alguien: en la oscuridad no pude ver quién era. Me pareció que olía a quemado pero quizás era otra cosa. Al fin llegué a una puerta lateral que abría a la calle: lloviznaba, la luz de los faroles era pálida. Salía a la vereda cuando una voz me llamó Nito: Nito, me dijo —la voz me resultaba familiar, lejana. La busqué: Titina tenía un gorro de lana negra y una sonrisa muy brillante.

[ML11]

—¿Y por qué yo?

Nito pregunta por qué él, el sol horizontal les lastima la cara y Carpanta suspira al borde de la desesperación, pero le escapa. Necesita a Nito —cree que necesita a Nito— y está dispuesto a consentirlo un poco más:

—Te podría decir que porque todo esto se me ocurrió anoche, cuando te escuchaba, pero no es por eso. No es un homenaje; te necesito. Vos tenés el tono justo, la pinta justa para que te crean, ese cuerpito y esa voz, esa mirada de que no rompiste nunca un plato pero te los vas a culear en cuanto se den vuelta. Sos el punto justo de extrañeza y familiaridad, como un conductor de la televisión. Así que vas a conducir el programa más increíble que todos estos boludos vieron nunca.

Dice Carpanta, y Titina sonrío. Han dejado de beber y de jalar; la música no suena, el sol los va empujando.

—Sí, pero por qué yo.

Insiste Nito, para decir: ¿por qué yo haría lo que querés que haga? Carpanta lo entiende: su poder también consiste en contestar lo que Nito no se atreve a preguntarle claro:

—Porque, para empezar, estás al horno, no tenés otra salida. Pero más que nada porque hasta ahora sólo les traías el miedo y yo te doy la posibilidad de traerles la ilusión. Vas a hacer lo mismo tan distinto: antes les ponías su muerte delante de los ojos, ahora también, sólo que antes era pura pérdida, y ahora va a ser esperanza. La mayor esperanza. ¿Te parece poco?

Dice Carpanta y le sonrío con sonrisa de vendedor barato. Y, enseguida, con la voz cavernosa:

—Además te vas a sacar ese miedo de que, por rozarla demasiado, se te pegue. Vos sabés que si seguís haciendo lo que hacías te morís.

Le dice, lo mira, y Nito le pregunta cómo puede saber eso:

—¿Cómo podés saber eso?

Le pregunta, y Carpanta le pregunta qué:

—¿Eso qué? ¿Que si seguís con eso te morís o que tenés miedo de haber tirado demasiado de la cuerda?

Nito no dice más, piensa que tiene que pensarlo. Aunque no sabe cómo: está

agotado, sobrepasado por la tormenta de palabras. Él, piensa, justo él, vencido por palabras. Se le cruza una frase que leyó y quisiera saber dónde: «Somos los que hicimos esas cosas que, si no hubiéramos hecho, nadie nos habría reclamado.» Esas cosas, piensa.

—Pero falta, vas a tener que ser paciente. Ahora para empezar te vamos a convertir en un mito. Los diarios, la televisión, todos te van a estar buscando, dónde está, quién se lo llevó. Vamos a hacerles decir a nuestros periodistas que alguien no soportó que hablaras de la muerte tan sin vaselina y que acá nadie se banca la amenaza del futuro y que te hicieron desaparecer: no sabés la cantidad de rumores y versiones que va a haber. Vas a ser un caso, van a suponer historias increíbles, todo el mundo va a tener una idea sobre vos. Pero para eso te vamos a tener que guardar unos meses, si querés te mandamos al Brasil, a donde quieras, mientras empezamos a tirar los cuerpos por ahí, preparamos el bicho. Cuando el clima esté listo montamos una gran fiesta y te presentamos y vos explicás todo. Imaginate la apoteosis.

Nito tiene la voz muy ronca, casi ciega cuando por fin se atreve a decir —con todas las palabras— que por qué se metería en ese lío. Carpanta lo mira un momento como si lo compadeciera, le dedica media sonrisa triste:

—Porque no tenés más remedio, pichón, porque si volvés al Palomar y a tu pastor te matan o te meten preso. Y, en cambio, con esto vas a ser la cabeza de la gran revolución argentina. ¿Te parece poco?

Nito se pregunta si su padre le habrá dicho pichón alguna vez. Sabe que Carpanta tiene razón: ya no puede volver. Ahora todo lo que quiere es dormirse un rato; después verá. Titina le pone una mano en el muslito. Carpanta se despereza con crujido de huesos:

—Y, de todos modos, ¿vos quién sos? Un chiquito del Oeste del que nadie sabe nada más allá de que puede contar muertes como un profeta chasco. Necesitamos más que eso. Lo primero que vamos a tener que hacer es armarte una vida.

—¿Armarme una vida?

—Vas a ver. Te vamos a convertir en un modelo: muchacho argentino como miles, un poco canchero, un poco triste, con una caída fuerte; es importante que tengas una caída y una redención. Acá para hablar tenés que haber pasado por algún infierno; si no, nadie te escucha. Ya no se usan más los héroes de una sola pieza. Ahora para que un héroe sea un héroe tiene que haber hecho antes un par de boludeces. Tus compatriotas están tan arruinados que lo único que respetan es la redención del que estaba perdido.

Nito se asusta, Carpanta lo nota:

—Pero nada especial, algo con lo que cualquiera se pueda identificar, que digan ah, como mi primo Jorge. Tu historia ni siquiera va a ser muy distinta de tu

verdadera historia; alguna cosa por acá y por allá, detalles, boludeces. Es fácil: nos sentamos cuatro o cinco veces, nos contás tu vida, cómo fue, y nosotros la escribimos como debería haber sido.

—¿Es necesario armarme esta historia?

—No, por supuesto que no. Por eso es perfecto.

—¿Qué es lo que querés esconder con esta historia?

—Vos sabés.

Carpanta perora: dice que va a ser una buena biografía pero contada por el protagonista, que así se la creen mucho más, y que la trampa de las biografías es que sólo las leemos si tenemos alguna idea previa sobre el personaje: que nadie se detiene en la historia de un desconocido. Entonces sabemos que el tipo terminó siendo compositor de óperas o campeón de peso pesado o astronauta o asesino serial o el mejor bombero de la historia; sabemos hacia dónde irá, dice, y leemos cada detalle de su vida como un paso en esa dirección. Que todo tiene sentido, fin, destino: que por eso atraen las biografías.

—Así van a leer la tuya, pichón. Vos vas a ser mi verdadera obra: tu vida de argentino clásico, tus dudas, tus errores, tus aciertos, tu cuerpito increíble. Hasta el toque de incluirme... ¿Y sabés qué es lo mejor? Que todos los detalles van a parecer casuales, y sin embargo cada momento, cada escena van a estar ahí por alguna razón.

Dice Carpanta, hinchado como un sapo hinchado. Y que de todos modos nadie va a leer la historia entera, muy poquitos. Que lo que importa es el resumen que van a dar los diarios, las radios: que eso es lo que va a leer la mayoría.

—Ya vas a ver lo que te digo.

Dice, y se da cuenta de que Nito se durmió sobre el sillón, un hilito de baba cayéndole hacia el cuello. Entonces le dice a Titina que pueden usar la habitación del fondo, detrás de la cocina: ¿que podemos?, le pregunta Titina, ¿quiénes?

UNA FIESTA

Hubo muertos. Fue, en realidad, uno solo, pero hay situaciones donde el plural se impone o donde, incluso, uno es un plural. El muerto se murió a la entrada, entre las 21.16 y las 21.25, en esos minutos en que la multitud enardecida desbordó la guardia de seguridad y estuvo a punto de abrirse paso hacia el salón central de la Sociedad Rural de Palermo. El muerto se llamaba María del Socorro Rodríguez, tenía veintidós años recién cumplidos y había llegado hasta la Rural con dos amigas de su barrio. Junto con ellas había miles: habían llegado miles porque, desde el final de los saqueos y los humos, había miles en cualquier reunión o recital o encuentro callejero y porque, además, los rumores eran irresistibles: que esa noche en la Rural iban a estar todos los famosos; que iban a repartir comida y sobre todo buena bebida gratis a los primeros mil seiscientos; que iba a estar Maradona; que, en una de éstas, quizá —decían los más audaces, mirando a los costados— alguien iba a explicar el misterio de esos cuerpos que llevaban meses apareciendo en los lugares más extraños.

Los cuerpos se habían convertido en la mayor atracción popular. Atracción es una palabra ambigua: los cuerpos atraían como atrae asomarse a un balcón alto y mirar el vacío sabiendo que uno no va a tirarse a menos que. Era curioso que los cuerpos no hubieran llegado a crear pánico en una ciudad tan dispuesta a él —una ciudad que siempre estaba buscando alguna razón para sentirlo. Carpanta suponía que era por el toque de humor que nunca les faltaba; el gran error de Carpanta fue suponer que el humor diluía cualquier espanto. Pero los cuerpos sí producían preocupación por su origen tan incierto —y más y más expectativas. Las personas, esos días, esperaban el siguiente cuerpo como se espera el resultado de un clásico o el número del gordo de Navidad: los diarios y noticieros de televisión tenían equipos especiales dedicados a buscarlos, en las oficinas se cruzaban apuestas sobre sus características —sexo, edad, atuendo, condición—, el gobierno había puesto en marcha una unidad de análisis dedicada al asunto; los políticos de oposición, en cambio, no se atrevían a usarlo en sus diatribas porque no se les había ocurrido cómo y temían las consecuencias. La policía rastreaba el origen de cada cuerpo nuevo y se encontraba, en cada caso, con certificados de defunción que aseguraban que había muerto de su propia muerte. La falta de homicidio hacía que todo fuera más amable, menos tremebundo. Y es cierto que nunca investigaron con ahínco: gracias a su oficio, Carpanta conocía a mucha

gente.

La proliferación de los cuerpos era la razón principal de que, esa noche, tantos miles se apretujaran frente a las rejas de la Sociedad Rural. No era la de María del Socorro; Maso era —decía— loca por los astros, y saltaba sobre cualquier oportunidad de tenerlos más o menos cerca. En su barrio —Constitución, muy cerca de la plaza— todas sabían que Maso había tocado a Susana, a Sandro, al cardenal Quarracino, a Batistuta, a Moria Casán, a Arnaldo André, al doctor Favalaro; lo que no sabían era que los tocaba con un forrito de látex que se ponía en el dedo corazón y que guardaba esos forritos rozados en frascos etiquetados y clasificados según criterios que había ido construyendo. Al día siguiente, cuando su madre, desolada, abrió el armario que siempre tuvo llave, se encontró los cientos de frasquitos: desde oscuros cantantes bailaneros hasta un vicepresidente manco, pasando por futbolistas, actrices de tira, periodistas atrevidos, peluqueras con marquesina propia y un obispo o quizá cardenal, todos habían dejado polvitos de su cuerpo en los látex de la pobre Maso.

Maso tenía el pelo castaño oscuro y se negaba a teñírsele de rubio, pero igual conseguía, de vez en cuando, novios. Era una chica muy tranquila; trabajaba en una fiambrería del mercado frente a la estación, y solía hacer horas extras porque su vocación le costaba dinero. Esa tarde, de hecho, su patrón le había pedido que se quedara hasta las diez pero ella tuvo que negarse: por nada del mundo se perdería una oportunidad como la que se le podría ofrecer en la Rural. Así que salió temprano, con tiempo, con sus dos amigas de la cuadra —Marita y Lora—, y se apostó junto a la puerta de rejas de la entrada para no perderse nada. No conocía el lugar; tardó en empezar a sospechar que, en realidad, las estrellas no entrarían caminando sino en coche. Cuando lo supuso y pensó en buscar un paso al parking subterráneo ya era tarde; detrás de ella, miles y miles de personas empujaban hacia las rejas. Maso tuvo un momento de desesperación o lucidez final: tengo que irme de acá, tengo que irme de acá, les susurró o gritó —las versiones varían— a Marita y a Lora, que quisieron detenerla pero no pudieron. Fue un movimiento desdichado: cuando la multitud —las personas ya llevaban horas convertidas en multitud— vio que se abría un espacio junto a la puerta de rejas, intentó con un avance bruto ocupar el lugar libre. Fue ese movimiento el que pareció un intento de tomar por asalto la puerta —y casi se transforma en eso, pero no. Sólo sucedió que Maso, que todavía no se había retirado del todo, quedó aplastada contra las rejas y sus pulmones reventaron sin hacer mucho ruido. Pocos, a su alrededor, lo notaron. Y los que lo vieron y pensaron que estaban frente a la gran noticia del noticiero de la mañana siguiente no entendieron que lo que estaba por suceder en el salón central opacaría cualquier otra cuestión.

Los que ya estaban adentro —los privilegiados que sí tenían la tarjeta que decía Living! en letras rojas sobre fondo negro— no supieron de la muerte hasta mucho

más tarde, y tampoco entonces les importó un velín. Los invitados eran la crema de la crema: estaban todos. Carpanta podía enorgullecerse de su convocatoria: había trabajado durante semanas con un equipo de periodistas que pagó muy bien para que le contaran, de cada personaje, lo que no se atrevían a contar en sus revistas. Los periodistas, en esos días, ganaban mucho más con lo que no escribían. Gracias a lo cual Carpanta pudo acompañar cada tarjetón Living! con una tarjeta manuscrita y persuasiva: a un famoso periodista televisivo le garrapateó «con la vaselina en la mano, Ramón»; al director de una automotriz, «con los respetos del coronel J., agradecido por sus datos»; a la estrella de la tira de moda, «aunque ahora debés cobrar más que cien pesos, igual te la daría». Sólo trece de los 666 hombres y mujeres que habían recibido el tarjetón y la tarjeta faltaron a la cita, y todos tenían razones de fuerza muy mayor —un preso, tres internados, un parto adelantado, un par de viajes imprevistos, un prófugo confuso.

Habían llegado puntuales, poco antes de las nueve de la noche: eran tan elegantes, tan preciosos. Canas brillantes para ellos, melenas rubias para ellas, zapatos negros para todos y el resplandor del dinero en cada piel lustrada. Terminados los humos, los saqueos, los señoras y señores volvían a lucir sus galas de gran gala. En los escotes de las señoras tintineaban pozos de petróleo, autopistas recién privatizadas, ventas de bancos familiares, sábanas revueltas, pantallas con estática, multitud de morochos macilentos y una corte de funcionarios públicos, muy chiquitos, reclamando su diego. Debajo de los escotes había bastante plástico, encerrado tras las pieles y las sedas.

—Ay, qué estamos haciendo acá.

Le dijo la esposa del rey del sanitario a Mirtha Legrand, su compañera del normal de señoritas.

—Dicen que algo importante. Pero no te preocupes, estamos entre amigos. Gente como uno.

Las señoras se saludaban con besitos en el aire adjunto a las mejillas respectivas —para cuidar los maquillajes— y sonreían todo el tiempo. Una buena sonrisa no desfallece nunca, ni siquiera en los momentos de alegría.

—Ahí está, mirala, qué tupé. Cómo se va a comprar el coche de un lisiado.

—Ella es así, Julita. ¿O te olvidás de dónde viene?

Los señores ponían cara de importantes y saludaban con deferencia a otros que se mostraban tanto o más importantes. Los saludos tenían ese dejo casual de los mejores clubes de San Isidro, aminorado con los patinazos de una imitación casi perfecta.

—No me digas que ese de ahí es Nicolino Locche.

—Sí, qué cosa, ¿no? No nos habremos equivocado al venir...

—A mí me dijeron que él es un asesor de la campaña.

Los señoras y señores charlaban, con risas y aspavientos, tratando de que no se les notara la ansiedad. Casi todos parecían nacidos en la misma clínica pero había,

perdidas entre la maleza, una japonesa y una negra: eran mujeres, se les podía permitir: sus maridos debían haber viajado mucho. Algunos señores hablaban por celulares para demostrar que afuera el mundo todavía existía; otros intentaban disimular lo que todos sabían:

—A mí me han dicho de buena fuente que es una campaña de British Petroleum.

Le decía Nicolás Mancera a Tato Bores.

—¿Por qué, qué quiere decir?

—Me pidieron que no dijera nada. Pero ahora que se acabaron los humos el país va a renacer de sus cenizas, ya podemos volver a mirar al futuro cara a cara.

—¿Cara a cara?

Hombres y mujeres se precipitaban sobre las bandejas con avidez de ola popular: el hambre no es privilegio de ninguna especie, pero sus manos sobre los saladitos tenían esa limpieza que se consigue tras unos pocos años de manicura semanal. Ciertas señoras se abstenían, por aquello de guardar la línea, y los camareros seguían repartiendo saladitos de pizza y copas de champán con la mirada perdida en algún punto del pasado avieso: los camareros no deben mirar las caras de las gentes.

—¿Y es cierto que van a dar unos regalos espectaculares?

—Ay, María Mercedes, si vos no necesitás nada de nada.

—A mí me hablaron de unos cuerpos increíbles pero vivos...

Por detrás, los fotógrafos se movían por bandadas, y se excitaban especialmente cuando veían a algún señor canoso con una jovencita frisada que podría ser su perrita de aguas. Bernardo Neustadt peroraba ante cuatro engominados con rolex de uniforme:

—Yo lo que les puedo decir es que hay alguna relación entre la desaparición de ese muchacho evangelista de Morón y la aparición de los cuerpos.

—¿Qué relación, Bernie?

—Bueno, eso todavía no lo puedo contar. A menos que ustedes me...

El salón central estaba decorado con banderas argentinas largas y estrechas que colgaban del techo; en las paredes había gigantografías de algunos de «los Living»: el nombre era nuevo pero todos parecían entenderlo. Entre las fotos, carteles con la misma tipografía que el tarjetón de invitación complicaban las cosas: «Vivieron con nosotros, viviremos con ellos»; «En el final está el principio»; «Por fin: disfrute de imaginar su vida muerta»; «Nuestro calor, su frío, la forja de la Patria». En la pared del fondo campeaba un gran escenario con sólo un micrófono de pie; parado detrás del telón, Carpanta lo descorría cada tanto para ver si el salón ya estaba lleno. Nito le preguntó si ya salía.

—Todavía no, dejalos que esperen un rato más. Que se impacienten en serio: es bueno que alguien los haga esperar, no están acostumbrados.

Carpanta había ordenado que subieran la calefacción; hombres aflojaban sus

nudos de corbata, mujeres se abanicaban con sus carteras de Chanel: cada vez hablaban menos. A su lado en las bambalinas, una maquilladora daba últimos toques a la cara de Nito: estaba pálido, lechoso, vestido con un pantaloncito negro y una pollera negra de piqué; en la mano izquierda tenía un librito con su cara en la tapa — foto blanco y negro— y ningún título. Titina —peluca rubia à la garçonne, vestido fucsia largo y tacos tan fuera de lugar sobre su cuerpo— lo miraba con una mezcla de sorna y cariño y desconfianza. Carpanta hizo una seña y el encargado de sonido mandó la canción de los Living:

—... porque los muertos y los vivos / todos unidos estaremos / y por fin al fin seremos / uno y un solo corazón / un corazón, / un corazón...

Decía el coro con la música un poco obvia de la marcha peronista.

—Nito, ahora es el momento. ¿Te acordás bien de todo?

—Espero de que sí.

Contestó Nito, y suspiró.

—Ustedes saben quién soy yo: yo soy el que contaba muertes.

Dijo Nito con la cara pegada al micrófono, la voz baja para obligar al público al silencio. Hubo murmullos, grititos salpicados y un largo oh de reconocimiento. Nito sabía que los medios se habían ocupado de su desaparición; recién entonces, cuando escuchó a todas esas personas importantes murmurar su aparición, entendió que nunca había estado tan presente como cuando faltó.

—Ustedes, como tantos, creyeron que yo había desaparecido, pero no: estaba aprendiendo. Porque yo era, permítanme decirlo, el que no sabía todavía.

Se había pasado esos meses encerrado en un chalet de San Clemente del Tuyú: el invierno lo convertía en un lugar casi secreto, golpeado por el viento y el tedio. La casita —tejas desparejas, rejas en las ventanas, jardín enano con hortensias— era una burbuja de aislamiento sin radio ni televisión. A veces, Titina o Carpanta le traían algún diario —alguna página de un diario— donde se contaban las hipótesis más raras sobre su paradero: que había sido asesinado por un blanco —o un deudo de blanco— vengativo; que había recibido una fortuna de una logia de ganaderos católicos para que huyera y abandonara esa prédica que amenazaba los fundamentos de la fe; que sus apariciones le habían servido al gobierno de Menem para distraer al público de la venta de la empresa petrolera nacional y que, una vez cerrado el negocio y cobradas las cometas, lo habían eliminado para evitar que hablara; que nunca había existido sino como un personaje representado por varios actores parecidos y muy bien caracterizados que quisieron poner en cuestión la credulidad de sus paisanos. Uno de esos días, el diario hablaba de la gran ofensiva contra los saqueos: ejército en la calle, tres docenas de muertos, miles de detenidos, decenas de miles de señoras y señores en la plaza de Mayo viviendo al presidente y pidiendo más control, más policía en las calles. Nito pensó que iba a extrañar los humos; después

pensó que no sabía por qué.

Las primeras semanas, su reclusión tuvo un condimento que la hacía casi placentera o, por lo menos, inquietante: Titina llegaba cada lunes al mediodía y, después de comer, se encerraba con él en su cuarto, lo desvestía casi sin tocarlo y le chupaba la pija como aquella vez. Al principio, Nito intentó convencerla —con gestos, nunca con palabras— de que le permitiera intentar otros huecos; Titina, amable pero firme, le hizo entender que su amistad llegaba hasta la boca. Los martes a la mañana aparecía Carpanta, cara de mal dormido, la piel tan gris como su pelo, en su coche negro manejado por un chofer morocho —que no entraba en la casa. Entonces los tres —Titina, Nito, él— se sentaban alrededor de la mesa del comedor con un mate y cuernitos de grasa; primero Carpanta contaba detalles de los cuerpos que iban apareciendo en la ciudad, después Nito contaba su vida; Carpanta tomaba notas en una libreta de tapas de hule negras, Titina cebaba. Hacia el mediodía, Carpanta levaba a Nito al coche y se iban hasta el puerto, donde se subían al barquito —madera pintada de amarillo— de un hombre mayor, retaco, la mirada huidiza, que los sacaba mar adentro. El hombre suponía —se enterarían después— que Nito era el amante de Carpanta. Pasada la rompiente, Carpanta se sentaba en una silla en la cubierta —sucia, llena de redes viejas, sogas, olor de otros pescados— y agarraba la caña; Nito lo imitaba. A veces Carpanta sacaba una corvina negra, un cazón chico; Nito nada.

Eran largos silencios, con ayuda del viento. La cuarta o quinta vez que salieron, Carpanta gritó algo —«¿No es terrible que esté siempre ahí, el muy hijo de puta?»— y Nito creyó entender que le hablaba del mar.

—¿Por qué es terrible que esté siempre ahí?

Le preguntó Nito la vez siguiente; a lo lejos colgaba una tormenta.

—Porque es como la muerte.

Le dijo Carpanta: siempre ahí, desdeñoso, vacío, tan lleno de lo que no podemos ver. Si acaso podemos echar una línea y un anzuelo, una carnada boba, pero poco más. Nito le preguntó si los muertos serían los peces o los pescados; Carpanta lo miró y escupió verde al agua. Cuando volvían le dijo que ya debía empezar a prepararlo, pero que no se olvidara del mar:

—La religión son las metáforas que significan una sola cosa; el arte son las que pueden decirte lo que quieras.

No volvieron a salir de pesca. Desde el martes siguiente, Carpanta empezó a instruir a Nito en la doctrina que tendría que anunciar cuando por fin todo empezara. Nito lo disfrutaba: Carpanta —la grandilocuencia cansada de Carpanta— lo convencía de que su reclusión valía la pena, que lo que estaban haciendo era imponente, que cuando todo terminara o empezara él, Nito, iba a ser un prócer de la argentinidad. Carpanta solía repetir esa fórmula —un prócer de la argentinidad— que

Nito, sin entender del todo, no podía desdeñar. A veces Carpanta le preguntaba cómo podía ser tan profundamente ingenuo —aunque sonaba como quien dice idiota—; Nito le sonreía y Carpanta decía que el idiota era él, que a veces se olvidaba por qué lo había elegido.

El resto del tiempo Nito estaba solo con Berta, una señora mayor mayormente gorda que le preparaba sus comidas favoritas —milanesas a caballo, sopa de cabello de ángel con mucho queso de rallar, budín de pan— y le contaba historias de parientes que Nito simulaba escuchar mientras pensaba en las crueldades de Titina. Nito leía novelas de terror, se aburría, imaginaba discursos inflamados, se pajeaba cada vez más abstracto, pensaba en la argentinidad tan urgida de un prócer. A veces tenía una pesadilla: estaba en el living de su casa —la casa de su madre con su abuelo Bernardo que repetía una y otra vez la historia del polaquito y la gallina, con su padre aburrido sin saber qué decir, con una vieja que no terminaba de reconocer, el pelo mal teñido. Al cabo de siete semanas le dijo a Titina que no gracias: lo humillaba su deliberación de maquinita. Cada tanto se preocupaba por su madre; después se decía que la zozobra quizá la despertara. Una tarde Carpanta le prometió que le iba a hacer saber que estaba bien —que Nito estaba bien—; le dijo hacer saber, una fórmula ambigua, y que no le podía decir más nada porque ella seguía con el pastor Trafálgar: porque podía ser un peligro. A Nito le gustó —le dio como un orgullo— que su mamá fuera un peligro.

Al cabo de once o doce las sesiones de biografía con cuernitos se habían agotado —la vida de Nito se había agotado— y Carpanta no tenía mucho más que decirle: era visible que se repetía. Nito desesperaba, y un día se le ocurrió que quizá no saliera de esa casa nunca más, que Carpanta quería convertirlo en un living de lujo, el ultraliving o algo así; una noche trató de abrir la puerta para salir a alguna parte, pero el picaporte le tiró una descarga eléctrica que lo dejó meado y tembloroso. El martes siguiente Carpanta le dijo que tuviera paciencia, que en unas pocas semanas todo estaría listo: que las personas ya estaban entendiendo o, por lo menos, descubriendo que nunca entenderían un soto.

—Sí, aunque ustedes no lo crean, yo era, debo decirlo, el que no sabía todavía. Pero ahora sé, y por eso les hablo. Y no me refiero a los falsos misterios; hablo del verdadero misterio de la vida.

Al fondo, casi escondida entre los pliegues de una cortina de terciopelo rojo, su madre sonreía como si todos tuvieran que saber que ella lo había hecho: que si no fuera por ella nada de eso estaría sucediendo. Nito pensó que esa mujer mayor ya no podía ser un peligro para nadie, pero se distrajo en ese pensamiento y estuvo a punto de perderse. Su madre tenía un traje verde que despuntaba demasiado contra el terciopelo; a su lado, Beto, viejo, se había puesto un traje que le pifiaba de todos los costados.

—Durante todos estos meses, ustedes, como todos, han seguido la danza de los cuerpos, y creyeron, como todos, que ahí había un misterio: los envolvió un misterio que no era misterioso. Ustedes quisieron creer que era un misterio porque se empeñan en cerrar los ojos frente a la evidencia: tienen miedo de abrirlos. Pero nunca habían estado frente a semejante claridad: la evidencia de que los muertos no se van, que están entre nosotros.

Fabiana Cantilo intentó una carcajada cachadora: nadie la acompañó, chistidos para que se callara. El doctor Borocotó la miró con tristeza: siempre había temido a los borrachos. Nito empezaba a gustarse: las palabras que había aprendido fluían y prosperaban. Desde abajo llegó un grito incomprensible, más chistidos. Era el momento de cambiarles de tema, dejarlos sobre ascuas.

—Todos sabemos que la patria está en peligro: nuestra Argentina está en peligro. Es probable que cada uno de ustedes tenga una idea diferente sobre las causas, las razones. Eso significa que nadie tiene ni idea de las verdaderas causas y razones; por eso, ahora, aquí, van a escucharme y van a saber. Ahora, aquí, todo va a empezar a ser distinto.

Desde detrás del telón, Carpanta hizo la seña de que subieran un momento la música: «... todos unidos estaremos / y por fin al fin seremos / uno y un solo corazón...». Nito miró al público —que ya casi era su público: todos esos señores y señoras lo miraban como quien bebe, ávidos, y al mismo tiempo desconfiados.

—¿Cuál es el mal de nuestro tiempo? ¿El hambre, la corruptela, la violencia? Son pavadas. La Argentina está en peligro, como el resto del mundo, más que el resto del mundo, porque no hemos sabido transformar en generosidad nuestro egoísmo. Atención: no les digo dejar nuestro egoísmo, abandonarlo, porque no como vidrio; les digo hacer de las bases del egoísmo las bases de la generosidad: querer para todos lo que queremos para nosotros mismos, porque sólo si los otros lo tienen podremos alcanzarlo. Es raro y es precioso; en general, tener es impedir que tengan otros. Esto, en cambio, esta revolución, nos permite el lujo de que tener sea para todos. Ahí, mis alelados, está la clave del borrego.

Ramón Díaz, incrustado en el sobaco de una rubia inverosímil, aplaudió. Muchos lo miraron, unos pocos se unieron a su aplauso.

—Se trata, ustedes ya lo saben, de la muerte.

Algunas mujeres agarraban la mano de sus hombres; algunos hombres respiraban hondo. Muchos se preguntaron para qué habían venido; otros por qué, y era casi lo mismo. Franco Macri se dijo que contra los saqueos vivían mucho mejor. Nito pensó que era el momento:

—¿Cómo fue que los hombres se volvieron hombres? ¿Qué hicieron las grandes civilizaciones para poder ser grandes? Encontraron maneras de confundir a la muerte. Los neandertales que empezaron a enterrar a sus muertos en lugar de tirarlos a las

hienas, los cuervos y ratones; los egipcios, nuestros maestros los egipcios; los cristianos y todos esos que pensaron en otro mundo donde los muertos vivirían. Nosotros lo perdimos, ya no tenemos nada de eso. Por eso no soportamos a nuestros muertos, puro desperdicio: nos deshacemos de ellos porque nos dan miedo, susto, pánico. Nos deshacemos de nosotros porque nos damos miedo, susto, pánico.

Nito dijo pánico y la palabra le resonó curiosa en la cabeza: demasiado cerca en la cabeza. Para calmarse miró otra vez abajo y vio que muchos hombres y mujeres tenían en sus manos el librito con su foto en la tapa: lo tenían en sus manos, pensó, o quizá viceversa.

—¿Por qué?

Dijo, en un susurro, y repitió: ¿por qué? Hubo un silencio largo; porque la muerte nos da miedo, susto, pánico, dijo Nito: ¿y por qué? Por un momento perdió el hilo y se calló de nuevo: quizá fueron segundos, décimas de segundo, quizá no. No consiguió saber si sonaba como alguien que se hubiera perdido, y perdió algún segundo más en esa duda, y otros más dudando si podría seguir. De verdad lo dudó; después se le agolparon las palabras:

—Morirse es fácil, poca cosa. Un tropiezo que dura casi nada: unos momentos de zozobra, el miedo más cerval, el malestar de unos dolores, tensión brutal, la calma chicha. Se acaba pronto, y se acaba de veras. Nos aterra porque nos cambia las reglas: estamos acostumbrados a pensar que todo lo que hacemos tiene alguna consecuencia que debemos cargar, que todo es un paso en un proceso. Pero morirse no; morirse es gratis. Gratis es de terror, mis estimados: gratis es sin peso, sin futuro; yo los entiendo, les digo: los entiendo. Terror es dar un paso donde el pie no se posa, un paso hacia ninguna parte.

Nito se oyó decir ninguna parte y tuvo miedo. Era el momento culminante de su discurso, el gran momento de su vida. Oía, justo detrás, los soplidos pesados de Carpanta. Para recuperarse volvió a una frase practicada:

—Estamos como estamos porque somos como somos: personas que no saben qué hacer con sus muertos, que saben que nadie va a saber qué hacer con ellos cuando muertos. Tenemos que saberlo: no lo haremos por ellos: lo haremos por nosotros, que somos ellos pronto. Tenemos que aceptar, qué digo aceptar, tenemos que querer a nuestros muertos porque nosotros mismos somos nuestros muertos: de eso les hablo cuando les digo el egoísmo generoso.

Si en el salón central hubiera habido moscas se habrían oído sus volidos; se oían, en cambio, carraspeos nerviositos, frufú de telas, el raspado de suelas en el suelo. Afuera, tras las rejas, la multitud seguía el discurso por pantallas gigantes —pero Nito no les hablaba porque no los veía.

—Tenemos que tener a nuestros muertos con nosotros, quedarnos muertos junto a nuestros vivos, ser la presencia de la ausencia en los livings de todas nuestras casas,

ser los living. ¡Vamos a ser los living, los de siempre! ¡Vamos a estar ahí, junto a los nuestros! Vamos a ser la conexión entre los mundos, sentaditos en un sillón cuando ya no haya sillones y las personas se sienten en campos de energía que les ciñan las nalgas y no se manchen ni se gasten. Cuando ya no se mueran vamos a estar ahí, cuando ya no necesiten un cuerpo vamos a estar ahí con nuestros cuerpos, vamos a vivir muertos para siempre. ¡Vamos a ser los living, los de siempre!

Gritó Nito, y esperó los aplausos: no hubo aplausos. Hubo más carraspeos, más frufrú, moscas inexistentes. Su madre estaba inmóvil, boquiabierta, ligeramente aturullada. Nito pensó que los perdía y respiró profundo:

—¿Ustedes se imaginan la belleza? ¿Son capaces de imaginarse la belleza? Sentados en el living conversando en familia con la mujer, los chicos, y el abuelo sentado en un rincón, parte de todo, y la abuela, los padres, todos allí, presentes, felices de saber que siempre están presentes —felices, vivos, de saber que muertos van a estar. Una cosa es saber que cuando te mueras te queman y te tiran, y otra que vos mismo, tu propio cuerpo, vas a estar ahí embalsamado, pimpante poderoso, querido por los tuyos. Que vamos a quedar ahí, que por fin vamos a romper esa frontera entre los vivos y los muertos, todos juntos ahora, un solo corazón, un solo living. ¿No es extraordinario? Y, para más, otra felicidad: que en esta lucha todos somos todo: un vivo que conversa ante su madre living no puede dejar de pensar que, con los años, él va a estar ahí, junto a los suyos. Acá no hay clases, no hay razas, ninguna diferencia permanente. Todos somos, al mismo tiempo, vivos y muertos, víctimas y beneficiarios: todos todo, todo para todos, una verdadera revolución en la cultura.

Dijo Nito y miró las banderas, los carteles, las gigantografías, por no mirar a los hombres y las mujeres. Que lo miraban en silencio, las bocas entreabiertas, alelados: los más bellos más ricos más poderosos alelados. Nito habría querido saber qué estaban por decir, pero siguió diciendo:

—Ganancia extrema, pura ganancia por todos los costados. Tener a nuestros muertos en el living, como livings, es una forma de acostumbrarse, de ir entrando en la muerte sin terrores. Saber que muertos vamos a ser living es vencer a la muerte. Entonces, todo va a ser posible. Sabemos que va a haber resistencia, que las fuerzas oscuras no se van a rendir como si fueran luces. Pero también sabemos que, al final, la verdad va a terminar por imponerse. Y entonces sí, vamos a dar al mundo ese ejemplo que no podrá olvidar, que tendrá que seguir. Vamos a ser de nuevo el gran país que fuimos, vamos a ser el que les enseñó cómo morirse, cómo ser en la muerte. ¡Vamos a ser de nuevo la cabeza del mundo, la vanguardia, mascarones de proa del planeta!

Gritó Nito, y el silencio fue espeso. Los hombres y mujeres se miraban sin saber qué decirse; detrás del escenario, Carpanta tuvo un momento de zozobra; Nito cerró

los ojos y pensó cómo podría escaparse, deshacerse de una vez y para siempre. Hasta que se escuchó, llegando desde afuera, un rugido imparable. La multitud había roto las rejas y corría hacia el salón central, hacia el alto escenario, hacia Nito, hacia su porvenir indisoluble.

A MODO DE EPÍLOGO

Todavía no han pasado cuatro años —estas líneas se escriben en julio del año 2001— desde la Revelación de Nito, y cantidad de familias argentinas ya viven con sus living. Por supuesto, la tendencia necesita tiempo para hacerse total: por un lado, no hay información de que nadie haya decidido matar al abuelo para hacerse con su living; por otro, al principio las operaciones de embalsamamiento siguieron siendo caras y no todos podían afrontarlas. Fue entonces cuando aparecieron los aprovechadores de siempre y proliferó una industria del living de segunda: ojos de vidrio en vez de cuarzo boliviano, pelos sintéticos de China por pelos de persona y, sobre todo, un proceso mal hecho —a las apuradas, con químicos usados—, produjeron la mayor crisis de la Movida Living: cuando miles de cuerpos no duraron y las familias tuvieron que sufrir segundas muertes de sus seres queridos —que se descomponían en sus sillones preferidos, desparramando su muerte sobre el tapizado. Fue entonces cuando el Estado intervino, salvador, con sus consignas de redistribución de la esperanza living. Todos hemos celebrado la ley, aprobada por el gobierno de la Alianza, que declaró el derecho universal al living y destinó presupuesto a los hospitales públicos para que pusieran en marcha sus unidades embalsamatorias para todos.

Fue el mojón decisivo, una consagración. Pero el éxito del movimiento no se ha detenido en nuestras fronteras: con menos frenesí, lenta pero segura, la M.L. gana adeptos en todos los rincones del planeta —y gana, para la Argentina, el prestigio indudable del pionero. El nombre del país, que durante décadas sólo estuvo asociado a Diego Armando Maradona, ahora se relaciona de inmediato con esos cuerpos cada vez más presentes. La Argentina encabeza el cambio cultural. Nuestros profesionales son convocados para dar cursos y seminarios en las universidades más prestigiosas — y los ricachones del primer mundo los contratan cuando quieren asegurarse un trabajo impecable.

Pero, por el momento —es lógico—, ningún otro país ha registrado un avance comparable al argentino. Y, como en toda revolución, los cambios que este avance ha traído a nuestra sociedad y nuestra cultura son múltiples, diversos, a veces contradictorios, no siempre fáciles de detectar y de evaluar. Insistimos: aún es temprano para justipreciar las infinitas influencias que tuvo, está teniendo y tendrá en

nuestra sociedad el establecimiento de los living. Pero ya podemos empezar a censar, a título provisorio y en orden disperso, algunos de sus efectos:

–La industria del embalsamamiento, por supuesto, se está transformando en un motor de la economía nacional, aunque es cierto que, en el mismo movimiento, declinaron sectores hasta entonces tan dinámicos como las empresas funerarias y, sobre todo, los cementerios privados tipo barrio cerrado country verde. Muchos de ellos están siendo convertidos en viveros: su tierra, tan profusamente abonada, produce flores de color y olor incomparable.

–El surgimiento de una serie de pequeñas industrias —por ahora poco más que familiares— que intentan subvenir a las crecientes necesidades de los living: sillas rodantes para llevarlos de paseo a las plazas donde se encuentran con amigos, ropas especiales —que incluyen el lanzamiento de una línea de trajes de época que reproducen los que pueden haber usado en distintos momentos de sus vidas—, juguetes y adornos para aplicarles, trabas y alarmas para protegerlos de los robos, maquillajes ad hoc y, por supuesto, toda una multitud de cremas y pomadas que se presentan como conservantes.

–La glorificación de la Movida por la industria del espectáculo fue un paso quizá tan importante como la propia ley. «Yo soy tu living», el programa más exitoso de las últimas décadas, empezó a partir de una necesidad: vista la cantidad de personas que morían sin parientes que las quisieran conservar, a un productor genial —hay quienes dicen que fue el propio Carpanta— se le ocurrió recuperarlos, prepararlos y presentarlos en la pantalla buscando quien los quiera. Apoyado en la escasez inicial, el programa hizo roncha y obtuvo rápidamente todo el apoyo del gobierno nacional; fue cuando el presidente declaró, en su famosa alocución, que «Ni un vivo sin su living, ni un living sin su vivo» y que «Hacer patria es entender que todos, vivos y living, formamos la gran familia argentina».

–Aunque todavía no se ha registrado un abandono en masa de las religiones cristianas, se distingue un descenso sostenido en la frecuentación de sus instalaciones y el monto de los donativos de sus fieles. Sin embargo, los altos mandos católicos todavía no se han atrevido a condenar de plano la Movida Living; se dice que los disensos en su seno avanzan, y que podrían llevar incluso a un cisma. Los más audaces sostienen que Roma debería apoyar y difundir la M.L., porque ¿qué mejor para imaginar la resurrección de los justos en el Reino que conservar sus cuerpos de este mundo? Sus críticos los tratan de blasfemos y sacrílegos; no entienden que, más que defender la ortodoxia, los obispos pro-Living se defienden contra la amenaza de que la Movida dé lugar a una religión que, con las ventajas de la novedad y la presencia, podría crecer muy cancerosa y ocupar sus espacios y que, según datos cada vez más sólidos, ya no es sólo una hipótesis.

–No hay registros de un aumento significativo en el número de los suicidios, que

algunos agoreros anunciaban como un efecto colateral de la familiarización con la idea de la muerte que trajeron consigo los living. Informes policiales aseguran —los informes policiales siempre aseguran— que sí han detectado en ciertos delincuentes, sobre todo mayores, un mayor «desprecio por sus existencias», pero no hay razones para confiar en ese análisis ligero y mal fundamentado.

—El debate lingüístico es un dato menor: hay quienes aseguran que los padres fundadores quisieron que los embalsamados se llamaran, antonomásicamente, «cuerpos», pero que fueron sorprendidos por la unanimidad con que la sociedad prefirió llamarlos «living». Es cierto que, en estos años, el idioma de los argentinos se ha ido mixturando cada vez más, y la palabra apareció como una síntesis perfecta. Todavía se discute, sin embargo, si el plural que debería emplear el castellano rioplatense es *living* o *livings*.

—Más encarnizado ha sido —y sigue siendo— el debate deontológico que surgió entre los médicos: teniendo en cuenta sus expectativas de una larga permanencia como living, ¿deben los profesionales mantener interminablemente vivo a un paciente muy enfermo, sin considerar que el consiguiente deterioro de su cuerpo afectará a su trayectoria posterior? ¿O deben optar por desenchufarlo mientras su cuerpo todavía está en condiciones de transformarse en un living razonable?

—La discusión leguleyo-genérica sobre el derecho a quedarse con el living: ¿tienen las hijas, como se dijo en un primer momento, más derecho a guardar el cuerpo de su padre y los hijos el de su madre, o esa diferencia genérica supone una discriminación intolerable? Y, más en general, la indefinición en los casos —muy frecuentes— en que más de un heredero con derechos equivalentes reclama la tenencia; por el momento, a la espera de una ley definitiva, la jurisprudencia recomienda la adopción de un tiempo compartido —que no todos los interesados aceptan, con argumentos que van desde la inestabilidad emocional que eso supone hasta los posibles trastornos físicos que los traslados repetidos podrían producir en el propio living.

—La aparición concomitante de esos videos testamentarios donde cada cual puede detallar su voluntad sobre su atuendo, ubicación y posiciones: el hombre o la mujer se convierte por un momento en living y se pone a sí mismo en escena tal como quiere ser cuando lo sea. Hay que decir que las empresas que se dedican a este tráfico están haciendo —con muy baja inversión inicial— robustos beneficios, y que los que deciden grabarse comentan que la tranquilidad de saber sin las dudas cómo van a ser y estar en el futuro no se paga con nada.

—Ciertos cambios en las formas básicas de sociabilidad: está claro que las familias, de suyo tan dispersas, se reúnen más en sus hogares —alrededor del living —, y que los orgullosos poseedores de uno invitan con más frecuencia a sus parientes, amigos y relaciones laborales a visitarlos para que lo admiren —y,

eventualmente, envidien.

—El intento —aún incipiente— de atribuirles propiedades inverosímiles, que muchas personas están empezando a aceptar: se trata de establecer que los living tienen capacidades adivinatorias prospectivas, y cada vez hay más truhanes que se especializan en «consultarlos» con sistemas de signos que han imaginado para tal efecto; especialistas quieren suponer que esa tendencia es —palabras de uno de ellos— «una enfermedad infantil de la M.L.», que desaparecerá en estadios posteriores. Más allá de estos aprovechados, es preciso reconocer que hay una tendencia muy difundida de los deudos a «preguntarles cosas» —y a suponer que les responden.

—Las reacciones de los partidos políticos, mayormente basadas en su pérdida de peso: el creciente interés de la población por los asuntos living ha producido un desinterés también creciente por los discursos del marketing politiquero. Por supuesto, el partido gobernante intentó —y consiguió— subirse a la Movida con sus declaraciones y su Ley Universal; la derecha lo fustigó como un gesto populista que sólo serviría para aumentar la corruptela y el peso deficitario del Estado; la izquierda más extrema, como el refinamiento del opio de los pueblos o, según dijo su líder más brillante, «la droga de diseño de la gente».

—Las modificaciones en el espacio urbano, debidas sobre todo al emprendimiento inmobiliario que lanzó el portavoz de una empresa de capitales periodísticos cuando propuso usar los carísimos terrenos hasta ahora ocupados por los cementerios porteños, sobre todo Recoleta y Chacarita, ideales para la construcción de barrios cerrados en plena capital. Voces airadas le contestaron que quizá los cementerios no recibirían nuevos ocupantes, pero que los anteriores no se habían movido de allí. El portavoz repuso que ésa era una vergüenza, una rémora del viejo pasado que podía y debía remediarse: su diario inició una campaña para exhumar todos los restos y, haciendo honor a la fama de la Argentina como crisol de razas, reunirlos en una gran caldera donde se mezclarán en una sola materia, que será conservada en el nuevo Altar de la Patria bajo la leyenda Al Gran Muerto Argentino Salud —y será el símbolo definitivo de la nacionalidad sin diferencias ni querellas. El clamor popular —los millones de personas que temen las diferencias y querellas porque no quieren que ninguna querella los prive de su diferencia— aceptó la propuesta, y las obras de remoción y urbanización de los citados cenotafios están por comenzar.

—Si la iniciativa se replica, como parece muy probable, en el resto del país, pronto no habrá más muertos muertos —ni cementerios— en la República Argentina: sólo livings.

Pero, más allá de estas cuestiones —y otras que sería tedioso resumir—, es fácil comprobar que la sociedad argentina obtuvo, gracias a la Movida Living, un estado de felicidad generalizada que no había conocido en mucho tiempo. Es, dicen los especialistas, el resultado impecable del alivio de darles un lugar a nuestros

muertos. La consagración definitiva de la Movida llegó cuando el intelectual estandarte del país, Ernesto Sábato, publicó un artículo en *La Nación* preguntándose cómo «era la humanidad antes de su existencia: las grandes adquisiciones culturales son aquellas que nos obligan a preguntarnos cómo pudimos vivir sin ellas. Ya nadie se imagina la vida sin Estado, la vida con esclavos, la vida sin relatos; del mismo modo, es imposible pensar cómo vivíamos cuando los living eran una idea que aguardaba en las tinieblas al genio oculto que pudiera concebirla».

En cuanto a los padres fundadores, sus historias se han desenvuelto muy distintas —y los datos no son del todo fiables. El señor Carpanta —siempre alejado de las luces había vendido el esponsoreo del inicio de la campaña a una gran compañía de seguros, filial del Citibank, que entendió antes que nadie que la naturalización, aceptación y presencia de la muerte que vendría con la Movida Living les permitiría aumentar en grado sumo la venta de seguros de vida. Con ese dinero, dijo alguna vez, pudo pagar el inicio de las operaciones y el acto seminal de la Rural —aunque hay quienes sospechan que lo dijo para ocultar el verdadero origen de sus fondos.

En cualquier caso su situación económica se mantuvo pimpante. Y él mismo se mantuvo, a su vez, en un segundo plano. No es seguro que, como se rumora, haya estado detrás de ese movimiento disruptivo protagonizado por ciudadanos furiosos que, sin living que poner en sus livings, intentaron recuperar cuerpos de deudos de sus tumbas —limpiarlos, recomponerlos, adecuarlos— con un final tristísimo. Según el rumor, Carpanta los habría alentado para ofrecerles, tras su fracaso previsible, la solución de producir reproducciones de sus ancestros en siliconas y plásticos perfectos. La empresa está logrando buenas ventas, y se diría que su avance es impetuoso. Pero no se ha llegado a saber si Carpanta es su dueño o si sólo la alienta por disfrutar de su venganza extrema: el eterno retorno de la representación, el triunfo del arte.

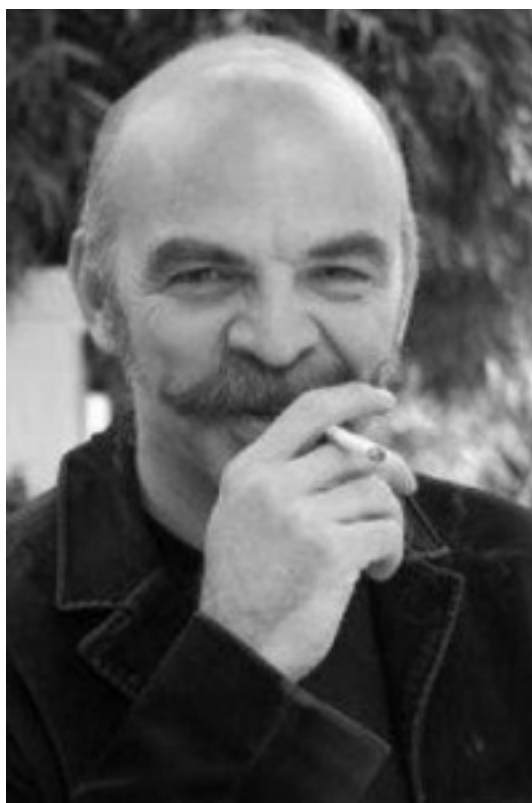
Se dice, también, que lleva todos estos años preparándose a sí mismo como living y que, cuando le toque aparecer, va a revolucionar una vez más todo el tinglado —pero nadie ha conseguido averiguar cómo va a ser entonces. En la única entrevista que concedió —a una periodista del *New York Times* para un artículo que puso a Nito en la tapa de su dominical— dijo que él ya no es él sino todos esos rumores. En el artículo, por otra parte, la periodista escribió que Carpanta considera que los living son su obra pero que su obra maestra no son ellos sino él, Nito Remondo —pero, pese a sus preguntas insistentes, no consiguió que él lo dijera. Carpanta —se dice— suele tener terribles ataques de celos ante la figura de Nito; para consolarse suelta, cada tanto, esa frase de Borges que dice que su mayor placer sería que una frase suya —una sola, una cualquiera— pasara al acervo popular como una frase sin autor, de todos.

Titina, por su parte, desapareció de la luz pública. Se sabe que recibió una suma

importante de Carpanta y que se cambió el nombre y algo de la apariencia; hay quienes aseguran que instaló un criadero de chinchillas en San Juan —y que lo atiende muy personalmente: que es una artista del cuchillo, ducha en cuerear animalitos. No está confirmado que, como dicen algunos, lo comparta con Ricki. Ni que se haya pagado, como afirman otros, una operación de cambio de sexo en Santiago de Chile o en el sur de Bolivia.

Nito, en cambio, se convirtió, como Carpanta le había prometido, en una cumbre. En los meses que siguieron a su Revelación fue la figura más habitual de las pantallas argentinas: no había programa que no lo llamara para pedirle detalles, precisiones, la historia de su vida. Nito la había aprendido y podía repetirla sin errores. Más tarde editaría sus ocho capítulos en un libro comercial que vendió cientos de miles de ejemplares —y que, sumados a sus charlas, sus eventos, sus publicidades de los productos más variados, le valieron una fortuna más que desahogada. Pero nada comparable a lo que vendría tiempo después, cuando un consorcio de ingenieros paraguayos le propuso encabezar la operación que podría convertirlo en plenamente millonario: el lanzamiento del mecanismo electromagnético que, aplicado al cuerpo de los living, les permitiría, por fin, realizar ciertos movimientos básicos: el principio de una nueva era. Es cierto que su ascenso tuvo un momento de zozobra cuando una revista escandalosa publicó que había comprado una tumba en Père Lachaise; Nito consiguió, con gran esfuerzo, desmentirlo. Envalentonado por su éxito, le escribió a Susana Giménez para pedirle, como favor muy especial y extraordinario, el privilegio de conservar su cuerpo como living; la diva le contestó preguntándole por qué quería esperarla tanto, y en unos meses se casaron en Miami. Nito es, ahora, uno de los personajes más respetados de la patria y hay quienes suponen —aunque él sigue negándolo— que no pasará mucho tiempo antes de que se presente a una elección presidencial. Que, sin duda, ganará por muerte.

Buenos Aires, julio 2010



MARTÍN CAPARRÓS (Buenos Aires, 29 de mayo de 1957) es un periodista y premiado escritor argentino. Estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires y comenzó su carrera periodística en el diario Noticias en 1973 —dirigido por Miguel Bonasso y clausurado al año siguiente—, en la sección policial, que estaba a cargo de Rodolfo Walsh. A partir de ese año colaboró con la revista Goles hasta 1976. Caparrós abandonó el país y se exilió en Europa, primero en París, donde se licenció en historia en La Sorbona; más tarde se trasladó a Madrid, donde vivió hasta 1983. En la capital española comenzó a escribir su primera novela, se dedicó a hacer traducciones, colaboró en el diario El País y con algunos medios franceses.

Con el retorno de la democracia a Argentina, regresa a Buenos Aires, donde trabajó en la sección cultural del diario Tiempo Argentino y en 1984 comenzó a colaborar en la Radio Belgrano, donde fue conductor, junto con Jorge Dorio, del exitoso *Sueños de una noche de Belgrano*. Habrá de volver a España a trabajar como corresponsal de esa radio durante 1985 y 1986. Al año siguiente retorna a Argentina como editor de la revista El Porteño. También en 1987 participa en la creación de Página/12 junto a Jorge Lanata, su primer director periodístico, y al siguiente, con Dorio, trabaja en el programa televisivo *El monitor argentino* y funda la revista Babel, que dirigirá.

A partir de 1991, Caparrós comienza a publicar sus relatos de viajes en la revista mensual Página/30, de la que sería jefe de redacción, bajo el título *Crónicas de fin de siglo*, que fueron distinguidas con el Premio de Periodismo Rey de España. Por ese

entonces, también dirigió la revista *Cuisine & Vins*.